

Juan Eslava Galán

Statio Orbis

(El Magno Evento)

Una divertida novela satírica de espíritu
volteriano llena de humor, ternura
y profunda humanidad



Lectulandia

Con motivo de la visita del Papa a Sevilla, sale de Arjona una expedición de feligreses en autocar encabezada por el cura don Cristóbal, un sencillo párroco de pocas luces que, por una serie de coincidencias, tiene que custodiar una enorme cantidad de hostias consagradas que ha sobrado después de la solemne comunión de los fieles. Ahí empieza su calvario. Vagando por la ciudad lo echan de todas partes, tropieza con un teólogo progre que está borracho, lo atracan unos navajeros, lo acoge una prostituta, lo detienen los municipales... hasta que una intervención sobrenatural le permite salir de tan gran apuro.

En esta mordaz y divertida sátira de tintes volterianos hay también ternura y una carga de humanidad que hará pensar al lector sobre el modelo de Iglesia de nuestro tiempo.

Lectulandia

Juan Eslava Galán

Statio Orbis

El magno evento

ePub r1.0

Karras 28-02-2019

Título original: *Statio Orbis*
Juan Eslava Galán, 1995

Editor digital: Karras
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Epílogo
Sobre el autor

CAPÍTULO 1

DESDE EL CIELO, por un claro entre nubes, dos hombres vestidos de centuriones romanos y coronados por sendos aros luminosos, los santos mártires Bonoso y Maximiano, contemplaban con arrobos el pueblo de su patronazgo, Arjona, honrado municipio andaluz y olivarero, con sus calles empinadas y retorcidas pero limpias y bien señalizadas, con sus tres iglesias, cuatro con la ermita, cuajaditas de arte y devoción, con sus casas humildes pero pulcras, y muchas de ellas remozadas como exige el progreso y la calidad de vida y dotadas de baños y cocinas alicatados hasta el techo, con sus palacios antañones en cuyos amplios solares se van edificando bloques de pisos, con sus paredes recién encaladas y sus rejas pintadas de negro o de verde en las que no faltan tiestos floridos que manos femeninas cuidan con primor. Arjona se enorgullece de ser la cuna del rey Alhamar, el fundador de la dinastía nazarita de Granada, así como de haber alumbrado una larga serie de gloriosos próceres que descollaron en la piedad, en la milicia, en las ciencias, en las artes y en las letras, para honra y prez del solar hispano.

Arjona, tal como la veían sus santos protectores desde su aérea atalaya, era, aquel día, un hormiguero laborioso, un múltiple trajín, un hervidero emocionado; pero Teodoro Algarinejo, por mal nombre *Calamar* (andaluza reducción fonética de Carlos Marx, ya vamos viendo de qué pie cojeaba), ajeno al ajetreo de la calle y aun al de su casa, se pasó la tarde en el taller, a puerta cerrada, dibujando la pancarta, el tarro de pintura bien sujeto entre las aceradas mandíbulas del tornillo de su banco de carpintero, que con esta mujer tan voluminosa toda precaución es poca y no sería la primera vez que me vuelca un bote. Transfiguración, la santa esposa del artista, entraba y salía con aparatosa diligencia, iba a la cocina a vigilar el guiso, salía a las vecinas, subía a la terraza a tender la colada, y estaba, en fin, en todas partes sin olvidar entrar a cada momento en el taller de su marido para supervisar el trabajo y, cuando percibía indicios de rebeldía sobre el qué dirían mis camaradas de partido si me vieran en estas labores, vendido al Vaticano que bendice al capital explotador del obrero, lo amansaba con alguna carantoña por lo basto tirándose a sus partes, o con algún adobito que le traía de la cocina prendido en el tenedor, con el plato debajo que no se manche la porcelanosa.

—¡Pero, mujer, así, a palo seco, sin una cervecita!

—Así en seco, que si no te entrompas, te tiembla el pulso y haces una marranada de pancarta. ¿No ves que te conozco?

—Pues tus curas beben vino en el trabajo y luego mira qué derechas dan las hostias.

—Tú no querrás que me ponga farruca —amenaza Transfiguración mudando el gesto, las manos en el cuadril, con envergadura de luchador de sumo.

—¿Yo?... ¡Dios me libre!

—Pues entonces no digas borricadas y no faltes a las creencias de una.

Calamar esboza su risilla de conejo y calla. Será una burra, que sólo le falta la albarda, pero la quiere. Son ya casi treinta años aguantándola y le ha tomado cariño.

Fue en una de estas ausencias de su esposa, que se prolongó más de la cuenta porque tuvo que freír un zoloco de lomo para acompañar la cerveza fresquita que por fin le había consentido, cuando a Teodoro, terminado el lema principal: «Arjona con su Santidad el Papa», se le fue la mano y, traicionado por la fuerza de la costumbre, comenzó a pintar debajo, con la plantilla grande, el símbolo de la hoz y el martillo.

—Pero ¿qué estás haciendo grandísimo animal de bellota? —tronó Transfiguración al descubrir el desaguisado—. ¿Es que no te puedes quitar las malditas ideas de la cabeza ni por una causa santa, o es que lo has hecho a mala leche para amargarme el viaje?

—¿Yo, a mala leche? —montó en cólera *Calamar*—. ¿Yo, que estoy harto de bajarme los pantalones y de hacer confesonarios de estranjis y de jugarme la vida en lo alto de una escalera coja para poner junquillos a las ventanas de la iglesia y de componer bancos para el cura, todo sin cobrar un duro, que no lo haría ni por el Partido aunque me lo pidiera Anguita de rodillas y con los brazos en cruz, que el día que se enteren los camaradas me van a retirar el carné?

El desaguisado ya estaba hecho. La pancarta que cubriría la luna trasera del autobús, la que luego encabezaría al grupo local de las Marías de los Sagrarios, adscrito a la Federación Regional de Marías de los Sagrarios, Sector Renovado (en siglas FRMSSR-Arjona) en la solemne misa pontificia, la que luego sería incorporada al museo parroquial en conmemoración del histórico evento y perpetuación de su memoria, habría quedado preciosa si no fuera por aquel martillo comunista en rojo sangre que destacaba sobre ella como mosca en tazón de nata.

Transfiguración tomó a contemplar el desaguisado desde un ángulo diferente, proclamó que le iba a dar un soponcio y evocó a su difunta madre, una santa, para reconocer, algo tardíamente, la gran razón que tenía cuando le aconsejaba que se echara otro novio, que aquel hombre no le convenía, argumento que, por muy repetido, hizo escasa mella en el coriáceo ánimo del comunista. En vista de lo cual anunció que necesitaba urgentemente una taza de tila y regresó a la cocina. *Calamar* tomó asiento en una banqueta y bebió su cerveza a gollete, paladeándola, mientras contemplaba su obra e ideaba trazas para recomponer el desaguisado. Luego, como no se le ocurría nada, telefoneó a don Cristóbal, cura párroco de la iglesia del Carmen y organizador de la peregrinación a ver al Papa, es decir pontificia:

—Don Cristóbal, que he metido la pata y he pintado debajo de la pancarta un martillo comunista. La fuerza de la costumbre...

Hubo una pausa al otro lado del hilo. Luego el cura inquirió tímidamente:

—¿Y una hoz?

—Hoz, no; que llegó mi Transfi a tiempo de evitarlo. Digo yo que ya que tengo pintado el martillo podía rematar la faena y añadirle la hoz. ¿Cree usted que se mosqueará el Papa?

—El Papa no sé, pero desde luego el obispo, sí, que nos tiene muy vigilados, y hacerle eso al obispo es como si tú pintaras cruces y angelitos en la pancarta de Comisiones Obreras.

—Yo lo decía —razonó, socarrón, *Calamar*— porque, como al fin y al cabo el camarada Wojtyla viene del país hermano de Polonia...

—Si no fueras tan mordaz a lo mejor Dios no te hubiera dado esposa tan dura de llevar con paciencia —sentenció don Cristóbal.

—¿Usted cree, entonces, que se enfadará?

—¿Quién?

—¡El Papa! ¿Quién va a ser? Transfi ya se ha puesto hecha una tarasca.

Hubo un silencio al otro extremo del hilo. Don Cristóbal estaba meditando el grave asunto.

—Mira —dijo al fin—, no toques la pancarta, que te mando ahora mismo a don Ángel a ver qué se puede hacer.

Don Angel, secretario del ayuntamiento, era vecino de *Calamar*, dos casas más abajo, y hombre respetado en el pueblo por su probidad y recto juicio. Antes de cinco minutos estaba en la carpintería contemplando la pancarta extendida. El martillo rojo debajo del letrero negro resaltaba terriblemente.

—La has jodido bien, ¿eh?

Calamar se encogió de tentáculos.

—A ver, uno es lo que es y en esto la fuerza de la costumbre tira mucho.

Transfi, presente, parecía hallarse en el borde mismo del escarpe anímico que precede al soponcio. Miraba a don Ángel y a la pancarta alternativamente, retorció entre las manos una punta del mandil y elevaba los ojos al cielo como dando la razón a su madre, que en gloria esté, que nunca tuvo mucha fe en aquel yerno.

Dios aprieta, pero no ahoga. En éstas, un soplo de inspiración descendió sobre el secretario del ayuntamiento.

—¡Ya lo tengo! Esto se puede arreglar si añadimos debajo: TOTUS TUUS, que eso se lo ponen mucho al Papa y es latín. Para disimular les pones las otras dos tes torcidas y con forma de martillo.

Calamar hizo un gesto de rechazo.

—Yo tengo fama de que todas mis pancartas llevan las letras bien dibujadas y derechas, y eso que me propone usted, don Ángel, es una chapuza.

—¿Qué chapuza ni qué niño muerto, hombre? —replicó el munícipe—. ¡Eso es diseño, no seas ignorante!

Calamar se puso manos a la obra, esta vez atentamente vigilado por Transfiguración y por don Ángel, no fuera a meter otra vez la pata. Tomó las medidas

de las letras del nuevo rótulo, echó cuentas para ver el tamaño, les marcó las distancias y las pausas sobre el lienzo, dejando donde convenía el espacio del martillo, y al final el rótulo «TOTUS TUUS» en rojo quedó que ni pintado, y desde luego sus tres tes parecidas a martillos pasaban por originalidad del artista y se integraban perfectamente en el conjunto disimulando la metedura de pata.

—¡Estupendo! —aprobó don Ángel—. ¡Ni rastro de marxismo! Ha quedado hasta mejor que al principio, así en rojo y en negro, mucho más vivo y destacado.

—Los colores de la CNT —apuntó *Calamar* con sorna.

—... o los de Falange Española —replicó el secretario del ayuntamiento.

Transfiguración regresó con el secador del pelo y estuvo repasando las letras con el chorro de aire caliente hasta que estuvieron secas. Faltaban seis horas para las cuatro de la madrugada del domingo día 13 de junio de 1993, hora en que estaba prevista la partida del rebaño eucarístico. Cuarenta y cinco ovejas con don Cristóbal, su pastor, trashumaban a Sevilla a ver al Papa y asistir a la solemne Celebración Eucarística, o sea, Misa, *Statio Orbis*. Los maridos quedaban en el pueblo, más de uno llorando a lágrima viva en alcobas oscuras y trascorrales solitarios porque era la primera vez en cuarenta o cincuenta años que se separaba de su santa. Otros, todo hay que decirlo, regocijados y agradeciendo a la Providencia el alivio del pesado yugo matrimonial que les deparaba.

—Es que cuando uno pasa unas horas sin ver a la parienta, luego se coge con más ganas.

—Si usted lo dice, será así.

La casa rectoral había sido un jubileo toda la tarde, la gente entrando y saliendo a consultar naderías al párroco y a hacerle las preguntas más disparatadas y absurdas.

—Hija mía, yo sólo sé lo que está anunciado, que es precisamente lo que dice el cartel de la convocatoria. Ahí lo tienes en el tablón de anuncios de la sacristía —salmodiaba el paciente pastor a las inquietas ovejas de su rebaño.

Cuando marchó la última visita, ya tarde, don Cristóbal se dispuso a cenar. Don Cristóbal era el cura pobre de una parroquia pobre, un hombre con más bondad de corazón que teología y más gramática parda que cánones y escrituras, pero daba el apaño, y satisfacía con esmero las funciones de un cura de almas: bautizar, casar, confesar, decir misa dominical o de difuntos, catequizar a los niños en vísperas de Primera Comunión e impartir cursillos de orientación prematrimonial a las parejas en vísperas de casamiento. Aparte de esto procuraba ayudar a los necesitados, llevar al céntimo las cuentas de la parroquia para que siempre hubiera con que pagar las facturas de la luz y del agua, no nos vaya a ocurrir como al Marcinkus ese, y mantenerse lo más cerca posible del Galileo y lo más lejos posible del señor obispo de la diócesis. No por nada, sino porque como provenía de familia de campesinos

pobres se sabía muy bien aquello de que «Del amo y del mulo, contra más lejos más seguro».

Don Cristóbal vivía solo, con sencillez monástica, que el sueldo no daba para más. En el modesto frigorífico de su cocinilla no había más que media botella de leche, un tetrabrik de vino La Filoxera, tinto manchego, contiene varias cosechas, corrientillo, nada del otro mundo, dos botellas de agua mineral rellenas en el grifo, una tarrina de margarina pasada de fecha, dos tomates, un trozo de carne de membrillo de Puente Genil, regalo de una de sus feligresas, que Dios se lo pague doña Transcripción, con lo que me gusta (el membrillo, claro), y una bandejilla de poliuretano con docena y media de croquetas de esas que venden congeladas, sabor pescado o sabor pollo, vaya usted a saber de qué las hacen, a doscientas el cuarto. Don Cristóbal enchufaba la freidora cada dos días, freía el medio kilo de croquetas y cenaba la mitad calientes ese día y la otra mitad frías al siguiente. Aquella noche le tocaban las frías y se disponía a dar buena cuenta de ellas sobre el gastado hule cogido con chinchetas de la mesa de la cocina, ya bendecida la pitanza y murmurada la oración, cuando el llamador de la puerta repicó intempestivamente. Don Cristóbal pensó: «Vaya, hombre, ¿quién será ahora y qué tripa se le habrá roto?». Y antes de acabar de pensarlo ya se estaba reprochando su falta de caridad cristiana, jodio cura que cuando estás al pesebre parece que se te olvidan los preceptos y quién eres. Fue a abrir. Eran *Calamar* y Ángel que traían la sábana de la pancarta. *Calamar*, algo abochornado, mirando a un lado y otro de la calle, recelando si lo vería entrar en casa del cura a horas de Viático algún camarada del Partido. Para disimular su colaboración si era descubierto por sus correligionarios, había insistido en que llevaran la pancarta con las letras vueltas hacia el suelo, pretextando que de otro modo podía correrse la tinta.

—Don Cristóbal, aquí le traemos la obra de arte —anunció don Ángel—. Al final creo que todo se ha arreglado satisfactoriamente.

Don Cristóbal los hizo pasar a la sacristía y apartó la talla de un san Bartolomé de escayola que se desangraba sobre las cajoneras, para que pudieran extender la pancarta.

—La verdad es que ha quedado muy bien —aprobó el cura después de examinar la obra— y ese «*Totus Tuus*», aunque no estaba previsto, me parece que no sobra. Incluso la mejora bastante. Además el letrero se ve ya en dos colores, que siempre hace más bonito.

—Si nadie se da cuenta de que son los colores anarquistas... —dijo *Calamar*.

—¡Este hombre siempre tan cerril con la política! —se enfadó don Ángel—. Ya le he dicho que igual podrían ser los de la Falange.

—En eso no diré yo que no —reconoció *Calamar*.

—¡Ea, ea! —puso paz don Cristóbal—. Dejémonos de conversaciones tontas y vamos a celebrarlo que tengo ahí un vinillo fresquito.

Fueron a la cocina y en buena paz y compañía se bebieron el vino y se comieron las croquetas. A don Cristóbal sólo le cupieron dos, así que se acostó prácticamente sin cenar. Antes de dormir, ya en la cama, tomó de la mesilla un viejo volumen en octavo que había encontrado entre la media docena de libros que constituía la librería parroquial. Se titulaba *Urbanidad y buenas maneras del sacerdote*, obra de L. Branchereau, superior del seminario de Orleans, editada por Gustavo Gili en 1904. Quizá sus conceptos estaban un poco superados, pero don Cristóbal pensó que no le vendría mal adquirir un poco de pulimiento antes de codearse con los príncipes de la Iglesia. Nuestro buen cura no quería meter la pata y aparecer como un rústico.

Así que buscó la sección de títulos y tratamientos de respeto y se enfrascó en su estudio. Leyó: «... al Papa se le dice Santísimo Padre, y, si se le habla en latín, *Beatissime Pater*».

—*Beatissime Pater...* —pronunció nuestro cura en voz alta cerrando el libro con unción. Y cerrando también los ojos tornó a pronunciarlo: «*Beatissime Pater...*», y se dio en soñar despierto que al día siguiente, en Sevilla, en medio del *Statio Orbis*, el Papa se le acercaba y le tomaba las manos como a veces hace en sus apariciones multitudinarias escogiendo al azar alguna persona de la muchedumbre. Entonces él podría decirle «*Beatissime Pater...*».

De pronto abrió los ojos, alarmado, a la cruda realidad. Pero ¿y si el Papa, al verse tratado en latín, continuaba en latín la conversación y le decía algo? Don Cristóbal tenía bastante enmohecido el latín que aprendió en el seminario, apenas un par de oraciones y los oficios de la misa. Si el Santo Padre le hablaba en latín no sabría qué contestarle, probablemente, ni siquiera lo entendería y quedaría en evidencia su desconocimiento de la sagrada lengua de la Iglesia. Mejor, por tanto, hablarle en castellano, la bella lengua vernácula de los místicos y los misioneros, de san Juan de la Cruz y fray Gerundio de Campazas, decirle: «Beatísimo Padre...».

«Beatísimo Padre...», lo pronunció en voz alta y modulada y le sonó a música celestial. Otra vez: «Beatísimo Padre...» iba a seguir su discurso al Papa pero se interrumpió bruscamente. Una campana de alarma había sonado en su cerebro. Consultó el libro.

—¡No, Beatísimo Padre, no, so animal! —se reprochó—. Es Santísimo Padre; en castellano, Santísimo Padre.

Y se lo repitió media docena de veces, pronunciándolo en voz alta, con distintas modulaciones, hasta que le pareció que sonaba convenientemente natural.

Tornó al libro y prosiguió su estudio. «A los reyes y emperadores, *Majestad, señor, vuestra majestad*». Pensó en los reyes de España que asistirían al solemne acto, pero no logró imaginárselos saludando a un humilde sacerdote de pueblo. Para qué forjarse ilusiones. Era más que probable que pasara inadvertido entre aquella multitud de príncipes de la Iglesia. Prosiguió: «A los cardenales: *Eminencia, eminentísimo señor*; a los arzobispos y obispos con gran cruz, *Excelentísimo señor*; a los demás obispos, *Ilustrísimo señor*». Esta diferencia planteó un nuevo problema: no recordaba

que le hubieran explicado en el seminario en qué se distingue un obispo gran cruz de la clase inmediatamente inferior. Por más que hizo memoria, todos los obispos que él conocía, muchos de ellos sólo de foto o de verlos en el telediario cuando se reúne la Conferencia Episcopal, lucían una cruz de parecido tamaño, una cuarta más o menos. Decidió aplazar la elucidación del problema para cuando pudiera consultarlo con un colega de más luces y teologías, quizá el arcipreste de Martos o un par de canónigos de Jaén, amigos suyos, que también asistirían al *Statio Orbis*, y continuó: «A los religiosos, *Reverendo padre*; si son hermanos, *Hermano*. A las religiosas, *Reverenda madre*; si son de obediencia, *Hermana*. A los miembros de congregaciones que no toman el título de *Madre* o *Padre*, se les dice simplemente *Hermano*, *Hermana*; pero si son superiores de sus comunidades, *Reverendo hermano* o *Reverenda hermana*. A los hombres en general que no entran en las categorías anteriores, se les dice simplemente *Señor...*, a las mujeres, *Señora* si están casadas, si no, *Señorita*. Otros títulos honoríficos son: para el Papa *Su Santidad*; para el rey, *Su majestad*; a un príncipe o infante o infanta, *Su alteza*; a un cardenal, *Su eminencia*; a un arzobispo, *Su excelencia*; a un obispo sin gran cruz, *Su ilustrísima...*». ¡Vaya, hombre, ya volvió a salir la dichosa gran cruz!

Repasando estos tratamientos en voz alta, que *repetitio mater studiorum est*, se fue don Cristóbal quedando dormido y durmió como el bendito que era hasta que el frenético timbre del despertador le sobresaltó, mucho antes de que los gallos de pintados plumajes desplegaran la persiana del párpado lechoso que cierran hacia arriba y se aclararan la garganta estirando el pescuezo un par de veces antes de emitir el trompetazo con el que la madre naturaleza les tiene encomendado que saluden cada día que amanece.

CAPÍTULO 2

A LAS TRES Y MEDIA DE LA MADRUGADA era todavía noche cerrada, más oscura que el pecado. No obstante, medio pueblo estaba despierto y hacía ruido suficiente para despertar al otro medio. Ladraban perros alarmados en zaguanes y corrales, se abrían y cerraban puertas, repicaban tacones sobre las aceras, resonaban desde ventanas y balcones rezagadas advertencias y recomendaciones de los que se quedaban a los que ya llevaban andada media calle. Con inútil sigilo salían de sus domicilios las expedicionarias, escoltadas por soñolientos maridos o hijos que les llevaban los bultos, y a paso vivo se dirigían a la plaza, deteniéndose solamente para repicar de vez en cuando en la puerta o en los cristales de la ventana de alguna correligionaria y amiga, no fuera a haberse quedado dormida, que el autobús no espera a nadie.

Al llegar a la plaza de los Coches, media hora antes de la hora prevista, comprobaban con alivio que el autobús no se había marchado dejándolas en tierra. Allí estaba, sostenido por doña Adoración, el glorioso estandarte de las Marías de los Sagrarios, de seda blanca, adornado con cordones y borlas azul celeste, en cuya parte central, bordado en hilo de oro con más voluntad que acierto, se veía en relieve el Cordero Pascual sosteniendo el lábaro con una pezuña y el cáliz eucarístico con la otra. Lo que le brotaba de la boca no eran los intestinos sino una cartela en la que se leía la divisa «Dios es mi pastor». Visto de lejos no quedaba mal, pero de cerca el cordero se parecía más a un dromedario, el animal que copula sentado, lo que restaba devoción.

Allí estaba, también, don Ángel, el secretario del ayuntamiento, impartiendo sensatas instrucciones a Honorio, el chófer, mientras don Cristóbal se multiplicaba para recibir a los que iban llegando, daba avisos, respondía amablemente a las preguntas más tontas e inoportunas, no, no saldremos con retraso, doña Consolación; no, no llegaremos tarde, doña Asunción; no, no se pinchará ninguna rueda, confiemos en Dios, doña Ascensión; no, no nos lloverá Dios mediante, doña Concepción; sí, dará tiempo de sobra para que recemos el Santo Rosario, doña Adoración; sí, aquí en la cartera llevo las tarjetas numeradas de nuestra entrada al recinto papal, no las he olvidado, descuide usted, doña Purificación. Por cierto, doña Consolación y doña Conculcación, ¿ha visto alguna de ustedes a su vecina doña Transfixión, la presidenta...?

La plaza era pequeña y desarbolada. Una hora antes de la fijada para la salida del autobús se había juntado tanta gente en ella que parecía que estaban en feria. Algunos niños, llegados para despedir a sus madres o abuelas, se lo pasaban en grande contemplando el bullicio desde los lomos de los leones que sostienen la fuente

central, reproducción de la del patio de la Alhambra, en piedra artificial, con la rebaba de la línea de juntura limada para que no se note el molde.

El cosario del pueblo era más ancho del culo. Se llamaba Fructuoso.

—Usted perdone, yo me llamo Fortuoso. Lo que pasa es que, debido a un error en el libro de inscripción del Registro Civil y a la mala leche de los funcionarios de la oficina de expedición del Documento Nacional de Identidad, que están cerriles en no subsanarlo, me vienen poniendo Fructuoso en los papeles, pero lo que yo me llamo es Fortuoso, y si no me cree llámeme usted con el Fructuoso ese y verá como no le atiendo y le dejo las maletas en tierra.

Pues bien, aquel día Fortuoso estaba de pésimo humor porque se había visto obligado a madrugar más que de costumbre para abrir la bodega del autobús a fin de que las viajeras papales acomodaran sus meriendas y sillas. Don Cristóbal, en la alocución de la misa del domingo anterior, había avisado que cada peregrina se personara provista de talega con provisiones para un día, sin olvidar el agua, por si en Sevilla no la había. También llevaría una silla plegable fácil de transportar; calzado cómodo que no apriete, que el día es muy largo y hará calor; abanico, bolsas de plástico las que se mareen viajando (murmullo aprobatorio de la asamblea y suspiro compungido de las aludidas); sombrero o gorra de visera que proteja de los ardores del sol y ropa veraniega, fresca pero recatada y honesta, con mangas, en atención al Santo Padre, que ya sabéis cómo se las gasta en estos asuntos de moral y buenas costumbres y muy bien que hace. La mayoría de las Marías de los Sagrarios acataron disciplinadamente las instrucciones de su pastor, pero también hubo algunas que las interpretaron a su manera y se presentaron con grandes cestos de comida y bombonas de agua de cinco litros o incluso de diez, como si se dispusieran a hacer el París-Dakar.

—Es que más vale que sobre que no que falte.

Fortuoso se impacienta:

—Vale, señora, pásame usted el depósito, que tenemos prisa.

Hubo también algunas escrupulosas a las que, pareciendo intolerable frivolidad posconciliar comparecer ante el Santo Padre con una silla playera de tubo de aluminio y asiento de loneta o plástico, se hicieron presentes arrastrando pesadas sillas del comedor de respeto, oscuras, con asiento de terciopelo granate, decoradas en el más depurado estilo remordimiento, con tallas de cabezas tocadas con morrión y volutas y grutescos barrocos creciendo como una selva por toda superficie disponible y las patas rematadas por garras de león. También salieron a la luz algunos viejos reclinatorios recién encerados, rescatados de polvorientos trasteros, verdaderas antigüedades, de estos que son silla baja cuando conviene y, si se les da la vuelta y se alza el asiento, tienen debajo un tabla almohadillada donde arrodillarse con comodidad e higiene y un reposabrazos superior sobre el que lucen, talladas o dibujadas con tachuelas, las iniciales de la propietaria o las de su madre.

Mientras los maridos trataban de acomodar el hato en la bodega del autobús haciendo oídos sordos a las protestas del cosario, las expedicionarias se saludaban efusivamente y se daban tres besos en sendas mejillas como si llevaran una eternidad sin verse. Por una vez no chismorreaban de las incidencias de la telenovela de la víspera ni trascendentalizaban los mil cuidados del oficio de ama de casa. El único tema de conversación era el Papa según había aparecido en los telediarios de la víspera.

Diez minutos faltaban para la hora de salida cuando apareció, compungidísima, Preconizacioncita, la hija de doña Genuflexión Escañuela, con la noticia de que a su madre le había dado un cólico, se conoce que de la misma emoción de ir a ver al Santo Padre, y con todo el dolor de su corazón se veía imposibilitada para hacer el viaje, qué le vamos a hacer, estaría de Dios, pero que su amiga Susana (amiga de la hija de la ausente, se entiende) se había ofrecido a ocupar la plaza vacante porque tenía que viajar a Sevilla urgentemente. ¡Conmoción en la asamblea mariana al oír tal propuesta! La plana mayor de las Marías de los Sagrarios se constituyó en junta de gobierno extraordinaria y, después de breve deliberación, envió una comisión a don Cristóbal para participarle el acuerdo unánimemente adoptado.

—Don Cristóbal —anunció doña Transfixión, muy solemne en su papel de presidenta—, debo comunicarle, de parte de la junta permanente de las Marías de los Sagrarios, que nos oponemos a que esa muchacha se una a la peregrinación.

—Y eso ¿por qué? —se hizo el cura de nuevas.

—Porque no es María de los Sagrarios.

—Eso no es motivo, hijas mías. Todos somos cristianos.

—Unos más que otros, don Cristóbal —replicó doña Transfixión alzando la cabeza y estirando el belfo como si olfateara mierda—, y usted sabe a qué me refiero.

—¡Cómo unos más que otros! —inquirió el cura poniéndose serio.

—Usted ya me entiende, don Cristóbal. Dios dijo que la manzana podrida había que sacarla del cesto de las sanas y ya sabe usted la fama que tiene esa... señorita.

La señorita Susana era una morenaza treintañera a la que la pródiga natura había dotado generosamente. De cara quizá no fuera nada del otro mundo, pero hay que reconocer que estaba buenísima. Esto no es raro en los pueblos que están en alto, donde el mucho subir y bajar cuecitas notablemente las piernas y muslos del personal. Además es cosa sabida que las mozas de secano se logran más que las de regadío, no sé por qué será, y Arjona, además de vértice geodésico de primer orden, es mayormente de secano.

Pues Susanita había transitado por media docena de novios, casi siempre mucha mujer para tan poco hombre, y tenía cierta fama de ligera de cascos. Esperaba la chica el veredicto de don Cristóbal junto a la puerta del autobús, sin osar subir al vehículo, en recatada actitud, las manos cruzadas sobre el regazo sosteniendo la correa del bolso de manera que éste ocultara, en lo posible, las rodillas minifalderas.

Al propio tiempo adelantaba los hombros por disimular algo el espléndido busto con que la Providencia, en su infinita misericordia, la había dotado.

—También dijo Jesucristo —replicó a las Sagrarios don Cristóbal— que no viéramos la paja en el ojo ajeno mientras ignorábamos la viga en el nuestro y que el que esté libre de pecado tire la primera piedra y predicó el amor al prójimo y acogió a la pecadora, aunque líbreme Dios de pensar que esa muchacha lo sea; así que zanjemos esta cuestión de una vez: la muchacha ha pagado su asiento y viene.

—Pues aquí hay algunas que, si ella va, se borran —contraatacó doña Conculcación que pasaba por ser la mano derecha de la presidenta. Ésta, aunque veía excesivo el envite, no tuvo más remedio que apoyarla y asentir.

—Son muy libres de hacer lo que quieran —se mantuvo el cura en sus trece—, pero esa muchacha viene. A lo mejor es la ocasión que Dios nos pone para que le enseñemos las virtudes de las Marías de los Sagrarios empezando por la generosidad y la caridad para con el prójimo. No se hable más. Viene.

La muchacha fue y las cuatro o cinco Marías más renuentes que aún querían excluirla o que amenazaban con desertar si ella iba e incluso con devolver a la parroquia sus medallas eucarísticas con lazo azul que lucían en las procesiones y actos píos, fingieron que se dejaban persuadir por las más tolerantes —en realidad no se hubieran perdido la excursión por nada del mundo— y acabaron subiendo al autobús y ocupando sus asientos, aunque refunfuñando un poco contra el abuso de que eran víctimas y prometiendo que al obispo no le iba a gustar lo ocurrido.

—¡Y lo sabrá, vaya si lo sabrá!

—Vale, doña Conculcación, ahora acomódese usted, que vamos a partir.

Honorio se puso al volante y oprimió un botón. El monstruo cerró sus fauces con un resoplido hidráulico. Luego el conductor introdujo la llave de contacto y puso en marcha el motor. A continuación ordenó sentarse, con un vozarrón autoritario, a las viajeras que se agolpaban en las ventanillas para despedirse de los familiares y partió raudo por las calles desiertas dejando atrás un revuelo de pañuelos al aire y manos agitadas.

El autobús, como una centella, recorrió la calle de las Torres, así llamada en memoria de un arjonero de pro, el duque de la Torre, don Francisco Serrano Domínguez, el regente del Reino que desvirgó a la reina Isabel II cuando aquel pimpollito mañanero de trece años se prendó de él y lo llamaba «el general bonito». Nadie podía sospechar que Isabelita, aquel clavel de pitiminí, iba a encañar en la Isabelona fondona y el putón verbenero que luego sería. Otros autores más documentados sostienen que el desvirgador fue Ventosa, su maestro de primeras letras, pero yo estoy dispuesto a mantenerme en mis trece, contra toda evidencia, aunque me quede solo apoyando la candidatura de mi ilustre paisano.

Vamos, pues, en el autobús recorriendo la calle desierta a toda pastilla, y desembocamos en el cruce de la carretera de Andújar, dejando a la derecha los jardinillos del monumento al aceitunero, que ocupan el solar de la demolida Casa de

la Falange. El vehículo, ya metida la velocidad rápida, enfiló la ancha y breve calle de San Diego, pasó ante el azulejo de San Fernando de la cooperativa aceitera y ante el taller de reparaciones de Paco Serrano. Allí terminan las casas y comienza el paseo Nuevo, donde se celebra la feria en agosto y el resto del año van los viejos a tomar el sol, los jóvenes a andar en bicicleta y jugar al fútbol y las madres recientes a pasear los cochecitos del niño/a. La noche estaba tan cerrada que apenas se distinguían los muros enjalbegados del casino de los ricos, no digamos ya la desnuda estructura metálica del de los pobres que está pintada de oscuro. Algunas viajeras se santiguaron al pasar por delante de la cruz de piedra que recuerda el lugar donde se produjo un mortal accidente, y luego olivos y más olivos a uno y otro lado, como un oscuro mar de petrificadas olas, en largas hileras que rompen a uno y otro lado del camino. Los que miraban por la ventanilla vieron a la derecha el letrero de neón que ilumina débilmente la fachada de la fábrica de mantecados de Gómez, y luego nuevamente el mar de olivos cenicientos entre los cuales se distinguió a poco la gasolinera de El Tres de Oros. Alguna sesentona suspiró, elevando una medalla del Carmen en el amplio montacargas del pecho generoso, al recordar los escarceos que allá sostuvo con el novio fogoso, hoy apático o extinto marido, cuando el Tres de Oros era un acogedor humilladero con bancos de piedra, propicios setos y cruz de calatrava de hierro forjado.

Cuando las distantes luces del pueblo desaparecieron detrás de una curva y la negra cinta de la estrecha carretera comarcal se fundió en lo oscuro, Honorio apagó las luces interiores para que el pasaje se durmiera y no molestara. La noche, negra como los cojones de un grillo, se tragó al autobús, el cual, a tientas, enfiló la carretera de Andújar, un dédalo de curvas traicioneras que se atiene fidelísimamente al trazado del antiguo camino de diligencias, sobre un trajinado arrecife que los moros heredaron de los romanos y éstos a su vez de los indígenas. Honorio se conocía el camino tan al dedillo que bien hubiera podido recorrerlo con los ojos cerrados. Por eso, y porque llevaban el tiempo tasado, conducía a gran velocidad, sin escatimar sacudidas, frenazos, y acelerones en las curvas, con el mismo cuidado, o un poco menos, que pondría si condujera un transporte de reses en lugar del autobús de las Marías de los Sagrarios. No habían recorrido una legua cuando el mareo se cobró sus primeras víctimas, y media docena de afectadas comenzó a desembuchar los desayunos en las previsoras bolsas de plástico, con la sola excepción de doña Transfixión, la presidenta de las Marías de los Sagrarios, la cual, en atención a su cargo, se había reservado el segundo asiento en orden protocolario, es decir el delantero-exterior de la fila de la derecha, justamente detrás y medio metro por encima del destinado al copiloto, que ocupaba don Cristóbal frente al inmenso parabrisas, al lado del chófer. No es que doña Transfixión no se mareara. Es que el mareo le vino tan recio y sin avisar que disparó el manguerazo sobre el sufrido cura, el cual, al percibir las perentorias arcadas, se había vuelto con intención de prestar cristianos auxilios a la señora. La delantera de la sotana quedó completamente bañada

de maloliente papilla en la que, si tuviésemos que someterla a análisis forense para aclarar algún enrevesado caso de asesinato, encontraríamos, junto a los restos más recientes de perruna y café con leche del desayuno, reveladores indicios del lomo de orza, cuarta de chorizo, oreja de cerdo y huevos con patatas fritas de la cena de vísperas. Nada más. De fruta ni rastro, que la presidenta de las Marías no toma postre porque está a régimen, aunque lo achaca a sacrificio por las intenciones de Su Santidad y el remedio de Bosnia.

Honorio, el chófer, volvió la cabeza entre dos curvas para apreciar la magnitud del daño, como quien tendrá que limpiarlo y al percibir que el desastre afectaba a la parte contratante, es decir, a don Cristóbal, se ofreció a parar.

—De ninguna manera, siga usted, siga usted —insistió don Cristóbal con la misma heroica determinación que tuvo el marino Churruca cuando la bala de cañón le arrancó la pierna en Trafalgar y él, cómo los tendría de bien puestos que decía siga el fuego, pelillos a la mar, atiéndanme a ese guardamarina que parece que se nos ha mareado, que cada vez nos los mandan más crudos.

Acudieron varias solícitas Marías de los Sagrarios a remediar el desaguisado con toallas húmedas, compresas higiénicas extrafinas, pero sin alas, y servilletas de papel y después de recoger el residuo semisólido y de frotar con agua las manchas de la sotana de don Cristóbal, excepto en la vecindad de partes pudendas y sus aledaños que recatadamente pasaron por alto, hay que reconocer que dejaron la sotana relativamente limpia. Lo que no le pudieron suprimir fue el olor a vomitona que crecería cuando apretara el sol. Alguna se brindó a mitigarlo rociando la prenda con agua de colonia, pero don Cristóbal declinó prudentemente el ofrecimiento no vaya a ser peor lo roto que lo descosido.

Al llegar a Andújar, después de pasar junto al montículo artificial de residuo de uranio, que en la oscuridad parece una pirámide mexicana, y de transitar por el tenebroso y pestífero desfiladero que forman las fábricas de aceite de Koipe, los expedicionarios, después de breve parada para completar el pasaje con un grupo de Marías de los Sagrarios de Arjonilla, Andújar y Marmolejo, enlazaron con la autovía del sur. Allí se terminaron las curvas y los volantazos, con gran alivio de las viajeras.

CAPÍTULO 3

—DE AQUÍ A SEVILLA, coser y cantar —anunció Honorio.

—¡Gracias a Dios! —respondieron algunas voces.

Relajáronse los ánimos y se anudaron conversaciones entre algunas pasajeras mientras otras rebullían en sus angostos asientos doblando sus prendas de abrigo, tapando huecos y acolchando reposabrazos como quien se dispone a dormir lo menos incómodamente posible.

A poco la algarabía de la partida se redujo a un adormecedor susurro. Se hablaba del Papa.

—Lo que yo no me explico es cómo le tiene ese hombre tanto miedo a volar —dijo Honorio, el chófer, interviniendo en una conversación que estaba siguiendo a sus espaldas.

—¿Cómo que le tiene miedo a volar, si siempre está volando?... —preguntó don Cristóbal.

—Pues ya me dirá usted, pero yo estoy harto de verle que cada vez que se baja de un avión lo primero que hace es hacer media plancha y besar el suelo levantando la patita. ¡Si eso no es miedo...!

Y soltó una carcajada. El muy socarrón estaba cachondeándose del Santo Padre.

—¿Sabes lo que te digo, Honorio? —replicó el cura—. Que conduzcas y no digas más barbaridades, que todavía no hemos salido y ya nos estás dando el viaje. Lo que tienes que hacer es poner la radio, bajita, para no molestar, a ver qué dicen las noticias del Papa.

Puso Honorio la radio que en aquellos momentos estaba difundiendo una crónica de los actos de la víspera:

—«... maravillosa de Sevilla, la mariana, la tierra de María Santísima, el trono del tronío y de la gracia, pero también de la devoción más acendrada, la Sevilla cofrade y misionera de donde un día venturoso salieron las misiones para evangelizar América; la ciudad que tiene ritmo, parsimonia y arte. Allí la conferencia episcopal preparó el Cuadragésimo Quinto Congreso Eucarístico: una concentración de cristianos como hace mucho tiempo que no se veía, millares de misiones y misioneros de todo el orbe católico, más de doscientos cincuenta cardenales y obispos de las más lejanas diócesis, incluso coptos y maronitas y otros no menos exóticos, casi siete mil congresistas, religiosos seculares especialistas en teología, gentes de toda raza y nación, como lo quiere el evangelio: chinos, negros, indios, altos, bajos, rubios, morenos, guapos, feos... Casi seiscientos cincuenta periodistas. Una universal convocatoria bajo el lema misionero: *Cristo, luz de los pueblos...*».

—Parece que aquello se ha puesto como un circo, padre —comentó el chófer.

—Tú a lo tuyo, Honorio, y no despegues los ojos de la carretera, que nos vas a dar un trompazo.

Honorio no había asistido a un concierto en su vida pero pertenecía a la clase de estos inoportunos que esperan para toser cuando la orquesta tqa *pianissimo*.

Seguía la radio en lo suyo en el mismo tono emocionado con que suelen retransmitirse los partidos de fútbol decisivos para la liga:

—«... hemos visto, estamos viendo, a las primeras figuras de la Iglesia, los príncipes y prelados de la Santa Madre Iglesia: el cardenal arzobispo de Milán, la próspera ciudad industrial, monseñor Cario María Martini...».

—«... se llama Cinzano» —intervino una vocecita junto al micrófono.

—«... hemos querido decir Cinzano —corrigió el locutor—: monseñor Cario Maria Cinzano, el prestigioso prelado, el eminente teólogo, el preclaro sacerdote, el padre providente de los pobres del que en estos momentos, señoras y señores, nuestro asesor religioso, el padre Ovejero, nos pasa una nota en la que leemos, atención señoras y señores, una sola palabra: ¡papable! Es decir, que se rumorea que es papable, que pudiera ser el próximo Papa si así lo decide el colegio cardenalicio reunido en cónclave...».

—«Lo decide el Espíritu Santo, inspirando a los cardenales» —se escuchó otra vez la vocecita del padre Ovejero.

—«... hemos querido decir, naturalmente, el Espíritu Santo, la paloma divina, la maravilla colombófila de Dios Creador, el vértice salvífico de la Trinidad Divina, en ella maravillosamente representada, esa paloma, ese Espíritu Santo inspirando maravillosamente a los píos cardenales. —Hizo una leve pausa para resollar y prosiguió en el mismo tono apresurado—: Hemos visto también al cardenal-arzobispo de Colonia, monseñor Joaquín Mesner, destacado teórico de la Iglesia actual, hombre sapientísimo y prudentísimo, y el de Manila, la bella capital filipina, la patria de... —iba a decir Isabel Preysler pero se contuvo a tiempo, titubeó e intentó arreglarlo—... la patria de tantos santos y hombres y mujeres virtuosos que han dado luz a la Iglesia de Cristo, el cardenal Jaime Sin, el defensor de los pobres del mundo, un santo varón —leyó de una ficha que le pasaba el asesor religioso— cuyas reflexiones sutiles conceptuales elevadas sobre el misterio de la Eucaristía en el cuerpo de Cristo en la comunión nos hacemos solidarios con ese Cristo y el desgarramiento del mundo...».

El autobús había dejado a la izquierda la desviación de Marmolejo, la del balneario de la hermana de San Sulpicio, la de las aguas buenas para el riñón, y tras subir la cuesta había arremetido la campiña olivarera, ya en tierras de Córdoba, la sultana. Susanita, después de intentar sin éxito mantener una conversación con su vecina de asiento, se había quedado dormida, acurrucada en su propio regazo, las piernas abrazadas en posición fetal, comprimida por la barra de la escalera. Le habían

asignado el peor asiento del vehículo para que se jorobe y haga un poco de penitencia. Cuando el faro fugaz de un coche adelantando iluminaba fugazmente el interior del autobús, en la penumbra, las facciones de Susanita parecían bellas y su pelo esparcido hubiera semejado el de las andaluzas morenas que pintaba Julio Romero de Torres si no fuera porque lo llevaba con mechas, a la moda del ¡*Hola!*

En su asiento de copiloto, don Cristóbal luchaba contra el sueño por seguir las noticias de la radio.

—«... el cardenal primado de América y legado pontificio en Sevilla, cardenal arzobispo de Santo Domingo, Nicolás de Jesús Rodríguez López...».

—Padre, ¿usted conoce a todos éstos? —preguntó Honorio.

—No, hijo mío, yo soy un soldado de infantería y ellos son los generales y mariscales de la Iglesia. El humilde soldado entra en batalla siguiendo las banderas, pero no se entera de los planes del estado mayor. Obedece las órdenes recibidas lo mejor que puede y con eso ya va satisfecho.

—Es decir, que es usted un cura de misa y olla.

Don Cristóbal escudriñó el rostro de Honorio y halló en él indicios perceptibles de cachondeo.

—De misa y gazpacho, Honorio, de misa y gazpacho. Y contento mientras Dios me dé paciencia para aguantar pelmazos como tú.

Seguía la radio: «... ayer, Su Santidad el Papa asistió a la vigilia de solidaridad en el Palacio de los Deportes. La madre Teresa de Calcuta, cuya asistencia al acto estaba prevista, no pudo desafortunadamente asistir por encontrarse imposibilitada por problemas de salud. Desde esta emisora hacemos votos por su pronto restablecimiento... En el acto de ayer, treinta y seis nuevos sacerdotes fueron ordenados en una impresionante ceremonia cuyos emotivos momentos quedarán para siempre grabados en la retina de los que asistieron. Hubo entre los ordenados un sacerdote impedido que acudió en silla de ruedas con la que saltó gallardamente un escalón, lo que le concitó la simpatía de todos los presentes...».

Tras un breve interludio musical de cantos gregorianos en *compact disc* se escuchó la inconfundible voz del pontífice en su alocución: «... este Papa se siente gososo de star nuevamente en sta antigua e ilustre ciudad, sede de san Leandro y de san Isidoro para rendir homenague a nuestra madre del sielo...».

Otra vez la voz del locutor: «... al margen de los aspectos estrictamente cristianos del salvífico evento, hemos de resaltar que además de la multitud de solideos rojos o púrpura de los obispos y cardenales, en cantidad nunca vista junta antes de ahora, observamos la discreta presencia de unos veinte policías en torno al Santo Padre, velando por su seguridad, en un conjunto colorista que fue amenizado por un concierto de música sacra, que hizo las delicias de los melómanos, en el transcurso del cual bailaron los seises, la primera vez que esta ceremonia, privilegio secular de

la Iglesia sevillana, era presenciada por un Pontífice, una actuación que el Santo Padre siguió con benévolo interés. Después del brillante y trascendental acto se celebró un ágape de confraternización...».

—Eso del ágape, ¿qué es, padre? —preguntó Honorio.

—Quiere decir que se fueron a comer.

—A propósito, padre, ¿a ver si me da la receta del *bocatti di cardinali*, o como se diga que dice mi marido que comen los preladados del Vaticano? —quiso saber la mujer de *Calamar*, que ocupaba el asiento contiguo a doña Transfixión.

—Tu marido siempre tan gracioso —rió don Cristóbal de buena gana—. *Bocatti di cardinali* no es ninguna comida, Transfiguración. La frase quiere decir bocado de cardenal. Se refiere a la comida bien sazonada, aseada y apta para el consumo humano.

«... el Papa, en quince años de pontificado, ha realizado sesenta peregrinaciones...», proseguía la radio con su tema.

—Quiere decir viajes —traducía Honorio, malévolamente, al lenguaje laico.

—«... en el mundo hay novecientos cincuenta millones de católicos; dieciocho de cada cien personas son católicas...» —calculaba entusiasmado el locutor.

—¿Nada más? —exclamó doña Transverberación, decepcionada, unas filas atrás—. Pues los otros, ¿qué son?

—Son moros y negritos, indios, japoneses, chinos y gente así —le decía su nieta.

—No lo entiendo, hija mía —decía doña Transverberación—. No sé cómo tanta gente puede estar tan ciega de la verdadera religión. Eso habría que arreglarlo de algún modo; no sé, mandar más misioneros o escribirles a los gobiernos o hacer algo.

—La Iglesia ya lo intenta, doña Transverberación —intervino don Cristóbal—, pero ya sabe que hay crisis de vocaciones.

—¡Ay, Jesús, qué disgusto más grande me han dado, padre! ¡Precisamente el día que voy a ver al Santo Padre!

—«... en ese maratón de fe, oración y catequesis —continuaba la radio— destacan los campeones consagrados a evangelización y apostolado en un mundo presa del proselitismo de las sectas...».

—Padre, ¿cuál es la diferencia entre proselitismo y apostolado? —preguntó doña Prevaricación.

—El apostolado pregona la verdad; el proselitismo, el error. La Iglesia católica hace apostolado; las otras, proselitismo; por eso los creyentes católicos se llaman fieles, y los demás, adeptos —aclaró don Cristóbal.

—«... Juan Pablo II —continuaba la radio— también ha llevado a los altares a trescientos santos y a unos seiscientos beatos, algunos de ellos españoles, entre ellos monseñor Escrivá de Balaguer, el fundador del Opus Dei, que contará con capilla de culto en la catedral de la Almudena, que el Papa va a consagrar solemnemente dentro

de dos días. Juan Pablo II ha proclamado más santos que ninguno de sus predecesores desde mil doscientos treinta y cuatro...».

Comenzaba a clarear el día, pero el leve resplandor azulado que iba definiendo la línea del horizonte todavía era más débil que las ráfagas de luz de los coches que circulaban en dirección contraria por los otros carriles de la autovía. Muchas pasajeras se habían dormido; otras cuchicheaban con su vecina de asiento o tal vez rezaban; otras, finalmente, escuchaban la radio y daban cabezadas a ratos. Don Cristóbal, de vez en cuando, abandonaba su asiento para inspeccionar a su rebaño y recorría el pasillo del autobús agarrándose precavidamente a los mullidos cabezales de los asientos de uno y otro lado. Como el buen pastor que se levanta nocturno y va al aprisco para inspeccionar el sosegado sueño de sus ovejas, así el diligente párroco cuidaba que todo estuviera bien y pasaba preguntando cómo iba la cosa a las que se habían mareado o repartiendo caramelos de menta.

—¿Cuándo haremos una parada, padre?

—Tenemos prevista una cuando lleguemos a Córdoba, salvo si hay emergencia que aconseje adelantarla.

En una de sus rondas, al pasar ante la bella Susana se inclinó a preguntarle con una sonrisa:

—¿Todo va bien, hija?

—Muy bien, padre. Le estoy muy agradecida.

—No hay de qué, hija mía. Mira, te voy a dar esta tarjeta de entrada a la *Statio Orbis* por si resuelves tus asuntos a tiempo y te da lugar a ir a ver al Papa.

—Muchas gracias, padre —dijo ella aceptando la tarjeta—, pero ¿no tendría otra para la amiga a la que voy a visitar?

—Claro, hija mía. Tengo tarjetas de sobra. Toma otra.

Don Cristóbal regresó a su asiento cuando la radio estaba diciendo: «... entre los importantes documentos que ha emitido el Santo Padre causó especial conmoción su declaración de que en el paraíso no habrá sexo, dado que no hará falta crecer ni multiplicarse, lo que le acarreó la condena de ciertos sectores de la población agnóstica...».

—Pues sí que le hace buena propaganda al cielo —comentó Honorio—. Y del infierno, ¿dijo si habrá sexo en el infierno?

—Tú a la carretera —dijo don Cristóbal—, que nos vas a dar un trompazo.

Clareaba ya sobre el horizonte gris y desvaído y casi todas las viajeras dormían o dormitaban arrumecidas por el suave balanceo del autobús que avanzaba como una flecha por la autovía de Andalucía. Algunas sostenían sus rosarios de desgastadas y blanquecinas cuentas y, aunque mantenían los ojos cerrados, movían levemente los labios publicando la devota vigilia.

Así pasaron por Pedro Abad, donde los petrodólares del moro han construido una lujosa mezquita junto a la carretera y los frailes de una comunidad paredaña han replicado elevando unos metros más la torre del campanario, que quede claro quién

es más Dios, faltaría más. A ratos la carretera discurría paralela al Guadalquivir, tan cerca que se veían brillar sus aguas. Muchas de las durmientes habían acabado por desvelarse con el murmullo de las que hablaban que crecía a la par que la claridad del día.

—¡Vamos a cantar! —propuso una.
Arrancaron con el cántico:

*Misericordia, Señor, misericordia,
porque estamos ahítos de pecado.
Como están los ojos del esclavo
fijos en la mesa de sus señores,
así estamos, cuitados, en el Señor
esperando en su misericordia...*

En ello estaban cuando Honorio dio un volantazo y, sin reducir la velocidad, introdujo bruscamente el autobús por una variante que conducía al espacioso aparcamiento del Gran Complejo Europeo de Servicios y Restaurante La Salmonela Fulminante, antigua Venta Paparrancia, y después de tirar por tierra a la mitad de las viajeras frenando sobre la gravilla como si fuera Steve McQueen, se volvió ufano y hazañoso, ignorando las protestas, para anunciar:

—¡Primera y última parada para desayunar y vaciar el mingitorio! Salida en un cuarto de hora.

Y no espero a nadie, que el que avisa no es traidor.

Loaron mucho al Creador trece o catorce viajeras que venían apuradísimas. A las cuales, caritativamente, permitieron apearse primero sus compañeras de viaje y era cosa de ver que en cuanto tocaban tierra salían de estampida que ríase usted del plusmarquista olímpico. Las más afligidas, haciendo aguas ya, se parapetaron detrás de unos escuálidos setos, medio ocultas entre la maleza del agostado jardinillo con vocación de vertedero que acotaba el aparcamiento, y se recataban unas a otras con corpulencias y pañuelos extendidos.

Evacuados los casos más desesperados, fue desembarcando el grueso de las Marías de los Sagrarios y con algarabía colegial invadió el complejo restaurador más completo de Andalucía, una especie de alargada nave industrial decorada en rojo y azul celeste y realzada por un podio escalonado de cemento pintado de rosa. Lo más destacado del conjunto eran sus amplias ventanas de estilo gótico-hindú con rejas andaluzas adornadas de geranios y profusión de letreros de neón que anunciaban, en sugestivos colores, las excelencias del local: Exquisitos desayunos, churros, tostadas de pan de pueblo con manteca de orza. Bar. Mesón. Piscina. Discoteca. Bingo. Gran salón de maquinitas tragaperras. Salón de banquetes y convenciones. Bodas, arrejuntamientos, despedidas de soltero, divorcios, bautizos, funerales, regulaciones de empleo. Bodas de plomo, cobre, plata, oro y diamante. Rooms, Chambres.

Seriedad, profesionalidad y distinción. Precios especiales a grupos. El banquete de más de cien cubiertos da derecho a la familia contrayente y a los padrinos a firmar en el Libro de Oro de la casa. El banquete de más de doscientos cubiertos se obsequiará, además, con noche de bodas gratis en nuestra excepcional *suite* nupcial Mesalina, equipada con cama *oversize* con dosel de espejo y tres velocidades de masaje, *jacuzzi*, escogida videoteca porno y gabinete sado-maso. El banquete de más de trescientos cubiertos incluye, además, obsequio de viaje de novios a Cancún. Deguste nuestras especialidades en migas gourmand, lomo de la sierra, soufflé de algarrobas y torreznos a la parisién. Parrilla argentina. Sala criolla. Hay carne de jabalí en temporada. Quesos en aceite de producción propia.

Doña Transfixión no había despegado los labios en los últimos diez kilómetros del viaje porque iba en las últimas, con la vejiga a punto de estallar, pero, por dar ejemplo a la tropa y no perder la gravedad y continencia que debe caracterizar a una presidenta de las Marías de los Sagrarios, prefirió no quejarse y disimular el aprieto. Por el mismo motivo, y por mortificarse en obsequio a las intenciones de Su Santidad, descendió la última del autobús y se dirigió parsimoniosamente, sufriendo muchísimo de la vejiga pero también recreándose en la suerte, a los servicios de la gasolinera que le parecieron lugar más mortificante que los del restaurante dado que previsiblemente estarían más guarros y además en ellos podía toparse con alguna obscena pintada de camionero. Se conoce que las intenciones del Papa para aquella peregrinación precisaban de sacrificios suplementarios porque doña Transfixión encontró ante los servicios una gran aglomeración de viajeras procedentes de otro autobús, con su cura y su conductor al frente, deliberando sobre el modo de rescatar a una correligionaria algo entradita en carnes que escrupulizando sobre las deficientes condiciones higiénicas del recinto se había encaramado sobre la taza intentando acuclillarse en posición fecal con tan mala fortuna que perdió el equilibrio y metió la pata con absoluta literalidad. Tenía un pie atrapado y no podía liberarlo. Dentro de lo que cabe tuvo suerte que el pie accidentado no fue el gotoso. Suspiraba como un cetáceo y decía de vez en cuando «¡Ay, ay!» con su vocecita atiplada mientras las demás decidían si era preferible romper a martillazos el artilugio sanitario e indemnizar a escote, solidariamente, por los tiestos rotos.

El churretoso mostrador de acero donde nuestras viajeras se arracimaron estaba atendido solamente por un camarero soñoliento que arrastraba los pies planos al caminar sobre una tarima chirriante y si se le pedía un café con leche daba cuatro viajes: uno para el café, otro para la leche, otro para la cucharilla y otro para el azúcar. Se ahorra el del plato, que no lo ponía. Don Cristóbal, como era bajito y colorado y propendía a pasar inadvertido cuando estaba rodeado de sus voluminosas hijas espirituales, intentó en vano hacerse notar por el barman. Tampoco alcanzó mayor fortuna cuando probó a hacerse oír para solicitar un café con una magdalena, tal era el estruendo que levantaban las vociferantes señoras. Intentó probar por el extremo más lejano de la barra que parecía algo más despejado, pero había quedado

apresado entre las corpulencias de dos matronas forasteras y los expositores giratorios de vídeos porno (que evitó mirar). Luego, cuando la marea humana fue aumentando al desembarcar nuevas expediciones *Statio Orbis*, fue desplazado contra la vitrina exposición de navajas cabriteras de variados tamaños, anchuras y formas, y el de las casseteras con las últimas canciones de El Fari, Los Chunguitos, Azúcar Moreno y los chistes de Josele y finalmente, unos metros más allá, contra el tablero muestrario de los llaveros. Había un llavero dorado que representaba un falo en erección, con sus buenos cojones y todo; otro mostraba por un lado un escudo del Real Madrid y por el otro a Tarzán practicando el salto del tigre sobre una playa tropical en la que tomaba el sol desnuda y descuidada una grácil amazona. También había versiones con el escudo del Atlético y con el del Betis (este último rotulado «*Beti Güeno*» en verde esmeralda sobre fondo blanco). Otros llaveros combinaban ingeniosamente los motivos deportivos con los eróticos y presentaban simpáticos cerditos con la camiseta del Madrid que enculaban a cerditas con los colores del Atlético, y viceversa, quiero decir el anterior pasivo de activo y éste de bardaje o recipiente, según la facción deportiva con la que se identificara el potencial comprador. También existían las variantes Sevilla-Betis, Barcelona-Español y otras míticas rivales. Completaban el interesante muestrario llaveril el modelo que por un lado tiene la bandera de España con escudo preconstitucional y por el otro el carnet de identidad de Tejero (en otras versiones el de Franco o el de Hitler), el que tiene por un lado a la Macarena y por el otro al Jesús del Gran Poder y el que tiene por un lado al Che Guevara vestido de Cristo y por el otro a Cristo vestido de Che Guevara (en otras versiones Che Guevara sustituido por la idealizada acuarela del Camarón de la Isla). Nuestro cura salió perito en llaveros, pero en ningún momento consiguió hacerse notar por el barman.

Detrás del mostrador, el muro estaba cubierto de anaqueles de cristal con botellas de diversos licores que a nuestro sencillo cura, como estaba poco viajado, le pareció imposible que en el mundo hubiera tantos, y por encima de todo un cuadro del Cristo de los Faroles, otro de la Virgen de la Fuensanta, otro del rey en uniforme de general de las Fuerzas Armadas y un robusto garrote de tres metros de largo dispuesto longitudinalmente entre dos clavos de hierro forjado. Sobre su madera envejecida a soplete y muy barnizada podía leerse en letras rojas: Libro de reclamaciones.

Don Cristóbal hacía esfuerzos por hacerse notar del camarero, aunque sin perder la compostura y gravedad que convienen a un sacerdote. Cuando por fin la Providencia se apiadó de él y le envió al barman, ¿qué va a ser, padre cura, ha escogido ya su llaverito o se le apetece desayunar?, en la puerta del establecimiento tronó la voz de Honorio:

—¡La hora! La que no esté montada dentro de medio minuto se queda en tierra, que yo no espero ni a mi padre.

Don Cristóbal, desfallecidito de hambre, predicó con el ejemplo y se dirigió inmediatamente al autobús. «Bueno, ya habrá ocasión de comer algo cuando lleguemos a Sevilla», se consoló. Entonces reparó en que después de tanto

recomendar que echaran talega para el día, él había olvidado preparar la suya. «Bueno —se resignó—, ya habrá algún alma caritativa que se apiade de mí y me ofrezca algo». Honorio, ya encaramado en su asiento, hizo sonar la bocina, y dio un par de amenazadores acelerones que arrancaron un trotecillo cochinerero en el grupito de las rezagadas. Cuando éstas hubieron embarcado, Honorio pulsó el mecanismo hidráulico que cerraba las puertas y se volvió a preguntar: «¿Estamos todos?», «¡Síííí!», respondió el coro parroquial. «Pues allá vamos». Y allá fue el autobús de las Marías de los Sagrarios de Arjona, a toda pastilla.

Nuevamente en ruta, al pasar por Alcolea, don Cristóbal se incorporó para hacer de cicerone: tenían a la vista el famoso puente de piedra donde nuestro paisano, el duque de la Torre, el prócer que tumbó de espaldas a la reina y luego a la monarquía, había ganado la famosa batalla que trajo la Gloriosa República, pero doña Transfixión, al verlo con el micrófono en la mano, lo reclutó para su programa:

—¡Eso, eso, don Cristóbal, dirija usted el canto!

Y sin esperar respuesta del cura comenzó a cantar, secundada por cuarenta voces dóciles y voluntariosas, más que acordadas:

*Es pura la azucena
cuando en abril
perfuma su fragancia
rico pensil;
pero más pura,
en su divino rostro,
es la hermosura.*

Don Cristóbal, resignado, desconectó el micrófono y se unió al coro de la parroquia desistiendo de todo intento de evangelización cultural.

Dejaron atrás Córdoba y rodaron otros cuarenta kilómetros por la flamante autovía de Andalucía. A veces adelantaban a otros modernísimos autobuses cinco estrellas portadores de pancartas alusivas al *Statio Orbis* o eran adelantados por ellos. Los peregrinos intercambiaban alegres saludos de nave a nave.

—Nuestra pancarta es mejor —comentaba doña Transfixión a Transfiguración—. ¡Qué lástima que tu marido, con lo apañado que es para la Iglesia, sea tan contumaz de amistades!

—Yo, con la ayuda del Señor y la de don Cristóbal, rezo para que vuelva al redil y no pierdo la esperanza.

Al pasar por los llanos de Navalagrulla las postulantes iban cantando:

*Alabado sea el Santísimo
sacramento del altar*

*y la Virgen concebida
sin pecado original,*

cuando avistaron un mulo pardo de gran alzada que pastaba junto a la carretera y que, indiferente a la rasca matinal, con pasmosa desinhibición, presentaba sus armas y exhibía sus potencias *urbi et orbe*. No sé si el lector se percata del circunloquio. O sea, aunque esté feo señalar, el animal mostraba un mandado descomunal, desenfundado, descapullado y hasta cromáticamente equilibrado, con su manga negra aterciopelada rematada en perinola rosa satén. No parecía sino que el Maligno lo había colocado allí para turbar a las pasantes o probarlas con pensamientos inverecundos. La brusca irrupción de la carne, aunque fuera fugacísima, que ninguna viajera se atrevió a volver la cabeza para prolongar la contemplación más allá de lo que daba de sí el rabillo del ojo, no dejó de surtir sus devastadores efectos: desmayaron las voces y se desacordó el angélico concierto por toda la banda derecha del autobús, que era la más canora, hasta el punto de que doña Transfixión, alarmada, ignorante de lo ocurrido, porque ella viajaba en la banda opuesta, hubo de reavivar las devociones levantando su potente voz para arremeter, casi en solitario, la siguiente estrofa, aquella hermosa cancioncilla del códice Medinaceli que dice:

*Pan divino y gracioso
sacrosanto,
manjar que da sustento
al alma mía.
Dichoso fue aquel día
punto y hora,
en que tales dos especies
Cristo mora.*

Honorio, tan chistoso antes, había ido amohinándose a medida que progresaba el concierto. Al llegar a la desviación de Fuentes de Andalucía, ya con tránsito grueso y el sol dando de través y cegándolo con los reflejos irisados el parabrisas, con lo hartito que estoy de decirles a los de la limpieza que no ahorren jabón ni me limpien las lunas con la fregona del suelo, ya no se pudo contener y volviéndose a don Cristóbal a la salida de una curva dijo:

—Padre, dígalos usted que se callen un poco, que van distraendo al conductor y tener que aguantar filarmónicas de beatas no entra en el convenio. Si quieren que paremos, paramos y les damos suelta por el campo que trisquen un poco y canten por los barbechos, pero aquí dentro vamos a estar callados que no me concentro.

Don Cristóbal tomó el micro y rogó silencio alegando que la densidad del tránsito aconsejaba que el chófer fuera sin músicas. Y era verdad porque se había alzado la mañana y comenzaban a discurrir muchos coches que iban o venían de los pueblos cercanos a la capital y viceversa.

CAPÍTULO 4

—«... los españoles somos superficialmente agnósticos y profundamente creyentes —decía en la radio la teóloga Margarita Pinar—. Las estadísticas muestran que la mitad de los españoles creen firmemente en Dios; treinta creen débilmente; nueve dudan y diez de cada cien no creen».

—Esa es la mala hierba del Evangelio que habría que extirpar, quemados deberían estar —dijo doña Transfixión, y en el fondo de su corazón lamentó haber evitado que Susana la pecadora se sentara a su lado porque le habría gustado tenerla a mano para mortificarla durante todo el viaje. Por lo menos que purgue algo, ya que viene impuesta y contra nuestra voluntad.

—No digáis barbaridades —regañaba don Cristóbal, en prudente plural, por no señalar ni mermar la autoridad bíblica de doña Transfixión—. Los que no creen en Dios porque les falta fe son hermanos a los que hay que atraer al seno de la Iglesia con caricias y halagos. Son como el hijo pródigo del Evangelio.

—Pero ¿cómo pueden estar tan ciegos, padre? —inquirió doña Molturación.

—Si Dios permite que lo estén será por algo, aunque a nosotros se nos escape.

No volvió a replicar doña Transfixión, que de pronto se sintió terriblemente agotada después de aquella discusión teológica y, poniendo cara de estar sumida en profundos pensamientos o quizá de meditar sobre un intrincado pasaje evangélico, tornó a repasar mentalmente los eventos de su telenovela favorita en el capítulo de la víspera, donde Amador-Fernando confesaba a Vanessa-Ildergarda que estaba enamorado de la secretaria de su padre sin sospechar que cometía incesto *in pectore*, aunque no mediara, por la ignorancia, dañada intención, puesto que se trataba de su verdadera madre, que lo había engendrado con un capataz de la hacienda que se hizo pasar por el abuelo Facundo-Trinidad en la confusión nocturna del campamento romero, durante una peregrinación familiar al santuario de Guadalupe el año de la epidemia de gripe que diezmó a la indiada.

Doña Transfixión, como el niño y la niña, que son los que entienden de vídeo y cacharros eléctricos, estaban en la mili y en la universidad respectivamente, había encargado mucho a su marido que le grabara el siguiente capítulo, pero este hombre es tan inútil, no sé cómo estuve para casarme con él, que no podía confiar en que supiera hacerlo. Estos hombres en cuanto le hacen a una los hijos, para qué poquito sirven. A ella bien le hubiera gustado ser la teóloga Margarita Pinar y poder hablar de Dios y del Santo Padre por la radio, incluso que la oyeran en las misiones de las selvas del Paracumbá, y los negritos del Tibolí con sus huesos atravesados en las anchas narices y sus pililas púdicamente enfundadas en estuches de corteza de abedul, pero Dios, cuyos designios son inescrutables, y el Espíritu Santo, que sopla

donde quiere, según dicen los Evangelios, ¿o es san Pablo?, la había echado por otro camino contrariando su secreta vocación y se tenía que conformar con ser presidenta de las Marías de los Sagrarios en un pueblo de seis mil habitantes, que, no es por despreciar, pero ella, la hija de su madre, siendo quien era y con la cabeza que tenía, podría haber aspirado a mucho más si le hubieran dado estudios.

La radio, después de un segmento de orientación comercial, ofreció a los amables radioyentes los datos humanos del Papa.

—«... ha cumplido setenta y tres años y hay que reconocer que los lleva muy bien, a pesar de las dos operaciones que ha sufrido cuando el atentado de Ali Agka, el cual ha abjurado del islamismo y se ha convertido al catolicismo, y el año pasado para extirparle un tumor intestinal. Bien se nota, además del auxilio divino, la sólida consistencia física de este Papa deportista que en su juventud fue gran deportista, escalador, esquiador, canoador, ciclista y hasta, ocasionalmente, cortador de troncos y obrero fabril. Ahora, en su gloriosa ancianidad, cuando es Pontífice de la Iglesia y Vicario de Cristo en la tierra, aún madruga para comenzar su jornada diaria con ejercicio. Se levanta, estimados oyentes en Cristo, a las cinco y media y hace unos minutos de bicicleta estática, tras de lo cual y del aseo diario, se dirige a su capilla privada donde celebra íntimamente el sacrificio de la Santa Misa ante algunos invitados. Después medita durante una hora o lee el Breviario o pasea por la terraza de sus habitaciones. A las siete ya está en su despacho y lo primero que hace es echar un vistazo a la prensa internacional, sin traducir, que para eso conoce diez idiomas. Sirven al Santo Padre tres monjitas polacas que trajo de la Congregación del Sagrado Corazón de Cracovia. Una de ellas, sor Trebiana, le sirve a las ocho el desayuno: huevos fritos, jamón serrano o filete de carne, café y tostadas de pan con mantequilla...».

El chófer miró hacia atrás sonriendo. Se conoce que estaba de mejor humor porque comentó con un guiño pícaro:

—Así que entra la monjita y le lleva la bandeja...

—Tú mira a la carretera y no pienses maldades —dijo don Cristóbal haciendo ademán de darle un cogotazo. Doña Transfixión suspiró y puso los ojos en blanco como diciendo: ¡Dios mío, danos paciencia! El resto del rebaño ni se enteró que ya entraban en Sevilla y las peregrinas iban distraídas mirando los polígonos industriales, los pasos elevados, los anuncios de las vallas, los almacenes de refrescos, las tiendas de concesionarios de automóviles, los hipermercados, los semáforos y todas las otras señales de progreso y bienestar que rodean a las grandes ciudades. Seguía la radio:

—«... en las demás comidas sus menús son siempre muy sencillos, de cocina polaca que las monjas le preparan personalmente: un primer plato de verduras y un segundo de carne acompañados con vaso de agua o de leche. Los callos a la polaca son su plato favorito...».

A don Cristóbal se le hizo la boca agua. ¡Callos a la polaca! Él, como llevaba ya veinte horas sin probar bocado, se hubiera comido incluso unos callos a la castellana.

—«... y le gusta el vino italiano de Le Marche...».

—Ese no será el de tetrabrick de Valdepeñas —apostilló Honorio.

—«... después de la comida se retira a descansar tres cuartos de hora...».

—Descanso le llaman a la siesta —dijo Honorio. Estaba verdaderamente impertinente.

—¡Vaya viajecito que nos está dando el chófer! —protestó doña Enajenación.

—¿Te vas a callar, Honorio? —se enfadó don Cristóbal.

—Oiga, padre, que echar la siesta no es pecado, que eso es de cristianos.

—«... después pasea por los jardines vaticanos una larga caminata con su secretario privado Stanislaw Dgiwisz. De cuatro a ocho trabaja en el despacho, reza el rosario en su capilla privada y cena. A las diez lee libros de filosofía o teología mientras escucha música de Bach de fondo y se retira a dormir a las once».

—Es decir que duerme como seis horas —aclaró doña Deforestación, haciendo gala de sus conocimientos matemáticos.

—A su edad no está mal —comentó doña Compunción—. Mi madre, que en paz descansa, dormía cuatro horas en sus últimos años. —Y al pensar en su madre se le humedecieron los ojos y laboriosamente, poniendo un poco de su parte, parió una lagrimita que enjugó parsimoniosamente con un pañuelo que llevaba estofado en la bocamanga—. ¡Ay —suspiró—, con lo que le hubiera gustado a ella venir a ver al Papa!

—Consuélate, Compunción —le dijo su compañera de asiento—, que ella está viendo a Dios.

—Sí eso sí —reconoció doña Compunción—. Eso me consuela mucho, pero si ella supiera lo solita que me ha dejado. —Y tornó a enjugarse una lágrima antes de que brotara.

—«... él está fortalecido por Cristo —seguía la modulada voz del locutor—, es un Papa que tiene sentido del humor. Hace años un grupo de católicos le gritaba bajo el balcón Juan Pablo II te quiere todo el mundo y comentó sonriendo “Todo el mundo no, pero estoy seguro de que vosotros, sí”». El hombre de la radio proseguía incansable:

—«... sus mensajes evangélicos, la condena del divorcio, del control de natalidad y del aborto son muy controvertidos...».

—«... aquí viene a plantear la contribución del Estado a la financiación de la Iglesia y la enseñanza de la religión en los centros públicos, pero también le preocupa que en el año pasado se divorciaran doce mil españoles...».

—¡Ay, Dios mío, la cruz que nos has enviado con esto del divorcio! —suspiró doña Transfixión, que después del esfuerzo desplegado como animadora del coro parecía haber caído derrengada y medio dormida, cerrados los ojos, las piernas juntas y extendidas, las manos cruzadas sobre el vientre, como de cuerpo presente.

—«... algunos comentaristas malévolos han pretendido que Su Santidad está invitando a los españoles a crear un partido político católico; es un viaje político; está preocupado por la secularización de la sociedad; por eso su lema es salid a la calle, evangelizad España; no tengáis miedo a ser santos...».

Anunciación y Adoración hablaban de la primera comunión de la hija de una amiga común:

—¡Ay, hija, como una boda! ¡Igualita que una boda! De comida, la que quisimos, que allí sobró de todo, y mucha cigala y mucho marisco y mucho plato de jamón y mucho vino de carta de oro o como le digan. Ya te digo: como una boda de ringorrango, que allí no faltó nada más que el novio y no había más que llamar al camarero y leche de hormiga que pidieras, leche de hormiga que te traían.

Yo, mejorando lo presente, no he visto nunca semejante lujazo.

—Claro —intervino doña Atrición, que, desde el asiento trasero, seguía la charla —, como la niña además es tan desgachada y caballona, que parece que tiene ya veinte años... —Se conoce que estaba un algo contrariada porque no la habían invitado siendo como era la tercera adjunta a la vicesecretaría de las Marías.

—¡Ay, hijas!, yo, ¿qué queréis que os diga? —dijo doña Purificación—. Si no fuera faltar a la caridad, os diría que la pobrecita, aunque el vestido era lo mejor que había en la tienda, estaba igual de fea que de costumbre.

—Es que aunque la mona se vista de seda... —remachó doña Atrición.

—«... está primando la fe en detrimento de las relaciones sociales» —predicaba en el desierto la voz de la radio. Ya ni siquiera la escuchaba don Cristóbal, que se había quedado dormido, con la boca entreabierta, y por la comisura izquierda se le deslizaba una salivilla sobre la pechera de la sotana. No hay peligro de que la manche, que bien manchada la lleva de la vomitona de doña Transfixión.

A propósito, ¿sabía el lector que unos veinte mil sacerdotes usan sotana en el mundo, excluyendo a los del Palmar de Troya, que son los más observantes y preconciarios?

—¿Busca el hombre a Dios porque necesita respuestas a sus últimas preguntas? —proponía agudamente el locutor.

—No es que el hombre necesite a Dios: es que Dios existe y punto, y por tanto hay que creer en Él —razonaba agudamente la doctora en teología María José Habana, religiosa del Sagrado Corazón.

De pronto la radio comenzó a perder onda y a gorgear hasta hacerse ininteligible.

—¡Vaya, hombre —dijo don Cristóbal abriendo un ojo—, con lo interesante que estaba el programa! Honorio, hombre, mira a ver si puedes encontrar esa emisora.

—Se hará lo que se pueda —dijo el chófer—, aunque uno no es la virgen de Lourdes —irreverente mención que provocó un respingo en la presidenta de las Marías—. ¿No será mejor que ponga una cinta de El Fari muy buena que tengo aquí?

—Honorio, no me seas bacín y busca otra emisora que hable del viaje del Papa —le reconvino el cura.

Obedeció Honorio de buena gana y no tardó en dar con otra onda:

—«... viaja un grupo de setecientos periodistas... Don Gonzalo Puente Ojea, antiguo embajador de España ante el Vaticano, y gran conocedor de los ambientes vaticanistas, coincide con otros vaticanólogos conocedores de los complicados entresijos de la curia romana en que este viaje es eminentemente pastoral y tiene por objetivo hacer proselitismo, incentivar el fervor y halagar la vanidad del protagonista fortificado con tanta manifestación de fe...».

—«... en la visita de mil novecientos ochenta y dos —decía el jesuita Pedro Miguel Lamet—, el Papa quedó bastante desilusionado porque él tenía la idea de que la Iglesia española se parecía bastante a la polaca y que, juntando la fuerza de ambas, podía transformar Europa...».

—«... ¿Y dónde estuvo el fallo, si puede saberse?...» —inquirió el entrevistador.

A lo que contestó otro contertulio de voz tonante:

—«... en que el cardenal Tarancón había aceptado la separación Iglesia-Estado. Luego vino Suquía, que era muy conservador y ahora nuevamente rige los destinos de la Iglesia española un liberal, el cardenal Elias Yanes, que mantiene una posición distante de Roma...».

—Vamos, que el Papa y él no se pueden ver —tradujo Honorio y observó por el rabillo del ojo el efecto que sus palabras hacían en don Cristóbal, pero el cura se había traspuesto de nuevo. O se hacía el dormido.

Habló Miret Magdalena:

—«... todo estará controlado para que no salga ninguna voz crítica, porque no se quiere que exista una crítica pública. Por otro lado me parece que ya hay testimonios suficientes como para que el Papa escuchara si quisiera escuchar...».

Otro contertulio dijo:

—«... en el Congreso Eucarístico de Sevilla ha habido una ínfima representación de los que claman por una Iglesia más conectada con el mundo. El Papa ha tenido buen cuidado de enviar un legado pontificio tremendamente conservador...».

—«Y luego están los escandalosos gastos que todo esto trae consigo —dijo un tercero—. Hay dos mil periodistas acreditados, un enorme séquito de cardenales, dos papamóviles, cientos de guardaespaldas, pantallas gigantes de vídeo... El avión papal costará al contribuyente español unos mil millones de pesetas, aparte de lo que tengan que aportar los obispados. Fuentes oficiosas aseguran que puede llegar a cinco mil millones. El ecónomo diocesano considera altisonante tal cantidad y por otra parte dice que los gastos hay que mirarlos en proporción con el fruto que se consigue...».

—¡Don Cristóbal, don Cristóbal! —doña Transfixión sacudía levemente el brazo de su vecino de asiento—. ¡Despierte usted, don Cristóbal, que en la radio están diciendo barbaridades contra el Santo Padre!

Despertó don Cristóbal, o pareció que despertaba, y encontró a medio autobús sobresaltado, las Marías incorporadas en sus puestos, con los ojos pegados en los altavoces, silenciosas, con expresiones preocupadas, mirando al techo, como los

submarinistas cuando un destructor enemigo intenta cazar su sumergible con cargas de profundidad. Don Cristóbal prestó atención a la radio.

—«... los patrocinadores oficiosos, Iberia, Telefónica, Philips, el Canal de Isabel II y Pepsi-cola a través de los cuales se espera recaudar en el Consejo Eucarístico unos setenta y cinco millones, si bien su vicesecretario ha declarado que duda de que se alcance la mitad de esa cifra».

—¡Honorio, haz el favor de buscar otra emisora —ordenó don Cristóbal, reprobador—, y a ver si esta vez te luces más!

—Yo soy un mandado —dijo Honorio— y no tengo culpa de que la radio diga esas cosas, que para eso somos un país libre.

Don Cristóbal, como había nacido en un humilde hogar campesino, sabía distinguir, por los indicios de la mañana, si el día iba a ser caluroso. Aquel día llevaba todas las papeletas para ser un horno. Más vale así —pensó— que tendría muy triste gracia que lloviera en la misa de campaña de Su Santidad. Pero también le asaltó el pensamiento de que las iba a pasar canutas porque la noche de la víspera, después de darle muchas vueltas al asunto, con sus tres sotanas expuestas encima de la cama, había decidido ir a Sevilla con la de invierno porque las otras brillaban tanto por las mangas que resultaban indecorosas. Ya comenzaba a hacer calor.

Rebuscando en el bolsillo superior, don Cristóbal encontró una cuartilla doblada en la que había escrito: «Al Papa, beatísimo padre, y Su Santidad: a los cardenales, eminencia, eminentísimo señor; a los arzobispos y obispos con gran cruz, excelentísimo señor; sin ella, ilustrísimo señor; a los religiosos, reverendo padre...».

Volvió a quedarse dormido. Estaba hecho polvo. Entre unas cosas y otras, llevaba tres días casi sin dormir.

CAPÍTULO 5

ERAN LAS SIETE Y DOCE MINUTOS DE LA MAÑANA cuando el autobús entró en Sevilla y pasó ante la típica escultura de un apache a caballo, no mayor que el de un retratista de feria, que se embosca, para sorprender al automovilista, entre dos polvorientos matorrales de la avenida de Kansas City Como es la carretera del aeropuerto, por donde había llegado el Santo Padre, las farolas estaban profusamente adornadas con banderas del Vaticano, blancas y amarillas y en las ventanas de algunos bloques de pisos, evidentemente habitados por gente de orden y misa dominical, pendían colchas, banderas e incluso sábanas convertidas en pancartas de salutación papal: «Bienvenido a Sevilla, atleta de la fe»; «Totus Tuus»; «Santo Padre, Sevilla te abraza»; «Juan Pablo, la tierra de María Santísima está contigo»; «Tú, pastor; nosotros, borregos»; «¡Bendícenos, Juan Pablo!»; «A tus pies con devoción, cordero de Cristo»; «Bendita sea la Madre que te parió»; «Papa mío, bienvenido a la tierra de la Blanca Paráclita», y cosas así. Al cruzar la calle Luis Montoto, a las señoras les hizo mucha ilusión reconocer la mole de El Corte Inglés, donde la plana mayor de la Asamblea comarcal de las Marías de los Sagrarios, sector renovado, había previsto pasar seis horas de esparcimiento comercial antes de abandonar Sevilla, aunque lo que constó en el acta fue que «en previsión de las abusivas temperaturas caniculares que suelen señorear el estío sevillano, a la hora de la siesta, las peregrinas se refugiarán en unos locales dotados de refrigeración con objeto, no sólo de descansar y meditar, sino también de adquirir postales y medallas conmemorativas de la visita Papal».

En el cruce con la calle Eduardo Dato, aprovechando que el autobús se detenía en el semáforo, la joven Susana volvió a dar las gracias a don Cristóbal y se apeó. Una de las viajeras de atrás comentó en voz alta: «No corras tanto, niña, que todavía no han abierto las discotecas», pero Susana fingió no haberlo oído. El comentario provocó un coro de risas. Don Cristóbal, cuando la chica se hubo apeado, se volvió en su asiento y lanzó una mirada furibunda a la graciosa, la cual, poniendo cara de compunción más falsa que Judas, clavó la mirada en el bolso que llevaba entre los pies con su fiambarrera de aluminio llena de filetes empanados y huevos cocidos en el compartimento inferior y una tortilla de patatas y cebolla en el superior.

—Tengamos la fiesta en paz —medió la presidenta con autoridad y dominio.

—Lleva usted razón, doña Transfixión —dijo don Cristóbal—. Sigue Honorio, que llegamos tarde.

Siguiendo el rastro de las banderas vaticanas y los carteles señalizadores con el indicativo «*Statio Orbis*» prendidos de farolas y señales de tráfico (tránsito debiera decirse), nuestros peregrinos cruzaron Sevilla y llegaron sin novedad a la inmensa

explanada de Tablada, donde cada año celebra Sevilla su mundialmente famosa Feria de Abril. El ayuntamiento hispalense la había acondicionado para el *Statio Orbis*, la solemne función eucarística en la que el Santo Padre celebraría misa ecuménica en presencia de un millón de personas y en ausencia de otros ochenta o cien millones que la seguirían por televisión.

En total, según los cálculos más prudentes, la convocatoria sevillana había atraído a más de seiscientos mil fieles de todas las partes del mundo, sin contar a los quizá veinte mil religiosos o religiosas.

—¿Por qué sin contarlos? Contémoslos también. Aunque arrebatados de amor divino, son seres humanos de carne y hueso, hombres y mujeres como nosotros. Como nosotros sufren tentaciones de la carne. Como nosotros, a veces, sucumben a ellas. Muchos tienen amantes. Otros son adictos al vicio solitario. Muy pocos están limpios de polvo y paja.

El dispositivo, o sea, el campo *Statio Orbis*, tenía forma de abanico abierto, cuyo vértice estaba ocupado por una gran tribuna escalonada de las que se montan en los conciertos de *rock*. Sobre la tribuna destacaba un tinglado de tubos que sostenía una gigantesca mampara con el anagrama del Congreso Eucarístico perfectamente visible desde dos kilómetros de distancia. En la parte central, algo más elevada, se había dispuesto el baldaquino con el sillón del Pontífice y a un nivel ligeramente inferior el espacioso altar donde se celebraría la misa solemne.

Delante de la tribuna se extendía la explanada sin árboles donde, durante la feria, se instala la así llamada «calle del Infierno» con sus tómbolas, sus columpios, su noria, sus coches locos, su tren del terror, su isla de los piratas, su museo de los espejos, su *creepy show*, sus casetas de tiro, su látigo, su rueda gigante y demás atracciones mecánicas. Sus turroneñas.

Cuando el autobús llegó al ferial la radio decía oportunamente:

—«... en la erección... —vaciló el locutor, pero ya estaba pronunciada la palabreja fatal. Mejor suavizarla agregando un sinónimo— queremos decir en la colocación de este altar central han trabajado de continuo veinticuatro personas además de setenta técnicos: oficiales, montadores, etcétera y se han empleado treinta y cuatro mil metros lineales de tubos de acero para estructura y veinte mil de moqueta; de albero, la característica tierra de Sevilla, se han esparcido más de cien toneladas por todo el recinto. Las vallas de separación ascienden a veintidós mil; el conjunto de medios acústicos y lumínicos allegados, unido a la combinación psicocromática, está diseñado para crear un espacio de creatividad total hipermedia...».

El coche de nuestras expedicionarias llegó al enorme aparcamiento. Los autobuses alineados allí no bajarían de trescientos.

—¡Qué barbaridad! —decía doña Aspersion—. Pero si parece que se han juntado aquí todos los autobuses del mundo... ¿Quién dijo que el cristianismo estaba de capa caída?

Cuando el autobús se detuvo en su lugar, al final de la fila, don Cristóbal empuñó el micrófono y se volvió a impartir a su grey las últimas consignas:

—A ver: que todo el mundo apunte el lugar del aparcamiento. —Miró el cartel indicador, contrayendo los ojos para ajustar la miopía—: El sector C, coche treinta y dos.

Hubo un revuelo en busca de bolígrafos. Algunas usaron el lápiz de ojos. Otras, la barra de labios.

—¡Silencio! —se escuchó el penetrante agudo de doña Transfixión—. ¡Apuntad todas: Sector C, coche treinta y dos! —Y como un general que ordenara cargar sobre el enemigo ordenó—: A ver, la portapendón, a mi lado, y cuando bajemos todas agrupadas detrás del pendón...

—¡Ay, Transfixión! —se quejó doña Consternación—. ¿Por qué no lo llamamos bandera o estandarte? Es que pendón suena tan mal...

—Pues eso es un pendón, toda la vida de Dios —intervino Honorio, como siempre desacertadamente.

—Usted a su oficio —le fulminó doña Transfixión—, que es guardar el coche, no nos vayan a robar la comida. Las demás, siempre detrás de mí y del estandarte. ¿Tenéis la tarjeta?

—¡Síííí! —respondieron a coro, muchas de ellas exhibiendo en alto un rectángulo de cartulina en cuyo anverso se leía «Tarjeta de asistencia. Puerta de entrada 4. Tarjeta rosa. Sector 42. Debe ocupar su sitio antes de las 8.30 horas», y en el reverso se veía un croquis del campo *Statio Orbis*, dividido en cinco sectores marcados según el color de las tarjetas: verde, naranja, azul, rosa y gris.

—¡Ay, a mí me hace ilusión que tengamos el color rosa! —no se pudo reprimir doña Condonación, señora a la que cuando se le ocurría un pensamiento inteligente tenía que soltarlo—. Mira que si nos toca el gris, con lo feo que es.

Don Cristóbal, no sin esfuerzo, consiguió que le prestaran atención y que guardaran silencio, esto ya fue un poco más difícil:

—Vamos a ver: las últimas consignas. Que todo el mundo se ponga el distintivo en la solapa. ¿Lo tenéis todas?

—¡Síííí! —todas comprobaron que llevaban firmemente prendida del pecho la chapita «*Statio Orbis*».

—Bien, pues ya sabéis: todos juntos que no nos perdamos y en cuanto acabe la Santa Misa aquí en este mismo sitio para coger el autobús e irnos a almorzar al parque de María Luisa. Si alguien se pierde, que se dirija al azulejo de Jaén de la plaza de España donde el grupo dejará permanentemente un centinela.

Don Cristóbal no había estado nunca en Sevilla; en Salamanca, sí; en Granada, también, pero en Sevilla, nunca. No obstante sabía por Honorio que el azulejo de la plaza de España no tenía pérdida y estaba habituado a creer sin ver como parte esencial que es de su oficio. El azulejo, que representa la batalla de Bailén junto con otros temas provinciales, era el punto de encuentro que solían usar sus paisanos

cuando hacían expediciones a los partidos de liga o a las manifestaciones de protesta ante la Consejería de Agricultura. Otro punto de encuentro era el pie de la Giralda, pero allí es fácil que se te acerque un guardia y te diga disuélvanse, que me están perturbando al turismo.

Escuchadas las últimas recomendaciones, se abrieron las esclusas del autobús con un suspiro hidráulico y la cetácea manada fluyó como un coloreado manantial. De aquel y de otras docenas de autobuses que sin cesar llegaban, descendían alegres y saltarines arroyos de devotas, la última reserva espiritual de la católica Santiago y cierra España, para inmediatamente fundirse en un manso y caudaloso amazonas inundando la explanada con determinación de tropas expedicionarias conscientes de su fuerza incontenible. Llegaban molidas del viaje y mal dormidas, pero con la inquebrantable resolución que da la certidumbre de poseer la verdad. Algunas, también, con cierta incertidumbre, lo admito, inquiriendo ansiosamente por los lavabos.

Allá viéredes a nuestras Marías de los Sagrarios contentas como párvulos, saltando dentro de lo que cabe, que no es mucho, expresando su gozo ecuménico con alegres grititos y profiriendo variadas expresiones de femenil contento. Descendió Honorio por su lado y braceando entre la gozosa manada se abrió paso hasta las apaisadas compuertas de la bodega del autobús y las fue levantando para que cada cual sacara sus pertenencias.

—¡Y el agua! Que no se olvide el agua, que el día es largo.

—¿Y la comida?

—La comida no, doña Subrogación, que a comer iremos al parque de María Luisa.

—¡Ay, qué ilusión!

Doña Transfixión arengaba a sus huestes desde la escalera del vehículo.

—¡Un poco de atención, por favor! Que todo el mundo coja su silla y su sombrero. Que no se olvide el agua. Las de la pancarta que la desplieguen y caminen delante del grupo. Todo el mundo en bloque sin separarse pase lo que pase, detrás del pendón, digo del estandarte. ¡Que no se me despiste nadie! En las tarjetas tenemos el plano del sitio que nos corresponde. —Estudió brevemente la suya y, levantando una sombrilla como un sable, la abatió diciendo—: ¡Es por allí!

Hubo rebatiña de sillas y misceláneas cantimploras, y la aprovisionada turba devota o pastoral rebaño se puso en marcha en pos de su líder.

Allá fueron, con doña Transfixión y don Cristóbal al frente, debajo de la pancarta que a un lado y a otro portaban dos Marías jóvenes y vigorosas abriendo marcha. Faltaba media hora para el comienzo del evento y ya una inmensa muchedumbre se congregaba expectante en la explanada. Familias que rezan unidas con expresión feliz, aunque levemente ansiosa; personal vestido con prendas amarillas y blancas, en

homenaje a los colores vaticanos, cada cual en su estilo; fieles de toda edad y condición, jóvenes y viejos, con predominio, quizá, de clase media y escasez, incluso palpable ausencia, de clase trabajadora. La clase alta, de todas formas, como son menos, no suele notarse aunque acuda toda, que tampoco acude.

Los que habían dormido al sereno, en el suelo, para asegurarse los mejores puestos a lo largo del previsto itinerario papal estaban recogiendo sus mantas y sacos. Algunos grupos de jóvenes tocaban la guitarra, bailaban o cantaban salves rocieras. Los voluntarios del servicio de orden, identificables por sus uniformes azules y sus brazaletes amarillos, andaban de un lado a otro, atareadísimos, acomodando a la gente en los diferentes rediles o dehesas en las que se subdividía cada uno de los triángulos que componían el abanico, y auxiliando a los que se mareaban. Eran casi todos jóvenes pertenecientes al segmento sano y responsable de nuestra juventud, el íntimamente comprometido con la castidad.

Por todas partes gentes que hormigueaban de un lado a otro, por todas partes videoaficionados plasmando en sus cintas cada detalle del magno acontecimiento para imborrable recuerdo familiar; por todas partes un despliegue de color en los atuendos, en los abanicos, en los sombreros, en las viseras, en las gorras; por todas partes pancartas con las más variadas leyendas, de las cuales, las más repetidas eran «*Totus Tuus*» y «Tú eres Pedro». También había carteles con diversas leyendas, unas en castellano y otras en latín, que eso va en gustos: «Cristo luz de las gentes»; «*Christus, lumen gentium*».

—¡Mirad: ahí pone «*Totus Tuus*» como en la nuestra! —exclamó doña Complejión señalando una pancarta.

Doña Transfixión, previsora, había traído un transistor en la bodega de su bolso, con tres recambios de pilas, por si las moscas. Lo puso a todo volumen, para que fuese escuchado por don Cristóbal, que caminaba a su lado.

—«... son las nueve menos cuarto de la mañana —decía la radio—; una gran multitud espera la llegada del Papa. Vemos clérigos y seglares, hombres y mujeres, devotos que asisten de las cinco partes del mundo. Ante nuestra tribuna de prensa desfilan filipinos, indios, africanos, malayos, birmanos, kat-manduses, coreanos..., incluso europeos vemos. Todos saludarán al Papa con unción. Vemos muchos toldos blancos y amarillos, y atuendos blancos y amarillos, y pancartas blancas con letras azules o negras, amarillas no se habrían podido leer bien; vemos las farolas engalanadas con banderas de España y del Vaticano cruzadas...».

—Tanto monta, monta tanto —intervino doña Fumigación.

—«... es como cada domingo, pero esta vez esa celebración de la Santa Misa se la va a retransmitir desde este lugar nuestro querido padre Ovejero, nuestro querido asesor religioso de esta emisora, bien conocido y apreciado por todos ustedes. Aquí lo

tenemos, junto a nosotros, con toda su presencia pastoral. Muy distinto este domingo, ¿verdad, padre Ovejero?».

—«Muy distinto en verdad, amadísimos hermanos en Cristo, mis queridos radioescuchas que me estáis escuchando; muy distinto en verdad porque nuestro círculo suele ser relativamente pequeño cuando retransmitimos el Santo Sacrificio, unas veces desde una pequeña comunidad contemplativa; otras veces desde una comunidad estudiantil que forja los hombres y mujeres del mañana; otras veces desde el patio de un entrañable colegio; otras veces desde un entrañabilísimo asilo de nuestros queridos ancianos en Cristo y otras veces, finalmente, desde una entrañable parroquia muy dinámica, viva, de vanguardia, por llamarla de algún modo, o también de una parroquia de retaguardia, que de todo hay en los campos del Señor. Pero hoy estoy desbordado por esta maravillosa ciudad de Sevilla, ¡qué maravilla!, y de verdad que también es maravilloso celebrar la Eucaristía en este amplio cielo abierto y entrañable...».

—«... vemos muchos globos amarillos y otros blancos, vemos gentes provistas de todo tipo de asientos, algunos de ellos ingeniosísimos, de cartón, fabricados especialmente para *Statio Orbis*, con el anagrama eucarístico. Espero que resistan...».

—«¿... no han de resistir? Son entrañables esos asientos...».

—¡Es verdad, es verdad! —se entusiasmó doña Transustanciación—. ¡Mirad esa mujer con un asiento de cartón! ¡Y mirad los globos! —Y los señalaba con un índice gordezuelo y breve, la uña muy pintada pero cortita y raída del trabajo hogareño.

—«... muchas pancartas. En una leemos: “Obra Sagrarios Calvarios con el Papa”. En otra: “La Reunión Eucarística Reparadora, con el Santo Padre”... Ante nuestra tribuna de prensa pasa, en este momento, un señor con una gorra impresionante en la que leemos: “El rociero de Villamanrique con el Papa”... Son sencillas expresiones, sencilla fe, profunda fe que sirve para profundizar en nuestro carisma eucarístico reparador para la nueva evangelización...» —se entusiasmaba el de la radio.

Doña Transfixión, como vio que el locutor se metía en teologías y de eso ella no quería entender, que doctores tiene la Iglesia, ni que entendieran sus pupilas, giró la ruedecilla del dial y cambió de emisora. Casi todas estaban con el asunto papal, como es natural.

—«... ayer emocionante en el balcón del arzobispado. El Papa dijo “Sois muy buenos” a los rocieros que le cantaban *No te vayas todavía* y luego añadió: “Es una maravilla cómo canta Sevilla”. ¿Qué está pasando? Señoras y señores, queridísimos oyentes en el Señor, está pasando, sencillamente, que el sevillano de Polonia que rige la Iglesia de Roma se ha transformado en un sevillano más...».

Doña Transfixión, molesta por tanto localismo, tornó a girar la ruedecilla del dial en busca de una emisora más católica, es decir, más universal, pero pinchó en hueso. Salió otra voz modulada en la disciplina de un coro que informaba:

—«... a propuesta de la Real Maestranza se le ha concedido al Santo Padre la medalla de oro de la ciudad por su aportación a la beatificación de sor Ángela de la Cruz... Con esta medalla queda Wojtyla bautizado en sevillanía...».

CAPÍTULO 6

ANDABA DON CRISTÓBAL intentando salvar una valla para pasar de un sector a otro e intentaba hacerlo lo más discretamente posible sin perder demasiado la compostura ni mostrar a sus feligresas los pantalones desfondados y astrosos que ocultaba bajo la sotana, cuando una voz terrible, impostada para imitar la de un severo guardia de la porra, resonó a sus espaldas:

—¡Oiga usted! ¿Se puede saber qué está haciendo?

¡Verse zaherido por la autoridad delante de sus feligresas! Don Cristóbal hubiera deseado que se lo tragara la tierra. Se petrificó en la incomodísima posición en que lo sorprendió la voz, a horcajadas sobre la barra metálica de la valla, se puso rojo como la grana y volvió la cabeza tímidamente hacia el que lo increpaba. Pero resultó, para su sorpresa, que el de la voz no era sino un sacerdote joven en cuyo rostro sonriente descubrió, primero con alivio y luego con fastidio, los familiares rasgos de un antiguo compañero de seminario.

—¿Eduardo Luis? —balbució, dubitativo. Es que el condenado parecía tan joven como veinte años atrás, como si los años no pasaran por él. Sus buenas cremas y sesiones de masaje le costaba aquella deportiva apariencia.

—¡El mismo que viste y calza! —confirmó el aludido. Y yéndose para nuestro cura le estrechó en un abrazo que le hizo perder el equilibrio y clavarse la barra de la valla en la entrepierna. No obstante disimuló la orquitis lo mejor que pudo y, un poco perplejo, devolvió el saludo a Eduardo Luis, porque no recordaba que entre ellos hubiera existido en los años de seminario una amistad tan estrecha que justificara tamañas muestras de afecto.

Eduardo Luis le mantuvo agarrado por los brazos mientras lo envolvía con una sonrisa seductora. «¡Qué cura más guapo y repulido!», pensaron las Marías de los Sagrarios. Tenía la tez tan tersa que nadie le hubiera echado más de treinta años. El pelo cortado a navaja, con su poquito de gomina, manicura perfecta, con las uñas ligeramente barnizadas, manos blancas como la harina y virilmente pilosillas por el dorso, orejas cuidadosamente depiladas, zapatos italianos, aroma a agua de lavanda o quizá fuera a perfume Loewe, sotana impecable de algodón egipcio cortada por Gasparini, el sastre de los más elegantes cardenales de la curia, en sus talleres de la Via Novarona, con los botones característicamente forrados de escroto de marta cebellina importado de Canadá, tan suave y agradable al tacto.

Eduardo Luis, después de ingresar en la Obra, en el último año de seminario, había cursado otras dos licenciaturas en la Universidad de Navarra y luego teología en el colegio Angélico de Roma, con los dominicos, un lugar muy frecuentado por los intelectuales de la Obra, por eso suelen salir tomistas.

Descabalgó don Cristóbal de la valla por el lado de su colega, y volviéndose hacia su rebaño, que después de saltarla o pasarla rodando por debajo asistía expectante al encuentro desde el lado opuesto, le dijo:

—Adelantaos vosotras a ocupar vuestro sitio, que yo me reuniré con el grupo en cuanto pueda.

—¡Un momento, un momento! —dijo Eduardo Luis—. Quizá sea mejor que quedéis para más tarde porque es posible que el Papa te necesite en otra parte.

—¿El Papa? ¿A mí?

—Eres sacerdote, ¿no?

—Sí, claro.

—Pues por eso. Es mejor que cites a tus acompañantes para más tarde.

Don Cristóbal, algo aturullado, se volvió a las Marías de los Sagrarios.

—Parece que me ha salido una misión inesperada. Mirad: si no puedo ir a donde estéis vosotras vamos a quedar en el lugar de la comida a la hora del almuerzo, en la plaza de España. Honorio sabe dónde es, que no tiene pérdida. Y ahora salid corriendo o no encontraréis sitio. Lleváis mi bendición.

Se despidieron las Marías de los Sagrarios y don Cristóbal se volvió a su antiguo camarada.

—Bueno, aquí me tienes. ¿Qué misión es esa que me dices?

—Verás —dijo el otro echándole el brazo por los hombros, una familiaridad que jamás usara en los años de seminario—: hay una misión muy delicada para la que necesitamos un sacerdote de toda confianza. Es providencial que te haya encontrado porque ya empezaba a desesperar. Se trata de colaborar con el Servicio Eucarístico de Recuperación de Hostias Consagradas.

—¿Servicio de Recuperación de Hostias Consagradas? —se admiró don Cristóbal.

—Verás: está previsto que mil doscientos sacerdotes y voluntarios administren la comunión a unos quinientos mil fieles. Como comprenderás, estas cifras requieren un complejo dispositivo logístico que no puedo explicarte ahora porque el tiempo apremia. Grupos equivalentes de sacerdotes se han asignado a los diferentes sectores en que está dividido el campo, de manera que queden repartidos lo más equitativamente posible. Cada uno de ellos irá provisto de un cáliz especialmente diseñado y producido para esta ceremonia, con una dotación de doscientas cincuenta hostias. En realidad hay hostias de sobra, pero es que la comisión organizadora ha querido de este modo, muy juiciosamente, asegurarse que ningún fiel quedará sin comulgar; no nos pase lo que a las vírgenes locas en la parábola de las vírgenes prudentes. ¿Recuerdas esta parábola?

—Sí, ¿cómo no me voy a acordar? —se ofendió don Cristóbal.

—Lo celebro. Pues bien. Está previsto que algunos sacerdotes agoten su cupo de hostias, pero es evidente que otros muchos, la mayoría, regresarán con parte de él. A fin de que no se produzcan confusiones se ha dispuesto un Centro de Distribución y

Recuperación Eucarística al que, pasada la Eucaristía, acudirán todos los que la administraron para devolver el material sobrante.

—¡Las hostias!

—Las hostias, sí.

—Bueno, y yo ¿qué tengo que hacer?

—Pues verás. Aquí viene lo delicado. Resulta que han encargado a un compañero mío, un muchacho de muy buena familia y de toda confianza, licenciado en teología y escrituras por Navarra y en eclesiología veterotestamentaria comparada por el Colegio Angélico, la misión de atender ese centro de distribución y Recuperación Eucarística, pero él, por motivos personales francamente graves, debe figurar entre los que hemos sido designados para acompañar y servir a Su Santidad. Por otra parte, se trata de un caso de conciencia que requiere la humanitaria colaboración de todos nosotros: sus padres están muy ancianos, viven en un pueblecito de Navarra, y les daría la alegría de su vida si lo vieran concelebrando con el Papa, cerca de Su Santidad, ¿comprendes? Por otra parte, los mil doscientos empleados de la fábrica familiar estarán pegados a sus televisores pendientes de si sale Josemaría Javier, que así se llama mi amigo.

Al tiempo que su antiguo compañero lo intentaba persuadir, don Cristóbal iba recordando desagradables episodios, y se le venían a la memoria las burlas y desprecios sufridos en el seminario, afrentas que creía tener medio olvidadas. Nuestro cura tonto no era y comprendió que le querían utilizar para liberar a un figurón de un puesto subalterno. «Con razón se alegra de verme —pensaba—. Es que está buscando un incauto para endosarle la papeleta y me ha encontrado a mí».

—Es decir, que lo que quieres es que yo ocupe el lugar de tu amigo para que él pueda ir a pintar la mona cerca del Papa —concluyó don Cristóbal francamente enfadado—. ¡Anda, adiós que mis feligreses me están esperando!

Hizo ademán de marchar, pero Eduardo Luis le cerró el paso y le retuvo de una manga.

—¿Qué quieres ahora? —se incomodó don Cristóbal.

Eduardo Luis emitió un suspiro resignado y puso los ojos en blanco como si pidiera fortaleza al Señor para hacer entrar en razón a aquel negado.

—¡No es eso, Cristóbal! ¿Por qué siempre serás tan incivil y tan tozudo?... Debes tener caridad y hacerlo por una buena causa.

—¿Y por qué no lo haces tú?

—Bien quisiera, pero a mí me han asignado otras misiones, no menos delicadas e importantes cerca de Su Santidad. Por otra parte, ¿quieres darme a entender que estar cerca de las hostias consagradas y guardarlas, es decir, recibir y guardar al propio Jesucristo, es menos importante que estar cerca del Papa? Créeme que me asombra tu egoísmo...

Don Cristóbal abrió la boca para decir algo, pero Eduardo Luis prosiguió:

—Por otra parte, no lo quería mencionar, pero ya que me obligas... ¿Tú crees que es decoroso que comparezcas ante la asamblea de representantes eucarísticos de todo el mundo aquí congregada con esa sotana astrosa y manchada? Una sotana de invierno además, que desdice por completo de la higiene y del aseo y de la compostura que en todo momento debe guardar un pastor de almas. Por ahí pululan cientos de fotógrafos fisgones de la prensa libre, muchos de ellos malévolamente predispuestos contra la Iglesia, a la caza de imágenes que puedan desprestigiar al Papa y a la Iglesia. ¿Tú has visto la pinta que tienes, con esa sotana mal cortada, pasada de moda, de paño burdo y encima toda llena de lamparones, con esa mancha que te pilla toda la pechera? ¿Es que quieres verte retratado con esa facha en la portada de las revistas en la información del viaje papal?

Total, que don Cristóbal se dejó convencer y, aunque todavía farfulló algunas protestas, se dejó conducir al Centro de Distribución y Recuperación de Hostias Consagradas o como se llamara.

Por el camino, Eduardo Luis le fue dando conversación para evitar que pensara, no fuera a volverse atrás. Le habló de sus progresos desde que salió del seminario. Durante un par de años se había visto obligado a trabajar como coadjutor en una parroquia marginal de Madrid, un asco, chico, allí no había nada más que drogadictos y furcias y gentes de mala vida que nos robaban hasta los lagrimones de las velas, pero luego, gracias a la intercesión de un antiguo profesor, miembro destacado de la Obra, había logrado una beca pontificia para la Universidad de Navarra, donde había cursado el doctorado en teología y no sé qué estudios patrísticos que le habían catapultado a Roma, al Colegio Angélico y al Instituto de No-sé-qué, donde conoció a no sé cuántos eminentes teólogos e hizo una tesis doctoral definitiva sobre la influencia de la heurística patrística, versión de san Zenón de Cebedea, en el pensamiento eclesiológico del padre Escrivá de Balaguer. A su regreso de Roma había publicado dos libros —se decepcionó un poco cuando supo que don Cristóbal no había alcanzado noticia de ellos. Claro, como estás en un pueblo y vives tan aislado del mundo de la cultura...— y últimamente preparaba uno nuevo al tiempo que ampliaba estudios en la Universidad Pontificia de Comillas, y colaboraba en una magna obra sobre Pobreza y Sociedad Evangélica, en la que estaban comprometidos tres equipos interdisciplinares, español, alemán e italiano. Habló también de los estudios de su amigo Josemaría Javier, el cual desde hacía ocho años preparaba una monumental y quizá definitiva tesis doctoral sobre los aspectos totalizadores del Paráclito...

—¿El Paráclito?...

—¡Sí, hombre, el Espíritu Santo! —aclaró Eduardo Luis—. Lo está estudiando en profundidad, en todos sus aspectos, no sólo dogmáticos sino zoológicos. Últimamente indaga sobre si la sagrada paloma es macho o hembra y la raza a la que pertenece. Es, te aseguro, un mundo interesantísimo. Durante un tiempo se inclinó a

creer que era buchona valenciana y sostuvo una encendida polémica con cierto investigador de la Universidad Pontificia de Heidelberg que sostenía que el Paráclito era una variedad palestina de la raza denominada búho africano, que tiene el pico corto y la cabeza redonda, como parece corroborar cierta iconografía barroca. No obstante, últimamente parece que Josemaría Javier está en condiciones de demostrar que se trata de un buchón marchenero, aunque todavía anda dudoso en la variedad, si será sevillana, granadina o jiennense. En cualquier caso, ¿no te parece espléndido que el Espíritu Santo sea una paloma de raza autóctona española? Este dato, divulgado, podría tener interesantes implicaciones porque vendría a corroborar la especial predilección de una persona de la Trinidad por el solar originario de la Obra...

Llegaron con esto al lugar de la explanada ferial donde se había instalado, a pleno sol, una especie de quiosco prefabricado de chapa.

—Ese es el Centro de Distribución y Recuperación Eucarística —dijo Eduardo Luis.

Dentro había un curita tan apuesto y atildado como Eduardo Luis, pero más joven, el codo apoyado en el mostrador, la mano sosteniendo la mandíbula, tamborileando nerviosamente con la otra sobre el mostrador, la viva expresión de la contrariedad y el aburrimiento.

—¡Alegra ese semblante, Josemaría Javier —le saludó Eduardo Luis jovialmente —, que aquí te traigo a un buen amigo y compañero de seminario, Cristóbal Gallineja!...

—Algarinejo —corrigió don Cristóbal.

—¡Eso, eso, Algarinejo! —dijo Eduardo Luis—. Mira, Josemaría Javier: éste es mi amigo y compañero Cristóbal, del que tanto te he hablado, que resulta que se ha ofrecido amablemente a sustituirte. Es párroco en un pueblo de cinco mil habitantes y ha venido con una expedición de feligresas.

Josemaría Javier recompuso el gesto y salió del quiosco sonriente para estrechar efusivamente las manos de su liberador.

—¡Encantadísimo de conocerte! Párroco en un pueblo, ¿eh? No sabes cómo te envidio: la vida reposada de la aldea, el tronco de encina que chisporrotea en la chimenea, la leche recién ordeñada en los mismos pastos, con todas sus vitaminas, la lechuga recién cortada de la huerta, los sencillos placeres del campo, la lectura del breviario mientras paseas al aire libre, por caminos solitarios y los segadores se afanan a lo lejos y el arado, en el campo vecino, va abriendo el honrado surco donde florecerá la semilla, como en la parábola, la contemplación, la vida pastoral plena, el aroma a boñiga... Bien, mira: en este folio tienes escritas las instrucciones de cómo debes emitir y recibir las hostias. De la primera parte no tienes que preocuparte porque ya están repartidas. Tú, tranquilo: lo único que tienes que hacer es esperar a que acabe la misa y te traigan las formas sobrantes. —Lanzó una furtiva mirada al reloj—. En fin, ahí se explica todo. Pasa y verás qué sitio más cómodo es éste.

Antes de que don Cristóbal hubiese abierto la boca, se vio dentro de la cochiguera con las credenciales en la mano.

—¿Y qué hago yo aquí?

—Nada —le sonrió amablemente Eduardo Luis—. Ya lo has oído: esperar a que te traigan las hostias sobrantes e ir metiéndolas en esas cajas blancas de la estantería. Despreocúpate de todo lo demás. ¡Ea, adiós!

Ya marchaban, cuando Josemaría Javier, arrastrado del brazo por su amigo, se volvió para decir:

—Ahí te dejo mi transistor, para que puedas seguir el acto.

—¿Y cómo te lo devuelvo? —gritó el cura de aldea.

—Puedes quedártelo, por la molestia —respondió el interpelado, ya lejano—. Y ahí tienes dos latas de Pepsi fresquitas. ¡Abur, que nos esperan en el altar! —Sólo cuando hubo caminado un buen trecho volvió la vista para cerciorarse de que don Cristóbal seguía en su puesto.

CAPÍTULO 7

UN SOMERO EXAMEN DE LAS INSTALACIONES del Centro de Distribución y Recuperación Eucarística y sus aledaños revelaba, incluso a un observador no demasiado iniciado en los arcanos de la arquitectura, que el quiosco donde se hallaba enclavado era de planta hexagonal: seis lados formados por dos chapas cada uno, la superior abatible, y cubierto por un chapitel formado por tres triángulos del mismo metal, aunque pintado de negro, que aprovecha mejor el calor. Uno de los lados, el que miraba a la carretera, estaba ocupado por la puerta de entrada y el opuesto, el que miraba al altar mayor del complejo eucarístico, tenía la mampara superior levantada de modo que actuaba como visera protectora del vano resultante, a cuya sombra propicia se cobijaba una especie de sucinto mostrador. Cerca del quiosco había una fila de árboles alineados a lo largo de la acera pero la sombra daba la puñetera casualidad de que se proyectaba hacia el otro lado de la calle, donde maldita la falta que hacía.

El quiosco, a pleno sol, era un horno y, como además don Cristóbal llevaba puesta su gruesa sotana de invierno, no había pasado medio minuto cuando rompió a sudar copiosamente y le entraron grandes picores por la espalda. «Tenía que haberme dejado de coqueterías y frivolidades y haberme puesto la sotana de verano —se lamentaba—. En fin, ya es tarde y de nada sirve llorar sobre los tiestos rotos. A guardar experiencia para la próxima ocasión. Aunque ¿qué próxima ocasión va a haber?».».

Sobre la repisa estaba la radio que tan amablemente le había cedido Josemaría Javier. Era uno de esos transistores *made in Taiwan*, del tamaño de una cajetilla de tabaco, que cuestan cuarenta duros en los bazares chinos y son capaces de captar hasta media docena de emisoras, si no están muy lejos. Don Cristóbal conectó el aparato y giró el dial. Tuvo suerte porque enseguida dio con una emisora local que retransmitía el *Statio Orbis*. Se oía bastante bien excepto cuando el helicóptero de televisión interfería la señal al sobrevolar la zona:

—«... docenas de miembros de la policía secreta, cuerpo en el que al parecer los sordos son mayoría, puesto que todos los que vemos llevan adaptado un *Sonotone* en la oreja, escoltan al Santo Padre. Seguramente forman parte de algún esquema pontificio de ayuda al minusválido que no sería mala cosa que imitara la ONCE en España. Detectamos también la presencia de muchos sacerdotes de la Iglesia oriental que se distinguen por sus exóticos atuendos. En este momento pasan a ocupar sus sitios entre los aplausos del respetable...».

Don Cristóbal alargó la cabeza fuera de su cochiguera y comprobó que la pantalla gigante de televisión instalada en las cercanías del altar mayor transmitía imágenes del público. El Papa y las autoridades estaban por llegar. Le llamó la atención la variedad de gorros y sombreros que iban desfilando por la pantalla. Algunos obispos y dignatarios eclesiásticos venidos de lejanas tierras, donde el sentido del ridículo es más tenue o no existe en absoluto, no vacilaban en protegerse de los ardores del sol con cubrecabezas que combinaban disparatadamente con sus albas y estolas sacerdotales, desde gorras de béisbol a canotiers de la *Belle Époque* e incluso una especie de cascarones de plástico.

Las cámaras, por hacer tiempo, repasaban las tribunas de la aristocracia y la política y se demoraban sobre rostros conocidos. Con gestos compuestos y solemnes, aparecían en la megapantalla algunas marquesonas perlíferas, incluso diamantíferas, juntas las repeinadas cabezas, discutiendo animadamente entre ellas de trapos, cuernos y divorcios. Sus cónyuges, desentendidos, acaso dilucidaban con los vecinos del palco intrincadas cuestiones de fútbol o caballos. La decorativa presencia de académicos e intelectuales equilibraba, no obstante, el conjunto tribunicio y le confería autoridad y peso. El duque consorte de Alba, impecablemente vestido, lucía aristocrático anillo en el meñique. Quizá debiera decir lucía aristocráticamente un anillo en el meñique. No, creo que aristocrático anillo queda bien. También lo lucen miembros de las casas reales europeas, por ejemplo el duque de Edimburgo, el príncipe Carlos de Inglaterra, el propio rey de España. Los cuales, con la excepción del rey de España, naturalmente, alguna vez han echado piernas por alto y han sido infieles a sus respectivas cónyuges; no desvelo nada porque está en la calle. El duque consorte de Alba también permanece fiel a la suya, la elegante Cayetana, con la cual usa del matrimonio cotidianamente, es decir, todos los días. Ella lo proclama con otras palabras; ella dice «mi marido y yo santificamos el tálamo diariamente», o quizá, «cumplimos el débito conyugal con periodicidad diaria». Son gente fina, sangre azul, nobleza obliga, por eso disponen de asiento tapizado con rico brocado en la tribuna papal.

Un súbito bocinazo captó la atención de don Cristóbal. Detrás de él, en la carretera que había al otro lado de la fila de árboles, un descapotable rojo se había detenido junto a la acera, y la conductora se había apeado y agitaba los brazos tratando de atraer la atención del quiosquero.

—¿Es a mí? —preguntó don Cristóbal señalándose al pecho y moviendo mucho los labios para que su pregunta fuera entendida en la distancia.

La señora asintió con la cabeza enfáticamente y le hizo con la mano gesto natatorio de que se acercara.

Salió don Cristóbal del quiosco y se aventuró hasta la refrescante sombra de los árboles.

—Es que tengo un pinchazo —dijo la señora haciendo un mohín de desamparo. Era una dama de mediana edad, algo entradita en carnes, lo prudente, con pantalones

y camisa quizá un poco ajustados. Al inclinarse para mostrar la rueda accidentada dejó ver el sugerente canalillo pectoral hondo y oscuro. En efecto, tenía un buen pinchazo, incluso dos. Don Cristóbal apartó la mirada del pecho suculento, como si hubiese visto al propio diablo.

—Verá, señora: es que yo no entiendo de mecánica. Ni siquiera tengo coche.

—¡Ay, por eso no se preocupe, que es fácil! Lo que pasa es que se necesita un hombre joven y fuerte como usted. Yo le digo todo lo que tiene que hacer.

—Es que, verá usted señora, yo tengo que estar en ese quiosco esperando... bueno a disposición de la ceremonia.

Iba a retirarse sin aguardar respuesta, pero de pronto pensó que aquella señora, probablemente alma descarriada completamente ajena a la ceremonia papal, era una persona angustiada que necesitaba el auxilio de un buen samaritano. Cedió.

—En fin, a ver lo que hay que hacer.

La rubia lo fue guiando a través de las diferentes etapas del proceso de cambiar un neumático, y don Cristóbal hay que reconocer que, para ser la primera vez, lo hizo a la perfección. El único problema fue que se puso la sotana perdida al arrodillarse en la polvorienta acera, aunque, total, con la vomitona y las manchas de sudor que llevaba, un lamparón más, qué más da. Después de perdidos, al río.

Mientras cambiaba la rueda, la radio extraíble del coche iba diciendo:

—«... ya estableció Mac Luhan: el mensaje es el medio. Este Papa es un experto en suscitar entusiasmos desde la irracionalidad de unos comportamientos colectivos teñidos de infantilismo. Como actor de teatro que fue en su juventud, sabe llenar la pantalla, tiene sentido de la escenificación, sabe conducir las masas, conoce la manipulación de *mass media* y técnicas de propaganda, sabe adoptar gestos que atraen simpatía, hace medias planchas sobre el cemento de los aeropuertos y sabe que con ello se gana a la audiencia, sabe, en fin, poner su propia imagen al servicio de su idea, conoce las técnicas del culto a la personalidad, sabe bien que la sociedad de masas amamantada en la televisión y el consumismo es más proclive a dejarse seducir por las emociones que por las ideas. Toda esta modernidad en los medios está puesta, paradójicamente, al servicio de un fin extraordinariamente reaccionario. Su visión de la fe es integrista y bastante afín al fundamentalismo cristiano que propone el Opus, al que, por otra parte, está favoreciendo descaradamente. No olvidemos que en su visita a Compostela en verano de 1989 lanzó la consigna de recristianizar Europa desde el Atlántico a los Urales...».

Don Cristóbal se incorporó y miró a la rubia con expresión preocupada. Se preguntaba si estaría prestando atención al programa o si simplemente llevaba puesta la radio rutinariamente. Volvió a concentrarse en aflojar los tornillos de la rueda siniestrada. Las gotas de sudor que se le desprendían de la frente labraban pequeños cráteres en el polvo acumulado junto al bordillo. Ahora en la radio había una nueva voz:

—«... en el masivo rito colectivo, los participantes, como en los megaconciertos de música pop, de los que Wojtyla ha aprendido la técnica, se ven arrastrados por una fuerza de irracionalidad colectiva que ratifica sus ansias de seguridad y trascendencia, y los satisface como miembros de un poder ultraterreno fundado sobre falsas certezas que hunden sus cimientos en el irracionalísimo del mito y en la disipación de dudas...».

Era evidente que hablaba un filósofo descreído aquejado de una cierta empanada mental. Por si el oyente no había captado el sentido del mensaje, el malévolos locutor lo resumió en términos sencillos:

—«Es decir, que el Papa, como concesionario oficial de la Verdad revelada, tiene montado el tinglado multinacional más antiguo del mundo, y nuestro Cristo es el genuino, rechace usted imitaciones. Están ustedes escuchando Radio Libertaria, la única emisora libre en el panorama de las ondas nacionales...».

—Oiga, señora —dijo don Cristóbal incorporándose con decisión—: ¿le importaría cambiar de emisora? Es que parece que ésta no está retransmitiendo con la seriedad debida... Si no le importa...

La rubia hizo un mohín gracioso, como cómplice, tampoco era cosa de perder el mecánico por una tontería, y giró el dial. Enseguida aparecieron las familiares voces del padre Ovejero y compañía:

—«... de un momento a otro se espera que hagan aparición sus majestades los reyes, no sabemos si acompañados por algún miembro de la familia real. Estamos viendo relativamente cerca de nosotros una tribuna real dispuesta con cinco siales; en cuanto aparezcan se lo contaremos a ustedes. Sus majestades los reyes, está previsto, ostentarán la presidencia civil de esta asamblea: la corona asistiendo como anfitriona de Su Santidad a esta clausura y como fieles también, pues es conocida la recia catolicidad de sus majestades los reyes...».

—«... ellos representan a todo el pueblo español...».

—«... los señores obispos y cardenales están terminando de tomar sus posiciones y mientras tanto cada vez faltan menos minutos para que comience la celebración litúrgica...».

—«... aquí vemos al cardenal Joseph Ratzinger, prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe, gran teólogo y guardián de la ortodoxia católica, campeón del catolicismo. Las *murmurationes* de los pasillos vaticanos le señalaban hasta hace poco como probable sucesor de san Pedro, pero un ligero derrame cerebral que sufrió hace dos años parece que disminuye estas posibilidades. No obstante, está en perfecta sintonía con las ideas del Papa Wojtyla. También tenemos al cardenal arzobispo de Mainz, Karl Lehmann, presidente de la Conferencia Episcopal alemana, relativamente joven, pues tiene cincuenta y siete años. Entre los cardenales negros vemos al teólogo zaireño Benezet Bujo, profesor en Friburgo, Suiza, e impulsor de una teología auténticamente africana, no siempre bien entendida en los ambientes vaticanistas más conservadores...».

Pasó un grupo de señoras con prisa camino del *Statio Orbis* que dirigió una mirada reprobadora al cura que cambiaba la rueda de la rubia oxigenada y quizá excesivamente maquillada. Una iba diciendo:

—Pues a mi Pepe, como tiene la panza que tiene, solamente le van los zapatos mocasines, que no se tiene que atar los cordones y tenía cinco pares de zapatos de salón buenísimos, Yanki; dos de estilo inglés, como que se los compré en El Corte Inglés, y los otros tres en el mercadillo de los gitanos, pero buenos ¿eh?, de esos que quedan restos de serie que los venden baratos pero son de buenas marcas; pues allí se los ha dejado muertos de risa, que dice que él ya no está para abrochar cordones de zapatos, fíjate si se me está poniendo flojo, y yo estoy por regalárselos a mi yerno, pero calza dos números más y a lo mejor le aprietan algo y se lo toma a mal, que ya sabéis cómo son los yernos...

—El mejor, colgado —corroboró otra suegra con pasajero olvido de la caridad cristiana.

—Pues yo, los zapatos de estilo inglés —terció una tercera— no se los compro a mi Manolo, que son difíciles de limpiar y se les mete la mugre en las costuritas. Yo siempre de salón, de esos de calle...

Regresemos a la radio que sigue con su tema:

—«... vemos también a algunos españoles que han llegado muy alto en la escala vaticana —don Cristóbal, cuando oyó hablar de españoles, prestó atención, a ver si mencionaban el nombre de Eduardo Luis—. Monseñor Eduardo Martínez Somato, camarlengo de la Santa Sede, gran amigo personal del Papa, a cuya muerte sucederá en el interregno hasta que haya nuevo Pontífice. Vemos también a Antonio María Javierre Ortás, que fue custodio de los Archivos Secretos Vaticanos y protector de la Biblioteca Apostólica Vaticana, y vemos a monseñor Julián Herranz, secretario del Pontificio Consejo para la interpretación de textos legislativos...».

No, Eduardo Luis no figuraba entre ellos, al menos no todavía, quizá era demasiado joven. Pero ¿qué es este sentimiento de alivio? ¿Es que te hubiera contrariado oír el nombre de Eduardo Luis entre esas eminencias de la Iglesia? ¡Hola, hola: esto no me gusta nada! ¡Esto es envidia, dolor del bien ajeno! Envidia porque él es apuesto y elegante y refinado como un hombre de mundo, un cura aseado y socialmente preparado y tú sólo eres un pobre patán, un cura de pueblo, un cura de misa y gazpacho que comparece ante el príncipe de la Iglesia oliendo a sudor, sin modales, con una sotana impresentable y pinta de gañán.

—«... ¡Atención! Llega una fila de coches negros, coches potentes, relucientes, limpios... ¡Sí! Nos comunican que es la comitiva que trae a sus majestades los reyes de España... ¡Inenarrable momento emotivo! Llega el automóvil de sus majestades».

—«... el sol está subiendo. Hemos podido distinguir a su majestad la reina que viene de mantilla española blanca y media peineta, bellísima y elegantísima...».

—«... este traje blanco que lleva la reina, que con tanta distinción viste su majestad la reina, es uno de los tocados protocolarios más hermosos...».

—«... ya sabes, querido José Antonio, que el uso de la mantilla es un privilegio que tienen las reinas españolas ante Su Santidad el Papa...».

—«... efectivamente...».

—«... ésa es una matización interesante, padre Ovejero, protocolaria pero interesante...».

—«... hay también que decir que su majestad la reina sabe llevar la mantilla con mucho garbo, lo que no es de extrañar dada la suprema elegancia que en todo momento y lugar muestra, tanto en su vestido como en su comportamiento...».

—«... es egregia...».

—«... resuenan los compases del órgano y hacen su entrada sus majestades los reyes de España; están también el príncipe don Felipe y las infantas sus altezas doña Elena y doña Cristina, las dos ataviadas de riguroso traje negro y de mantilla española, lucen bellísimas y elegantísimas...».

—«... esto confirma que los cinco sitiales que habíamos detectado sobre la tribuna real y de los que dimos cumplida cuenta al principio de esta retransmisión, queridos oyentes, estaban destinados a la familia real constituida por sus majestades los reyes y por sus majestades el príncipe Felipe y las infantas doña Cristina y doña Elena...».

—«... así es, en efecto, y aunque por el número cinco correspondiente a los cinco miembros de la familia real ya nos lo habíamos sospechado, no quisimos adelantar nuestras sospechas porque no se...».

—«... Pero ¡atención, queridos oyentes, porque en este preciso momento la multitud enfervorizada aplaude a sus majestades los reyes! ¡Emocionante momento! La reina saluda graciosamente, agitando la mano, con gran elegancia y distinción; sonrío...».

—«... es toda una dama, una gran profesional...».

—«... vemos al público rendido a la emoción del momento, muchas gafas de sol, muchos sombreros, algunos improvisados, como antiguamente, con pañuelos de hierbas...».

—«... los entrañables pañuelos de hierbas...».

—«... aquellos moqueros...».

—«... Sus majestades, ahora los vemos, en cuanto tomen posiciones en ese estrado, en lugar destacado, como decimos, representando a todo el pueblo español... Hemos podido ver el vestido de su majestad la reina. Muy pocos minutos faltan ya para el comienzo de la celebración eucarística...».

—«... pero ¡atención!, ¡atención, queridos radioescuchas! Vemos allá, al fondo, un revuelo. ¿Llega el Papa? Sí, sí, sí, afirmación emocionada, señores y señoras, cristianos todos, ¡el Papa ha llegado, acaba de llegar a este entrañable, maravilloso *Statio Orbis*! ¡LLEGA EL PAPA!...».

Don Cristóbal desamparó la rueda de repuesto y se puso de puntillas sobre el bordillo de la acera para intentar ver al Papa. Miró a un lado y a otro. Doscientos

metros de descampado le separaban de las últimas filas de los asistentes al *Statio Orbis*, entre los cuales se percibía algún escaso revuelo. Por allí no venía el Papa, quizá más a lo lejos, como a un kilómetro de distancia, en el otro extremo del lago humano donde creyó columbrar cierta agitación de pancartas y un como remoto hervor de banderitas y globos blancos y amarillos. En la pantalla gigante de televisión instalada en las proximidades del altar parecía que se veía el papamóvil, pero la imagen era tan confusa en la distancia que también podría haber sido una ambulancia o una furgoneta de reparto. Total, nada. Algo contrariado, don Cristóbal regresó a su rueda. En aquel momento decía la radio:

—«El coche del Papa recorre el campo acotado para la ceremonia alargando su itinerario para que puedan ver al Santo Padre de cerca tantos fieles como sea posible. Aparte, hay una pantalla de televisión del tamaño de las de un cinematógrafo por la que los fieles podrán seguir cómodamente la ceremonia en combinación con la magnífica megafonía que asegura un espacio de creatividad total hipermedia... Ahora sube, asciende queremos decir, el Santo Padre la escalinata de la tarima amarilla que conduce al altar».

—«... hay saludos —intervenía la otra voz—, se agitan banderas y pancartas, el Papa saluda a esta asamblea universal, sacerdotes que aplauden, los fieles corresponden con fervor y entusiasmo indescriptibles a ese saludo...».

—«... el Papa ha subido las gradas del altar...».

—«... el Santo Sacrificio estará presidido por una virgencita de apenas un metro de altura, factura barroca, con hermosa corona plateada. El Santo Padre, antes de alcanzar el último peldaño, se arrodilla ante ella y el arzobispo de Sevilla, monseñor Vallejo, que ya había alcanzado la plataforma superior, vuelve sobre sus pasos para imitar el gesto del Santo Padre. ¡Oran! ¡Oran, señoras y señores, momento emocionante, queridísimos oyentes, oran ante la virgen el Papa y el arzobispo-cardenal de la diócesis hispalense monseñor Carlos Amigo Vallejo! ¡Inenarrable emoción, han juntado sus manos, cada cual por su lado, las suyas queremos decir, el Santo Padre apoyando los labios sobre el ápice de las suyas juntas, y oran! ¡Oran, están orando, a la Virgen, nuestra madre, a la Señora del Cielo, a la Concebida Sin Pecado, emocionantísimo, irrepetible momento! Los oyentes sabrán que Sevilla fue la campeona y la adelantada de la defensa del dogma de la Inmaculada Concepción y precisamente esta imagen de la Virgen que, como decíamos, procede de la capillita existente junto al Postigo del Aceite es conocida aquí como *la Pura y Limpia*. Es una imagen que inspira una extraordinaria devoción en los sevillanos...».

—«... un Papa polaco vuelto sevillano le reza a la Virgen del Postigo...».

—«... el Papa va a celebrar el santo sacrificio de la misa y con él concelebrarán sus hermanos en el sacerdocio y en el episcopado...».

—«... ha finalizado Su Santidad la oración. Aplausos. Muchos asistentes levantan y agitan banderas de España, de Chile, de Estados Unidos... Se escucha entusiasta el grito coreado de ¡Viva el Papa!...».

—«... no sabemos si ustedes podrán percibir también las voces enronquecidas que gritan vivas al Papa...».

Y era verdad, puesto que, en efecto, entre el murmullo de la multitud congregada en la explanada destacaban potentes coros que vitoreaban al Papa.

—«... son las nueve y cinco minutos...».

—«... delante de la escalinata hay un batallón de sacerdotes oficiantes, todos de blanco...».

—«... percibimos un movimiento masivo de fotógrafos, nuestros queridos compañeros de la prensa escrita, que han conseguido, tras arduas negociaciones, que les asignen un emplazamiento más acorde con el menester que han de desempeñar en este claro día inenarrable y solemne...».

—«... el altar tiene unas dimensiones perfectas y está presidido por este logotipo que diseñara el gaditano Diego Gader y que quiere representar y significar la cruz, la sagrada forma, la hostia derivada del sacrificio de la cruz, unas manos, un barco y todo ello en recias pinceladas, no más de seis. Fue premiado en el concurso de logotipos que organizó al efecto... Interesa subrayar que tanto el logotipo como la letra y la música del himno eucarístico son obra de afamados autores andaluces...».

Pasó junto al coche un matrimonio que llegaba tarde a la ceremonia. La voluminosa esposa iba diciendo:

—Pues yo no sé cómo este hombre, por santo que sea, tiene el valor de estar siempre en los aviones. Yo en avión no pienso viajar nunca, y no es por falta de posibles, ¿eh?, que dinero, gracias a Dios, nos sobra para eso. Es que yo no me fío, que me parece que ir en avión es querer adelantarse a Dios...

—«... mañana Su Santidad el Papa visitará tierras onubenses, las queridas y entrañables tierras onubenses a las que desde aquí enviamos un entrañable saludo. Allí Su Santidad visitará Huelva, como decimos, y La Rábida y Palos de Moguer y el santuario del Rocío, el lugar de la romería, de la entrañable devoción popular de los almonteños...».

—«... se inicia ya la procesión propiamente dicha de los concelebrantes y la abre ese Cristo de marfil, bellísimo, que procede de la parroquia de la Magdalena de Sevilla. Detrás, además de los acólitos con los inciénsanos, etcétera, irá la multitud y la figura que ilustra Jesús maestro sobre el Evangelionario. El Evangelionario está simbolizando a Cristo-luz de las gentes que es el lema de este Congreso Eucarístico Internacional...».

—«... *Cristo Lumen Gentium*, dicho en latín...».

—«... así es. La procesión parece...».

—«... después del Concilio Vaticano II cambiaron algo las costumbres de los congresos eucarísticos. Ahora lo más importante es esta *Statio Orbis*; antes lo más importante era una procesión eucarística, los oyentes lo recordarán...».

—«... muy bien. Interesante aporte histórico de nuestro asesor doctrinal, el padre Ovejero, también...».

—«... efectivamente, la Iglesia está adaptándose a los tiempos...».

—«... renovarse o morir, como vulgarmente dicen, aunque quizá no sea una expresión adecuada, que podría servir, a nivel popular, para entendimiento de oyentes sencillos, puesto que la Iglesia, como institución divina y eterna, no necesita renovarse, puesto que no puede morir por su propia condición de obra divina; no obstante, lo hemos dicho así para acercarnos a la comprensión de nuestros oyentes más humildes y desasistidos de inteligencia, no a la de los otros, naturalmente...».

CAPÍTULO 8

DON CRISTÓBAL ACABÓ DE CAMBIAR LA RUEDA, atornilló la pinchada debajo del maletero del coche y aceptó la servilleta de papel que la señora le tendía.

—¡Muchísimas gracias, padre! No sabe usted cuánto le agradezco la caridad que ha tenido conmigo. Que Dios se lo pague.

—Estamos para servirnos los unos a los otros, señora —dijo don Cristóbal.

La señora sonrió, subió al coche metió la primera, levantó la mano para decir adiós, encendió el intermitente de la derecha y partió como una flecha por la izquierda dejando atrás a don Cristóbal envuelto en una nube de polvo. Don Cristóbal arrojó el pañuelo de papel en una papelera y regresó a su quiosco. Tornó a poner la radio:

—«... ésta promete ser una misa dominical muy especial... —intervenía la atiplada voz del padre Ovejero—, una misa del orbe y para el orbe de Sevilla, el cénit del Congreso Eucarístico, su broche de oro, su perla en el remate, su...».

Don Cristóbal, de regreso en su calabozo caldeado por el sol, tenía la carne de gallina y se le saltaban las lágrimas. Iba a asistir a la *Statio Orbis* de un modo algo diferente al que tenía pensado, pero quizá desde aquel humilde y desairado puesto que otros habían despreciado podía darse a sí mismo una lección de humildad y penitencia. Casi dudó sobre si echarse abajo los faldones de la sotana, que había levantado disimuladamente hasta la cintura por aliviarse un poco del calor, pero luego decidió dejarlos donde los tenía mientras no hubiera peligro de escandalizar a nadie, recordando que él mismo aconsejaba a doña Transfixión y a otras feligresas excesivamente pías que no se infiriesen más penitencias de las necesarias y que los tiempos de los cilicios y de los sufrimientos gratuitos habían pasado, que eso son egoísmos y vanidades disfrazados de virtud.

—¡Oiga, tiene usted bocadillos!

Don Cristóbal dio un respingo. Estaba tan ensimismado en sus pensamientos que no había visto acercarse a una mujer de mediana edad que llevaba un niño de la mano.

—No, señora; lo siento, pero aquí no tenemos comida.

—¿Y paquetes de almendras garrapiñadas, avellanas o patatas fritas?

—No, señora; ya le digo que comida no tenemos aquí. Aquí solamente se reciben las hostias después de la misa.

—¡Ay, qué fastidio! Es que, mire usted, padre... Es padre, ¿no? Es que yo..., a mí, con esta emoción tan grande de ver al Papa, se me abren las hambres. ¿No sabe usted dónde puedo comprar alguna comida, aunque sea gusanitos, o fritos de maíz, o cortecitas de cielo, o wimpies, o croockies de alfalfa, o delicias de algarroba, o creeks

de avena, o chocritos de centeno, o inclusive palomitas? Con cualquier cosa me apaño.

—No, señora; yo es que he acabado de llegar y me han metido aquí y todavía no sé lo que hay por ahí fuera.

La señora hizo ademán de marchar, pero no hubo dado tres pasos cuando se volvió:

—Oiga, ¿y refrescos? ¿Tiene usted refrescos? —Y señalaba las dos latas de Pepsi-Cola que Jose-maría Javier le había dejado en herencia cuando le traspasó el quiosco—. Es que tenemos una sed...

—Tome usted estas latas —dijo don Cristóbal entregándoselas—, aunque no están muy frías.

—¿Cuánto es?

—Nada, señora, que usted las disfrute.

—¡Que Dios se lo pague! —dijo ella y sacudiendo el brazo del niño, le preguntó severamente—: ¿Qué se dice, Pincho?

El niño alzó la mirada y murmuró con desgana: «Gracias».

—¡Gracias, padre! —corrigió la señora.

—Gracias, padre —repitió la criaturita con fastidio.

La señora sonrió. Para que se vea lo bien educado que tengo a mi Héctor-Armando. Don Cristóbal la vio alejarse camino de la misa con su retoño de la mano y cuando se hubo cerciorado de que no volverían tornó a arremangarse la sotana, liberó un par de presillas del cuello y atendió nuevamente al transistor.

—«... ya se va a preparar el emocionante momento del santo sacrificio: el Papa penetra en una de las sacristías de lona, con las dependencias interiores que tras el altar se han habilitado para este fin...».

—«... mientras el Santo Padre se prepara para la ceremonia, las cámaras de la televisión gigante recorren el campo. Vemos detalles de los fieles. Señoras vestidas de blanco y amarillo, algunas con graciosas y elegantes pamelas como las que se lucen en las carreras de Ascot...».

—«... bien, no iguales: éstas son más elegantes, con esa elegancia que caracteriza a la mujer española cristiana y decente...».

—«... sí, por supuesto, no sólo más elegantes sino más acordes con la modestia cristiana que la ocasión exige...».

—«... Vemos también obispos, de mitra, docenas de ellos en espesa piara...».

—«... que, como las mitras no disponen de visera, se resguardan de los rayos de sol poniéndose la mano o un pañuelo...».

—«... vemos también monjitas con gafas de sol...».

—«... sí, las monjitas se han *aggiomado* muchísimo. Las hay de muy distintas denominaciones, aunque todas tienen en común la santidad de vida y el espíritu de cristiano servicio...».

—«... así es, completamente de acuerdo...».

—«... se aplaude la limosna para el Proyecto Hombre por los drogadictos, para la redención de nuestros queridos hermanos en Cristo los drogadictos...».

—«... las imágenes de esta muchedumbre desde el helicóptero por el monitor que tenemos al lado, perteneciente a nuestros queridos colegas y compañeros en Cristo, los de televisión, nos muestran un inmenso abanico negro que se extiende sobre esta magnificente explanada, donde en tiempo de feria se monta la llamada calle del Infierno, con perdón, porque en ella están los cacharros de feria, hoy se ha transformado en salvífica calle de la Gloria para el broche de oro, como decíamos, de este magno congreso mariano, el cuadragésimo tercero, que clausura el Papa con este santo sacrificio de la misa...».

—«... no sé si llegará a ustedes el trino cantor de la polifónica que amenizará y dará realce al evento. Es una polifónica inmensa, formada por cuatro masas corales de Sevilla, una de ellas procedente de un barrio humilde, ¿quién lo habría de decir?, del polígono Alcosa, simpático y entrañable detalle...».

—«... Se ven algunas sombrillas y muchas viseras; el sol comienza a levantarse y el día promete ser caluroso...».

Ya lo iba notando don Cristóbal que el radiante Febo daba de pleno en la chapa de su quiosco y amenazaba con derretirle los sesos. Asomó la cabeza y dijo: «¡Vaya, por Dios, qué mala suerte! No tendremos sombra en toda la mañana. Bueno, aceptemos este pequeño sacrificio por las intenciones de Su Santidad».

Habían ido a montar el quiosco en el único claro que quedaba entre la fila de árboles. Don Cristóbal era, en efecto, de los que se sientan en un pajar y se clavan la aguja.

—«... se ensayan los cánticos de los sacerdotes desde las gradas del altar: esos gorgoritos que están ustedes escuchando, pero... ¡Atención!... Aquí salen algunos concelebrantes ya revestidos para el santo sacrificio... ¡Atención!... Sí, salen en filas, concentrándose, la cabeza gacha, las manos unidas, caminando apaciblemente y... ¡Sí!... Van tomando posiciones en las gradas del presbiterio. Parece que casi no va a haber sitio en este altar para que tantos concelebrantes oficien la Santa Misa con su Santidad...».

—«... numerosísimos cardenales, arzobispos, obispos, sacerdotes, etcétera, van saliendo ahora, en este preciso momento, y pasan por delante de la escalinata, todos vestidos de blanco, con algún detalle de color si acaso, sobre las mitras y sobre el pecho el discreto anagrama del Congreso Eucarístico...».

—«... estas casullas y estolas que lucen se han realizado expresamente para la celebración de la *Statio Orbis*. Un total de mil... dos mil estolas y doscientas cincuenta casullas para esta celebración... para impartir la comunión ha fabricado una casa belga que es la proveedora oficial de los ornamentos artesanales que se van a usar en *Statio Orbis*...».

—«... también la ropa que usará Su Santidad el Papa ha sido confeccionada por la misma firma, cuyos talleres centrales están ubicados en la bella ciudad belga de

Brujas, con perdón, y que ha realizado, en una sala del palacio arzobispal hispalense, una exposición de sus productos en fechas anteriores al congreso...».

En eso estaba la radio cuando don Cristóbal la apagó y se bajó a toda prisa la sotana al ver acercarse a dos señoras de aspecto distinguido. Pasaron de largo hacia la asamblea de la *Statio Orbis* y nuestro cura sólo pudo percibir que una iba diciendo a la otra:

—... pues, ya digo, me encuentro un jersey marrón oscuro con sus botones a juego, marrones oscuros, pero, hija, cuando me lo puse parecía que me habían tirado de un sexto piso; parecía una hospiciiana, me hacía detrás una comba que, ¡vaya!, como yo tengo un poco de pompis, ¿sabes?, pues me daba más vuelo que una falda camilla, así que me dije, anda yo esto no me lo pongo, que para echar faltas a la calle más vale quedarse en casa, como decía mi abuela, que en paz descanse, así que le dije al dependiente...

Don Cristóbal volvió a levantarse los faldones de la sotana y a poner la radio:

—«... los copones que se usarán para impartir estas comuniones son, sin embargo, aunque parcialmente seriados, fruto de una producción básicamente artesanal llevada a cabo por la fábrica de cerámica de la Cartuja. Con esos copones se impartirá hoy la comunión a un estimado medio millón de personas, probablemente más. En este plano aéreo que nos ofrecen los realizadores de televisión se aprecia que si la muchedumbre no llega al medio millón de personas, lo rondará bastante; aquí, como suele decirse, hay más gente que en la guerra, sólo que la presente ocasión no puede ser de más paz y cordialidad en el Señor, la *Statio Orbis* retransmitida por radio por esta su emisora amiga que hoy colabora con los fastos de la clausura del Congreso Eucarístico Internacional...».

—«... el órgano está interpretando música de Bach y de Gounod, maravillosa música para acompañar esta celebración...».

—«... los signos exteriores de este pluralismo universal: junto a los obispos concelebrantes donde podemos ver a representantes de la Iglesia siria copta del rito oriental, ortodoxo católico, por supuesto, podemos verlos, contrastando enormemente...».

—«... en estos momentos un sacerdote revestido de blanco se ha situado detrás de los micrófonos conectados con la megafonía y está explicando el acto. Vamos a dejar que ustedes, amadísimos radioescuchas, lo escuchen...».

—«... el magno evento al que asistimos se llama *Statio Orbis*, o sea, asamblea o reunión eucarística de la Iglesia universal. Es la realización y manifestación del misterio de la comunión de la Iglesia constituida por Cristo como comunidad de Fe, de Esperanza y de Caridad y el mundo para hacer señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano en la esperanza salvífica de la Trinidad, cuando el misterio divino se nos aparece en todo su refulgente esplendor para eclipsar la radiante mañana...».

—«... en estos momentos, señoras y señores, fieles radioescuchas, aparece Su Santidad el Papa ya revestido...».

—«... revestido de blanco, con adornos en rojo...».

—«... ya está listo para celebrar la liturgia del...».

—«... suena en el órgano con música de *Pueblo de Dios, asamblea santa...*».

—«... Padre Ovejero, como anillo al dedo viene esa música porque estamos en la *Statio Orbis*, no lo olvidemos...».

—«... en efecto. Ahora los coros polifónicos cantan y entonan *Te alabamos, antorcha de la Nueva Jerusalén*. Parece, señoras y señores, queridísimos oyentes, que el aire se ha llenado de ángeles...».

—«... pasa el helicóptero de televisión, el que está transmitiendo este magno acontecimiento...».

—«... Su Santidad el Papa sube las escaleras...».

—«... asciende la escalinata, llega al altar...».

CAPÍTULO 9

DON CRISTÓBAL SE ASOMÓ A MIRAR EL PALENQUE, pero sólo vio unas figuritas remotas, como en retablillo de niños. Sin embargo la pantalla gigante de televisión instalada en las cercanías actuaba como una poderosa lupa y ofrecía una panorámica de mitras, como una inmensa bandada de palomas tendida al sol, al cual, a veces, relampagueaban las gemas de los anillos y cruces episcopales.

—«... el Santo Padre —seguía diciendo la radio— hace en estos momentos una reverencia ante el magnífico altar con peto de plata repujada obra del siglo diecisiete proveniente de la parroquia de...».

—«... ahora Su Santidad se dirige a los obispos...».

—«... parece que va a saludar a los reyes...».

—«... sí, así debe ser, padre Ovejero, porque camina hacia ellos. ¡Inenarrable momento de emoción, señoras y señores!...».

—«... desciende las gradas bendiciendo...».

—«... el Papa saluda en estos instantes a sus majestades los reyes, y este acto de cercanía, de proximidad de Su Santidad el Papa con los reyes y la corona española, de entrañable amistad, está siendo rubricado por un aplauso enfervorizado de esta multitud congregada para celebrar la Eucaristía...».

—«... pasa ahora el Santo Padre ante los cardenales...».

—«... los hay de muchas razas, pues católica como universal, la Iglesia se extiende por todo el orbe conocido...».

—«... la coral polifónica interpreta a Bach, el rito de entrada bajo la dirección del canónigo maestro de capilla y organista de la catedral hispalense don...».

—«... Su Santidad el Papa, con el inciensario en torno al altar, echa incienso a los cálices y ornamentos y también a la Virgen, a la Pura y Limpia, este entrañable sahumero dirigido por las manos santas de Su Santidad...».

—«... que no lo ha querido relegar a ningún subalterno, no, lo hace él mismo, con singular maestría...».

—«... se distingue perfectamente el humo blanco del incienso...».

—«... entrañable momento que la gente sigue con gran interés y devoción, con recogimiento y salvífica piedad...».

—«... el Papa, Su Santidad el Papa, se dirige ahora a la silla y toma asiento...».

—«... tiene un cojín rojo con cordones y borlas doradas...».

—«... acercan a Su Santidad un micrófono y un libro, que mantienen abierto ante él...».

—«... oigamos al Santo Padre...».

A don Cristóbal se le fue el santo al cielo. A estas horas de calor, el Maligno permitió que se autocompadeciera pensando en las siestas de verano, en Arjona. La casa parroquial estaba pésimamente orientada y el sol daba de lleno en el dormitorio a las horas del mediodía; por eso él había adquirido la costumbre, que se guardaba bien de divulgar, de hacerse un camastro en la Iglesia, en la capilla de San Isidro. En cuanto terminaban las confesiones y la catequesis, que solía ser antes de las doce, cerraba las puertas del Carmen y se ponía fresquito, con unos pantalones de pijama y una camisa vieja o incluso en camiseta, aunque dejaba la sotana colgada en la percha del recibidor, por si tenía que ponérsela en un momento, caso de que alguien llamara a la puerta. Pasada la hora del almuerzo, a eso de las tres, después de ver el telediario, se iba a la sacristía y sacaba del compartimento inferior de la cajonera dos mantas viejas, el cernadero de la plancha y una sábana pasada y se hacía un camastro, unas veces debajo del púlpito, otras veces frente a la capilla de San Roque, aprovechando la corriente de aire que discurría entre las puertas lateral y principal de la iglesia. Cuando ponía el camastro aquí se distraía siguiendo las sombras que producían los coches en la cámara oscura de la nave central, al interrumpir los rayos de sol que se filtraban por las rendijas de la puerta. No olvidaba don Cristóbal llevarse el botijo y tenerlo junto a la cabecera para darle un tiento de vez en cuando al agua fresquita con su leve punto de barro y anís.

—«... en el nombre del Padre, del Higo y del Espíritu Santo. La paz sté con vosotros...» —dijo el Papa.

Don Cristóbal se sobresaltó y regresó a la realidad sintiéndose íntimamente avergonzado. «¿Qué estás haciendo, sacerdote indigno? —le reprochaba la voz de la conciencia—, te solazas en pensamientos vanos, dejas que se apague tu lámpara como la virgen necia, mientras el Santo Padre necesita tu oración, está orando por la salvación del mundo...».

—«... en estos momentos, el arzobispo de Sevilla, monseñor Carlos Amigo Vallejo, va a dar una vez más la bienvenida a Su Santidad el Papa...».

—«... se acerca a los micrófonos...».

—«... abrazo paterno de Su Santidad el Papa al arzobispo de Sevilla que se hace extensivo a toda España y a todo el mundo. Va a leer el Papa: hoy solemnidad del cuerpo y la Sangre de Cristo, obedeciendo al mandato del Señor, alegrémonos porque somos invitados al banquete de la Eucaristía...».

Don Cristóbal comenzaba a sentir hambre. Al desamparo que venía sintiendo desde horas atrás se unía el franco retortijón del estómago plegado y vacío. Llevaba ya casi veinticuatro horas prácticamente sin probar alimento.

—«... confieso ante Dios que he pecado mucho en pensamiento, palabra, obra y omisión y más por mi culpa por mi culpa por mi gran culpa...» —decía la radio.

—«... el coro arranca con el *Kyrie Eleison, Señor, ten piedad*, de la *Misa Brevis* de Mozart».

—«... el Papa dice: Oremos...».

—«... el Santo Padre ha dicho oremos, perfectamente audible, ha dicho oremos, no *oremus*, sino oremos, simplemente oremos, con esa voz bien timbrada, tan agradable, con su leve acento que la hace precisamente por ello más entrañable...».

—«... es como un verdadero padre para todos nosotros, para esta asamblea...».

—«¡Atención, queridos oyentes, porque se va a proclamar ahora la primera lectura que está tomada del Deuteronomio! La proclamación se hará en lengua inglesa...».

—«... traduce un sacerdote: Habló Moisés al pueblo y dijo: “Recuerdo el campo que yo, el Señor, te he hecho recorrer estos cuarenta años por el desierto para afligirte y ponerte a prueba. Él te afligió haciéndote pasar hambre y después te alimentó con el maná...”».

—Eso me vendría bien a mí, Señor —dijo don Cristóbal—, que no cené anoche ni he desayunado esta mañana y estoy desfallecido de hambre.

—«... te hizo recorrer aquel desierto inmenso y terrible con dragones y escorpiones, una sequedad sin gota de agua...».

—«... la asamblea clama: *Verbum domini, Deo gratias*, palabra del Señor; te alabamos, Señor...».

—«... en lengua francesa se proclama la segunda lectura, es una monjita, una monjita francesa, pizpireta y piadosa la que se acerca ahora al micrófono, que, como decimos, está emplazado sobre un pequeño podio habilitado en el centro de la escalinata...».

—«... ya llega la monjita al micrófono, mira a la asamblea, va a hablar, ya habla: “Primera carta del apóstol san Pablo a los corintios: Hermanos, el cáliz de nuestra acción de gracias ¿no nos une a todos en la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no nos une a todos en el cuerpo de Cristo? Comemos todos del mismo pan aunque seamos muchos, pues todos participamos de un solo pan. Fijaos en Israel según la carne...”».

Pan, carne. Don Cristóbal, con las fauces anegadas de agua, miraba si por los alrededores del quiosco pasaba alguien que le hiciera el favor de vigilar el negocio un momento mientras él iba a comprar un bocadillo. Pero no pasaba nadie. Los últimos rezagados del *Statio Orbis* hacía tiempo que se habían incorporado a la ceremonia y por el otro lado sólo estaba la carretera por la que pasaban vehículos a toda pastilla. Paciencia.

—«... Eucaristía significa acción de gracias y alegría: es lo que motiva a la alegría a este más de medio millón de personas aquí congregadas...».

—«... el Papa en estos momentos ceba el inciensario con ayuda de una cucharita que un subalterno le presenta y lo bendice, queridísimos radioescuchas, lo ha cebado y lo bendice...».

—«... sí, lo bendice...».

—«... canta el coro, vamos a ver si lo identificamos...».

—«... se identifica perfectamente: cantan *Aleluya, aleluya...*».

—«... ahora vemos la procesión del Evangelionario, según la liturgia cristiana, franqueado de clérigos vestidos de blanco que portan velas...».

—«... el coro sigue entonando *Aleluya, aleluya*. Se ha solemnizado más el *Aleluya* cantando el *Aleluya* de Poussel. Cantan: “el Señor está con nosotros y con tu espíritu...”».

—«... un sacerdote anónimo, un hombre de Dios, calvo por cierto, inciensa el Evangelionario y lee: “Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo, para que quien lo coma no muera. Y el pan que yo os voy a dar es mi carne por la vida del mundo. Disputaban entre sí los judíos: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?...”».

Don Cristóbal buscó entre las cajas de cartón apiladas en las estanterías del quiosco a ver si encontraba algo que comer, pero no halló nada, aparte de media docena de hostias rotas que habían quedado en el fondo de una caja. Se las metió en la boca y procuró deshacerlas con la lengua para que duraran lo más posible, pero duraron un suspiro y dejaron el hambre intacta. Pensó que sentiría menos si se distraía. Tomó a concentrarse en la radio:

—«... en la tribuna de autoridades está el presidente de Andalucía, señor Chaves, y el alcalde de Sevilla y otras personalidades, todos acompañados de sus respectivas esposas ataviadas con la españolísima mantilla, también algún garrido uniforme militar...».

—«... el pecho rutilante de condecoraciones...».

—«... todos han venido en su mejor aspecto a celebrar al Papa...».

En la televisión gigantesca se veía el cura calvo. Por la megafonía se le oía decir: «El que coma de este pan vivirá para siempre». Comenzó a cantar con tonante voz: ¡*Pala...!* y se quedó cortado en la segunda sílaba. Se mordió el labio ostensiblemente e hizo un gesto de lamentar en el alma aquella metedura de pata retransmitida por la televisión vía satélite, *urbi et orbe*.

—«... no tiene mayor importancia —lo justificó el padre Ovejero, con caridad cristiana—; un error lo comete cualquiera, máxime en un día tan espléndido como este en que todos estamos transidos de fe y no paramos mientes en los pequeños detalles...».

—«... todo está discurriendo perfectamente, en un prodigio de organización. Dios vela por el evento...».

—«... en otro orden de cosas cabe decir, no obstante, que se han dispuesto ambulancias y todos los auxilios posibles para caso de accidente...».

—«... es previsible que, con este calor, se produzcan algunas lipotimias, pero hasta ahora Dios, en su infinita misericordia, lo ha remediado y puede...».

En la pantalla gigante de televisión el cura calvo llevaba el Evangelionario en alto y lo entregaba al Papa.

—«... el Santo Padre bendice a la muchedumbre con el libro de los evangelios y lo devuelve al sacerdote que lleva gafas de sol...».

CAPÍTULO 10

DON CRISTÓBAL MIRÓ AFUERA NUEVAMENTE, a ver si se acercaba alguien. Nadie se acercaba. Todo el mundo estaba pendiente del *Statio Orbis* y los pocos coches que pasaban por la carretera lo hacían a toda pastilla. Si se ausentaba durante diez o quince minutos, lo suficiente para llegar a donde pudiera adquirir un bocadillo, seguro que nadie iba a notar su ausencia. Por otra parte, ¿y si venía algún cardenal de la curia romana seguido de dos o tres obispos de los de cruz grande, inspeccionando el correcto desarrollo de la jornada? Encontrarían su puesto vacío, su posición desatendida, indagarían quién se ocupaba del quiosco, quién ha desertado... Se imaginó el bochorno. De pronto la lástima de sí mismo que estaba sintiendo se transformó en asco. Eres un hambrón sin escrúpulos, un esclavo de la gula, un sacerdote indigno —se reprochaba—. Debería darte vergüenza: en un día como hoy sólo piensas en satisfacer tus apetitos. ¿Qué misa papal estás oyendo, desgraciado? ¿Dónde está tu devoción, pastor infiel? Por otra parte, ¿no dices que quieres adelgazar? Pues comienza hoy y que la visita del Santo Padre te fortalezca en tu determinación y no sea, como tantas otras veces, que te pones a régimen y no perseveras.

Seguro de que nadie lo iba a ver. El padre Algarinejo se arrodilló y, juntando las manos, hizo acto de contrición. Al inclinarse, varias gotas de sudor se desprendieron de su frente y se estrellaron sobre el suelo de goma del quiosco dibujando estrellitas. Volvió a incorporarse y tomó asiento remangándose otra vez la sotana. Crecía el calor hasta el punto en que los sevillanos comienzan a llamarlo *la calor*, incluso es posible que anduviera ya por las lindes de *las calores*, que es cuando los gorrioncillos caen de los nidos, asfixiados. Pero en el aire abrasado por el inclemente sol de aquel cielo limpio no había gorriones. Salvo el Espíritu Santo, ninguna ave se habría aventurado a volar. Don Cristóbal se pasó otra vez el pañuelo, ya empapado de sudor, por el cogote. El sudor le bajaba por el canalillo de la espalda y se le encharcaba en las asentaderas. Temió mojarse y que pareciera que estaba meado. ¿Y si se quitara la sotana? ¡Eso nunca! Puede venir alguien y verme de esa guisa y sería de lo más escandaloso. Se desabotonó otro pasador del cuello. El quiosco se había convertido en un infierno. ¿Faltarán mucho para que acabe la misa? Prestó atención a la radio:

—«... la imagen un obispo negro se incorpora y le pide un libro a un obispo blanco y éste, amadísimos oyentes, se lo da, ¿no es hermoso?...».

—«... ahora Su Santidad el Papa Juan Pablo II va a pronunciar la homilía de esta Eucaristía a la que asisten sus majestades los reyes de España...».

En la homilía el Papa dijo, entre otras bien trabadas razones, que se las traía bien aprendidas: «... es contradicción inaceptable comer indignamente el cuerpo de Cristo

desde la división y la discriminación...; no se puede recibir el cuerpo de Cristo y estar alejado de los que tienen hambre y sed...».

Don Cristóbal se sintió más cerca que nunca del Papa porque él, por amor a Cristo, estaba padeciendo hambre y sed. Y por cierto con tantos cristianos juntos, no había ninguno que lo socorriera.

—«... los acólitos, con dalmáticas, portando veinte ciriales, hacen procesión al tiempo que canta de nuevo la polifonía coral. Eleva el Papa el cáliz y elevan las manos todos los obispos y sacerdotes concelebrantes. Bendice el cáliz y canta: *Misterium fidei...*».

Por un momento los cánticos y la música del órgano atronaron el cielo aumentados por la megafonía.

—«... el Papa, en este momento, dice las palabras latinas de la misa que son dificultosamente percibidas a través de la megafonía... Está consagrando el Santo Padre...».

—«... vemos, al lado de los coros, una agrupación de guardaespaldas, todos sordos como antes comentábamos, que velan por el Pontífice y por todos los cristianos aquí reunidos, naturalmente...».

Don Cristóbal bajó el volumen de la radio hasta el nivel de un susurro casi imperceptible y se arrodilló para escuchar las palabras del Pontífice.

Los abanicos, con el logotipo del congreso, no cesaban de dar aire a las señoras acaloradas. Las entradas en carnes, que abundaban sobremanera, parecían estar al borde de la apoplejía. De vez en cuando los camilleros retiraban a alguna que había sufrido una lipotimia. Hombres menos, pero también caían algunos.

Don Cristóbal, emocionado, pensaba que estaba viviendo un momento único en su vida. Probablemente no se le presentaría otra ocasión de ver a un Papa tan de cerca, aunque estuviera lejos, y mucho menos de colaborar activamente en una celebración de tanta importancia como aquélla. Ratificando estos pensamientos, en aquel momento advirtió que la voz del Papa decía:

—«... aunque somos muchos, formamos todos un solo cuerpo porque comemos del mismo pan...».

Estaba completamente desfallecido de hambre. La vigilia lo había debilitado.

Los sudores dentro de la ceñida manta zamorana de la sotana lo habían deshidratado. Advirtió que si no comía y bebía con urgencia, podía sobrevenirle algo. Imaginó el bochorno y la confusión si después de la comunión comenzaban a venir los sacerdotes y colaboradores a devolver las hostias sobrantes y lo encontraban tirado dentro del quiosco, privado de sentido, en aquellas condiciones, con la sotana sucia y vomitada. No lo pensó más y salió decidido a buscarse la vida. En la tarjeta de su entrada al *Statio Orbis* aparecían hasta cinco instalaciones, distribuidas al extremo de otras tantas varillas del abanico del *Statio Orbis*, por la parte exterior con la indicación «Puesto de socorro», «Capilla», «Restauración», «Recuerdos», «WC», «Sras., Caballeros y Teléfonos».

«Restauración», se dijo don Cristóbal; eso debe de ser lo que antiguamente se decía «Comidas» o «Mesón». Es decir, que ahí debe de haber bocadillos. Levantó la mirada y, efectivamente, pudo divisar hasta tres de estos puestos, una especie de *bungalows* prefabricados, muy aparentes. El más cercano era el marcado número cuatro en el reverso de la tarjeta. Estaría como a doscientos metros.

Resonaba la voz del Papa en los altavoces. El Santo Padre, completamente ajeno a las angustias de su empleado, estaba diciendo:

—«... *Statio Orbis* aquí, en Sevilla, la Iglesia entera quiere postrarse en recogimiento ante el misterio eucarístico...».

«Es que llevo ya un día sin comer —se justificaba nuestro hombre—, y con estos trotes. —Miró alrededor—. Total, aquí no hay nada que llevarse y las hostias no empezarán a venir hasta después de la comunión; todavía falta un buen rato».

Tomó su decisión, se abotonó la sotana hasta la sotabarba y se echó a la canícula (no tan calurosa como el interior del quiosco) en busca del puesto de bocadillos.

De vez en cuando volvía la cabeza y miraba hacia el quiosco por si se acercaba alguien. De pronto, la voz del Santo Padre dejó de oírse y don Cristóbal se quedó clavado en medio de la solana, la frente perlada por un sudor frío. Hacía un segundo que tontamente se había representado a Su Santidad entrecerrando los ojos, haciendo visera con la mano, mirando la motita en el horizonte que él sería, detectando su abandono de puesto a dos kilómetros de distancia e interrumpiendo la solemne ceremonia para echarle una bronca por la megafonía y obligarle a regresar a su puesto. Por fortuna, como llevaba el transistor consigo, pudo disipar enseguida el amargo pensamiento:

—«¡Atención! Se ha cortado la voz. Hay un fallo de megafonía. Hemos dejado de escuchar las palabras del Pontífice. Parece que se ha ido el sonido de Su Santidad el Papa... ¡Ah, señoras y señores, queridos radioyentes! ¡Lo que está ocurriendo es tan enternecedor que nos pone al borde de las lágrimas! ¡Dispénsenme si se me corta la voz! ¡El pueblo, el maravilloso pueblo cristiano aquí reunido, interrumpe al Santo Padre con sus aplausos para darle a entender que no se le escucha, que la megafonía no emite ningún sonido, que su palabra está cayendo, como la de la parábola evangélica, sobre la piedra yerta del silencio, y ellos la quieren vivificadora y fértil en el oído ávido de lección evangélica del cristiano! ¡Conmovedora lección de amor, de entusiasmo, de juicio!... El Santo Padre no se ha percatado y sigue leyendo hasta que... ¡Sí, sí!... Ahora le van a cambiar el micrófono... Bueno, parece que se salva la situación; había un fallo de megafonía, queridos radioescuchas, la técnica que no siempre acompaña... Sí, parece, efectivamente, que le cambian el micrófono... Sí, en efecto, nuestras sospechas se han confirmado plenamente una vez más: ese hombre que había salido con un micrófono en la mano iba a cambiarle el micrófono. Queda felizmente solventado el problema...».

Otra vez se oía la voz del Papa llenando el orbe. Don Cristóbal suspiró y prosiguió su camino. Ya estaba cerca del centro de acogida.

—«... en esta *Statio Orbis* —decía la radio— el maná es símbolo del pan que nutre para la vida eterna. Yo soy el pan y el vino. El que come de este pan vivirá para siempre. Estas palabras se verifican por la institución de la Eucaristía en la Última Cena. Cristo ha vencido a la muerte y vive. Ésta es la gran verdad que anima a todos los creyentes en Cristo...».

El Papa había terminado. En la distancia los aplausos sonaban como el rumor de la marola cuando hay levante en las playas del sur, pero don Cristóbal, cura de tierra adentro, de tierra de garbanzos y aceitunas, no estaba para divagaciones poéticas.

Lo que de lejos parecía *bungalow* de diseño, visto más de cerca quedaba en hispánico barracón desmontable, sin faltar. En la parte dedicada a bar, donde se servían bebidas y bocadillos había un mostrador y detrás de él la vitrina expositora de cristal exhibía media docena de bocadillos de calamares algo chafados y pringosos por ser fondo y resto de una pila mucho mayor ya vendida. Como hambres no faltaban, don Cristóbal no reparó en el aspecto mustio de las viandas, antes bien se le hizo la boca agua al contemplar los apetitosos anillos dorados asomando tentadoramente por la hendidura del bollo.

—¿¡Seiscientas pesetas por un bocadillo!? —se alarmó.

—A ver, padre, ¿qué quiere? —dijo el barman pasando una bayeta distraída por el expositor de los pasteles—. Esa es la tarifa. Yo aquí soy un mandado, un asalariado, un humilde productor. Si el establecimiento fuera mío los habría puesto a quinientas noventa, pero como el jefe me tiene que pagar la seguridad social y eso...

Don Cristóbal no estaba por discutir. Hurgó en su monedero, y se extirpó un billete de mil pesetas. El camarero le puso un bocadillo de calamares sobre una servilleta de papel, tomó el billete y se quedó palpándolo en el aire mientras echaba una mirada compungida al cajón de la registradora.

—Padre —dijo con expresión desolada—, como ya está hecho el arqueo, resulta que no tengo cambio. ¿Le da igual que le dé una Coca-cola?

—Pues ¿cuánto vale la Coca-cola?

—Vale quinientas pesetas, pero por ser para usted se la dejaré en cuatrocientas. Así quedamos en paz.

—Bueno.

El barman le dio la botella. Al cogerla, el padre Algarinejo casi se quema.

—¿No la tienen más fría?

—Lo siento, padre, es que se nos ha acabado el hielo, como esto dura tanto, y las botellas están al sol.

—¡Vaya por Dios! ¡Ea, hasta luego que tengo prisa!

—Hasta luego, padre.

Don Cristóbal regresó a toda prisa a su quiosco, se desabrochó media docena de botones de la pechera, remangó la sotana, tomó asiento y dio buena cuenta del bocadillo en cuatro bocados. Estaba muerto de hambre.

CAPÍTULO 11

MIENTRAS EL ÓRGANO ARREMETÍA con la fuga en do mayor de Bach, un nutrido grupo de sacerdotes se había congregado en torno al altar.

Algunos representantes de la asamblea presentaban al Santo Padre los dones eucarísticos: varias parejas avanzaban pausadamente por el pasillo central y subían la escalera del tablado.

—«... van por parejas, como los animales que subieron al arca de Noé...».

—«... los frutos y dones eucarísticos que portan son pan, agua, vasos sagrados, flores e incienso...».

—«... las flores predominantemente amarillas, que es el color vaticano como nuestros amados oyentes saben...».

—«... el Papa los recibe sentado en su cátedra; departe con cada pareja y la bendice...».

—«... se trata, naturalmente —precisó el padre Ovejero—, de parejas casadas por la Iglesia, como Dios manda...».

—«... una coreografía perfecta —titubeó el locutor y añadió—: Dentro del Señor, naturalmente...».

—«... ha terminado el ofrecimiento. El camarero le acerca el báculo y el Santo Padre lo toma, deja la cátedra y desciende al altar. Van acercándose los copones de cerámica que en número de más de mil serán utilizados para repartir la Sagrada Comunión, una obra maravillosa que ha hecho la cartuja de Sevilla...».

—«... el Papa consagra. Le aproximan un micrófono, pero no se perciben sus palabras. Todo lo ahoga emocionantemente la música del órgano...».

—«... ya para. Ahora sí se le oye decir. Veamos lo que dice...».

Calló el locuaz locutor y por la megafonía se oyó la voz del Papa como en un murmullo:

—El vino de la salvación..., que ste sacrificio sea agradable en tu presencia...

Demasiado sacrificio para el locutor. Su voz, refrescada por los quince segundos de silencio, volvió para decir:

—«... le presentan incienso que él bendice, ahora sahúma de incienso el cáliz y el altar todo alrededor...».

Y cuando llegaron a la comunión:

—«... unos mil doscientos ministros de la Eucaristía que, como saben ustedes, no son necesariamente sacerdotes sino que pueden ser diáconos, pueden ser seglares especialmente vinculados a ese ministerio, están distribuyéndose por toda esta amplia explanada para repartir la comunión a este, por lo menos, medio millón de católicos que están reunidos aquí...».

—«... el Papa también distribuye la comunión y deposita el Cuerpo del Señor en un portaviáticos que va a ir recorriendo las calles de Sevilla para llevar al lecho del dolor de nuestros queridos enfermos el consuelo de Jesús en el sacramento de la Eucaristía...».

—«... miles de sacerdotes auxiliados por cientos de voluntarios, muchachos, *boy scouts*, de asociaciones juveniles, reclutados para esta tarea se ocupan de la comunión...».

—«... se escucha la voz del Papa: dichosos los invitados a la cena del Señor...».

—«... toma la comunión el Santo Padre...».

—«... se ha intentado aprovechar la experiencia del año mil novecientos ochenta y dos en la última gran reunión con el Papa que hubo aquí, en esta misma explanada, de la que surgieron determinados problemas en la distribución de la comunión. Éstos se han intentado subsanar hoy y desde esta posición de comentarista me parece que la cosa está muy bien organizada y que nadie se quedará sin recibir el cuerpo de Cristo...».

—«... la gente está tomando la comunión, filas de ellos. Otros cantan el himno *Oh, salutaris hostia!*, pero también resuena en la parte de atrás con amplitud creciente *Cantemos al amor de los amores*, ese bellísimo himno de otro congreso...».

—«... unos comulgan en la boca; a otros se les da en la mano, que eso va en costumbres y parroquias...».

—«... hermosa pluralidad en la unidad esencial en la comunión universal dentro de la catolicidad más plural y concordada...».

—«... algunos imparten la comunión detrás de las vallas y el rebaño cristiano se les va aproximando desde la otra parte del resguardo...».

—«... el Papa también la administra al pie del altar, a los sacerdotes. Además está previsto que la administre a ochenta personas representativas de distintos estamentos de la catolicidad de Sevilla...».

—«... qué duda cabe que se considerarán privilegiados dentro de la humildad y mansedumbre que requiere el espíritu cristiano...».

—«... he aquí un trasiego respetuoso y silencioso de miles y miles de personas acercándose a comulgar, es un impresionante espectáculo...».

—«... y lo que más impresiona es lo perfectamente organizado que está todo...».

—«... suena el himno eucarístico, cada pareja de sacerdotes y ministro de la comunión va siendo acompañada por un voluntario, la mayoría de ellos pertenecientes al movimiento de los *boy scouts*».

—«... cantan: *El pan multiplíquese, tu vino nos alegra el corazón...*».

—«... por encima del acto en sí, tan colorista, está la dimensión social de la Eucaristía, el encuentro con Dios, por supuesto, pero también el encuentro con el hermano. Nadie, decía el Papa ayer siguiendo a san Juan, nadie puede ver a Dios porque es invisible, pero sí lo puede ver a través del hermano...».

Don Cristóbal, desde su quiosco, miraba la pantalla gigante y veía a un grupo de señoras de mantilla que tomaban la comunión de manos del Papa mientras el coro arremetía caudalosamente con el *Ave Verum corpus natum* de Mozart: «Salve verdadero cuerpo nacido de María, cuerpo de Cristo...».

—«... Su Santidad el Papa ha terminado de administrar la comunión a las ochenta personas que le han tocado, una Eucaristía que ellas, sin duda, no olvidarán jamás, y regresa a su asiento escaleras arriba. Canta el pueblo...».

Y en efecto, tanto a través de la megafonía como a pelo, es decir, a viva voz, se percibían las bellas estrofas del *Cantemos al amor de los amores*, el siempre recordado, el tan querido himno del Congreso Eucarístico de 1911.

—«... inolvidable himno...».

—«... sí que es bonito, sí...».

—«... Hay en el podio un sacerdote que dirige el canto de la muchedumbre con la batuta animosa de sus brazos. Acabado el cántico se produce un aplauso general...».

—«... van regresando los sacerdotes y voluntarios que distribuyeron la comunión por todas las esquinas de este inmenso campo, de esta inmensa explanada que ya fuera lugar de reunión cristiana en la primera visita de Su Santidad el Papa Juan Pablo II en mil novecientos ochenta y dos, para la beatificación de sor Inés de la Cruz...».

—«... Sor Angela de la Cruz...» —corrigió el padre Ovejero.

—«... ¡Sor Angela, perdón!».

—«... se proclama, con canto, el credo o símbolo apostólico. Dice el Papa: “Oremos, hermanos, a Dios, Padre de misericordia...”».

—«... responde el Papa: “La gracia de tu Iglesia”. Aquí, señoras y señores, el Santo Padre ha perdido pie en el escalón pero por fortuna ha sido sólo un amago de caída, una falsa alarma...».

—«... aunque nos ha recorrido a todos un escalofrío, en este día tan caluroso de junio sevillano...».

—«... parece como si una benéfica brisa fuera suavizando la temperatura...».

—«... que es alta, pero más alta aún es la de los corazones cristianos...».

Don Cristóbal, que estaba soportando las penas de san Lorenzo debajo de las chapas de su quiosco, recibió la noticia con alivio. Quizá lo hubiera confortado saber que no era el único que pasaba calor.

—No, no me hubiera confortado, porque mal de muchos es consuelo de tontos. Prosigue tu historia y sácame cuanto antes de este capítulo que ya te estás poniendo prolijo.

Prosigo.

La radio, que llevaba puesta toda la mañana, había ido perdiendo pilas hasta quedar en un murmullo apenas audible, a pesar de tener el volumen al máximo. De vez en cuando don Cristóbal giraba el dial para ver si cogía una emisora de mayor potencia, pero sólo captaba roseteos lejanos y confusos susurros.

Sonaba la voz del Papa por la megafonía pronunciando bellas palabras en las que solicitaba un hogar para los que carecen del mismo. El acto se acercaba a su recta final. Don Cristóbal consultó su reloj Casio de dos mil pesetas, de plástico, negro, a juego con la sotana. Faltaban doce segundos para las doce del mediodía, la hora del Angelus.

De un momento a otro comenzarían a llegar al Centro de Distribución y Recuperación Eucarística los sacerdotes y voluntarios que habían distribuido la comunión. Don Cristóbal se preparó para cumplir con su misión al frente del Servicio de Recuperación de Hostias Consagradas. Abandonando la ociosa silla, se abotonó la sotana, abrochó las presillas de la sotabarba y tomó de las estanterías dos o tres cajas de cartón en cuya tapa había un cáliz con la hostia emergente troquelado en relieve, y las dispuso abiertas sobre el mostrador.

El primero en llegar fue un sacerdote tan alto y atlético que cualquiera lo hubiera tomado por un secuaz del Palmar de Troya. Lo saludó jovialmente, vació media docena de hostias en la caja y se fue con mucha prisa, llevándose el cáliz de la Cartuja como recuerdo. Detrás llegó un pelotón de jóvenes voluntarios, con pañuelo amarillo al cuello y brazalete. A éstos les habían sobrado tantas sagradas formas que entre todos prácticamente llenaron la caja.

—Y esto —preguntó don Cristóbal algo decepcionado—, ¿es que no comulga la gente?

—Comulgar, comulgan —dijo uno de ellos—. Lo que pasa es que nos hemos distribuido malamente, porque en algunos sectores había solamente media docena de curas y en otros trescientos.

—¡Vaya por Dios!

—... pero no se preocupe usted, padre, que todo ha salido muy bien.

Diez, quince, treinta distribuidores de la comunión llegaron casi de golpe. La mayoría de ellos con el copón casi vacío pero algunos lo traían casi lleno y, dada la escasa capacidad de las cajas, don Cristóbal se vio, de pronto, con problemas de almacenamiento. Miró a las estanterías vacías: nada. El padre Josemaría Javier no había previsto que sobrarán tantas hostias y a medida que iba llenando los copones había ido entregando las cajas vacías a los coleccionistas de recuerdos. Y seguían llegando devoluciones. Muchos traían el copón repleto: ni se habían estrenado.

—Es que en mi sector estábamos demasiados dando la comunión.

Don Cristóbal solamente disponía de tres cajas y ya había llenado dos y media. ¿Dónde iba a guardar las hostias que seguían llegando, todas consagradas, todas transustanciadas, todas cargadas de sangre y carne del Divino Redentor? A su espalda, sobre la estantería vacía, descubrió un cilindro de plástico negro, en el que reconoció un envoltorio de bolsas de basura. ¿Sería muy irreverente, incluso sacrilego, almacenar en una de estas bolsas las hostias sobrantes? En realidad, la

bolsa es un contenedor aséptico que no tiene por qué ser específicamente de basura, quiero decir que es bolsa de basura cuando se llena de basura, de lo contrario es simplemente una bolsa de plástico negro que puede servir para cualquier otro uso, incluso para el nobilísimo de almacenar las hostias consagradas sobrantes en la *Statio Orbis*. Al fin y al cabo ¿por qué han de ser mejores estas cajas de cartón que tanto recuerdan a las de los mantecados de Estepa o a los de Arjona, que una bolsa negra, aséptica, de plástico? Le vino a la memoria que en cierta churrería había visto despachar churros en papel higiénico que la churrera iba cortando del portarrollos instalado en la pared, al lado del mostrador. A nadie le parecía asqueroso. ¿Qué diferencia hay entre el papel La Pajarita y el de envolver si los dos son de celulosa y pasta de trapo y madera? Pues si me apuran, ¿no estarán estas bolsas plegadas y recién salidas de la fábrica más limpias que muchos sagrarios de iglesias pobres de aldea, que parece que se caen a pedazos y se cuelan en ellos las hormigas y, si me apuran, hasta los ratones?

Don Cristóbal no argumentó más consigo mismo. Convencido de la licitud y recta doctrina de lo que iba a hacer, tomó su decisión: desenrolló el cilindro negro, arrancó una bolsa, despegó, no sin esfuerzo, la sutil laminilla de plástico, la abrió y la colocó en la estantería bajo el mostrador, a salvo de miradas imprudentes —no quería escandalizar conciencias estrechas— y fue vaciando en su interior las hostias que iban llegando.

A los pocos minutos ya la tenía llena, la puso a un lado y abrió una segunda bolsa que tampoco tardó en llenar.

Mientras tanto, al otro extremo del campo de la feria, sobre el elegante podio que contenía el altar mayor y las tribunas de autoridades, la ceremonia terminaba con la bendición oficial y los últimos rezos de Su Santidad el Papa después del Ángelus. Sonaban por la megafonía los compases de: *Ave Verían Corpus natum Ex María Virgine*.

Sevilla, la ciudad eucarística; Sevilla, la ciudad mariana por excelencia, despedía con aplausos al Papa.

—«... la muchedumbre responde al rezo del Ángelus: *Ave María, Ave María* —se entusiasmaba el padre Ovejero frente al micrófono—, es inenarrable, es emocionante, hay que vivirlo...».

—«... el Santo Padre se ha calado la mitra de obispo de Roma y bendice en latín; su camarero le acerca el báculo, lo toma. La multitud gozosa subraya con su ovación el final de este acto...».

—«... se escuchan por doquier esas acompasadas palmas sevillanas inconfundibles con que aplaude Sevilla...».

—«... no sólo de Sevilla son la palmas, sino de todo el público que ya ha aprendido y son como un sevillano más...».

—«... como un coro rociero...».

Por un momento el mostrador del Centro de Distribución y Recuperación Eucarística quedó descongestionado. Don Cristóbal aprovechó para asomar la cabeza y ver si quedaba rezagado algún distribuidor de la eucaristía. Divisó a uno, al que le habían sobrado docena y media de hostias.

—¿Vienen más?

—No creo; yo me he retrasado porque he atendido a una señora que le ha dado una lipotimia.

—Y estas hostias ¿quién se hace cargo de ellas?

—¡Ah, yo de eso no sé! A mí me dijeron solamente que las devolviera en este quiosco, usted sabrá. ¡Ea, adiós que no me quiero perder la procesión!

Y se alejó a toda pastilla. La procesión levantaba polvos a lo lejos. La muchedumbre se ponía en movimiento después del acto eucarístico, tres horas de forzada inmovilidad aguantando un sol de justicia. El concierto de palmas sevillanas, lejos de decrecer, aumentaba y contagiaba a todos los presentes. Era digno de verse a un obispo negro y a dos orientales chinos metidos en medio de un coro rodero, que los acogía con gracia y devoción, y palmeando por sevillanas con mucho garbo y brío.

Resonaban los vivas al Papa, a la Virgen de la Macarena, a la Virgen del Rocío, coreados por la multitud.

Sin ayuda de megafonía se podían percibir los coros que gritaban: «¡Juan Pablo Segundo, / te quiere todo el mundo!» y «¡Juan Pablo Segundo, / te queremos mucho!», que rima menos. En la superpantalla se veía al Papa navegando entre el delirante entusiasmo de una multitud de *fans* que habían saltado las barreras y traspasado los cordones de la policía. Todo el mundo quería aproximarse al Santo Padre y él abogaba por que los dejaran pasar, echaba bendiciones a un lado y a otro, sonreía incansable, rodeado de sus guardaespaldas sordos. Se divisaban grupos de muchachas ataviadas con trajes de faralaes, bailando sevillanas, otros cantaban a coro, con acompañamiento de guitarra, «*algo se muere en el alma cuando un amigo se va*» y «*no te vayas todavía, no te vayas, por favor*».

—«... es algo que no se puede aguantar...» —resumía el padre Ovejero en la radio.

La superpantalla mostraba la retirada de la familia real de su palco captando la tierna mirada que la reina dirigía a su augusto esposo. También se retiraban el duque de Alba consorte y señora, la sin par Cayetana.

—«... ahora el Papa se retirará a descansar —decía la radio— en sus aposentos del palacio episcopal para salir a las cuatro setenta y cinco a la reunión de catecúmenos que se celebrará en el patio de los Naranjos de la catedral sevillana. Y a las seis treinta visitará una residencia de ancianos en la vecina localidad de Dos Hermanas...».

Acabado el eucarístico espectáculo iban retirándose los celebrantes y los asistentes cada uno por su lado, algunos a pie, otros en sus vehículos.

El padre Algarinejo pensó en sus Marías de los Sagrarios. «No tengo más remedio que ir a buscarlas, pero ¿a quién le dejo yo esto?». Preguntó a un par de azafatos de brazalete amarillo y a otros transeúntes con pinta de enterados que acertaron a pasar cerca del Centro de Distribución y Recuperación Eucarística, pero nadie le supo dar razón. «Espérese usted ahí, padre, que ya vendrán a recogerlo. Pierda usted cuidado que aquí todo está muy bien organizado».

Don Cristóbal se armó de paciencia y esperó. La muchedumbre se disolvía y los autobuses comenzaron a salir del aparcamiento por docenas en una interminable fila similar a la de las orugas procesionarias que arrasan nuestros pinares. La caballería y la policía se pusieron en movimiento. Parece mentira lo que tarda más de medio millón de personas en dispersarse.

Entonces sintió el primer retortijón, una especie de calambre en las tripas y como un cosquilleo en el esfínter anal.

—¡Vaya por Dios y qué oportuno! —murmuró don Cristóbal—. Esto ha sido el dichoso bocadillo de calamares; si ya decía yo cuando me olieron a amoniaco...

Y sacando la cabeza del quiosco, escudriñó el campo a ver si aparecían por alguna parte Josemaría Javier o Eduardo Luis. Nada. Ni rastro de los dos curitas elegantes. Don Cristóbal comenzó a enfadarse.

—¡Me va a oír éste, me va a oír...!

Josemaría Javier no lo oyó ni estaba en condiciones de oírle. Completamente desentendido de su misión en el Centro de Distribución y Recuperación Eucarística, se había sumado al séquito papal y andaba codeándose con las alturas y dando sotanazos detrás de la ristra de cardenales de la curia y altos cargos pontificios. En todas las jerarquías, también en la eclesiástica, existen los trepas y los barandas, como no ignora el culto y avisado lector.

Diez minutos después, Josemaría Javier seguía sin aparecer, y los retortijones de las tripas de don Cristóbal se iban sucediendo a intervalos cada vez menores, como las contracciones de las parturientas. Él, como no era primerizo, sabía que estos partos cuando llegan no avisan y que ya debía estar próximo a romper aguas; por tanto tomó la decisión heroica de abandonar el quiosco y agenciarse un retrete lo antes posible. Acabó de rellenar la segunda bolsa de basura con las hostias de las dos cajas de cartón y atando cuidadosamente las bocas de las bolsas tomó una en cada mano y su cartera de skay bajo el brazo, y se puso en camino, apretando el paso, en dirección al punto de alivio más próximo. Llegó al barracón de los servicios, que estaba solicitadísimo y vio que, junto a la puerta marcada con una silueta masculina, remoloneaba un joven.

—¡Oiga! Usted perdone, pero es que vengo muy apurado. ¿Usted podría vigilarme estas bolsas mientras estoy dentro? Es que son formas consagradas y me parece irreverente entrar con ellas a unos servicios.

—¡Por supuesto, padre! Para eso estamos los cristianos, para ayudarnos —se ofreció amablemente el joven—. Déjeme usted aquí las bolsas y la cartera que yo

miraré por ellas.

Don Cristóbal se las entregó y entró. Había seis habitáculos en batería, uno de ellos más ancho para impedidos. Todas las puertas permanecían cerradas y una gran cola de solicitantes aguardaba ante ellas. Al tiempo de llegar don Cristóbal se abrió una de las puertas y nuestro cura pasó como una exhalación diciendo: «¡Ustedes dispensen, ustedes dispensen!» y se coló directamente sin aguardar turno.

El habitáculo no se puede decir que estuviera muy limpio, pues a lo largo de la trabajosa mañana había recibido el tributo corporal de cientos de usuarios, que incluso las personas de más elevado espíritu están dotadas de vejigas y esfínteres y sujetas a la penosa servidumbre de la carne. Pero don Cristóbal no era escrupuloso ni estaba en situación de andarse con remilgos; así que apenas se había arremangado la sotana y bajado los pantalones cuando, en fin, ahorremos al lector los penosos detalles. Lo cierto es que sufría un tremendo desconcierto intestinal. Los malditos calamares, la calor, las emociones... ¿qué sé yo? ¡Vaya día!

A los dos minutos salió don Cristóbal, ya aliviado, y no encontró a su benefactor en la puerta. Dio la vuelta al barracón, incluso dio dos vueltas, a ver si se había refugiado en la parte de atrás buscando una sombra. Nada. Allí no había nadie. El corazón le dio un vuelco. ¡Las hostias! Las hostias consagradas, miles de ellas, en manos de desaprensivos eran un riesgo cuya responsabilidad hubiera dejado al pobre cura como una nuez al paso de una apisonadora. Por fortuna, mirando mejor, descubrió las dos bolsas negras que contenían su tesoro. Estaban en el suelo, confundidas entre un montón de cartones, de viseras rotas y botellas vacías que los viandantes habían ido amontonado en torno a un contenedor de basura repleto. Las bolsas estaban allí, pero del samaritano que tan gentilmente se había ofrecido a custodiarlas no había ni rastro. Se había largado llevándose la cartera de skay polipiel, en la que nuestro cura guardaba su documentación y las diez mil pesetas que constituían su único capital hasta fin de mes. Las había traído al viaje por si se presentaba una emergencia. El transistor de Josemaría Javier, también había volado, aunque esta pérdida la lamentó menos.

Don Cristóbal se sintió más aliviado que contrariado. El caco había dejado caer cuatro o cinco hostias al registrar las bolsas. Las recogió, les sopló el polvillo adherido y las comió. Luego plegó las bolsas y tornó a cerrarlas con un nudo doble.

El campo de la feria, pasado el *Statio Orbis*, era una desolación. Al fondo, el tinglado benaventiano de la misa papal, estaba lleno de turistas que se hacían fotografías en grupos. Aparte de las vallas que formaban las corralizas, muchas de ellas volcadas y descompuestas, se iba manifestando un campo enorme lleno de las bolsas y basuras que iba dejando aquel formidable ejército en retirada. Todo provisional, todo brillando al sol con la tristeza marchita de las cosas pasadas. Un perro callejero, a lo lejos, devoraba los restos de una *pizza*. Don Cristóbal pensó rutinariamente: «Hay gente que tira la comida mientras en el Tercer Mundo mueren tantos niños de hambre».

—Bueno, muchacho —se dijo don Cristóbal, que se llamaba muchacho cuando tenía que infundirse ánimos para afrontar una dificultad—. Ahora lo que tienes que hacer es llevar estas hostias al arzobispado y salir pitando para donde están tus feligreses, que andarán preocupados por ti.

Y diciendo esto se levantó y anduvo, como Lázaro, y a buen paso se dirigió a la fila de árboles que marcaba el final de la explanada, mientras el sol juguetón le derretía plomo ardiendo en el colodrillo calvo.

CAPÍTULO 12

MÁS TRANQUILO, DON CRISTÓBAL SE DIRIGIÓ nuevamente al quiosco del Centro de Distribución y Recuperación Eucarística y halló a una cuadrilla de operarios que se afanaban en desmontarlo. Ni rastro de Josemaría Javier.

—Oiga —preguntó al capataz—, ¿cómo es que se llevan esto?

El capataz era un tipo gordo y colorado que sudaba copiosamente mientras se abanicaba con un cartón.

—¡Hombre, ya me dirá usted! Como que mañana lo tenemos que tener montado en Huelva, antes que llegue el Papa.

—¿No ha visto usted, por casualidad, a un cura joven que tenía que venir aquí?

—Aquí no ha venido nadie.

Los vendedores de viseras y banderines con la efigie del Papa estaban recogiendo la mercancía sobrante y se disponían a desmontar sus puestos.

—Aquí no hay nada que hacer —suspiró don Cristóbal—. Me parece que tendremos que llevarlo al arzobispado.

Y cruzando la carretera echó a andar por la acera del parque de los Príncipes, donde un oso polar rodeado de hielos perpetuos le invitó a consumir un refresco desde la marquesina de una parada de autobús.

Se detuvo indeciso al llegar a la entrada del parque y contempló el tentador oasis que allí se ofrecía al caminante. De buena gana hubiera descansado un poco, a la sombra de los árboles, tendido sobre la mullida hierba, después de limpiar el camastro de jeringuillas y gomas profilácticas usadas, pero la voz de su conciencia llamándolo al deber fue más fuerte. Dobló la esquina y prosiguió su camino en dirección a la calle República Argentina. Muchos asistentes al *Statio Orbis* se habían concentrado en la acera del parque con la esperanza de ver pasar el papamóvil y a las limusinas que transportaban a la familia real, a los ministros asistentes e incluso a los duques de Alba. A la gente sencilla le hace ilusión ver de carne y hueso a la gente que aparece en las revistas del colorín.

No había andado don Cristóbal veinte metros cuando sobre la fachada de un moderno bloque de oficinas que había al otro lado de la calle descubrió un hermoso letrero que decía «*Orbis*». «¡Hombre! Por fin, menos mal —se dijo—, ya hemos dado con el centro de coordinación o lo que sea y allá podrán atenderme y hacerse cargo de las sagradas formas». Y se alegró de tal modo que se lanzó a cruzar la calle atolondradamente y estuvo a punto de ser atropellado por una furgoneta de reparto de butano, de la cual asomó un irascible conductor, que le apostrofó:

—¡Animal de bellota, a ver si miras por donde vas, que todos sois iguales!

Aquel repartidor de butano, siempre tan malhumorado, llevaba dos años en la empresa y todavía no se había comido una rosca.

Don Cristóbal penetró en el espacioso portal revestido de mármol del edificio Orbis, donde un portero uniformado de general prusiano le cerró el paso.

—¿Deseaba?

—No es aquí lo de *Statio Orbis*. Es que, verá usted, yo he estado a cargo del Centro de Distribución y Recuperación de Sagradas Formas, o como se llame el quiosco ese, y venía a devolver las hostias sobrantes.

El portero, como era hombre de mundo, que no sabe usted las cosas que vemos en una portería al cabo del día, se percató enseguida de que estaba ante un loco o ante un estafador, más bien lo primero a juzgar por aquellas fachas, aquellos sudores, aquella astrosa sotana rescatada de algún basurero.

—¿Y quién le ha dicho a usted que venga aquí?

—¡Hombre, he visto el letrero...!

—¿Qué letrero?

—El de ahí fuera. ¿No pone ahí fuera «Orbis»?

El portero sonrió a medias. No sabía si reírse.

—¡Que no, hombre! Me está pareciendo que se ha pasado usted con el vino de la misa, ¿eh, padre? Lo que pone ahí fuera es «Edificio Urbis». Esto no tiene nada que ver con los curas, esto es una casa decente, dicho sea sin faltar.

—Entonces... ¿esto no es...?

—No, señor. Esto no es.

—¿Y el arzobispado? ¿Podría usted decirme por dónde se va al arzobispado?

—El palacio arzobispal está al *laíto* mismo de la Giralda. Una buena choza que se ha buscado el monseñor...

—¿Y por dónde se va? Es que no sé andar por Sevilla.

—Pues al salir tome usted a la izquierda calle adelante hasta que llegue al río y allí ya verá, por encima de los tejados, la Giralda.

Dio las gracias don Cristóbal y salió otra vez a la calle. Como hacía tanto calor, la gente se apiñaba debajo de las sombras de las palmeras y de los plátanos en espera de que pasara el papamóvil. Había mucha policía insistiendo en que no invadieran la calzada, pero es que la acera estaba al sol y la sombra de los árboles se proyectaba sobre el asfalto. Un fallo de diseño del sistema planetario.

Había un puesto de bocadillos en la anchura de la acera, adornado con una bandera del Vaticano blanca y amarilla y otra andaluza blanca y verde y el vendedor, con su chaquetilla blanca algo sudada y su bigote lacio, de vez en cuando empuñaba un abollado altavoz de mano para pregonar su mercancía:

—¡Señores, al rico bocadillo de mortadela, de *chopped*, de chorizo, de jamón, de salchichón! ¡Al rico bocadillo...! ¡Latas fresquitas! ¡Latas muy fresquitas de lo que usted quiera...! ¡Pipas saladas, caramelos, chicles, gusanitos...! ¡Vengan, señores, al

rico bocadillo! ¡Más barato que en el mato, esto es El Corte Inglés sin escaleras!... ¡Tengo latas frías, tengo Flax, helados, Fortuna, Ducados...!

—¡Oiga usted: haga el favor de callarse y tenga más respeto que va a pasar el Santo Padre! —lo reprendió una señora severamente vestida de las que aguardaban en medio de la calzada.

—¡Oiga, señora, que yo me tengo que ganar la vida, que tengo cuatro hijos que comen como si fueran siete y estoy *parao*! —replicó el del bigote y volvió a recitar su pregón desentendiéndose de la anciana. Ella refunfuñó algo por lo bajo y se fue a quejarse a un guardia, que había muchos intentando evitar, sin mucha convicción, que la gente se mantuviera en la acera, al sol, en lugar de invadir la calzada en busca de la sombra.

—Pero, oiga, ¿van a pasar por aquí los reyes?

—No lo sé, señora, a nosotros no nos han dicho nada —respondían los guardias.

Y otras veces, si estaban algo cabreados:

—No lo sé, señora, pero donde mejor se ven es por televisión.

Avanzó don Cristóbal hasta una parada de autobús cuyo panel lateral estaba ocupado por el anuncio de una película: *Made in America*, consistente en una fotografía enorme de una beldad negra que mira picaramente a un blanco resultón vestido de tejano hortera y debajo el texto siguiente: «En el banco de esperma ella pidió un negro alto e inteligente. Uno de cada tres no está tan mal».

A la sombra de la marquesina se habían resguardado tres señoras enormes y parlanchinas y un señor muy delgado con insignia cofrade en la solapa de cuyo resignado semblante se deducía que debía estar uncido a una de ellas por indelebles vínculos sacramentales.

Don Cristóbal, sudando bajo el sol de justicia, prosiguió su camino con el pensamiento puesto en la alta misión que la Providencia le encomendaba. Lo primero es llevar las hostias al arzobispado y devolverlas. «Luego ya veremos cómo me reintegro a la expedición de Arjona».

—También podías —le susurraba el Maligno— reintegrarte ahora y que le den morcilla a todo y telefonar al arzobispado desde Arjona diciendo dónde están las hostias, para que pasen a recogerlas.

—¡Eso es una barbaridad! —murmuró el pobre cura alejando de sí la tentación—. ¡Hay que ver los desatinos que se me ocurren! Tengo que devolver estas hostias lo antes posible. El deber es el deber.

Y tuvo un pensamiento piadoso para el pobre Josemaría Javier imaginando las angustias que estaría pasando y el rapapolvo que le habrían echado sus superiores por desatender el Centro de Distribución y Recuperación Eucarístico y traspasarlo sin permiso a un cura desconocido.

Miró las bolsas de basura que llevaba en las manos, con su ingrátida y preciosa carga y pensó: «A estas horas deben andar buscándolas como locos».

Se abría don Cristóbal camino por medio de una muchedumbre vociferante porque acababa de pasar una limusina negra que parecía que transportaba, detrás de los cristales ahumados, a algún miembro de la familia real, pero él iba tan ajeno a todo como si estuviera cruzando el Sahara por la ruta de la sed y del espanto. Por eso casi tuvo un sobresalto cuando miró a su lado y advirtió que lo acompañaba una chica rubia, de ojos azules y sonrisa picarona, vestida con un suéter a rayas negras y blancas y un pantalón también a rayas pero verticales. La ropa, tan ajustada, le dibujaba muy bien los muslos kilométricos y los pechitos respingones, no tan pechitos quizá. Casi una niña y ya era perversamente provocadora. Sostenía una botella de refresco en la mano y proponía al viandante:

—Estoy lista para nuevas fantasías... ¿Y tú? Claudia Schiffer.

Don Cristóbal dedujo que Claudia Schiffer debía de ser el nombre y apellido de la chica. No sabía quién era. Don Cristóbal veía poco la televisión y la única revista que leía, aparte del boletín del obispado, era la del *Sagrado Corazón de Jesús*, a la que la parroquia estaba suscrita desde los tiempos de su antecesor.

A la sazón la estimulante efigie de Claudia Schiffer ocupaba los paneles laterales de las nuevas cabinas de teléfonos, las que no son cabinas, las abiertas, las diseñadas para países silenciosos, desprovistos de motos de escape libre.

—¿Le gusta la chica, padre cura?

Era un ciclista vestido de *ballet*. Pasó de largo sin aguardar respuesta. Don Cristóbal se avergonzó de que le hubieran sorprendido recreándose en la belleza de aquella chica que podía haber sido su hija, bueno, su sobrina, porque los curas son célibes y no tienen hijos. Miró a un lado y a otro para comprobar si había escandalizado a más viandantes. No, la gente estaba pendiente de la calzada. Pasaban coches de policía. Él prosiguió su camino, algo azorado hasta el cruce de la avenida. Había cinco guardias que regulaban la circulación y de vez en cuando la cortaban para dar preferencia a los coches oficiales. El más bajito compensaba la parvedad de su estatura haciendo sonar continuamente el silbato y moviendo los brazos espasmódicamente. Observó con curiosidad al cura sudoroso que portaba dos bolsas de basura y le dio paso.

La avenida de la República Argentina es una calle larga y recta formada por dos filas de modernos edificios de hasta quince plantas, algunos incluso más, con espaciosos soportales que constituyen una segunda acera cubierta. A lo largo de la descubierta se alinean dos filas de esbeltas palmeras y otras dos de farolas no menos esbeltas que aquel día habían sido convenientemente decoradas con banderas españolas y vaticanas. Había también una gran pancarta tendida a todo lo ancho de la calle, a la altura de un décimo piso, en la que se leía: «Qué maravilla, el Papa en Sevilla» y algunas otras con eslogans más o menos caseros decorando los parapetos de las terrazas, así como colchas y tapices que pendían de ventanas y balcones. Por la acera de la derecha, al borde de la calzada, se agolpaban muchos vecinos que habían bajado a ver pasar el papamóvil y las limusinas de la familia real, pero la acera de la

izquierda, como el sol pegaba de plano, estaba desierta. De vez en cuando pasaba un coche a toda velocidad y la gente, creyendo que se trataba del Papa, se asomaba a las ventanas y arrojaba al aire trocitos de facturas, quizá impagadas, y tiras de papel recortadas de las páginas amarillas de la guía telefónica. Luego, en cuanto se deshacía el equívoco, las aguas volvían a su cauce con inusitada rapidez, que hacía mucho calor y no era cosa de desperdiciar energías entusiasmándose de balde.

A don Cristóbal, en la difícil tesitura de encontrarse robado y sin blanca en ciudad desconocida, se le ocurrió dirigirse al oficioso consulado de la Casa de Jaén en Sevilla, cuyo presidente era un arjonero que, aunque salió del pueblo siendo niño, aún mantenía sus lazos afectivos con el pueblo que le vio nacer. La ventaja de ser de Arjona es que hay arjoneros por todo el mundo, incluso en Australia y en Nueva Zelanda, y los arjoneros se ayudan en la desgracia. Poca suerte he de tener —se animaba don Cristóbal— si no me socorre mi paisano. Por lo menos que me ponga en contacto con algún sacerdote al que confiar las hostias, quizá el capellán de la institución, porque la Casa de Jaén, siendo representativa del Santo Reino, tendrá su capellán, o si no lo tiene y la sede se halla vacante, igual me servirá el de la Cofradía de la Virgen de la Cabeza, que tiene muy buenos cofrades en Sevilla.

—La Casa de Jaén no tiene pérdida —le había dicho don Ángel, el secretario del ayuntamiento—, que está en la mejor calle de Sevilla y tiene un rótulo muy grande en la fachada.

Con estos pensamientos avanzaba nuestro cura bajo los soportales, a espaldas de la multitud expectante, y nadie reparaba en aquel cura sudoroso que caminaba con una bolsa de la basura en cada mano e iba mirando los rótulos de las fachadas, pero solamente hallaba oficinas de bancos, sucursales de cajas de ahorros y alguna que otra compañía de seguros.

De pronto volvió a sentir retortijones en las tripas. Intentó autosugestionarse para convencerse de que se trataba de una falsa alarma, de que lo que tenía que ocurrir ya había ocurrido en el campo del *Statio Orbis*. Ahora lo importante era llegar cuanto antes al arzobispado y hacer entrega de su preciosa carga. Luego preguntaría por la plaza de España, donde le estarían esperando los peregrinos de Arjona. Almuerzo, siesta, paseíto por Sevilla y carretera y manta, a dormir al pueblo..., como el cuento de la lechera.

La descarnada realidad resultó algo distinta. Por lo pronto los retortijones se reprodujeron, más notorios esta vez, para disipar cualquier duda. Alarmado ante lo que parecía un inminente alumbramiento, don Cristóbal, sin pensárselo dos veces, se metió por una calle lateral en busca de un lugar menos concurrido donde aliviarse. La transversal de República Argentina que escogió resultó llamarse, premonitoriamente, Virgen de Aguas Santas. A una docena de metros, que ya recorrió con extraños andares, apretando las nalgas, con perdón, se disponía a liarse la manta a la cabeza y

agacharse entre dos coches cuando le dio en la nariz un tufo de aceite rancio: ¡un bar! Quiso su ventura, quizá sea mejor decir quiso la Providencia, puesto que fue Dios, el que aprieta pero no ahoga, que topara en su camino con un establecimiento cuyo rótulo decía: «El Costalero trianero. Comidas y tapas variadas». Era un modesto local, apenas tres metros de fachada, angosta entrada y escaparate con expositor frigorífico atestado de latas de bebidas sobre cuyo cristal se leía en rojo silueteado de negro: «Hay pringá. Latas a cien pesetas». «Para pringá la que me va a coger si me descuido», pensó don Cristóbal y entró como una exhalación.

El interior no era mayor que un microbús. Un angosto pasillo provisto de tres metros de mostrador de acero inoxidable sobre el que tres o cuatro bebedores de cerveza deliberaban sobre las respectivas excelencias del Betis y el Sevilla. Indiferente a la mirada inquisitiva del mesonero, el recién llegado se precipitó al fondo guiado por su instinto. Allí estaban los servicios, en efecto, tras la barricada de cajas de botellas y bombonas de butano. Dos puertas gemelas y contiguas, diferenciadas solamente por las siluetas de un flamenco y una gitana indicando el retrete de las señoras y el de los caballeros. Don Cristóbal penetró como una centella en la primera de ellas y cerró con fuerza.

—¡Vaya tela, el negocio que me ha traído a mí el Papa! —se quejaba el dueño del establecimiento—. En toda la mañana no han entrado nada más que beatos de esos con la tarjeta en la solapa, nada más que a mear porque, como tenían que comulgar, no podían comer. Y ahora ya lo único que me faltaba es que me entre un cura. ¿Habéis visto? Ni siquiera ha dicho buenos días.

—Algo apurado se ve que iba el hombre —observó un parroquiano.

—¡Pues nada, por mí que se alivie! —dijo el barman—. ¡A ver si gano indulgencias, ya que otra cosa no!

Era un cubículo infecto con la taza desportillada y roñosa, las paredes increíblemente ilustradas con los palimpsestos de tres o cuatro generaciones de progres y reprimidos, y el suelo echo una laguna de orines.

Don Cristóbal no podía depositar las bolsas en aquel suelo meado. Tampoco podía atarlas del ramal que servía de tirador de la cisterna, pues estaba medio quemado y tan deshilachado que seguramente no sostendría el menor peso. Por otra parte, la situación era tan apurada que tampoco podía pensárselo mucho, pues estaba en las últimas. La necesidad aguza el ingenio: nuestro cura extrajo el cinturón que sostenía sus pantalones, anudó una bolsa en cada extremo y las colocó a modo de alforjas a un lado y otro de la cisterna. Al hacerlo tuvo que empinarse y levantar los brazos y como los pantalones le estaban más bien anchos, se le vinieron al suelo sobre el charco de orines. Era una prenda de tejido muy absorbente. Para cuando don Cristóbal acudió a rescatarlos ya habían empapado la mitad del charco.

—Bueno —se dijo—, lo que no tiene remedio no lo tiene. ¿Qué le vamos a hacer? Será que Dios quiere probarme.

E inmediatamente se sintió confortado, pues nuestro cura era persona de gran conformidad y fácil contento.

Se había sentado en la inmundicia de quién sabe qué cristianos, sentía náuseas, tenía el pantalón chorreandito de orines añejos, le bajaba el sudor por la espalda, se sentía empapado de cuantos fluidos pueda producir el organismo humano y no sabía bien qué era sudor, qué jugo del charco y qué otra cosa más consistente. Hubiese dado cualquier cosa por estar en su humilde parroquia y poder ducharse.

—En fin, todo sea por las buenas intenciones del día. Aceptemos con resignación cristiana estas contrariedades y pequeños sacrificios con que Dios nos prueba y consagrémoslos a las intenciones de Su Santidad.

Se consoló diciéndose que peor hubiera sido hacérselo en los pantalones. Sólo al levantarse y mirar el estropicio advirtió que también esa última cota de sacrificio había sido sobradamente alcanzada. Los calzoncillos de algodón eran de estreno y habían quedado de tal guisa que era mejor no pensar en recuperarlos. Renunció a salvar la prenda y la dejó hecha un gorullo, lo más discretamente posible, en la cesta de plástico que contenía la ociosa escobilla del retrete.

Además de la taza, completaba el parco equipamiento del excusado el mínimo cuenquecillo de un lavabo increíblemente guarro de cuyo grifo medio ahogado por las adherencias calizas obtuvo un misericordioso chorrillo de agua con el que se aseó concienzudamente. Había también, en la pared opuesta, uno de esos secadores eléctricos que al oprimir un resorte sueltan durante seis segundos un chorro de aire caliente, pero como tenía arrancado el cable no funcionaba. Don Cristóbal hubo de secarse en los faldones de la camisa.

—Ustedes perdonen —se excusó al reaparecer ante el barman y la compañera, que guardaron silencio al verle salir—. Buenos días, digo, buenas tardes. Es que venía algo apuradillo.

—¿Toma usted algo, padre? —preguntó el tabernero con su pizca de sorna.

Don Cristóbal de muy buena gana se hubiera tomado una cerveza fresquita, pero como estaba sin blanca dio las gracias y se apresuró a salir. Cerca de la puerta, sobre la lista de tapas, presidían el establecimiento las efigies de Jesús del Gran Poder, con su perfil ennegrecido y sufriente, su hábito morado y sus tres potencias doradas saliéndole de la cabeza y la Esperanza Trianera, tan guapa, con los ojos enrojecidos del llanto y las lágrimas de cristal resbalando por las mejillas. No hay que confundirla con la otra Esperanza, la Macarena, igualmente guapa.

Regresó don Cristóbal a la avenida República Argentina y continuó su camino por la acera de la derecha en dirección al río sin dejar de leer los rótulos, a ver si daba con la Casa de Jaén: «La Mondiale, seguros»; «La Previsión, seguros»; «Hermes, seguros». Daba una gran seguridad saberse en un país tan seguro y además visitado por el Papa y bendecido por el Sagrado Corazón de Jesús.

Fue a la altura del Horno de San Buenaventura, a cuya puerta una pedigüeña morena de verde luna con su churumbel en brazos importunaba a los parroquianos,

donde don Cristóbal escuchó elevarse un clamor de la multitud alineada en la acera y al volver la cabeza se topó de pronto con la mirada del Papa que pasaba en su papamóvil e iba saludando. La mirada acuosa y azul del Papa y la parda y confusa de nuestro cura se cruzaron por un instante y don Cristóbal sintió que un emocionado escalofrío le recorría el sudoroso canalillo de la espalda.

Fue visto y no visto. El papamóvil se perdió avenida abajo seguido de media docena de coches negros y relucientes y la multitud que esperaba el evento se fue dispersando entre satisfecha y arrobada. Don Cristóbal meditó lo que es la vida. Tantos esperando al vicario de Cristo con trajes de fiesta, cánticos y pancartas y heme portador de Cristo vivo, millares de Cristos vivos, en estas humildes bolsas biodegradables de plástico y sospecho que nadie le prestaría la menor atención ni miraría para él, aunque descendiera sobre la tierra por segunda vez. Pensó: volverían a crucificarle los mismos que andan jaleando al Vicario y dándose golpes de pecho en la misa dominical. Escandalizado por su propio pensamiento lo rechazó enseguida con un sentimiento de amargura. «Debe de ser —se dijo— el rencor del hombre mezquino que soy por las pequeñas contrariedades que me está aparejando la jornada. Si tuviera mejor condición estaría contento y quizá no me fuera tan mal». Y con estos íntimos reproches apretó el paso para cruzar la transversal de la calle Virgen de Africa sin dejar de buscar la Casa de Jaén entre los rótulos de los bancos y cajas de ahorro que ocupaban los bajos de los grandes edificios.

Al llegar a la esquina de la calle Miño encontró unos litroneros que mostraban indicios de haber celebrado la visita papal con gran algazara y alegría, puesto que apenas mediaba la mañana y ya tenían tal fervor que casi no podían tenerse en pie.

—¡Eh, padre cura! —dijo uno, tendiéndole la botella con una mano enfundada en mugriento mitón—. ¿Quiere un trago?

Don Cristóbal, notando que estaban ajumados, siguió su camino sin hacerles caso.

—¡Mira el guarro este qué orgulloso va!... —le gritaron—. ¡Eeeh, *Totus tuus menus meus*!, ¿eh? *Totus meus, menus tuus*, ja, ja, ja!

Más adelante se cruzó con un *punky* residual, chaleco de cuero con remaches de hojalata y arandela en la oreja y en la nariz, el cual, por las trazas, estaba ya de vuelta del esteticismo *gruppie*; pero todavía no había superado el desprecio canónico a la higiene medioburguesa. El *punky* se detuvo al verle llegar, se quitó el porrito extrafino de la boca y le dijo, gangoso y castizo:

—¡Padre, ahí tiene un contenedor!

—¿Un contenedor? —preguntó don Cristóbal sin entender—. ¿Para qué, hijo?

El *punky* señaló las bolsas de las hostias.

—*Pa* la basura, tronco, ¿*pa* qué va a ser?

—¡No, hijo, son hostias! —cayó en la cuenta don Cristóbal.

El *punky* siguió su camino murmurando entre dientes: «¡*Joé* con el clero, cómo se ha puesto!».

Don Cristóbal no se paró a deshacer el equívoco. Su urgencia era poner a salvo cuanto antes aquella preciosa carga. No obstante, si diera pronto con la Casa de Jaén quizá podría enviar aviso a las Marías de los Sagrarios, que en cuanto devuelva las hostias estoy con ellas, y ya podría quedar más tranquilo. También le urgía encontrar una farmacia a ver si ponía remedio al desconcierto de sus tripas, que otra vez percibía señales sutiles de que se estaban aparejando para una nueva borrasca. Esto fue más fácil. Casi inmediatamente encontró una oficina de farmacia que casualmente permanecía abierta. Penetró. Atendía un farmacéutico vestido de bata blanca, con el atildado aspecto de un galán cinematográfico de los años cuarenta, bigotito lineal entrecano sobre el fino labio. Un momento antes de la llegada de don Cristóbal la radio había informado de la gran cantidad de estafadores y rateros que habían acudido a Sevilla a hacer su agosto con motivo de la visita del Papa.

El farmacéutico miró de arriba abajo a don Cristóbal advirtiéndole la sudada sotana manchada por todas partes, y las bolsas de basura que traía consigo. También percibió el olor a orines rancios y a vomitona añeja, pero seguramente lo achacó a las bolsas de basura. Mudó el gesto profesionalmente amable y lo puso estirado y severo:

—¿Qué desea usted? —preguntó secamente.

—Verá usted —empezó a decir don Cristóbal—: es que estoy en un apuro... —Y se disponía a contar que le habían robado la cartera y que necesitaba unas pastillas contra la diarrea cuando el farmacéutico le cortó el discurso:

—¡Oiga usted: si no sale inmediatamente de mi establecimiento llamo a la policía! Aquí no tenemos ninguna clase de drogas ni jeringuillas ni nada... Y le aconsejo que no se exhiba disfrazado de sacerdote porque le puede salir caro, que ya ustedes no respetan nada.

—¡Oiga es que...!

—No se resista y salga usted por las buenas, que hay una comisaría aquí cerca, a la vuelta de la esquina, se lo advierto.

Tal como estaban las cosas, don Cristóbal prefirió salir y probar suerte en otra farmacia. No podía arriesgarse a que la policía lo detuviera indocumentado.

Mientras cruzaba de nuevo a la acera de la sombra fue observado, con interés más entomológico que antropológico, por un grupo de congresistas eucarísticos, todos impecablemente calzados y trajeados, pues gastaban lo que debían, aunque debieran lo que gastaban, según aconseja *Camino*.

Estaban comentando su aspecto, sin recatar curiosidad, las cabezas vueltas cuando uno de ellos, el que parecía de mayor autoridad, se destacó un poco del grupo para dirigirse a él:

—Pero, padre, ¿cómo va usted así?

Don Cristóbal vio el cielo abierto. Aquí están los samaritanos caritativos que me van a socorrer.

—Es que, verá usted, llevo en estas bolsas las hostias que han sobrado en el *Statio Orbis*.

El otro puso cara de incredulidad, pero como era persona educada procuró disimular. De cerca le resultaba evidente que aquel fante no era un cura, sino más bien un vagabundo, un *clochard*, quizá un loco escapado de alguna casa de salud. La cosa era salir airoso de aquel mal paso. Por lo pronto seguirle la corriente, así que preguntó:

—¿Y adónde las lleva usted, si puede saberse?

—Al arzobispado.

—Pero ¿cómo hace usted la locura de llevarlas a pie con los tiempos que corren? Tome usted un taxi.

Dijo y, desentendiéndose de él antes de que pudiera pedirle dinero, se volvió a sus hermanos en Cristo porque uno de ellos había preguntado en qué restaurante vamos a almorzar y no se fiaba de dejar una decisión tan fundamental al arbitrio de los más jóvenes e inexpertos.

Se esfumaron los congresistas dejándolo con la palabra en la boca y donde ellos habían estado apareció una cabina telefónica y Claudia Schiffer que volvía a sonreír:

—«Estoy lista para nuevas fantasías, ¿y tú?».

—¡Ay, hija mía, yo buscando como un desesperado la Casa de Jaén, que vaya lío que me he buscado!

La avenida seguía siendo un desfiladero de solventes entidades financieras entreveradas con pancartas de salutación papal. Evidentemente no quedaba espacio para casas regionales. Quizá más adelante.

A ratos se reprochaba, pero también a veces se recriminaba por reprocharse: «Tenías que sentirte muy honrado porque Dios te ha elegido a ti, precisamente a ti, entre miles de curas y cientos de obispos y decenas de cardenales, para que seas el sagrario vivo que transporte a lugar seguro las hostias sacramentadas, su tesoro eucarístico. Contento tenías que estar si no fueras tan egoísta y tan mezquino. Y todas las desgracias que te pasan te las tienes bien merecidas por el escaso entusiasmo con que aceptaste esta tarea».

Al otro lado de la plaza de Cuba estaba el Guadalquivir y el puente que lo cruza. Don Cristóbal alzó la vista y vio a su izquierda la Torre del Oro, que sólo conocía en postales, y detrás de ella el moderno teatro de la Maestranza, apodado por el vulgo «la Olla Express», y a su derecha, y destacando por encima de todo, la Giralda, al lado de la cual le habían dicho que estaba el palacio arzobispal, meta y fin de su peregrinación.

—Bueno, parece que ya estamos llegando —se animó. Y emprendió alegremente el cruce del puente, cuyas horribles farolas en forma de bolígrafo estaban adornadas con las inevitables banderas blancas y amarillas.

Al otro lado del puente leyó los rótulos de «La Equitativa, seguros» y de «La Sudamericana, seguros».

—Lo de que haya tantos bancos —se dijo don Cristóbal—, debe de ser indicio de que la gente tiene mucho dinero y la vida va para arriba. Más vale así; ahora que lo de

tanta compañía de seguros..., no sé qué pensar. Es como si no confiaran en Dios.

Tampoco había ido a Sevilla a filosofar. Recordó que su misión consistía en entregar en el arzobispado la sagrada mercancía de que era depositario y reintegrarse cuanto antes a su disperso rebaño de Marías. Apretó el paso, siempre sudando bajo el plomizo sol, cruzó la calle y se detuvo ante el semáforo de la esquina de la Puerta de Jerez. Allí fue donde volvió a sentir retortijones en la barriga y su alarmante réplica cerca del esfínter.

—¡Ay, Dios mío; ay, virgencita de los Desamparados, otra vez no! ¡Ay! ¡Otra vez no, que me hacéis un desgraciado!

No hallaron acogida sus preces. Los retortijones se sucedieron con implacable regularidad. Miró alrededor en busca de lugar propicio para lo que se avecinaba. Al otro lado de la calle, en la esquina, había una hamburguesería McDonald's. Cambió a verde el piadoso semáforo y don Cristóbal atravesó corriendo.

En McDonald's, un amable camarero enjaezado con una chaqueta de presentador de circo y corbata de lazo a juego le indicó la ubicación de los servicios. Subió don Cristóbal la escalera de mármol con pasamanos dorado, torció el pasillo a la derecha y se topó con una cola de hasta nueve personas, todos congresistas del Congreso Eucarístico Internacional que volvían del *Statio Orbis* y departían sin prisas sobre las incidencias del congreso y sus efectos sobre el carácter salvífico del mensaje paulino mientras hacían cola disciplinadamente ante la puerta de los caballeros.

Cerrada.

Don Cristóbal dio la vuelta y bajó las escaleras de tres en tres. La cosa ya no admitía espera. Al otro lado de la calle había unos jardines con propicios setos. Se lanzó a cruzarla sorteando automóviles y motocicletas indiferente a los bocinazos e imprecaciones.

—¿Adónde vas, loco?

—¡Animal!

—¡Curángano, a ver si miramos, pedazo de burro!

En los jardines Cristina, a aquella hora del día, con la calor que espesaba el aire, no había mucha gente. Apenas dos o tres madres con sus carritos infantiles en la zona de los toboganes y los andamios de colores diseñados para descrismar criaturas y un par de parejas achuchándose en los bancos más escondidos. Don Cristóbal se buscó un propicio seto, espeso, un rincón dejado de la mano de Dios donde se amontonaban las hojas muertas, garantía de que allí no llegaba la mano del ayuntamiento y, depositando las bolsas en el suelo en el lugar más limpio que vio, se alejó unos pasos, se arremangó la sotana, se bajó los pantalones y se acuclilló. Estaba en mitad del anhelo cuando una voz imperiosa resonó a su espalda sobresaltándole:

—¿No le da a usted vergüenza, siendo padre cura, de ensuciar los jardines?

Don Cristóbal, levantándose a medias, con la cara como la grana giró y vio que el que le increpaba era un guardia de la porra, de como cincuenta años, espeso bigote y cara de buena persona.

—Es que, verá usted, tengo el vientre sueltecillo y allí enfrente había cola delante de los servicios...

—¡Hombre —dijo el guardia amansando el tono—, es que, hágase cargo, aquí vienen niños y gentes de orden y luego escriben cartas al director de *ABC* y se quejan de que no hay vigilancia ni policía ciudadana!...

—Ya me hago cargo, señor guardia, pero ya le digo que es que no podía aguantar.

—Además, precisamente un cura. Fíjese usted el ejemplo que da precisamente el día que la ciudad se engalana para recibir la visita del Papa...

Don Cristóbal hubiera preferido que se lo tragara la tierra. Es muy duro que un guardia te eche un rapapolvo mientras estás con el culo al aire. Menos mal que al final le dijo:

—Bueno: vamos a dejarlo estar y, por ser el día que es, vaya usted sin multa; pero hágame el favor de tener más miramientos en lo sucesivo. ¿Estas bolsas son tuyas?

Don Cristóbal había completado apresuradamente su *toilette* y acudía al rescate de sus bolsas.

—Sí, señor.

—¿Y qué lleva usted en ellas, si puede saberse?

Don Cristóbal, como sabía por experiencia que no lo iban a creer, abrió una y mostró al guardia su contenido.

—¡*Joé*, la hostia! —dijo el guardia—. Trae usted material para dar y vender.

—Son las que han sobrado en el *Statio Orbis*, que las llevo al arzobispado.

—Pues nada, padre cura, vaya usted por ahí hasta la catedral y luego tuerce a la derecha y ya está.

Siguió el guardia su ronda y don Cristóbal abandonó los jardines Cristina y cruzó el paso de peatones hasta la plaza de Jerez, donde dos gigantescas pancartas casi cubrían por completo las fachadas de sendos edificios: «Sevilla con el Papa», «Te esperamos en Denver, portador de Cristo».

—¡Sí, a mí me vais a esperar...! —le salió del alma—. Jesucristo tendría que bajar en carne inmortal para que yo me mueva otra vez de Arjona...

Pero luego se lo pensó mejor y dijo:

—Bueno, a Santiago, al Jacobeo, y a Fátima sí tendré que ir porque se lo tengo prometido a doña Transfixión y a las Marías de los Sagrarios, pero aquí un servidor no sale más de su parroquia así baje san Pedro.

La avenida de la Constitución estaba muy animada de gentes que se dirigían al palacio arzobispal. Llamaban la atención los rebaños de obispos que desembarcaban de los autobuses y la abundancia de sesentonas vestidas de *boy scout* (femenino *guide*) con pañuelos amarillos al cuello. Un grupo de éstas portaba una pancarta de grandes proporciones: «Sevilla con el Papa». Don Cristóbal tomó la acera de la sombra y fue recorriendo la calle sin perderse rótulo por si topaba de una vez con la dichosa Casa de Jaén.

Cuando avistó por fin la mole gris de la catedral y pasando bajo el magnolio que hay frente a Correos, holló con sus cansados pies las carcomidas losas del templo, dio por bien empleadas sus miserias y esfuerzos al sentirse a la reconfortante y protectora sombra del segundo edificio de la cristiandad, sólo superado por la basílica de San Pedro en el Vaticano. Bueno, del tercero si contamos la catedral de San Pablo en Londres, aunque ésta no sé si contarla, que pertenece a los hermanos separados protestantes.

CAPÍTULO 13

LA PLAZA DE LA VIRGEN DE LOS REYES no es mayor que la plaza de los coches de Arjona, pero hay que reconocer que la excede en monumentalidad porque de un lado tiene la Giralda y la fachada de la puerta de los Palos de la catedral; del otro, la fachada barroca del palacio arzobispal; de otro, haciendo chaflán, el mesón restaurante El Giraldillo, sangría, gazpacho, jerez, manzanilla de Sanlúcar, *Spanish paella*, pescaíto frito, urta a la roteña, rabo de toro, tortilla de patatas; de otro, el blanco y escueto muro del convento de las Agustinas, harén a lo divino, con sus celosías altas y tupidas, y, en los bajos, algunas tiendas de *souvenirs* con decorativos platos de flamenca en traje de faralaes, castañuelas de pasta de madera prensada y adornados de calcamonia de escena taurina, banderillas ensangrentadas con sangre de pollo, carteles taurinos *your name here, votre nom ici* y reproducciones de la Giralda y la Torre del Oro en baquelita dorada, con lamparita dentro. Tanta idealización romántica halla delicado contrapunto en el denso tufo a estiércol y a meada que dejan los caballos de la parada, con sus coches negros charolados de ruedas de madera pintadas de amarillo. En el centro de la plaza hay una fuente barroca, señorona y poderosa.

El día de autos, cuando don Cristóbal llegó a la plaza de los Reyes con sus dos bolsas negras llenas de hostias, el ágora estaba tan concurrida que no cabía ni una alma. Acababa de regresar el Papa a sus aposentos del palacio arzobispal, agotado de la *Statio Orbis* y los congresistas y peregrinos se apiñaban en la plaza con la esperanza de que Su Santidad se asomase a saludarlos desde el balcón, como hizo el día anterior. Además de los congresistas y fieles seguidores del Pontífice había obra de cien policías nacionales vestidos de azul oscuro, gorra de campaña americana, la visera extralarga y flexible, muy en uniforme de combate, con metralleta y todo, y hasta veinticinco guardias de la porra que trataban de poner orden y que la gente no traspasara las vallas amarillas que defendían la entrada del palacio arzobispal haciendo una especie de corraliza que sólo se abría de tarde en tarde para dar paso a algún cochazo del servicio pontificio.

Don Cristóbal se abrió paso con dificultad por medio de la muchedumbre, recibiendo más de un empujón y más de dos intencionados pisotones, hasta que llegó a uno de los guardias que custodiaba la corraliza.

—Usted dispense, agente, mire usted, es que tengo que pasar al palacio arzobispal.

El guardia tenía ancha la mandíbula y recto el cogote, amplias las espaldas y plano el encefalograma. Le miró de arriba abajo, reparó en las manchas, percibió que

el de la sotana había sido abandonado por su desodorante, pero lo que realmente le mosqueó fueron las dos bolsas de basura a las que dirigió una mirada suspicaz.

—¿Trae pase?

—No, señor.

—Pues entonces no puede —sentenció. Y desentendiéndose del cura tornó a vigilar a la multitud con la mirada helada y el semblante indiferente del semoviente entrenado para matar.

—Es que, mire usted —insistió don Cristóbal, casi suplicante—, en estas bolsas traigo las hostias que han sobrado en la *Statio Orbis* y debo entregarlas al cabildo o al Sacro Colegio que seguramente andarán como locos buscándolas.

El guardia miró las bolsas con expresión despreciativa y auscultó nuevamente el rostro de don Cristóbal. Luego, dirigiéndose a uno de sus compañeros, dijo:

—¡Ramírez! Dile al sargento Romerales que venga un momento.

El sargento Romerales se movía como un robot, característica muy común en los guardias que disponen de vídeo y visionan un par de veces por semana *Terminator*, *Robocop*, *Rambo*, *Harry el Sucio* y otras instructivas películas del mismo jaez mientras sacan brillo a las botas y al correa con grasa de caballo y tinte Imperial, da vida a su cuero, rechace imitaciones. Tenía el pelo entrecano, cortado casi al cepillo, un pistolón con las cachas de nácar colgando del cinto y un teléfono inalámbrico en la mano enguantada. Más que proteger al Papa se hubiera dicho que le tenía secuestrado.

—¿Pasa?

—Aquí este sacerdote, o lo que sea, que insiste en entrar porque dice que tiene que entregar unas hostias o no sé qué.

—¿Unas hostias? —Romerales dirigió una mirada hostil a don Cristóbal.

—Eso dice.

—¡A ver, pase usted! —ordenó Romerales.

El guardia apartó un poco la valla y don Cristóbal pasó con dificultad, metiendo mucho la barriga, porque el espacio que le había dejado era insuficiente. Ya queda dicho que don Cristóbal era algo panzoncete, aunque un par de días como este que le estamos dando y se hará rico haciendo anuncios para Incosol-Marbella.

Romerales hizo seña a un par de números para que rodearan al cura sospechoso o lo que fuera. Luego ordenó:

—A ver: abra usted las bolsas y cuidadito con lo que intenta, que lo tenemos encañonado.

Don Cristóbal, obediente, desanudó las bolsas, las abrió y mostró respetuosamente su contenido. No fue suficiente: Romerales, como santo Tomás, tuvo que hundir sus pilosas manos en las sagradas formas y tantear concienzudamente hasta el fondo para cerciorarse de que no contenían ninguna arma ni artefacto explosivo.

—Tenga usted en cuenta que son hostias consagradas —se atrevió a advertir don Cristóbal. Sentía el aliento de sus vigilantes en la nuca y de vez en cuando el roce del cañón de una arma automática en los riñones. También don Cristóbal tenía vistas algunas películas de policías americanos en la televisión y sabía lo peligrosas que son esas herramientas, pero le confortaba el ejemplo del cura de *El poder y la gloria*.

Romerales terminó su inspección y sacó con mucho cuidado la mano de la bolsa, no fuera a llevar alguna hostia adherida a la manga.

—Bueno, puede usted pasar hasta la portería. A ver, Pintado: acompañe usted a este sacerdote y cuando termine su misión me lo devuelve aquí, que no tiene pase.

—¡Sus órdenes! —gritó el aludido cuadrándose con un taconazo masoca sobre el juanete, y acompañó a don Cristóbal.

La portería de la mansión arzobispal era una caseta de madera con puerta de cristal que daba al apeadero del edificio, en su amplio zaguán. Al otro lado, cerrado el paso por una gruesa verja de hierro, se veía un espacioso patio con algunos detalles florales y al fondo, a través de una arcada, otro patio ajardinado. En el apeadero había varios carteles. Uno decía «Hotel Los Seises, instalado en el propio palacio arzobispal»; otro: «XLV Congreso Eucarístico Internacional: venta-exposición de casullas, estolas, albas, medallas, copones y medallas del congreso en el salón de actos Santo Tomás. Información en portería. Horario de 11 a 1.30». La una treinta era ya pasadas. Mira que si se ha ido el portero, temió don Cristóbal.

Nuestro cura, siempre vigilado por Pintado con la metralleta terciada sobre el pecho, buscó un timbre o campanilla y, como no la halló, repicó con los nudillos, tímidamente, sobre el cristal de la puerta. Hubo suerte, que el portero estaba allí y salía de una estancia interior subiéndose la cremallera de la bragueta. «¡Vaya diíta que llevamos, ni mear le dejan a uno!». Lanzó a través de los cristales una mirada reprobatoria al cura raso que osaba importunarle y abrió una ventanilla.

—¿Qué se le ofrece?

—Verá usted, es que aquí, en estas bolsas, traigo las hostias sobrantes en la *Statio Orbis* y venía a devolverlas a quien corresponda —dijo don Cristóbal con toda la urbanidad posible para compensar el mal efecto de su aspecto y el pésimo del recipiente en el que transportaba su sagrada carga.

El portero miró de arriba abajo a don Cristóbal y reparó en la sotana que parecía adquirida en el Rastro, polvorienta, sudada y llena de lamparones. No llegó a percibir el olor a meados rancios y a vómito recalentado de la presidenta local de las Marías de los Sagrarios dado que tenía por medio el resguardo de su pecera. No obstante, el portero no se dignó disimular el asco que le producía un cura tan desaseado, a él que estaba habituado a codearse con las más altas jerarquías de la Iglesia, Papa incluido.

—Espérese usted un momento, que voy a evacuar consultas —se limitó a decir y le dio con la ventanilla en las narices.

A través de los cristales, don Cristóbal vio cómo el portero arzobispal tomaba asiento delante de su consola dotada de un moderno intercomunicador y adornada

con dos o tres estampas, de la Macarena, del Jesús del Gran Poder y del Sagrado Corazón y accionando un teclado se puso en comunicación con la secretaria del señor arzobispo, donde otro funcionario lo remitió a la secretaria permanente del Congreso Eucarístico, dos teclas más allá.

En el piso de arriba, en un salón decorado con pinturas de la escuela española y holandesa y óleos de Zurbarán, Murillo, Francisco Pacheco, Matías de Arteaga y Herrera el Viejo, sobre una mesa de caoba con incrustaciones de nácar y pasamanería de plata, un arzobispo y dos cardenales estaban conversando sobre altos temas. Sobre la mesa tapando parcialmente una taracea que representaba la escala de Jacob, obra del artista florentino Donicetti, había un frasco de licor, cristal de Murano preciosamente tallado, que contenía oporto de la casa Cockbums, extra-dry, cosecha 1970, y tres copas a juego igualmente talladas. En la penumbra de la sala, a la luz que penetraba por las contraventanas que daban al bullicio de la plaza, refulgían las gruesas gemas que decoraban los índices de los monseñores.

—A mi manera de ver, eminencia —decía uno—, una proposición necesaria debe ser analítica. Ahora bien, todas las proposiciones analíticas adolecen de cierta lentitud en su construcción.

—Bien hipotéticamente expresada —contraargumentaba el aludido— una proposición necesaria es analítica y creo que puede fundamentarse *per se* huyendo de tautologías. Ahora bien, la propia esencia de la proposición analítica que me propone su eminencia descansa sobre el supuesto de la existencia de un ser contingente y si existe un ser contingente necesariamente lo hay también necesario.

—Pero los hermanos separados —intervino el arzobispo— no admiten significado particular en llamar contingentes a otros seres. Los lógicos modernos insisten en que los términos metafísicos carecen de sentido.

—Bien, eso sería, ilustrísima, dando un sentido supradogmático a lo que es meramente dogmático, lo que nos devuelve al ser contingente que lleva en sí mismo la noción de su existencia.

—Aquí veo yo —volvió a intervenir el primer cardenal mientras tornaba a llenarse la copa de ambarino oporto— el argumento ontológico de un ser cuya esencia implica existencia.

—Su existencia es, pues, analítica —remachó el arzobispo.

—Analítica, pero puede ser conocida *a priori*, por su propia esencia mejor que *a posteriori* a través de la existencia.

—Lo que nos devuelve a la cuestión de la razón suficiente. La causa es una especie de razón suficiente cuya indagación debiera, en lógica, venir al principio de la causa.

—Un argumento intrínsecamente inteligible —admitió el cardenal segundo.

—¿Ha dicho su eminencia inteligible o ininteligible? —dudó el cardenal primero. Su eminencia no recordaba lo que había dicho, de modo que propuso:

—Bien, las dos caras del argumento pueden ser sometidas a consideración. Quiero decir que alumbran caminos en el fondo convergentes, ¿no es así? —consultó disimuladamente su reloj, un Bertolucci similar al que usa el sultán de Brunei. Estaban haciendo tiempo para pasar al comedor.

—La serie infinita de seres contingentes, así lo veo yo, será igualmente incapaz de ser causa como un solo ser contingente —aportó el arzobispo.

—Es muy rico este vino —cambió de tema el cardenal primero después de vaciar su copa—. ¿De dónde procede?

—Oporto del setenta —informó su colega tomando un sorbo y chasqueando ligeramente la lengua.

—¡Una cosecha excelente!

—Lo recibo del arzobispado de Porto. Allá tienen hermosos viñedos y bodega propia, aunque, como se ve, arrendada a una empresa inglesa.

En aquel preciso momento sonó el intercomunicador. El arzobispo se disculpó y, abandonando el concilio, anduvo los siete pasos que lo separaban de su escritorio. Pulsó una tecla y sonó la voz algo distorsionada, pero típicamente atiplada de su secretario personal anunciándole que lo comunicaba con la portería.

—Disculpe la molestia, excelencia —dijo el portero—, es que hay aquí un señor, bueno, un sacerdote. —Se volvió a mirar a don Cristóbal a través de los cristales y, ahuecando la mano sobre el micrófono, añadió en tono confidencial, bajando la voz —: La verdad es que tiene muy mala pinta, la sotana estrecha y de paño merino mal cortado, llena de lamparones, sudada. No tiene pinta de ser cura.

—¿Y qué quiere?

—Verá, excelencia, trae dos bolsas de esas negras, de las de la basura, que dice que son las hostias que nos han sobrado en la *Statio Orbis*.

—¡Jacinto, mire usted que es torpe...! —amonestó la voz de las alturas—. ¿Y para esto me saca de la meditación que estoy meditando sobre los graves asuntos de la Iglesia? Despida usted inmediatamente a ese individuo y no hable más con él. ¿No ve usted que es de *Objetivo indiscreto*? ¿Es que quiere usted poner en ridículo a la Iglesia?

—Pero, excelencia, es que me ha enseñado la bolsa y son hostias de verdad.

—¡Qué hostias ni qué niño muerto, Jacinto! —volvió a decir la voz de las alturas—. No se ponga usted en ridículo más, Jacinto, que está causando un grave daño a la Iglesia. ¡Despida sin más a ese caradura! ¡Échele usted inmediatamente y no se le ocurra hablar con él! Si insiste, llame a los guardias.

—Sí, excelencia, ahora mismo y usted dispense la molestia.

Colgó Jacinto y, encarándose con el cura de las hostias, le espetó:

—¡Hágame usted el favor de salir de aquí ahora mismo, so *desgraciao* que no tienen ustedes vergüenza y me va a buscar la ruina, que soy un padre de familia con cuatro hijos y no hay derecho lo que está usted haciendo conmigo!

—¡Pero oiga!, ¿qué me dice...? —comenzó a decir don Cristóbal.

—Pues ¿qué pasa? —quiso saber el guardia Pintado.

—¿Qué va a pasar? Que este fulano no es cura, que es de *Objetivo indiscreto*.

—¿De *Objetivo indiscreto*? —El guardia miró a un lado y a otro, detrás y delante, arriba y abajo, buscando la cámara.

—Sí, señor —dijo el portero—; haga usted el favor de llevárselo antes de que demos un escándalo.

El guardia no se lo pensó dos veces. Tomó a don Cristóbal por el brazo con la presa coreana que usa Clint Eastwood en el papel de Harry el Sucio y le ordenó secamente:

—¡Circule!

—Oiga, es que...

—¡Desaloje!

—Pero...

—... No hay pero que valga. Ya le he dicho que circule y no lo ponga usted peor que puede acabar en el calabozo por desacato a la autoridad.

Un cura sucio y sudado que sale del palacio arzobispal con dos bolsas de basura escoltado por un guardia no deja de concitar la insana curiosidad de la gente. Para acabar de arreglarlo, como hoy día todos los horteras del país, que son legión, disponen de cámara de vídeo y andan de un lado para otro retratando desgracias, con las que optan a premio en los programas zafios de televisión, había en la concentración eucarística de la plaza no menos de veinte videoaficionados que no desaprovecharon la ocasión de captar imágenes del desalojo de un sacerdote por la autoridad competente. Era tal la vergüenza que sentía nuestro pobre cura que ni siquiera le quedaba un resquicio para indignarse. Apartaron las vallas, salió y se abrió paso entre la muchedumbre hasta que estuvo al pie de la Giralda, confuso y sin saber qué hacer. Examinó detenidamente las preciosas bolsas, que temía que se las hubiesen roto en el tumulto. Estaban algo aplastadas, pero seguían indemnes, gracias a Dios.

Don Cristóbal alzó la mirada al muro de ladrillo de la torre y se topó con la mirada dulce de una virgen pequeña que estaba en una hornacina, a escasos metros del suelo.

—¡Ay, virgencita de mi alma, madre mía! —dijo—. ¿Qué hago yo ahora? A ver adónde voy yo con las hostias que son pedazos sacratísimos de tu Hijo. ¿Qué digo pedazos? ¡Tu Hijo entero! Dos bolsas llenas de ejemplares clónicos de tu Hijo, de larvitas blancas de Cristos oscuros... No sé si estaré incurriendo en alguna herejía, que es que ya no sé lo que me digo. ¿Adónde voy yo ahora si me han expulsado del obispado? A ver qué hago. Y las Marías esperándome, que ya me imagino los comentarios que estará haciendo el pinta ese de Honorio imaginando lo que puede hacer un cura solo, suelto por Sevilla, escandalizando y desedificando a mis pobres hijas de confesión. A ver qué hago.

En estas reflexiones estaba don Cristóbal cuando, caminando sin rumbo fijo, sus pasos lo llevaron junto a la puerta del Perdón de la catedral, detrás de la verja. Allí se ubica un tenderete de venta de postales y estampas pías, de cucharillas con el escudo de Sevilla y de encendedores sobrantes de la Expo-92 con la figura de Curro, el simpático muñequito, por un lado y con el logotipo de la muestra universal por el otro. También navajas de la Expo-92, unas cabriteras, muy graciosas, con cachas de plástico imitación nácar, que lo mismo sirven para escamondarse las uñas que para la defensa personal.

—Y piedras de mechero, ¿tiene usted piedras de mechero, buen hombre?

—No, piedras de mechero no las trabajamos ya. Antes sí, pero ahora, con la modernidad, hay poca demanda. Lo que sí tenemos es mecheros de yesca, de esos de pescozón, que se venden mucho para decorar. Aquí el personal extranjero los demanda bastante.

Decíamos que don Cristóbal, vagando sin saber adonde ir ni qué hacer, había ido a parar al corralillo de la puerta de los Palos, donde está el tenderete mentado, cuyo gerente-propietario, al verle tan cariacontecido y cabizbajo, como tampoco él tenía mucho negocio ese día, dado que la gran aglomeración de cristianos papistas le había espantado al turismo, se apiadó de él y le dijo:

—¿Qué, padre cura, le han pasado por encima todos esos hijos de Dios? — señalaba despectivamente a la muchedumbre que abarrotaba la plaza.

—¿Cómo dice usted, buen hombre? —preguntó don Cristóbal, distraído.

—Nada padre, que le veo tan fastidiado que parece que anda usted como mohíno.

—¡Ay, hijo mío, es que no sabe usted las cosas que a mí me pasan!

Y don Cristóbal, que como todo hijo de vecino tenía su alma en su almarío y de vez en cuando necesitaba aliviarse con una buena confesión, le refirió sus cuitas al tío de las postales.

—¡Hombre, a eso que me cuenta usted le veo yo el remedio fácil aquí cerca! — dijo el de las postales—. Mire usted: allí enfrente, esa puerta que ve, es la de un anticuario malaje que se llama *Patacatre*. Ésa no; no. La puerta de al lado, tampoco. Siguiendo la acera, la tercera puerta que usted ve, es la puerta del convento de las Agustinas, que se llama la Encarnación. Pues esas monjas son las que hacen las hostias en Sevilla de toda la vida de Dios. Por cierto, las hostias que trae usted no serán de importación, ¿eh?

—Pues mire usted, no me he fijado... —respondió don Cristóbal, perplejo.

—Es que, claro, si el material no es de ellas, no van a querer saber nada; va sabe usted cómo son las monjas. Me pasa hasta a mí. ¿Ve usted estos mecheros? Pues son de importación, *made in Taiwan* pone, mírelo usted escrito en este letrerito chico, y cuando sale uno malo, el distribuidor dice que allá películas que él, como usted comprenderá, no lo va a mandar al Taiwan ese a la fábrica... Por eso le digo, las hostias, ¿se ha fijado usted si traen algún letrerito o algo?

—No, las hostias ¿qué letrero van a traer? —dijo don Cristóbal—. En algunas se ve el cáliz con la forma asomando y los rayitos del resplandor y ya está.

—Pero traerán por lo menos la fecha de caducidad y el visado de apto para el consumo, ¿no?

—Que yo sepa, no —constestó don Cristóbal.

—Tiene gracia —dijo el del puesto—. A mí viene el municipal y para cuatro bolsas de pipas que vendo me trae frito con los sellos y los papeles y a ustedes, que también trabajan artículos alimentarios, no les piden nada. Claro, se comprende que como son una empresa grande les tengan un respeto y un miramiento, pero tampoco hay derecho a que todos los palos nos los llevemos los pequeños.

Don Cristóbal lo que quería era devolver las hostias cuanto antes y regresar junto a los peregrinos de Arjona, así que dijo:

—Entonces, ¿qué me decía usted? ¿En ese convento es donde fabrican las hostias de esta archidiócesis?

—Sí, esas monjas las hacen. Va usted a la puerta que le he dicho. Entra usted y hay un tomo por donde venden a los niños recortes de hostias que a los angelitos, como son hijos de Dios, les gustan mucho. Ahí es seguro que le aceptan a usted las hostias, porque así se ahorran luego de fabricarlas y las pueden vender dos veces.

Don Cristóbal se escandalizó.

—¡No, hombre! ¿Qué dice usted? ¡Si éstas son hostias consagradas!

—¡Pues más a mi favor! —dijo el de las postales—. Así las pueden vender hasta más caras, del productor al consumidor, sin curas intermediarios. Usted dispense que me deje llevar por la visión comercial, pero es que, aquí donde me ve, aunque sea un pequeño industrial y no salga de pobre debido a la crisis del sector y a los otros reveses de la fortuna, uno tiene grandes miras, y si no fuera porque, en estos momentos, la coyuntura macroeconómica incide negativamente en mi segmento comercial y propicia la descapitalización de la pequeña empresa, yo ya estaría a la altura del Mario Conde ese o poco más, se lo juro por los huesos de mi madre.

Don Cristóbal se despidió del tío de las postales y, atravesando nuevamente la reja catedralicia, cruzó la calle después de sortear a media docena de gitanas pesadas como moscas cojoneras que intentaban venderle un clavel.

—¡Ande y no sea esaborío y llévese un clavel para el Papa!

—No, señora, no me interesa, no tengo dinero.

—¿Cómo no vas a tener dinero, si eres cura? Anda, guapo, cómprame un clavel para el Papa.

—¡Que no, señora, que no, que no tengo dinero!

—Si no lo quieres *pa* el Papa, *pa* tu *quería*, anda —insistía la gitana ya en plan despechado.

Las gitanas floristas de la catedral, de ordinario tan amables y discretas, tan atentas y educadas, estaban ese día algo enfadadas porque habían comprado provisión especial de claveles pensando que con la aglomeración se iban a poner las botas,

quizá sea mejor decir las zapatillas de fieltro, y sin embargo, en contra de sus previsiones, no se comían una rosca. Es que los congresistas cristianos resultaron ser gente coriácea, entrenada espiritualmente para resistir tentaciones y para sobrellevar con paciencia cristiana las incomodidades de esta vida reprocessándolas para convertirlas en méritos para la otra. En vano se los perseguía con el clavel. Ninguno daba cinco duros por quitarse a la vendedora de encima. Señor, ofrendo estas incomodidades por las intenciones de Su Santidad y para que este Congreso Eucarístico llegue a buen puerto, beso la mano con que me hieres.

Cruzó don Cristóbal, por fin, a la acera de enfrente, donde está la parada de las calesas con su reguero de cagajones y meados y su azulejo que informa que Miguel de Cervantes, príncipe de los ingenios españoles, menciona en su obra el Corral de los Olmos sito en esta plaza.

Don Cristóbal halló sin dificultad la entrada del convento de las Agustinas y penetró en el zaguán donde estaba el torno. Había un cuadro oscuro, a prudencial altura donde no alcanzara la gente, y varios avisos: «Recortes 100 pesetas paquete», decía uno. Y otro: «Colabora a llevar la alegría a un enfermo. Con la sola aportación de mil pesetas adquiere una camiseta impresa con UN COSTALERO PARA CRISTO VIVO en beneficio de ellos. En nombre de estos hermanos enfermos, ¡gracias!».

A la derecha del torno había un timbre. Don Cristóbal lo pulsó y percibió un timbrazo distante. La tornera debía de estar en otro quehacer porque tardó algo en venir.

—¿Quién llama? —se escuchó su voz meliflua al otro lado del panel giratorio.

—Ave María Purísima, hermana —dijo don Cristóbal.

—... sin pecado concebida —contestó la monja más meliflua que nunca.

—Verá, hermana: soy un sacerdote de la provincia de Jaén que he venido a ver al Papa y resulta que me han encargado que recogiera las hostias sobrantes de la Eucaristía celebrada en el *Statio Orbis*. Las he traído al arzobispado, pero con el lío de policía y de gente que hay en la puerta parece que no es fácil entregarlas, así que me han indicado amablemente que ustedes son las monjitas que fabrican las hostias y venía a depositarlas aquí.

—Entonces, ¿qué deseaba, padre? —preguntó la voz suavísima de la monjita. Como era algo lerda y don Cristóbal hablaba atropelladamente, se había perdido en la mitad de la explicación.

—Deseaba depositar las hostias, madre. Son dos bolsas llenas.

—¡No se admiten devoluciones! —informó la monja con voz un poquito menos meliflua.

—Pero, hermana, ¿no las puedo dejar, aunque sea en depósito, hasta que el arzobispo envíe a alguien a recuperarlas?

—No sin permiso de la superiora —dijo la monja.

—Menos mal —dijo don Cristóbal—. Entonces ya está todo resuelto. Haga usted el favor de ir a consultar a la superiora.

—No se puede —dijo la voz monjil de la monja.

—¡Cómo que no se puede!

—Está con el Papa.

Don Cristóbal exhaló un profundo suspiro. «¿Es posible que la tonta ésta, ¡que Dios me perdone!, no se haga cargo de la situación? ¡Ay, Dios mío, qué esposas te buscas. Algunas veces me maravillo de que con este material se mantenga a flote la barquichuela de san Pedro! Perdóname, Dios mío, por esta falta de caridad, pero es que uno se topa de vez en cuando con gentes que son para acabarle la paciencia y poner de los nervios al padre Job».

—Hermana —tornó a decir don Cristóbal, disimulando su contrariedad—, ¿y no habría por ventura en el convento alguna monja con autoridad suficiente a la que se pueda consultar el caso? Haga usted el favor de hacerlo porque, a todo esto, yo tengo desamparada una expedición de Marías de los Sagrarios que he traído a ver al Papa y no sé que será del rebaño sin su pastor.

—Bueno —dijo la monja—: aquí llega sor Transverberación de las Sagradas Espinas. Voy a consultarle el caso.

Detrás del torno se percibió un cuchicheo monjil, primero en tono mesurado; luego, más encendido, incluso alarmado, como si se quemara el convento y finalmente se distinguieron claramente las palabras de la recién llegada:

—¡Ay, hija mía, y qué tonta eres! ¿Tú es que no ves que a ese semejante lo manda la revista *Interviú* y que lo que quiere es reírse de nosotras y ponernos en evidencia en una revista de hermanas descarriadas retratadas en pelota? —Y acercándose al torno, la tarasca monjil espetó a don Cristóbal—: ¡Oiga usted, quienquiera que sea, si no se va ahora mismo del convento llamo a la policía, que estamos en muy buenos términos con el comisario Ortiz Magdaleno, que tiene ingresada una tía en un convento de nuestra cadena!

—¡Oiga, hermana: yo le puedo jurar por Dios que soy sacerdote!

—¡Hermana Felisa, llame a la policía!

—Está bien, está bien, hermanas en Cristo, ya me voy —dijo don Cristóbal.

Tomó don Cristóbal las dos bolsas de hostias y salió nuevamente a la agria luz de la calle, desolado y cabizbajo. «¡Qué hago yo ahora!».

Anduvo hacia el alcázar mientras hacía memoria. «A ver a quién conozco yo en Sevilla que me pueda echar una mano. ¡Hombre, claro: Eslava!».

Juan Eslava era un paisano afincado en Sevilla que a veces escribía sobre temas del pueblo y alguna vez había estado consultando el archivo de la parroquia. Don Cristóbal buscó un bar, lo que no le fue nada fácil, pero al fin, como preguntando se va a Roma, pudo encontrar uno en la esquina de la avenida de la Constitución. Fuese al mostrador y solicitó la guía telefónica. Buscó el número de Eslava, lo apuntó en una servilleta de papel y se disponía a descolgar el teléfono cuando recordó que le habían robado todo el dinero. No tenía ni calderilla.

—¿Qué pasa, padre, necesita cambio? —inquirió amablemente el del bar.

—No, hijo, peor todavía. Que esta mañana me han robado la cartera y no tengo un chavo.

—No se preocupe usted que hoy invita Sevilla —dijo el amable mesonero y, abriendo la caja registradora con un golpe experto, sacó una moneda de cinco duros y se la entregó a don Cristóbal.

—¡Que Dios se lo pague, hijo mío, no sabe usted el favor que me hace!

—Ya me lo devolverá usted en oraciones, padre —dijo el rumboso mesonero con su mijita de guasa.

Don Cristóbal descolgó el teléfono, introdujo los cinco duros, su último cartucho, en la ranura del teléfono y marcó. Salió la voz de un contestador automático.

—¡Ave María Purísima! Disculpe, hermano o hermana, que no pueda atenderle porque estoy con el Santo Padre. Deje su recado cuando oiga la señal.

Siguieron seis segundos de silencio y luego se percibió la grabación del tañido de la campana del monasterio de Leire convocando al Ángelus.

—Nada, Juan —dijo don Cristóbal—, que soy el párroco del Carmen, de tu pueblo, que estoy en Sevilla y quería saludarte y eso. Ea otra vez será y a ver cuándo vas por Arjona, que tu tío Antonio te dirá que le pregunto mucho por ti...

Sonaron en el cajetín del teléfono los cinco duros cayendo y un bip, bip en el auricular y se interrumpió la comunicación. Don Cristóbal colgó con una íntima sensación de haber disparado en balde su último cartucho.

—¿Qué, no ha habido suerte, eh? —dijo el mesonero desde el otro extremo de la barra.

—Pues no, parece que no está en casa.

—Ya me parecía a mí. Es que hoy, ¿sabe usted?, con esto de la visita del Papa toda Sevilla está en la calle. Menos los *desgraciaítos* como yo, que nos lo perdemos *to* por este trabajo esclavo que tenemos.

Se despidió don Cristóbal y salió nuevamente a la calle. Levantó la mirada, por la fuerza de la costumbre, y vio un rótulo que decía «Caja Postal de Ahorros». De la Casa de Jaén, ni rastro. ¡La Casa de Jaén! Regresó atropelladamente al bar.

—Oiga: otra pregunta y ya no le molesto más, ¿sabe usted por casualidad dónde queda la Casa de Jaén? Me han dicho que está céntrica pero no la encuentro.

—¿La Casa de Jaén? —El del bar se mordió el labio, entornó los ojos y se rascó el colodrillo haciendo memoria—. La Casa de Jaén... El caso es que me suena. La de Soria está ahí —señaló a la estantería de los licores—, en una travesía de la Sierpes que ponen unas tostadas para desayunar muy buenas; la de Extremadura está en... ¡Ya lo tengo! La de Jaén está cerquita de aquí. Mire usted: sale a la calle y tuerce a la izquierda hasta la plaza de San Francisco, donde está el ayuntamiento, cruza usted la plaza y, en lugar de meterse por la calle Sierpes, se mete por la de más arriba, que se llama Cortina, y sale usted a la plaza del Salvador, pues toma usted la de la derecha, que es la cuesta del Rosario, cosa de cien metros y luego otra vez a la derecha, la calle Francos, y a cosa de quince o veinte metros poco más o menos, quizá menos,

tiene usted la Casa de Jaén. Hay un letrero grande encima de la puerta. No tiene pérdida. Se lo voy a apuntar, que no se pierda.

El amable mesonero trazó un croquis sobre una servilleta de papel, sacando aplicadamente la lengua al escribir los nombres de las calles; se conoce que se le daba mejor tirar cerveza con arte y cortar jamón con pericia que la cosa caligráfica.

Don Cristóbal y sus bolsas de basura, sagrario ambulante, arca sagrada en el destierro de los cuarenta años, tornaron a recorrer la ciudad bajo el sol de justicia hasta dar con la Casa de Jaén.

La Casa de Jaén tenía, en efecto, un gran cartel encima de la puerta, no tenía pérdida, pero la puerta estaba cerrada. Don Cristóbal llamó al timbre largo rato por si había alguien dentro. Sin resultado: no había nadie. Probó a empujar la puerta. Cerradísima. Estaba a punto de marchar cuando sonó un pestillo y se abrió un balcón en la casa contigua. Asomó una señora en boatiné a recoger la ropa que tenía tendida.

—Usted perdone, señora. ¿Sabe usted cuándo abre la Casa de Jaén?

—¡Huy, ésos no tienen horas! Está casi siempre abierta, pero hoy no abre porque están todos con el Papa, ¿sabe usted? Yo no estoy porque, mire usted, ¿qué quiere que le diga?, por televisión se ve mucho mejor y está uno en su casa tan fresquito. Antes iba a todos los acontecimientos de Sevilla y no me perdía ninguno, ni ninguna procesión, ni besamanos, ni traslado de reliquias ni miserere en la catedral, ni nada, ¡menuda soy yo! Y de mantilla, ¿eh?, cuando la ocasión lo requería, pero ¿sabe usted?, cuando, hace tres años, cuando la boda del hijo de la duquesa de Alba, volví tan *destroza* que me dije: Consustanciación, tú ya no estás para estos trotes: de hoy en adelante en tu casita y por la tele y luego, como mi Pepe, que es quiosquero, me trae también la revista *¡Hola!* y la revista *Semana*, pues ando tan ricamente al tanto de todos los famosos y no tengo que salir a la calle. Y tengo dos vecinas que me llevo muy bien con ellas, Conculcación y Contraposición y pensamos todas lo mismo. Nada más salimos, con nuestros maridos, por la feria, dos días *na* más, no se vaya usted a creer, para bailarnos unas sevillanas y comernos unos churritos con chocolate y que nos quiten lo *bailao*, y en verano algunas veces vamos también por la noche a algún barecito y nos sentamos en la terraza a tomar *pescaíto* frito y caracoles...

La señora iba a seguir, que tenía cuerda para rato, pero don Cristóbal, como estaba muy fogueado de los muchos años de trato con sus Marías de los Sagrarios, aprovechó la décima de segundo en que la señora se veía obligada a aspirar aire para interrumpirla.

—Entonces ¿no van a volver?

—Para mí que no, porque iban todos muy majos y llevaban una pancarta grande donde ponía «Santo Padre el Santo Reino está contigo» y debajo el dibujo de un cáliz con el sol saliéndole por arriba.

—No será el sol, señora. Será seguramente la hostia consagrada —corrigió don Cristóbal.

—Pues a mí me parece que era el sol porque le salían como rayitos.

—Le digo que es una hostia, señora, que yo entiendo un rato largo del tema, aunque me esté mal el decirlo, y los rayitos que usted dice serían la gracia santificante. ¡Ea, señora, adiós que voy con prisa!

—Adiós, padre, vaya usted con Dios.

La señora permaneció en el balcón examinando a don Cristóbal hasta que éste dobló la esquina.

—¡Y no tiene mierda el cura! —exclamó como para sí—. Tiene más roña que la tomiza de una clueca. Desde luego, donde se ponga un cura esperujío sevillano, bien criado en la catedral, que se quiten los otros. ¡Enseguida iba yo a consentir que a mi Macarena o a mi Rocío las casara un cura de fuera!...

Tornó a callejear don Cristóbal con su preciosa carga procurando transitar por callejas lo más estrechas y retorcidas posible y evitando el sol, porque hacía un calor del infierno, con perdón, y donde se colaba el sol parecía que quería derretir las piedras y él sudaba tanto en su sotana de paño merino que ya llevaba toda la espalda manchada a lo largo del espinazo con una mancha húmeda del tamaño y forma de un bacalao grande, que daba pena verle.

Don Cristóbal, en vista del poco éxito de sus gestiones con la colonia jienense en Sevilla y no teniendo donde ir, remontó impensadamente la suave cuesta del Rosario mientras razonaba de esta manera: «La culpa de todos mis males la tengo yo por tener esta pinta que tengo y además creo que he incurrido en un pecado de soberbia con la vecina de la Casa de Jaén. ¿Qué es esto de dar lecciones si la pobre mujer creía que era el sol lo que sale del cáliz de la pancarta? ¿A ti qué más te da? ¿No es acaso el sol un símbolo de Cristo, perfectamente válido?».

CAPÍTULO 14

POR LA SUAVE CUESTA DEL ROSARIO, donde están las cererías y los comercios de artículos religiosos que hacían su agosto en junio, don Cristóbal se internó en el dédalo de callejones del barrio de San Isidoro, lo uno por hurtarse del calor y procurarse propicia sombra, lo otro por discurrir fuera del concurso humano pues, por doquiera que iba, la gente se fijaba en aquel cura insólito, tan manchado y costroso, portando dos chafadas bolsas de basura, en un día en que toda Sevilla parecía invadida de suntuosos cardenales, de esplendorosos arzobispos, de magníficos obispos y en que hasta las más menudas jerarquías eclesiásticas se exhibían compuestas y trajeadas, planchadas y repeinadas, abrillantadas y almidonadas, con sus refajos y manteletas, con sus sotanas severamente negras o negras pero adornadas con filos rojos, con sus solideos de seda y sus gorros de terciopelo, como si la propia Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, fuera a pasar revista a sus tropas.

Deambulando por las calles umbrías y frescas, nuestro cura fue a salir a una placita y sus pasos le condujeron a la iglesia de Santa María la Blanca. Halló la puerta abierta e invitadora y penetró. La iglesia estaba en penumbra y al principio le pareció desierta, aunque en el altar mayor ardía la lamparita roja del Santísimo. Tomó asiento en el tercer banco empezando por el final, depositó las bolsas de basura en el reclinatorio bien a la vista y, prendiendo la mirada en el frenesí barroco de las yeserías que decoran las bóvedas, entró en callado diálogo con Dios: «¡Ay, Señor, Señor, en qué malos pasos me veo metido por mi torpeza! ¿Hasta cuándo me mantendrás en esta zozobra y en este desamparo?».

—*Gaudete in Domino semper.*

Las palabras, pronunciadas junto a su oído, restallaron en el profundo silencio del templo. Don Cristóbal, que creyó estar solo, se volvió sobresaltado. No parecía Dios el que le había hablado, sino un hombre de como sesenta años, alto y espigado, no mal parecido, el pelo entre rubio y blanco, la tez sonrosada, con marañas de venillas rojas en las mejillas. Le pareció que el aliento le olía a cazalla.

No, no podía ser Dios.

—*Ai no espikinglis* —se excusó don Cristóbal rebañando sus conocimientos de inglés, idioma que había intentado aprender por su cuenta en un par de ocasiones sin pasar mucho más allá del *maiteilorisrich*.

—Un sacerdote debiera conocer el idioma de su Iglesia, la lengua sagrada de la Vulgata —le reprochó el rubio, sonriendo—. Me llamo Patrick O'Hara. Soy teólogo, un técnico especialista en enmascarar las incongruencias del discurso cristiano; tengo licencia para explorar los infinitos abismos del Ser y la Creación siempre que mis

conclusiones corroboren las verdades eternas del dogma. ¿Puedo tomar asiento a su lado, padre? Porque usted es sacerdote, ¿no?

—Sí, señor, pero no de esta parroquia.

—No importa, todas las parroquias del mundo son agencias locales del Gran Concesionario Oficial.

Sonrió al constatar la perplejidad que sus palabras causaban en el cura.

—No entiendo —dijo don Cristóbal.

—Me refiero al Papa, hombre. ¡El Gran Concesionario Oficial de la Revelación Divina! ¿En qué seminario ha estudiado su teología, padre? Lo que le digo es de lo más elemental. El Papa es depositario del carisma y la magia, el que ha heredado del Espíritu Santo las llaves de san Pedro. Sólo él puede abrir las puertas del cielo, sólo él tiene el dedo sobre el botón que activa la trampilla que conduce al abismo del infierno bajo los pies de cada mortal. Todas las sectas y confesiones no católicas son falsificaciones, burdas imitaciones: no tienen carisma. El cristiano prudente debe rechazar las imitaciones.

A don Cristóbal se le pasó por la imaginación que se trataba de un pelmazo en busca de alguien a quien dar la lata. Era lo único que le faltaba al día, pero rápidamente rechazó tal pensamiento sintiéndose avergonzado y culpable por haberlo albergado. Como sacerdote debiera haber pensado primero que podía tratarse de una alma atormentada en busca de consuelo espiritual.

El americano, porque el teólogo resultó ser americano de origen irlandés, era lo suficientemente alto como para que juntos y contrastados pudieran pasar por don Quijote y Sancho, aunque, en el presente caso, Sancho pareciera mejor candidato a ostentar el título de caballero de la Triste Figura. O escudero de la Triste Figura.

—Sostienen los filósofos antiguos —dijo O'Hara como si hablara consigo mismo— que el *gaudium* o gozo consiste en la quietud de ánimo. Ahora bien, ¿cómo alcanzar la quietud de ánimo en el día de la confusión, en el tiempo de la confusión, en la Iglesia de la confusión?

Don Cristóbal no dijo nada. Se quedó mirando al extranjero y esta vez tuvo que hacer un esfuerzo para apartar la sospecha de que fuera un loco borracho o un borracho loco antes que una oveja descarriada en busca de consuelo.

—El gozo está en el Señor —dijo el sacerdote.

El otro asintió, taciturno. Luego continuó:

—Usted, padre, quizá me sabrá responder dónde está Aristóteles. Llegué a Sevilla hace cinco días. En los descansos de las sesiones del congreso, entre ponencias, he visitado más de quince iglesias. Lo he buscado en todos los altares y no lo encuentro, ni siquiera entre las figuras pequeñas de los retablos.

—¿Aristóteles? —se extrañó don Cristóbal—. ¿Se refiere usted al filósofo griego?

—Al mismo, al que sostiene que hay en el hombre una disposición innata a conocer la verdad.

—Señor, Aristóteles no es santo.

—¡Ahí está, no es santo! —dijo el teólogo—. Pero la Iglesia no estará limpia hasta que lo ponga en los altares, hasta que abrace la verdad. Pero entonces dejará de ser Iglesia, je, je.

—Verá usted —objetó el cura—, no tengo hoy la cabeza despejada para discutir esas cosas. En realidad ando buscando al párroco de este templo para ver si puedo depositar aquí estas bolsas. Es que tengo que reunirme lo antes posible con un grupo de feligresas de mi parroquia que he traído a la *Statio Orbis*.

El americano se fijó en las bolsas.

—¿No son bolsas de basura?

—Sí, señor, pero contienen las formas eucarísticas que sobraron en *Statio Orbis*.

—¿Tantas?

—Bueno, es que ha habido una confusión y en algunos sectores hubo más sacerdotes que en otros para administrar la Eucaristía.

El teólogo asintió, en silencio, pensativo.

—Bueno —dijo al fin—, yo no he visto al párroco, pero si quiere puede dejárselas en el altar mayor. Ya las encontrará.

Don Cristóbal titubeó:

—Es que quisiera entregárselas en propia mano, no vaya a ocurrir algo, con los tiempos que corren.

El americano asintió con una sonrisa triste.

—Cree usted que va cargado de Cristo ¿eh, padre?

—Sí, y no me pesa —dijo don Cristóbal mirándole francamente a los ojos.

El teólogo rió por lo bajo con su risa cascada y hueca. Palmeó como divertido el reclinatorio del banco, pero la mirada de sus ojos ojerosos y cansados era triste.

—¡El cuerpo y la sangre de Cristo! La Eucaristía de la que Jesús, por cierto, nunca habló. El poder divino —recitó entornando los ojos—. La bondad divina penetra en el hombre mediante ingestión de una sustancia vegetal, y esa teofagia le hace partícipe de su poder: una noción mágica absolutamente irracional y primitiva. Ni siquiera se trata de un símbolo, no: es el cuerpo y la sangre del Dios. Si se le ocurriera a un indígena de una tribu de la selva amazónica que el Dios del universo se contiene en una castaña y se deja comer nos reiríamos de tan burda superstición. ¿Le estoy pareciendo hereje, padre?

—No sé cómo puede usted decir esas barbaridades siendo teólogo —le reprochó don Cristóbal.

—Por eso lo digo, amigo mío, porque soy teólogo y quizá —añadió con tristeza— porque estoy borracho. Sí, borracho, como Noé, pero el alcohol a veces nos ayuda a ver claro lo que la conciencia o la costumbre o la conveniencia nos oculta cuando estamos sobrios. *In vino ventas*. El alcohol es también lucidez. Los adoradores de Baco, una religión a la que debe mucho el cristianismo, se emborrachaban. Lo de transformar el vino en sangre divina es una útilísima apropiación de la Iglesia.

—¿No será usted protestante? —aventuró don Cristóbal.

—No, padre, soy tan católico como usted. Los dos servimos a la misma teocracia, aunque quizá con distinto rango: usted es un obrero y yo soy un técnico de laboratorio. Los dos, cada a uno en la esfera que le es propia, servimos a una multinacional religiosa.

Don Cristóbal pensó en la conveniencia de levantarse y marchar pero, por otra parte, aquel hombre le parecía necesitado de auxilio. Era una pobre oveja perdida que se sentía sola en una ciudad remota y extraña y había caído en la tentación de abusar del vino. La caridad le obligaba a permanecer a su lado y a consolarle en la medida de sus fuerzas. Lo que lamentó fue carecer de argumentos capaces de disipar las dudas de aquel hombre y de reconducirle al camino de la Verdad. Lamentablemente la teología nunca había sido su fuerte en el seminario y después, en el desempeño de sus funciones como cura de almas, nunca había tenido ocasión ni había sentido la necesidad, todo sea dicho, de refrescar o ampliar los escasos conocimientos adquiridos allá.

—Dice usted eso —le disculpó— porque ha bebido en exceso y está solo y triste y quiere hacerse daño. Estoy seguro de que usted es un buen cristiano. Un hombre que ha consagrado su vida a conocer a Dios no puede pensar esas cosas.

—Sí —admitió O'Hara cabizbajo—, cincuenta años de mi vida soslayando el verdadero problema, no queriendo ver la descarnada y cruel respuesta.

—¿Qué respuesta?

—El hombre es el único animal que sabe que tiene que morir. Un perro o un caballo ven la muerte de sus congéneres y no tienen conciencia de que alguna vez les ocurrirá a ellos. Mientras viven, viven eternamente, no saben que han nacido, ignoran que tienen que morir. El hombre, sí. Él conoce la terrible verdad desde que alcanza uso de razón. Y entonces sobreviene el gran terror, pero ahí está la religión como un propicio antídoto contra la muerte, persuadiéndole de que hay vida más allá, de que su consciencia, la parte más verdadera de su ser, es inmortal.

—Es un gran alivio —concedió don Cristóbal.

—¡Es una gran mentira! Al horror a la muerte lo hemos llamado religión. La Iglesia se convierte en una organización de dominio, una estructura de poder, que administra la esperanza de sus fieles y el ritual mágico que puede consolarlos. A cambio de sumisión absoluta nos promete librarnos de la muerte, prolongar nuestras vidas en otra vida. Fuera del sacramento no hay salvación y fuera de la Iglesia no hay sacramento...

—Señor, fuera de la religión hay más horror que dentro de ella —argumentó el sacerdote—. Los ateos son más propensos que los creyentes a la desesperación y al suicidio.

—Padre, está usted poco ducho en la controversia teológica —O'Hara levantó un dedo admonitorio y le sonrió con simpatía—. Lo que está haciendo es confirmar mis argumentos, no rebatirlos. Yo no propugno la felicidad de la mentira y la

autocompasión, sino que el hombre afronte abiertamente la cruel realidad: que salgamos de la infancia del mito y asumamos maduramente que no existe constancia de una vida más allá de la muerte.

En el altar mayor la lamparita roja parpadeaba dentro de su cilindro de plástico. Una anciana enlutada se había sentado en el primer banco después de tardar una eternidad en cruzar el templo con sus pasitos cortos.

El americano hizo una pausa. En el denso silencio de la iglesia una paciente carcoma anunciaba con su terca trompeta el final de los tiempos para algún santo barroco.

—Todo se basa —prosiguió el americano— en un mito incoherente. Si nos atreviéramos a contemplar a la luz del sentido común la demencial mitología de nuestra religión quizá vislumbraríamos la luz.

—¡Qué barbaridades está diciendo usted! —protestó don Cristóbal—. Me parece que tergiversa las cosas y que juega con las palabras. En el cristianismo no hay mitología.

—La hay —aseveró el teólogo—. ¿Cómo llamar, si no, a ese conjunto de mitos crueles y a esos dogmas ridículos e inverosímiles?: un Dios tan vanidoso que crea al hombre para que lo alabe y glorifique. Un Dios ignorante de la evolución, que diseña al hombre a su imagen y semejanza. Un Dios que envía a su Hijo a la Tierra, colocándolo en el útero de una muchacha que lo engendra *ex nihil*, sin necesidad de ser inseminada con esperma de varón, como si se tratara de una célula asexuada, con desprecio a las más elementales leyes naturales y que, para hacer el asunto más difícil todavía, mantiene su virginidad no sólo antes del parto sino durante el parto y después del parto, precisiones no sólo absurdas sino estúpidamente innecesarias. Luego, ese Dios caprichoso determina que su Hijo sea torturado y ejecutado en el patíbulo infamante destinado a los bandidos como sacrificio expiatorio por una culpa colectiva que la humanidad arrastra por una falta cometida por el primer hombre. ¡Atrévase a juzgar, incluso con parámetros cristianos, el absurdo de esta tosca noción de justicia! Es una justicia propia de la sociedad arcaica y tribal en que fue concebido aquel Dios. Sobre esta bárbara noción de culpa hereditaria y sobre la demencial identificación del apetito sexual con el pecado construye la Iglesia su doctrina de la culpa y la redención. Y luego el tema de los condenados al infierno. ¿Qué persona medianamente sensible puede dejar de estremecerse ante la enorme desproporción que supone un castigo eterno, por grande que sea la culpa? Es casi tan absurdo como empeñarse en la presencia física de Dios en la Eucaristía, en carne verdadera, nada simbólico, nada alegórico: un Dios que no cabe en el universo, pero condesciende a encarnarse en esos circulitos de oblea que guarda usted en sus bolsas. Y ¿qué decir del Diablo en el que el Papa y la Iglesia siguen creyendo con calculado infantilismo?

Hizo una pausa para tomar aire. Jadeaba ligeramente con su aliento de borracho.

—Esta creencia deliberada en lo absurdo —continuó—, esta mitología irracional, sólo se mantiene porque nos la inculcan desde la infancia a través de la familia y de la

escuela, con la connivencia del Estado, al que le conviene favorecer unas creencias que consuelan a los desfavorecidos y contribuyen a la estabilidad social.

—Cristo nos dice que nos hagamos como niños —intervino don Cristóbal.

—Abjurar de la inteligencia y aceptar los absurdos que la religión nos propone, no parece un argumento de mucho peso. La Iglesia sostiene las incoherencias del mito acudiendo al misterio, al secreto, a la magia y al *sacrificium intellectus* que burla el entendimiento. San Pablo disfrazó de racionalismo griego al áspero dios de los judíos, un déspota oriental vengativo y caprichoso, psicóticamente obsesionado en la ciega sumisión de sus fieles, y fundó su mensaje en unos evangelios hechos de recortes, enmiendas y correcciones, que están plagados de incoherencias. ¿Cómo concordar la moral del amor con la de lucha? El mismo que te dice ama al prójimo como a ti mismo, pon otra mejilla, aprueba el castigo eterno del infierno y llama serpientes y raza de víboras a los que no le acatan.

»Y finalmente el absurdo del mal que se resiste a todo razonamiento: un Dios infinitamente bueno creó el mundo de la nada pero en el mundo hay maldad, miseria, plagas, hambrunas, enfermedad y sufrimiento. ¿Cómo ha podido consentirlo el infinitamente bueno que todo lo puede? ¿Cómo puede consentir que cientos de miles de niños mueran de hambre mientras la Iglesia que dice representarlo se gasta decenas de millones en organizar multitudinarias giras papales? ¿Cómo puede representarlo un Vicario que vive en un palacio de mármoles y oro, rodeado de obras de arte, nadando en lujo y riquezas, conociendo que miles de niños mueren de hambre cada día? Y, finalmente, ¿cómo puede sostener a un Vicario que condena la contracepción a pesar de que de cada cinco niños que nacen en el mundo, dos están condenados a morir de hambre?

Don Cristóbal, horrorizado, contemplaba a aquel pobre hombre con profunda conmiseración. Hubiese querido huir de aquel lugar por no seguir escuchando aquellos dislates, pero permaneció firme en su sitio. A pesar de toda la inmundicia que aquella pobre alma extraviada estaba vertiendo en sus oídos, sentía que su lugar estaba al lado del que sufría, consolándole en su aflicción y confortándole en su soledad. Aún tuvo que escuchar nuevas acusaciones terribles contra la Iglesia: que era una institución intolerante impuesta con malas artes a un mundo antiguo que caminaba hacia la tolerancia, un imponente aparato jerárquico y jurídico basado en la presunción sacramental de poseer la Verdad y un código jurídico calculado para reprimir despiadadamente toda desobediencia. Por último no olvidó mencionar que la Iglesia usa el nombre del que predicó la pobreza para enriquecerse amasando anormes fortunas con la sangre de los humildes y donde Él predicó la frugalidad, ella se harta. Ni siquiera a un cura de pueblo debe ocultársele —razonó el teólogo— que sus príncipes y dignatarios viven en la opulencia.

—Los ministros de la Iglesia pueden ser pecadores —lo rebatió don Cristóbal—. Eso no demuestra que la institución sea perversa.

—¿La institución?... Por sus obras los conoceréis, dijo Jesús. Es lo que han hecho de ella sus ministros.

—Yo, señor, soy un ignorante —dijo don Cristóbal—, pero estoy seguro de que la Iglesia querrá depurar el mensaje evangélico de cualquier impureza que lo desvirtúe.

El teólogo sonrió con amargura:

—No puedo. El *Syllabus Errorum* de Pío noveno declara anatema al que sostenga que las profecías y milagros que se narran en las Sagradas Letras son ficciones. Como cristiano estoy obligado a creer que la burra de Balaam habló porque aparece en la Biblia. El Concilio Vaticano I declaró infalible al Papa, la suya es la voz del Espíritu Santo.

—Lo que un concilio establece, otro puede corregirlo, supongo —dijo don Cristóbal—, si, desde la obediencia, los teólogos iluminan al Santo Padre.

—¡Amigo mío! ¡Qué poco entiendes del mundo de la Iglesia a la que sirves! Si yo dijera estas cosas me tildarían de sacrilego, decretarían que me he dejado arrastrar por mi orgullo satánico, me acusarían de soberbia intelectual, silenciarían mis escritos, sería proscrito del reino feliz de los biblistas y eruditos, dejarían de invitarme a simposios y conferencias..., probablemente tendría dificultades para ganarme la vida. No sé hacer otra cosa que la que hago. Por otra parte, un teólogo por sí solo puede poco y es fácilmente silenciado. Los teólogos antepone la apologética a la objetividad. Cuando la objetividad histórica demandaba solvencia científica tildamos de crisis modernista al racionalismo crítico. Luego nos hemos visto obligados a acatar sus procedimientos, pero desvirtuamos las premisas del método científico con un complejo entramado de casuística y análisis basado en un lenguaje indescifrable hecho de malabarismos semánticos y de sutilezas escolásticas. Demostramos lo que nos proponemos por descabellado que sea, y cuando una propuesta resulta indefendible porque violenta la razón, entonces la clasificamos como misterio y la ponemos fuera del alcance de toda indagación científica.

—Yo, señor —dijo don Cristóbal levantándose para marchar—, no sé de teologías, que soy un ignorante cura de pueblo y tengo la fe del carbonero. Sólo sé que usted sufre y necesita consuelo espiritual.

El cura de pueblo levantó la mano para bendecir al teólogo de Nueva York:

—¿Crees que tus poderes taumátúrgicos van a borrar mi amargura y mi decepción?

—Sólo voy a bendecirle. No hay nada de malo en ello y quizá le sirva de consuelo.

Patrick O'Hara inclinó la cabeza vagamente rubia para recibir la bendición. Luego el cura de pueblo tomó sus bolsas de plástico y salió lentamente del templo, seguido por la mirada turbia del teólogo.

En la iglesia la temperatura era tolerable. En contraste, la calle era un hervor, pero don Cristóbal casi no notó la vaharada de calor que recibió en el rostro al salir del templo, tan impresionado iba por la tragedia humana que dejaba atrás. Con pasos

automáticos cruzó el hirviente asfalto para ganar la acera de la sombra y la fue siguiendo hasta que topó una transversal y columbró al fondo la mancha arbolada de un parque. Eran los jardines Murillo. Se dirigió a ellos y tomó asiento en un carcomido banco de azulejos, a la tupida sombra de un potente ficus.

Susanita —¿se acuerdan ustedes de Susanita, aquella chica de hechuras sensuales y costumbres quizá desedificantes que nos acompañó en la expedición de las Marías jiennenses?—, bien, pues dio la coincidencia de que Susanita andaba paseando por los jardines Murillo con el amigo al que había venido a ver. Llevaban siete horas juntos. Como sólo hacía un mes que se habían conocido, por medio de una agencia de contactos, y apenas habían intercambiado media docena de cartas y habían conversado por teléfono en un par de ocasiones, al principio no tenían mucha confianza y les costó romper el hielo, especialmente a Susanita, que estaba algo decepcionada porque le encontró bajito y un pelín siniestro cuando por carta parecía tan simpático. No obstante, lo importante era averiguar si estaría dispuesto a casarse y si sería un buen marido, un hombre responsable, capaz de mantener dignamente un hogar y de ayudarla a cuidar a unos hijos. A cambio ella le entregaría el tesoro de ternura y abnegación que guardaba entre los pliegues de su alma, le tendría la casa como los chorros del oro y le haría un estofado de rabo de toro para chuparse los dedos, el gazpacho también se le daba bien, con tropezos de manzana muy picados y la costura, aunque sólo se le daba regular, con un poco de buena voluntad también sabría llevarla dignamente.

Habían deambulado por la ciudad visitando los lugares típicos a los que suele llevarse al visitante, entre ellos la Hostería del Laurel y el barrio de Santa Cruz, donde comienza el Tenorio; habían almorzado rollitos de primavera y cerdo agridulce acompañado de arroz frito tres delicias en un restaurante chino, que a Susanita le hacía mucha ilusión, pues nunca había estado en uno, y, después de tomar café, habían deambulado por las callejas del barrio de Santa Cruz hasta salir a los jardines Murillo. No había avanzado mucho la cosa y todavía estaban en la fase del cortejo que precede al apareamiento, paseando de un lado a otro a la sombra de los árboles y metidos en confidencias sobre experiencias pasadas y en declaraciones trascendentes sobre inclinaciones y proyectos vitales, si te gusta más ir al cine o pasear, si prefieres salir en pandilla o en pareja, si te divierte este o aquel concurso de televisión, si por qué cortaste con esa chica si era tan apañada como dices. Las vagas insinuaciones sobre disponibilidad matrimonial y decisión irrevocable de sentar cabeza se contrapesaban por la otra parte con sutiles indagaciones sobre solvencia económica y bondad de intenciones. En el fondo, el viejo tira y afloja, a ver si el equipo visitante mordía el anzuelo y se ponía a tiro de revolcón, que el local hasta había pasado la fregona por el suelo en su honor y puesto sábanas limpias y todo.

Bajo los copudos árboles y las palmeras de tallo increíblemente largo de los jardines Murillo se estaba bien. Gorjeaban los pajarillos a medio fuelle, medio asfixiados de calor, y las hormigas hacían sus avenidas por el albero dorado.

—Pues yo de pequeña —Susanita se puso soñadora y rompió el silencio— tenía una colección de cuentos de hadas y un magnetofón donde grababa las canciones de los Simón and Garfunkel y Mocedades. Todo el día me lo pasaba oyéndolos.

—A mí lo que más me gustaba era coleccionar bolígrafos y llaveros —recordó él—. Los bolígrafos los dejé luego, que se corría mucho la tinta y se ponía todo perdido, pero los llaveros los sigo coleccionando.

—¿Cuántos tienes?

—Con uno que me regalaron ayer, de propaganda de jabón Norit, el Borreguito, hacen tres mil doscientos treinta y cuatro. Me faltan otros tres mil novecientos seis para que me homologuen en el libro Guinness de los récords como colección temática, porque mis llaveros son todos de plástico, que dura siempre.

En realidad la colección no era suya, sino de un compañero de piso que estudiaba Económicas, pero, como estaba ausente, la mentirijilla podía colar. Aquel cebo, en su misma obviedad, había funcionado otras veces.

Se hizo un silencio entre el hombre y la mujer. Luego, con voz algo quebrada, propuso él:

—¿Si quieres te los enseño?

—¿Qué? —preguntó Susanita que estaba distraída pensando si no sería un tanto precipitado acceder a lo que le iban a proponer de un momento a otro.

—Los llaveros. Mi colección de llaveros, ¿quieres verla?

Tenía que tomar la decisión sobre la marcha. «Parece buen chico y tampoco puedo dar una imagen de puritana y estrecha, que eso, aunque antes funcionaba, ahora los espanta».

—Bueno.

—Vivo en el barrio de San Pablo. Será mejor que cojamos el autobús o, si no, un taxi.

Se dirigieron, en un silencio algo incómodo, hacia la avenida cada cual pensando en el paso decisivo que acababan de dar. Ella ya lo sabía, pero preguntó:

—¿Hay alguien en tu casa?

—No, aprovechando que venía el Papa y no hay clase los otros dos compañeros que comparten conmigo el piso se han ido a sus pueblos. Estaremos solos.

Se mordió la lengua y se llamó asno e imbécil por haber añadido «Estaremos solos», pero ya estaba dicho. Quizá pasara inadvertido. Esperemos que pase inadvertido. Pasó, o pareció que pasó.

Ella no objetó nada, sólo se entristeció un poco. Ya sabía a lo que iba. No era la primera vez que vivía situaciones parecidas.

Don Cristóbal levantó la mirada y vio a la pareja a lo lejos entre un grupo de palmeras. Le pareció reconocer a Susanita. «A ver si va a ser Susanita. Sí, parece que es. ¡Estamos salvados! La puedo enviar a donde los del autobús a explicar lo que pasa y quizá también me pueda prestar mil pesetas. A ver si almuerzo algo, que estoy desfallecido».

Tomó su precioso equipaje eucarístico y salió corriendo en pos de la pareja, agitando de vez en cuando los brazos para atraer su atención. Todo inútil. Todavía estaba a un buen trecho de ellos cuando vio que el chico levantaba la mano y paraba un taxi.

—Nuestro gozo en un pozo —murmuró don Cristóbal viendo el coche alejarse—. Bueno, ¿qué se le va a hacer?

Y, volviendo sobre sus pasos, tornó a sentarse en el banco de azulejos.

CAPÍTULO 15

DON CRISTÓBAL CONSULTÓ SU RELOJ: las cuatro y veinte. A esta hora, más o menos, solía él despertar de sus siestas en la capilla de San Isidro, tan fresquita. Bajo los árboles del parque el calor era menos insoportable, pero tampoco era cosa de quedarse allí mano sobre mano mientras el Papa y el Sacro Colegio Cardenalicio, la curia romana en pleno y hasta la Interpol, estaba seguro, andaban locos buscando las sagradas formas sobrantes del *Statio Orbis*. Incluso, pensaba, lo estarán radiando y es posible que salga en los telediarios.

Por otra parte estaba el asunto de sus Marías de los Sagrarios, que no tenían noticias de él y estarían igualmente alarmadas viéndose abandonadas en una ciudad extraña a su suerte o a merced del cafre de Honorio, que no se sabe qué será peor. Don Cristóbal era ocasional lector del *Reader's Digest* a través de los ejemplares atrasados que le regalaba doña Conculcación, esposa del médico y vicesecretaria adjunta a la tesorería segunda de las Marías de los Sagrarios locales. En una de las revistas venía una serie de prácticos consejos para la vida corriente. Fue una suerte que don Cristóbal recordara el primero de ellos: adoptar una actitud positiva al enfrentarse a los problemas.

Una actitud positiva. Si los americanos adoptando actitudes positivas están donde están y han llegado a ser lo que son, ¿por qué este humilde cura rural no va a ser capaz de resolver sus problemas adoptando una actitud positiva? ¡Basta de autocompadecerse: actitud positiva, vital!

«Las sagradas formas —razonó— mientras estén conmigo están seguras; por tanto vamos a ver si puedo localizar a mis Marías, que deben de estar angustiadas». Preguntó por la plaza de España a un miembro del cuerpo de guardacoches voluntarios que ejercía su oficio en la vecindad.

—¿Ve usted aquellas dos torres que parecen un pirulí, allí enfrente, maestro? ¿Sí? ¡Pues allí es, maestro! —Y luego, cambiando el tono al registro plañidero, indagó—: ¿No tendría *usté* veinte durillos *pa* un bocadillo, que se *ma olvidao* en casa la tarjeta del cajero automático?

—No, hijo, que esta mañana me han robado la cartera.

—¿Y un cigarrillo, no tendría *usté*?

—No, hijo, no fumo. Lo siento.

Las torres que le había indicado el guardacoches estaban a medio kilómetro más o menos, pero por terreno despejado, con el sol pegando sin misericordia ninguna en el yermo pintorescamente denominado Prado de San Sebastián. Don Cristóbal, sin pensárselo dos veces, le echó valor y enderezó sus pasos hacia el punto de reunión. Cuando pasó entre los veladores y sombrillas del quiosco de la Raza iba sudando

como un pollo y sediento, pero ni siquiera se detuvo a pedir un vaso de agua, tan obsesionado estaba con reunirse con su rebaño. Después de bordear la umbría de la fachada lateral del enorme edificio de la Exposición del 29, don Cristóbal salió a la restallante luz de la vasta plaza semicircular, donde hay un azulejo dedicado a cada una de las provincias españolas. Lo establecido era que, durante la hora del almuerzo, quedase algún miembro de la expedición junto al azulejo de Jaén para recoger a los posibles rezagados, pero allí no había nadie, ni en el azulejo de Jaén ni en ningún otro. Hacía media hora larga que el último retén, compuesto por doña Preconización y doña Emasculación, había desamparado el puesto después de esperar más de dos horas al cura que no aparecía. En vano recorrió don Cristóbal toda la extensión del semicírculo, deteniéndose frente a la viñeta de la batalla de Bailén, que los diseñadores del monumento escogieron como lo más representativo de la provincia más septentrional de Andalucía. Nada. Allí no había ni rastro de nadie.

—Claro —los excusó don Cristóbal, decepcionado—. Con este soletazo...

Le bajaban los chorros de sudor por el cuello y por la espalda. Todavía dio un par de paseos, a la sombra de los soportales, indeciso, atisbando si venía alguien a un lado y a otro.

—Bueno —decidió al fin recordando el precepto del *Reader's Digest*—, tampoco es cosa de quedarse aquí hasta que nos dé un tabardillo. Si fueras más espabilado, Cristobita —se reprochó—, se te habría ocurrido que a esta hora no iban a estar aquí esperándote como pasmarotes.

No. A las tres menos cuarto, las Marías de los Sagrarios, fieles observantes del programa religioso-mercantil trazado, habían acabado de almorzar y se habían largado al aire acondicionado de El Corte Inglés. El único que se había salido de la planilla era don Cristóbal.

Nuestro cura regresó sobre sus pasos. Al pasar por la columnata de la primera torre se encontró con una pareja de *hippies* mochileros que había instalado su modesto tenderete de colgantes y pulseras, anillos y pendientes, cuero mal curtido y cerámica mal cocida, lentejuelas y abalorios ensartados en alambre. Como la bisutería de diseño parecía resentirse de la crisis, estaban probando a diversificar su oferta por el lado del arte y el espectáculo. El muchacho era rubio y gastaba melena y barbita de Buffalo Bill, pero en costroso, y se echaba de ver que estaba necesitando un lavado de cabeza. Se acompañaba a la guitarra y cantaba la canción de *Eva y Adán*, de Joaquín Sabina. Don Cristóbal, al pasar, iba pensando: «Hay que ver lo que da de sí la Biblia y la cantidad de gente que comemos de ella», cuando la chica se interpuso en su camino para presentarle un platillo de plástico cebado con media docena de monedas.

—Eche *usté* algo, padre.

No era fea, tenía las tetas alegres, saltarinas y sueltas, bajo la camiseta sin mangas y un zarcillo de plata en la aleta de la nariz.

—No tengo nada, hija.

—¿Cómo no va a tener nada, padre, con lo ricos que son los curas? —la pregunta era insolente, pero la sonrisa amable y la mirada cómplice de la muchacha le borraban toda la insolencia.

—Todos, no, hija mía, también hay curas pobres, pero si quieres os puedo dar mi bendición.

—Padre —intervino Buffalo Bill sin dejar de tocar la guitarra—, es que con su bendición no comemos y nosotros lo que tenemos es hambre.

—¡Ay, hijos, ya somos tres los hambrientos! ¡No creáis que yo no tengo hambre!

—Bueno —sonrió el *hippy*, entendiendo—. Si los tres tenemos hambre, échenos usted la bendición, ya que se lleva mi copla y que a cada uno nos sirva lo que el otro da. ¡Qué le vamos a hacer!

Don Cristóbal los bendijo y siguió su camino, mientras a su espalda seguía sonando la vieja fábula de *Eva y Adán*.

Nuevamente bajo la sombra protectora de los enormes ficus de los jardines Murillo, don Cristóbal recorrió un dédalo de sendas entre los geométricos setos en busca de un bebedero. Dio con uno, muy majo, de hierro fundido, pero lo encontró seco; así que tuvo que regresar a la glorieta central, donde había visto una fuente decorativa. Estaba deteriorada y musgosa y para llegar al humilde chorrillo de agua que dispensaba un cañito de bronce central había que salvar el obstáculo de una ancha pila circular en la que flotaban porquerías y ovas. Don Cristóbal no tuvo más remedio que arremangarse los brazos para, apoyándolos en el fondo legamoso de la fuente, abocinarse, en peligroso equilibrio, hasta alcanzar el chorro. En ello estaba, dando aplicados lengüetazos sobre el borbolloncillo tibio clorado, cuando acertaron a pasar por allí tres o cuatro jovenzuelos uno de los cuales comentó en voz alta, que fuera oída por el aludido:

—Así tenían que estar todos los curas: con el culo al aire.

«¡Lo que es la vida! —pensó don Cristóbal—. Cuando yo era mozuelo, nos atropellábamos por ir a besar la mano de un cura que viéramos por la calle y mira ahora adonde hemos llegado, que ya sólo falta que nos tiren piedras».

Cuando hubo satisfecho su sed, el peregrino tomó asiento en uno de los bancos de azulejos que decoraban la glorieta y miró a un lado y a otro. No había nadie que pudiera escandalizarse. En esta confianza se desabotonó la sotana hasta el centro del pecho y abrió la prenda para que le entrara aire. Se estaba bien allí, tan tranquilo, bajo la fresca cúpula de la espesa vegetación, aunque olía a hojas podridas, a miseria y a abandono y, bien mirado, el rodal donde se había establecido estuviera hecho un muladar con tantas jeringuillas y tanta lata vacía y tanto profiláctico usado. Cambió de banco y tomó asiento en el frontero, cuyo entorno parecía más limpio. Allí se entretuvo en leer las pintadas: «Viva el porro». «Dios hizo la hierba y como no podía fumarla toda creó al hombre». Para que luego digan que la juventud le ha vuelto la espalda a Dios. «Betis rompebragas». «Maricón el que lo lea». «Aquí un gorila enculó a la Merdina». «¡Caramba, no sabía que hubiera fauna tan peligrosa en estos

parques!». También estuvo un rato contemplando a los gorrioncillos y las avispas que acudían a beber de la fuente y las tenaces hormigas que urdían sus trochas entre la minuciosa vida vegetal. La Naturaleza alabando a su Creador en las mínimas criaturas.

Lo iba asaltando la modorra que precede al sueño. Miró otra vez alrededor y se cercioró de que estaba solo. Apretó las bolsas contra el pecho y dio una pequeña cabezada. Sólo unos minutos porque la distante sirena de una ambulancia o un coche de la policía le despabiló con cierto sobresalto. Las hostias seguían allí. Quizá fuera prudente probar nuevamente a devolverlas en el arzobispado. A estas horas y con el calor que hace seguramente se habrá despejado la plaza.

Salió a la parte de los jardines por donde discurre la antigua muralla y preguntó por el palacio arzobispal al acuarelista turístico que monta allí su tenderete.

—Siga usted todo tieso, con perdón, hasta aquella esquina y verá una plazuela. Tome usted el callejón que sale enfrente, que se llama del Agua, hasta que llegue a otro que se llama de la Vida. Por allí se sale a la catedral.

El callejón del Agua discurría entre el carcomido muro del alcázar y una docena de edificios con cancelas abiertas para mostrar los patios interiores poblados de geranios y aspidistras. En el muro de uno de ellos, a prudente altura, había una historiada placa de bronce dedicada a «Washington Irving, en recuerdo de su amor a España».

«Le darían de comer», pensó don Cristóbal, pasante.

Hablando de comer: estaba muerto de hambre. Llevaba ya más de veinticuatro horas sin probar bocado, aparte del malhadado bocadillo de calamares con olor a amoníaco, del que más valía no acordarse.

Llegó al final de la calleja que tuerce en ángulo recto con la que llaman Vida, la cual tiene, al principio, un ensanchamiento, a manera de placita, rincón muy reproducido en postales y folletos turísticos. Había un bar haciendo esquina donde don Cristóbal pensó pedir un vaso de agua, porque, deshidratado por sus episodios intestinales y por lo mucho que llevaba sudado, nuevamente lo aquejaba el tormento de la sed, pero el establecimiento estaba de bote en bote, abarrotado de congresistas eucarísticos con la tarjeta identificativa en la solapa, y cambió de idea. No quería llamar la atención entrando en lugar concurrido con aquel aspecto. Pasó de largo ante la lista de tapas colgada de una pizarra de la puerta: «Lomo en ajillo, cazón en adobo, urta a la roteña, paella andaluza, rabo de toro, pringá, carne con tomate, mojama de isla Cristina, tortilla, calamares a la romana, puntillitas, jamón de jabugo, queso en aceite...».

—¡La madre que me parió! —le salió del alma—. ¡Lo que daría yo ahora por un plato de cocido! ¡Ay, Dios mío, cómo me estás probando hoy, Señor!

Un amable viandante le indicó por dónde se llegaba a la catedral: tome usted esa cancela y sale a un callejón cubierto que se llama Judería y luego al Patio de Banderas y ya está usted.

En la parte descubierta del callejón de la Judería, adosada a un rincón que hace el muro del alcázar, hay una fuente protegida por una reja semicircular. Aprovechando que no pasaba nadie y que uno de los hierros de la reja había desaparecido, se introdujo, comprimiendo un poco la barriga, por el hueco resultante y arrimó la boca al chorro de la fuente. «Ya que no comemos, vamos a beber por lo menos».

—¿No le da a usted vergüenza de colarse en la fuente subrepticamente como un gamberro en lugar de estar alabando a Dios con el Papa?

La voz procedía de una ventana alta, en el lado opuesto de la calleja. Alzó la mirada don Cristóbal y se topó con el busto de un anciano enteco e irascible, ex combatiente, en pijama a rayas, que asomaba entre dos macetas de magnolias y otra de claveles.

—Usted perdone —se excusó el sacerdote poniéndose como la grana—, es que no sabía dónde podía encontrar una fuente pública.

—¡Sí, ustedes nunca saben nada y luego también se mean y se cagan por los rincones! ¡Vaya a otra parte a hacer el gamberro!

Y se apartó de la ventana indignado, sin aguardar respuesta.

Nuestro cura se olvidó de su sed y, saliendo precipitadamente de la verja, prosiguió su camino pasando bajo el revellín acodado del callejón que va a salir al pasaje que desemboca en el Patio de Banderas. En el muro encalado había una hermosa pintada: «*Pa tos vuestros muertos, vuestro puto madre un buen polvo para ella y tu maricon. Los rockers arrasan a los cabrones como vosotros muerte y destrucción Hell angels keep on rocking*».

Completaban la decoración del pasaje una selección de cruces gamadas y el dibujo, no exento de cualidades artísticas en su concisa linealidad, de una dama abierta de patas, dotada de excelentes tetas y de natura capaz y velluda.

«Debe de ser el hiperrealismo, que dicen que sucede ahora al abstracto —pensó don Cristóbal—. Este humilde cura de pueblo tiene que salir más al mundo».

Nuestro sagrario ambulante cruzó el Patio de Banderas, tan desolado a pesar de sus verdes y redondos naranjos y su fuente central, y pasando bajo el arco de la muralla, donde hay un altar y hornacina protegido con tela metálica de gallinero, fue a salir a la plaza de la Inmaculada, frente al monumento a la Pura y Limpia detrás de la catedral. En efecto, como don Cristóbal supuso, había desaparecido la muchedumbre que horas antes aguardaba la aparición del Santo Padre frente al palacio arzobispal. En la plaza de los Reyes no había nadie, aunque las vallas amarillas del ayuntamiento aún barreaban un espacio frente a la entrada. La puerta del palacio arzobispal permanecía cerrada, así como la de la verja de la catedral. El vendedor de postales y recuerdos había desaparecido con su puesto. Las gitanas vendedoras de claveles habían desaparecido. Las calesas habían desaparecido. Las tiendas de los anticuarios estaban cerradas; el convento de las agustinas, cerrado. No quedaba en la plaza más rastro de vida que un reguero de cagajones pisados junto a la acera de los coches de caballos.

En el sopor de la siesta de junio todo estaba cerrado y ausente. Solamente nuestro pobre peregrino permanecía abierto.

Regresó al punto de partida. Ya iba considerando los jardines Murillo como su residencia en Sevilla. Es sorprendente lo pronto que una persona sin techo se adapta a un sitio. Le pasa a todos los marginados.

A lo que no se adapta uno es al ayuno. El ayuno, cuando no es voluntario por huelga, dieta o religión, es sacrificio jodidamente difícil de sobrellevar y mucho más en los célibes observantes que, como don Cristóbal, el único vicio que se permiten, si es que se permiten alguno, es el de la gula, aunque, en el caso de nuestro cura, siempre dentro de un orden y restringiéndolo a las escasas disponibilidades de su presupuesto.

Examinó don Cristóbal los árboles del parque, a ver si había alguno que diera espontáneamente fruto, semilla o baya comestible, y no lo halló. Probó a pasear por encontrar consuelo y distraerse y distraer las tripas y tampoco lo halló. Finalmente, llegando a una umbría poco transitada y más escondida, no se pudo contener más y, tomando asiento en un tronco podrido del suelo, abrió una de las bolsas y después de santiguarse y decir la fórmula eucarística, con mucho sentimiento y fervor, comió Cuerpo de Cristo a palo seco, con lo ahogadizo que es en grandes cantidades sin el pasar del vino, hasta que medio sació la gazuza. Mientras masticaba laboriosamente y trataba de tragar, no podía reprimir las lágrimas y decía para sí: «¡Dios mío, tú sabrás entender mi aflicción...!».

¿No hubiera sido una solución a sus cuitas consumir todas las hostias, incluidos los pedazos y el polvillo del fondo de la bolsa, en lugar de intentar retomarlas a la autoridad eclesiástica competente? ¿De ninguna manera!, don Cristóbal rechazó este peregrino pensamiento inspirado por el Maligno y volvió a lamentar la alarma que estaría causando en las altas jerarquías de la Iglesia la desaparición del pan divino.

En estas consideraciones estaba cuando una pesada mano vino a posarse sobre su hombro. Volvió la cabeza, espantado, y encontró el rostro fiero de un guardia municipal de porra y bigote, con la cinta de la gorra de plato a rayas blancas y negras.

—¿A usted no le da vergüenza?

En efecto, sintió muchísima vergüenza, pero no sabía bien de qué. El guardia le instruyó enseguida.

—¿Qué clase de vicioso es usted, mirón o exhibicionista?

—No, señor —farfulló don Cristóbal apuradísimo—: soy un sacerdote que se ha extraviado.

—Y ¿qué hace aquí escondido como un delincuente? —El guardia no aflojaba la presa del hombro.

—Pues verá usted —titubeó—. Me había metido aquí a comer hostias...

—¿Que quieres que te dé un bofetón?... Conmigo guasas no, ¿eh? A ver; ¿documentación!

—Mire usted que lo que le estoy diciendo es la pura verdad —insistió el sospechoso—: es que esta mañana me robaron la cartera en la *Statio Orbis* y me veo sin documentos y sin dinero y con las hostias que sobraron de la ceremonia, que he intentado devolverlas en el palacio arzobispal, y como iba con estas pintas no me han dejado entrar. Mire usted que no le miento. —Y, abriendo una de las bolsas, mostró las hostias al policía, casi todas partidas ya.

El municipal, como era hombre de buen corazón y el tono angustiado del cura emanaba una sinceridad que desarmaba a cualquiera, no tuvo más remedio que creerle.

—¡Vaya, hombre —dijo suavizando el tono y retirando la mano del brazo—, dispense usted! Es que he creído que estaba mirando a esos dos.

Don Cristóbal miró para donde indicaba el agente y, en efecto, a diez o doce metros de ellos, en un claro de la espesura, había una pareja de enamorados que se había refugiado allí para profundizar en su relación. Ya habían coronado, exitosamente a lo que parece, el proceso y él estaba atacándose la camisa y ajustándose el pantalón mientras ella se subía la falda y se desprendía las briznas de hierba seca del cabello y la blusa.

—Por eso le he tomado por mirón, padre —aclaró el municipal—. Es que ahora no sabe usted la cantidad de mirones que hay.

Fueron saliendo a uno de los paseos del parque.

—Es que, verá usted —seguía diciendo el guardia—, uno ya es viejo y tiene muchos tiros dados, mucho vivido, quiero decir, y ya no sabe uno a qué carta quedarse en nada; así que lo que hago, mientras me llega la jubilación, es cerrar los ojos y hacer lo que se me manda, sin pensarlo más, que no quiero líos. Antes, cuando entré en el cuerpo, teníamos que patrullar parques y jardines deteniendo a las parejas por besarse o achucharse más de la cuenta y en cuanto cazábamos a una pareja, ¡zas!, multa que te crió, cinco duros, que entonces era un dinero ¿eh?, y tomarles la filiación, no se vaya usted a creer, que al día siguiente salían los nombres en el periódico, en los ecos de sociedad esos o como se diga: fulanito y fulanita multados por conducirse lascivamente en el parque y escándalo público. Ahora, desde que entró la jodida democracia, que no digo yo que no sea buena, ¿eh?, ¡cuidado, que yo no me meto en eso!, pues desde que entró la democracia, borrón y cuenta nueva, ahora tenemos que andar protegiendo a las parejas que vienen a echar un casquete al parque y espantando mirones que ya no nos falta nada más que hacer de mamporreros e ir a buscarles el condón a la farmacia...; que digo yo que tampoco es eso, que la juventud se ha creído que lo único que tiene que hacer en la vida es todo el día pijar, pijar, que yo comprendo que da un gusto espantoso, pero a nosotros nos tiene con el culo a dos manos que no sabemos dónde acudir porque, en cuanto comienza la fresquita, no me vea usted cómo se pone esto. Pero, a lo que digo: ver y callar. Yo, a lo mío. Así que usted dispense, padre, si me he puesto así con usted, es que uno también se acaba hartando...

—No, si yo lo entiendo —decía don Cristóbal.

Habían llegado a la glorieta García Ramos y el guardia consultó su reloj y se despidió:

—¡La hora del relevo, padre! Me tengo que ir, que me espera mi Consustanciación, que he quedado en llevarla al cine esta noche. Ya sabe donde tiene un amigo, Ceferino Restrepo García para servirle. —Y saludándole marcialmente, la mano en la visera, se despidió.

Don Cristóbal tomó asiento en un banco y como tenía el estómago satisfecho y ronroneante como un gato feliz fue adormeciéndose abrazado a las manguantes bolsas hasta que se traspuso del todo y comenzó a roncar, que no le despertara ni el papacóptero aterrizando a su vera con la reductora puesta. Soñó que se le aparecía la Claudia Schiffer, esa de los carteles, vestida de angelito, con alitas de pluma, sobre nubes de algodón, ya no vestida a rayas con suéter y pantalón ajustados, sino en toda su verdad, en cueros vivos, con sus muslos largos y su culito respingón y sus tetas al aire, dos, una a cada lado del pecho, carnosas y algo caídas, en una mano la botella de refresco del anuncio, en la otra una lira, y diciéndole con su voz acariciante y asperilla, ligeramente teñida de acento teutón: «¡Cristóbal, Cristobalillo, Cristobaleta: a ver cuándo te vas a enterar de que estoy lista para nuevas fantasías!».

Cuando despertó estaba oscureciendo ya y el silencioso jardín se había arrebujado bajo un chal de luz amarilla que fluía de las distantes farolas.

Advirtió lo que ocurría y se acojonó. El que lo había sacudido por el hombro estaba delante de él y tenía una navaja grande en la mano. Éste era el oficial. A la espalda de don Cristóbal, detrás del banco, se había colocado el aprendiz, más joven, con una barra de hierro acabada en horquilla.

—¡A ver cura —ordenó perentoriamente el de la navaja—, para ya de roncar y suelta la guita!

—¿Qué guita? —se sobresaltó don Cristóbal—. Yo no tengo ninguna guita. —E hizo ademán de levantarse, pero el compinche de la barra de hierro le puso la mano en la cabeza sin miramiento alguno y lo empujó, sentándole de nuevo.

—¡Mira, cura: suelta la pasta porque, si no, te vamos a dar de hostias! —informó el navajero.

Esta vez sí lo entendió, pero, no obstante, estaba tan desconcertado que no pudo evitar una pregunta tonta:

—¿El dinero?

—¡Sí, el dinero, *desgraciao!* ¿Qué va a ser, si no? Que los curas tenéis mucho.

—Y dale con que tenemos mucho. ¡Ay, hijo mío! —lamentó sinceramente don Cristóbal—. Lo poco que tenía me lo han robado esta mañana.

—¿Le doy? —se ofreció el de la barra elevando su instrumento.

El jefe de la banda ni le miró.

—A ver, ponte de pie —ordenó al cura.

Don Cristóbal obedeció, sin soltar las bolsas.

—¿Qué llevas ahí?

—Son formas consagradas —fue prudente. Dada la polisemia del término, decir «hostias» podía haberse interpretado torcidamente y quizá lo hubiera hecho acreedor a un par de bofetadas mientras se deshacía el equívoco.

—A ver. —El navajero arrebató una bolsa de un zarpazo, la destripó sin contemplaciones y vació su contenido sobre el suelo. Don Cristóbal intentó evitarlo, pero el de la barra le sacudió un viaje en la cabeza. No le hizo sangre, pero después se vería que le ocasionó un chichón de respetables proporciones.

—¡Quietecito, tú!

El navajero rajó la otra bolsa y la vació en el suelo.

—¡Coño, pues es verdad, no lleva *na* más que hostias *desas*! ¿Y la cartera?

—Ya le digo que me la robaron.

El navajero cacheó a su víctima y se cercioró de que no llevaba ni calderilla.

—¿Esto qué es? —Topó con algo metálico en el bolsillo de la sotana. Eran llaves.

—Las llaves de la parroquia.

—¿Dónde tienes la parroquia?

—En Jaén.

—¡*Mu* lejos eso *pa* nosotros! —Lo empujó para que se sentara nuevamente y le puso la navaja delante de los ojos—: Mírame *desgraciao*, y a ver si me oyes bien. ¿Tú te crees que se puede ir por el mundo sin un chavo, so mierda? Por esta vez te vas a escapar de rositas porque me has pillado de buenas, pero la próxima que te pille sin por lo menos cinco lechugas en el bolsillo te doy un pinchazo *pa* que aprendas. ¿Te estás enterando?...

El cura asintió.

—¡Ea, Curro, nos abrimos! ¡Guarda la vela y vámonos, que aquí lo que estamos es sobrando!

Mientras se retiraban, el de la navaja iba retahilando entre dientes, con abundante gesticulación:

—¡Coño, habrÁse visto el tío!... ¡Así que se vienen aquí, con lo bueno que es este sitio, con sotana y todo, a espantarnos a la clientela y se presentan sin un chavo, sin respeto ninguno al trabajo de los profesionales que nos tenemos que buscar la vida!...

Don Cristóbal, cuando consiguió serenarse de la impresión y se calmó un poco, miró por sus hostias que habían quedado esparcidas sobre las hojas secas. Escogió la bolsa de la basura que había quedado en mejor estado y, metiéndola en la otra de manera que entre las dos cubrieran todos los agujeros, fue depositando en ella las hostias que cuidadosamente recogía del suelo, casi todas partidas, algunas en dos o tres pedazos. Al final lo que quedaba en el suelo eran partículas blanquecinas casi microscópicas, aunque contenedoras de Cristo entero y verdadero, como si estuvieran enteras. Don Cristóbal fue tomándolas, sin poder evitar que se mezclaran con ellas partes de polvo y picadura de hojas secas, y depositándolas sobre un trocito de papel de periódico. Cuando hubo concluido la operación, que le llevó un buen rato, dobló el

papel y, después de cierta vacilación, se echó a la boca el polvillo eucarístico mezclado con la porquería y le ayudó a pasar con un buen trago de la fuente, mientras volvía a repetir para sí las palabras de la comunión.

Luego pensó que era mejor abandonar cuanto antes aquel peligroso lugar y, tomando su bolsa, salió a la plaza de los Refinadores, donde existe un monumento a don Juan Tenorio rodeado por un banco corrido de ladrillo.

«¡Ay!, ¿qué ciudad es ésta que le ha hecho un monumento al pecador?», pensó don Cristóbal.

CAPÍTULO 16

LAS EMOCIONES Y LAS DESGRACIAS DEL DÍA eran más de lo que los nervios podían soportar. De pronto se sintió tan desgraciado que tuvo que tomar asiento y, sin poderse reprimir, se echó a llorar.

Acaeció que a aquella hora una prostituta de las que normalmente hacen la carrera en la cercana carretera de circunvalación, regresaba a casa porque le acababa de venir el periodo. Pasó al lado del sacerdote que tenía la cara oculta entre las manos y por el temblor de la espalda le pareció percibir que lloraba. Inmaculada, que así se llamaba la peripatética, era, como suelen ser muchas de su oficio, una mujer de gran corazón, así que, parándose en seco, se acercó al cuitado y le preguntó:

—Oiga: ¿le pasa a usted algo?

Don Cristóbal alzó la mirada de sus ojos enrojecidos y se sinceró:

—¡Me pasa de todo, señora: que me han robado y me han intentado atracar y medio me han descalabrado, que me han parado los guardias y desde que llegué a Sevilla, esta mañana, no soy nada más que un rosario de desdichas!

—¡Ay, si yo le hablara de desgracias...! —dijo la rabiza observando la aporreadura con lástima—. ¿Y no conoce a nadie aquí?

—No, hija, no conozco a nadie.

—¿Ha comido usted por lo menos?

—No, hija; llevo sin comer desde ayer.

—Pues por lo menos eso lo vamos a arreglar ahora mismo, porque yo, ¿sabe usted?, me he traído un bocadillo al trabajo y no lo voy a necesitar porque resulta que me tengo que volver a casa.

Y abriendo su bolso, que era de grandes dimensiones, Auxiliadora introdujo la mano y anduvo tanteando hasta que encontró lo que buscaba y extrajo un envoltorio de papel de plata que contenía un apetitoso bocadillo de jamón serrano sobre doble guarnición de rodajas de tomate y pepinillo en vinagre. Se lo ofreció al cura con una sonrisa.

—¿De verdad que no te hará falta a ti, hija mía? —vaciló don Cristóbal antes de aceptarlo.

—De verdad, padre, que he tenido una contrariedad y ya le digo que me tengo que volver a casa, que hoy no trabajo.

Don Cristóbal aceptó el bocadillo.

—¿En qué trabajas, hija mía? —preguntó.

Le había dado un muerdo generoso cuando le llegó la respuesta de la muchacha después de un embarazoso silencio.

—¡Ay, padre, no se vaya usted a incomodar, pero me gano la vida en la calle!...

Don Cristóbal quedó petrificado, las dos manos agarrando firmemente el bocadillo, con el bocado abultándole en la mejilla, cómicamente.

—¿Quieres decir...? —acertó a articular.

Ella asintió tristemente, bajando la cabeza y hurtando la mirada.

—Sí, padre: que soy una mujer de la calle, una mercenaria del amor o como se diga..., una puta.

Don Cristóbal nunca había visto a una puta tan de cerca. Su corazón se escindió entre el irracional impulso de levantarse y huir y la humana inclinación a aceptar la caridad de aquella desgraciada. Quizá, pensó, era la buena samaritana que Dios le enviaba. Quizá era una Magdalena en potencia a la que podía hacer mucho bien.

Además, no sé si sería por el hambre, pero el bocadillo estaba riquísimo.

—¿Cómo te llamas, hija?

—Inmaculada; Imma para las amigas, pero... —titubeó—, bueno, la gente del oficio me dice *la Pechos*.

Don Cristóbal bajó instintivamente la mirada y advirtió por qué la llamaban *la Pechos*. Inmaculada también había bajado la suya, como si se avergonzara de su hermosura.

Se hizo un incómodo silencio, es decir, pasó un ángel.

—¿No le gusta? —dijo ella señalando el bocadillo. Lo preguntaba por decir algo. A la vista estaba que sí le gustaba, porque lo estaba devorando.

—¡Ay, hija!, ¿no me va a gustar si es lo mejor que he comido en mi vida?

—Pues ande, coma usted.

Otra vez se abrió un paréntesis de silencio mientras el cura terminaba de cenar. El jamón estaba verdaderamente apetitoso. Don Cristóbal, aunque sólo catava el jamón en las bodas, y no en todas, sabía apreciar un recebo bien curado y diestramente cortado.

Cuando estaba acabando, *la Pechos* tornó a hurgar en el bolso y sacó un rollo de papel de cocina, que en su profesión es muy útil y si se tercia lo mismo puede servir de toalla que de servilleta. Don Cristóbal desgarró un servicio y se limpió los dedos y los labios. Ella todavía hurgaba en el bolso buscando otra cosa que no acababa de encontrar:

—Iba a traer un trozo de tarta de postre pero se ve que con las prisas se me ha olvidado —dijo al cabo.

Se levantó.

—Bueno, padre cura: ahora me tengo que ir que aquí no pinto nada. Que resuelva su problema y vuelva pronto a su pueblo.

Don Cristóbal se levantó, caballerosamente.

—¡Ea, hija mía, digo Inmaculada, muchísimas gracias por tu bondad y por esta cena tan estupenda y que Dios te bendiga y te lo premie!

Titubeaba y no sabía si darle la mano. Al fin se la tendió y ella se la estrechó, tímidamente, casi sin tocarle, sólo en la punta de los dedos.

—Adiós.

—Adiós.

Don Cristóbal tornó a sentarse y siguió a la muchacha con la mirada mientras en su corazón alababa a Dios, que es capaz de poner tanta bondad en el corazón de sus más miserables criaturas. Inmaculada se alejó taconeando sobre las losas de la plaza, con su sucinta minifalda roja y el suéter negro, ajustadísimo, que le marcaba las redondeces como si estuviera desnuda. Tendría no más de veinte años, aunque el exceso de maquillaje en párpados y labios la hacía parecer cinco años mayor, y no era fea. La chica caminaba con paso cansino, como si no quisiera llegar nunca a la parada del autobús. Ya casi estaba en la marquesina de la parada cuando se detuvo, volvió la cabeza y buscó al cura con la mirada. Don Cristóbal apartó la suya con sonrojo. No quería que Inmaculada pensara que la estaba mirando con lujuria.

Ella lo vio sentado en el banco, perdido en la gran ciudad, desamparado y solo, y tomó su decisión. Resueltamente volvió a su lado.

—¡Que no le dejen yo a usted aquí, padre cura, que esto es un contradiós! Mire usted: yo dinero no llevo encima, que una no se puede fiar como está la noche, pero tengo una pensión de confianza donde me fían y le voy a llevar para que por lo menos duerma bajo techo.

—Hija mía —dijo don Cristóbal, emocionado—, no sabes cómo te agradezco esa bondad, pero ya has hecho bastante por mí. Dios te lo pague. Por dormir al raso no me va a pasar nada, y más con el calor que hace. Mira: si fuera invierno te lo aceptaba, pero en verano sienta bien.

—Si no es porque vaya a llover, padre, es porque la noche, en estos sitios, tiene muchos malos encuentros. Fíjese usted cómo le han puesto la cabeza de día, pues figúrese de noche, que hay muy mala gente.

Resistió todavía don Cristóbal otro poco pero estaba tan vencido por la vida y *la Pechos* insistió tanto que al final no tuvo más remedio que dejarse convencer.

Se pusieron en camino. Ella, como lo veía mirar mucho a la gente con la que se cruzaban, temiendo toparse con alguna persona conocida, le iba diciendo:

—Si es por el qué dirán y por la gente que pueda verle conmigo, por eso no se preocupe, padre, que yo lo voy a llevar por sitios oscuros donde no nos vea nadie para que no se afrente. Además, cuando venga gente, yo me adelantaré y usted se queda atrás, como si no nos conociéramos, o, mejor, yo me quedo atrás, no sea que se piensen que un cura va siguiendo a una puta, que la gente es mal pensada.

—No, hija, si yo no... —protestaba nada convincente el cura.

—Usted haga lo que le digo, que yo entiendo más —y, arreciando el paso, *la Pechos* le precedió por un callejón inverosímilmente angosto llamado del Mariscal, nombre notable para tan mezquina cosa, el cual desembocaba en una plazuela denominada de las Cruces por las tres que tenía en el centro, sobre sendas columnas. *La Pechos* se santiguó al pasar ante ellas y dirigió una rápida mirada hacia atrás para

cerciorarse de que don Cristóbal la seguía. Sobre las gradas, un par de parejas se magreaban en la propicia media luz.

En el otro extremo de la plazuela, en una casa modesta muy blanqueada y adornada de macetas pintadas de diferentes colores, se ubicaba el establecimiento hotelero «Pensión San Pancracio. El Descanso Perfecto. Camas económicas». De un mezzanine colgaba un excesivo cartel de forja con las letras recortadas sobre el hierro y una imagen de San Pancracio de almanaque pegada sobre la chapa y muy barnizada encima. Estaba algo descolorida de las aguas y los soles.

—Aquí es donde va usted a dormir. Se espera usted en la puerta, que yo entro un momento a hablar con la dueña, que es una persona de mucha confianza, que la conozco de toda la vida.

Entró *la Pechos* y don Cristóbal, pareciéndole que sería pensión de mala nota y que su persona podría constituir causa próxima de escándalo para los transeúntes que vieran un cura estar a la puerta como en demanda, se apartó un poco y tornando sobre sus pasos se arrimó a las cruces que adornaban el centro de la plazuela y oró ante ellas agradeciendo a Dios las miserias que le mandaba y el consuelo de haber hallado una alma caritativa. En ello estaba cuando *la Pechos* salió de la casa y tuvo un sobresalto al descubrir que su cura había desaparecido, pero luego le descubrió junto a las cruces y, yéndose a él, le dijo:

—Padre, no ha habido suerte, que la casa está de bote en bote. Se conoce que como la pensión tiene nombre de santo, la piara esa de cristianos que han venido a lo del Papa la han dejado sin una cama; pero no se preocupe *usté* que más adelante conozco otra pensión donde es seguro que hay sitio; lo que pasa es que no es tan buena como ésta, pero también es de confianza y me fiarán.

Se internaron por otro callejón y pasaron por delante de la Santa Escuela del Cristo de la Misericordia, en cuyo muro había un azulejo con un Cristo y la ranura de un cepillo recaudatorio con el letrero «Obras de misericordia». En la esquina *la Pechos* se topó con un conocido, un tipejo vestido de camarero, con la chaquetilla llena de manchas y con una cesta en la que transportaba el género, principalmente almendras tostadas y tabaco. Le preguntó si tendría camas cierta vecina.

—No las tiene, que lo tiene todo ocupado —respondió el de la cesta mirando con sorna al cura—. ¡Como no lo hagáis de pie, en un portal...!

—¡Vete a tomar por culo! —le despidió Inmaculada continuando el camino y, unos pasos más adelante, se volvió hacia don Cristóbal y le aclaró, a modo de excusa—: No es mala persona, ¿sabe usted?, lo que pasa es que cuando está mamado tiene mala lengua.

—¿Mamado?

—Borracho, quiero decir. Es que le da al pirriaque cosa mala, ¿no sabe usted?

Al final del callejón torcieron a la izquierda y siguieron por otro algo más ancho. El muro de una antigua casona estaba reforzado con grandes ruedas de piedra. Don Cristóbal iba muy callado.

—Éstas son las piedras de molino, esas que no sirven para comulgar —bromeó *la Pechos* para levantarle el ánimo, señalándolas. Don Cristóbal sonrió. Venciendo sus escrúpulos, se puso a la altura de la mujer. El acto de bondad que ella hace bien merece el pequeño sacrificio de que este cura de pueblo desafíe la opinión del mundo. No obstante rogaba a Dios para que no se toparan con ningún conocido. Un par de veces se imaginó que al rodear una esquina se daba de narices con el obispo de su diócesis, con lo chinche que es, y sólo de imaginar la escena un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Cerca del Mesón del Moro había otra señora que alquilaba camas pero lo tenía todo completo. Dejaron atrás las callejas y salieron a una zona más iluminada con gran alarma de don Cristóbal, que iba en pos de *la Pechos* y se dejaba llevar como si careciera de voluntad propia. Pasaron ante las terrazas de verano de un par de restaurantes típicos donde grupos de congresistas ecuménicos ataviados con ropa informal, bien duchados y bien sesteados, felices y satisfechos, se ponían morados de pescaíto frito y mariscos, de Spanish sangría y gazpacho, de cerveza de barril y Xerés-Sherry-Jerez, y ofrecían por las intenciones de Su Santidad el sacrificio de soportar estoicamente las molestias que les causaban los gitanos de guitarra, rumba flamenca y platillo petitorio que deambulaban entre las mesas.

Don Cristóbal se sintió aliviado cuando se metieron por otro callejón oscuro y solitario que desembocaba en la calle de los Ángeles y luego por la calle Abades.

—Parece que todos los nombres de estas calles son de cosa santa —comentó.

—Es que como está cerca la catedral... —explicó *la Pechos*, y añadió—: Ya nos va quedando menos. Podíamos haber tomado un taxi, pero es que sólo traía mi bonobús. Yo, aunque trabaje en la calle, soy de *alto-standing*, no se vaya usted a pensar, pero ahora ando cortita de dinero. Como estoy pagando las letras del piso y las monjas me han subido el colegio de la cría...

Pasaron por la plaza de la Alfalfa y se metieron por las callejas del barrio de San Pedro. Cuando la anchura de la acera lo permitía, iban emparejados y, ya roto el hielo de los primeros minutos, charlaban animadamente. Inmaculada era devota de la Macarena, de la Virgen del Rocío y de la del Carmen y tenía una hija de cinco años interna en un colegio de monjas. Del padre de la niña no sabía nada. La dejó preñada en el pueblo y se fue a Barcelona. Creo que el año pasado volvió por la feria, ya casado y con dos niños, con un coche muy majo.

Inmaculada tenía algunos latiguillos rimados que fueron haciéndole gracia a don Cristóbal. Decía, por ejemplo, «Qué cosas tiene Carlota, que escribe codo con jota», y los decía con tal inocencia que, a pesar de su oñcio, don Cristóbal llegó a dudar si la chica era consciente de la picardía que encerraban.

Cuando se cruzaban con transeúntes, don Cristóbal interrumpía instintivamente la conversación y se quedaba un poco rezagado. Ella aliviaba entonces el paso para separarse de él, y se sonreía, porque tantos reparos no dejaban de tener su gracia. Una vez pasaron dos gamberros de chaqueta de cuero, montados en sendas motos de escape libre, y gritaron una broma chocarrera al cura, pero don Cristóbal fingió no haberla oído.

Llegaron a una callejuela angosta y mal iluminada al fondo de la cual se veía un turbio recuadro de luz que salía de un portal abierto.

—Aquí es posible que le encuentre acomodo, padre. Venga usted conmigo, que si se queda ahí fuera le pueden dar un susto.

Don Cristóbal, al que todavía escocía el lobino de la cabeza, no lo pensó dos veces y siguió a la chica sin titubear hasta la casa de marras. El portal iluminado era una pieza angosta con escalera al fondo. Había, junto a la puerta, una mesa camilla equipada con ropa de verano y dos sillas. La mortecina luz que alumbraba la estancia procedía de un par de bombillitas de escasos vatios que imitaban velas votivas bajo un azulejo de santa Nefija, la patrona del antiguo oficio, la piadosa mujer que daba de cabalgar en limosna.

El establecimiento acababa de abrir sus puertas y sus pupilas aún estaban en las ceremonias preliminares propiciatorias de una buena jornada de trabajo, las cuales consisten en que las productoras se pasen entre los muslos un plato en el que se ha vertido un generoso chorro de *whisky* y luego arrojan el contenido a la calle. Como suelen cumplir el rutinario trámite sin mirar primero que no pase algún viandante, en aquella ocasión resultó que salpicaron a dos facinerosos recién salidos de la cárcel, por lo del indulto que concedieron las autoridades para celebrar la visita del Papa. Ellos habían pensado celebrarlo a su modo y, como andaban algo cortos de efectivo, andaban de ojeo a ver si podían apiolar a algún turista noctámbulo.

—¡Coño, guarras! ¿No podéis mirar antes de tirar el vino? —dijo el de más autoridad con un vozarrón capaz de tirar la casa. Lucía un chirle hondo en la mejilla que no se lo habría producido en clase de *ballet*.

—¡Qué pasa! —gritó, desabrida, la patrona, que era de rompe y rasga, saliendo a la puerta—. ¡Si estuvierais donde tenéis que estar no os habría salpicado! ¡Y humo de aquí que espantáis la clientela!

—¡A que te rajo el morro asqueroso ese y me follo a todas las putas! —amenazó el de la cicatriz abalanzándose sobre ella. Su compañero intentaba contenerle, pero él se zafó y pareció que iba de veras. La *madame*, viéndose en peligro, se metió para adentro gritando auxilio, que la querían matar.

En esto salió *la Pechos* en defensa de la agredida arrastrando a don Cristóbal de una manga.

—¿Qué pasa? —se encaró con el de la cicatriz—. ¿Qué crees que no tenemos quien nos defienda? ¡Tengo aquí a mi hombre que te puede dar dos docenas de hostias!...

—¡Por Dios, por Dios! —decía don Cristóbal viéndose ya en las páginas de sucesos de la prensa del día siguiente, junto a las noticias del viaje papal.

Hubo suerte, que el ex presidiario, después de gruñir un poco, viendo que había un cura en la casa, pensó que a lo mejor arriba, en las habitaciones, había algún cardenal o incluso algún pez más gordo todavía, con sus escoltas y todos sus avíos. No se quiso complicar la vida y se dejó arrastrar por su compañero, el pacífico, con el que prosiguió su camino.

—¡Mujer, Inmaculada! —se indignó don Cristóbal—. ¿Cómo se te ocurre meterme en estos embolados?

—¿Qué pasa? —se encaró ella, todavía soliviantada—. ¡Vamos! ¿No me irá usted a decir que si fuera por defender a una pobre mujer no sería usted capaz de darle cuarenta hostias a quien que se metiera conmigo?

—¡Mujer, ya habríamos buscado el modo de que la sangre no llegara al río, que hablando se entiende la gente!

Tampoco había camas en la casa, así que tuvieron que proseguir su peregrinación. Después del desagradable episodio pasaron un buen rato sin cambiar palabra, aunque ya caminando sin prevención, el uno al lado de la otra, por un dédalo de callejas al final del cual desembocaron en la calle Feria, y callejeando a sus espaldas dieron en una correduela meada de borrachos. Al fondo, iluminada con un farolillo verde que pendía encima de una blanqueada lata de albahaca, había un letrero ruin chapuceramente trazado, con algunas eses al revés, donde se leía: «Pensión las Liendres. Camas. Lits. Chambres».

—Se espera usted aquí, padre, que voy a preguntar.

Quedó don Cristóbal a la espera, inmerso en un ángulo de sombras por pasar inadvertido, que iba viendo que aquellos andurriales eran de mala nota y todo el que cruzaba bajo el farol se le antojaba que tenía pinta sospechosa, aunque en realidad eran honrados menestrales que después de la jornada de trabajo salían a tomar el fresco y a conversar con las izas del barrio, casi todas gordas y viejas, pero minifalderas y provocativas. Sintió más piedad por *la Pechos*, que vivía en tales vecindades que por sí mismo, dentro de sus desventuras.

—¡Tampoco hay nada —dijo la chica ya de regreso—, es que hay que joderse! Se han juntado tantos beatos con lo del Papa que no han dejado una cama libre en Sevilla. *La Fenómena*, que es la patrona de este establecimiento, ha llamado por teléfono a otras dos pensiones de por aquí y en todos sitios están a tope de meapilas.

—Bueno, hija mía Inmaculada —dijo don Cristóbal—: yo creo que ya has hecho más de lo que humanamente se puede pedir a un cristiano. Ahora vete a tu casa, por favor, que yo volveré al palacio arzobispal y me buscaré la vida. Es seguro que hay en Sevilla algún instituto religioso o colegio donde pueda pasar la noche.

La Pechos se quedó mirándolo distraída. Pensaba en algo, pero desde luego no en lo que había dicho el cura. Ni siquiera le había prestado atención.

—¿Sabe usted lo que vamos a hacer? —le dijo tomando su decisión—. Verá lo que he pensado: que se va a venir a dormir a mi casa. Duerme usted allí tranquilamente y mañana temprano desayuna como Dios manda y va a donde tenga que ir.

Don Cristóbal se sintió confundido y emocionado. También acojonado. Lo único que le faltaba era dormir en casa de una prostituta, porque, por mucho que fuera Inmaculada una persona entrañable y bondadosa, como a la vista estaba, no dejaba de ser una prostituta y hay ciertas cosas que un ministro de Dios no puede hacer sin vulnerar las más elementales reglas del decoro.

—¡No, hija mía! Muchísimas gracias por tu generosidad, pero ya ves que la Providencia quiere que siga mi camino. Ve con Dios y que Él te pague tu bondad, que yo tengo que despedirme ya.

—Oiga, padre, si le da a usted reparo de venir a mi casa, piense que más me da a mí, que presentarse con un cura de sotana ya me dirá: eso hace tiempo que no se ve.

—Pues por eso, hija mía. Más vale que te vayas.

Tú has cumplido cristianamente con creces y yo te lo voy a agradecer mientras viva.

La Pechos no se conformaba.

—¡Que no, padre, que yo no quiero que me agradezca nada! ¡Que yo no le dejo aquí tirado sin conocer a nadie y sin una peseta! Usted se viene conmigo y duerme bajo techo, que aquí hay mucho gamberro y mucho vicioso y mucho drogadicto y usted está muy crudo para andar suelto y solo de noche por Sevilla.

Don Cristóbal se resistió todavía, pero *la Pechos* lo tomaba por la manga y lo arrastraba. No tuvo más remedio que ceder. Tampoco era cosa de dar un espectáculo. Después de todo, estaba convencido de que Dios, cuyos designios son inescrutables, dado que posee la habilidad de escribir derecho con renglones torcidos, había puesto a aquella mujer en su camino. Quedarse en la calle hubiera sido temerario. Ya había estado a punto de perder las hostias una vez y casi le descalabran por defenderlas. No debía ponerlas en peligro nuevamente por su egoísmo o por sus escrúpulos, por su estrechez de conciencia, por su vanidad o por su miedo al mundo. El mundo y la carne, razonó consigo mismo, también están para vencerlos.

Inmaculada vivía en un pisito de un horrendo bloque de viviendas de protección oficial, no lejos de donde se encontraban. Era un inmueble relativamente moderno y, a juzgar por las paredes abarrotadas de *graffiti* obscenos y por la cantidad de roña acumulada en los espacios comunes, se echaba de ver que lo habitaban gentes desinhibidas y quizá no excesivamente preparadas para la vida comunal.

—Tiene ascensor, pero no funciona —informó Inmaculada abriendo la reja reforzada del portal—. Como la presidenta de la comunidad, que es *la Moñúa*, se gastó el dinero en vino con su *querío*, ahora tenemos una losa con los del ascensor y hasta que se pague dicen que no vienen a arreglarlo. A mí me da igual porque mi piso es un tercero y tengo buenas piernas, modestia aparte, lo malo es que algunas veces

vienen clientes de poco fuelle y después de subir los cuarenta y tres escalones no les queda fuerza para nada. Los hombres de ahora es que no son como los de antes...

Llegaron arriba, don Cristóbal jadeando como si hubiera subido al campanario, e Inmaculada abrió las tres cerraduras, una de ellas de seguridad que reforzaban la puerta.

Entraron. El minúsculo *hall*, decorado con un espejo de marco dorado y una cornucopia y paragüero cerámico en forma de payaso de circo, daba paso a la sala de estar presidida por un tapiz donde dos perros atacaban a un ciervo sobre crepuscular fondo rojo, con paisaje flamenco, en segundo término, de apacibles ríos y pastantes vacas. Debajo del tapiz había un amplio tresillo de skay imitación piel con pañitos de encaje y cojines de lana de colores, muy alegres. Delante, una mesa baja que por un lado era botellero y por el otro revistero. Enfrente, un mueble múltiple, por elementos, que ocupaba todo el testero, con televisor veinte pulgadas, vídeo y equipo de música, amén de figuritas y elementos decorativos que testimoniaban diversos viajes a Marruecos, a Portugal, a Ceuta y a Londres, y una sucinta biblioteca formada por seis volúmenes en los que convivían muestras heterogéneas de la cultura universal: una edición popular del *Kama-sutra*, cuyas lujosas guardas sobredoradas no permitían sospechar que el libro estaba impreso en papel de periódico, el libro de la dieta de Raffaella Carrá, otro volumen de recetas de cocina obtenido en teletienda, una guía telefónica actualizada, con forro algo fatigado de plástico imitación damasco y un insólito ejemplar de *Naturaleza, Historia, Dios* de Xavier Zubiri.

—Éste no lo he leído —confesó *la Pechos*—. Me puse un día a leerlo, pero no hay Dios que lo entienda. Si lo quiere, se lo regalo. Se lo dejó aquí olvidado un colega suyo aindiado y pichicorto, peruano creo, o paraguayo, ya va para dos años de eso, y no creo que vuelva para reclamarlo.

Don Cristóbal abrió el libro. En la primera página estaba escrito, a estilográfica, con caligrafía ampulosa, «Don Manuel Osoro». Lo devolvió a la estantería.

—Te lo agradezco, hija mía, pero no tengo mucho tiempo para leer.

Suspiró mirando al suelo, como diciendo «¡En buen lío ando metido!».

—¡No me sea usted crudo, padre —le animó la muchacha—, que las cosas que nos trae la vida hay que aceptarlas con resignación! Fíjese usted en mí, lo poquito que me quejo... Me ha venido el tomate y no he tenido más remedio que volverme para casa, con el negociazo que había hoy, que un congreso eucarístico de esos no se presenta todos los días aquí. Pero ¿qué se le va a hacer? En esta profesión no hay domingos ni fiestas de guardar. Sólo descansamos por el tomate.

—No entiendo eso del tomate, hija mía.

—¡El tomate, hombre! ¡No me diga usted que no sabe lo que es el tomate!

—Pues no lo sé, hija.

La Pechos rió de buena gana.

—¿Qué va a ser? ¡El mes, la regla, el periodo ese que tenemos todas las mujeres! ¿En qué mundo vive usted, padre?

—Ahora sí lo entiendo, hija.

—Es que aquí, ¿sabe usted?, cuando una tiene el tomate sólo le queda hacer el francés y a mí no me gusta, ¿qué quiere usted que le diga?: el francés sólo se lo hago a mi hombre.

—¿El francés?

Tampoco lo entendía. *La Pechos* se puso mano en jarras, entre divertida y enfadada:

—¿Qué, tampoco sabe lo que es el francés o es que se está quedando conmigo?

—Pues no lo sé —admitió el cura.

—¡Sí, hombre, que parece usted tonto: el francés... bajarse al pilón!

—Ni idea.

—¡La *fellatio* esa, o como se llame, hombre de Dios!

Don Cristóbal, aunque corto de latines, comprendió al fin y se puso colorado como una amapola.

—Ustedes, los curas —prosigió *la Pechos* mientras iba y venía ordenando la habitación, mulliendo cojines y colocándolos en su sitio—, lo que tienen que hacer es tener menos latines y estar más en el mundo. Casarse. Eso es lo que tienen que hacer, y que una buena mujer los cuidara. Mire usted la facha que tiene con esa ropa, los pantalones desfondados, los zapatos chicos... Buscarse a alguien apañado que le remiende los calzoncillos y le haga buenas comiditas y le dé calor en las noches de febrero. Y que le lave la ropa que no sabe usted cómo huele, que menos mal que una tiene firme el estómago porque si usted viera las cositas que se le presentan a una...

—Bueno —concedió don Cristóbal—: en lo de la costura y el lavado, y eso no le digo yo que no se eche de menos de vez en cuando una compañía femenina, y algo se contempló en el Concilio Vaticano II. Lo que pasa es que después vino un Papa que dio marcha atrás. No deja de ser un poco absurdo, lo reconozco, porque en la Iglesia oriental hay muchos sacerdotes casados y sin embargo prestan obediencia al Papa y a Roma, lo mismo que nosotros. Ahora, en lo de la comida, como ve usted, no se puede decir que yo me apañe mal, hasta tengo un poco problema de obesidad...

—Hombre, está usted un poco gordo, pero tampoco mucho. Un hombre como *tié* que ser un hombre tiene que tener unas pocas mollas. Ahora que, si usted quiere adelgazar, lo que tiene que hacer es seguir el régimen de Raffaella Carrá. *La Zambomba*, que pesaba ciento cuatro quilos y claro, fatal para el negocio, porque no se le arrimaba nadie, *na* más que cuatro viciosos de esos que les gustan gordas, pues se puso a seguirlo y, ¡zas!, en seis meses se ha puesto en ochenta y seis kilos y ahora está comidita de clientela, lo que ella dice, es que, hija, me tienen escocía, si voy a tener que poner un dispensador de números, de esos de las carnicerías del hiper, para dar la vez.

—No sabía yo que fuera tan fácil —comentó don Cristóbal.

—¡Facilísimo! Mire usted si la Carrá está guapa y ágil y todo es nada más que no rebujar comidas por lo del *metafolismo* ese. Uno puede comer todo lo que quiera

hasta las ocho de la mañana, pero ya después unas veces pan o patatas, otras veces carne o pescado y otras veces verduras y frutas, que eso es indisoluble al régimen. *Toíto* lo que quieras hasta hartarte, pero sin mezclarlo nunca. Eso es todo. No puede ser más fácil.

Inmaculada devolvió el libro a la estantería y reparó en una foto enmarcada que había sobre el televisor.

—Mire, padre: ésta es mi hija. ¿Verdad que es maja?

Don Cristóbal tomó el marco de plástico imitación oro y contempló la fotografía de una niña menuda y chatilla, graciosa, más bien feílla, a pesar de sus trencitas impecables y de su trajecito de encaje.

—Sí que es guapa —mintió piadosamente el sacerdote.

Inmaculada recuperó la foto y contempló a su hija con los ojos arrasados en lágrimas.

—¡Para mí, la más guapa del mundo, pobrecilla mía!

Besó emocionada el cristal, le pasó la manga para limpiarlo y estrechó el marco contra su corazón antes de devolverlo a su lugar.

—¿Qué quiere que le diga? —confesó—. Es lo único que tengo en el mundo. ¡Más bonita que es! ¡Y me la *tien* de bien atendía...! Claro; ella no sabe nada de la vida que llevo. Yo lo que estoy es a ver si pesco a un buen hombre que me retire de esto y me case con él, y si está casao, por lo menos que me retire del oficio y me ponga un piso y me tenga como a una reina.

Se quedó Inmaculada pensando melancólicamente en su improbable príncipe azul y a lo lejos sonaron las campanas de una torre dando las once.

—¡Ay, padre, que con la conversación se me va el santo al cielo y lo tengo ahí *desatendió!* Mire usted: lo primero que va a hacer es darse una ducha, que no sabe cómo huele usted, y me da la ropa para que se la lave. Luego la meto en la secadora, la plancho, y mañana sale usted hecho un pincel.

—Es que no tengo nada que ponerme —objetó don Cristóbal.

—¿Que no tiene usted nada? ¡No me haga usted reír! Tengo yo aquí cinco trajes de mi amigo, como cinco soles, todos más o menos de su talla, que a lo mejor le aprietan un poco los pantalones, y le van a venir como anillo al dedo.

—¿No le parecerá mal a su novio?

—¿Al *Legionario*? ¿Qué le va a parecer mal? Además, está en la cárcel y no se va a enterar. Tiene para ocho meses todavía, de unas papelinas que le cogieron, al muy *desgraciao*, con lo dicho que le tengo que lo que quiera menos robarle a pensionistas y comerciar con droga, pero es que es medio majara y se junta con malos amigos que me lo lían.

—Es que, hija, no me parece bien usar la ropa de otro.

—¡Qué de otro, si ese *desgraciao* no tiene suya ni la sombra que da! Míos y muy míos que son, no se procupe *usté*. Si él no trabaja ni ha *trabajao* en su vida, si está

siempre en la cárcel. Usted no se preocupe, que los trajes son míos y a mí me sale del chichi regalarle uno a usted.

—Es que me parece que ya estoy abusando de su amabilidad.

—Usted no se preocupe porque mientras esté en esta casa, *usté* es el hombre de la casa y no le va a faltar de *na*, ni leche de hormiga, aunque yo me lo tenga que quitar de la boca, que es un contradiós que una persona como *usté* ande tan *desgraciao* y *desatendió* por el mundo. Así que venga *usté* para acá.

E ignorando protestas, tomó de la manga a nuestro cura y le obligó a entrar en la habitación contigua, que resultó ser el dormitorio. Don Cristóbal, al ver dónde estaba, volvió a ponerse colorado y apartó la vista de la cama aparatosa, aquel sólido campo de pluma mudo testigo de quién sabe qué lujurias y pecados.

Sobre la cama, en lugar del habitual Cristo que suele presidir los tálamos homologados por la Iglesia, había, comprensiblemente, un motivo profano: un cuadro de marco dorado, más barroco imposible, que representaba las siluetas de un hombre y una mujer sobre un rojo chillón de crepúsculo caribeño, con sus palmeras y sus chozas nativas, y en la parte superior, por donde comenzaban a brillar las estrellas sobre fondo azul marino, una luna redonda con el rostro lloroso de la Macarena como asomado a un ojo de buey celestial.

Otra pared del dormitorio estaba ocupada por un gigantesco armario. Las dos restantes estaban decoradas con un mantón de Manila, un poncho argentino, y algunos trofeos profesionales de *la Pechos*, entre los que cabe mencionar una cabeza jíbara, reducida, regalada por un oriundo balompédico, el bastón de mando, con empuñadura de plata, que dejó en exvoto un concejal de capital castellana que se hacía pasar por alcalde y un látigo afgano, de hueso y cuero de búfalo, que aún conservaba trazas de piel del masoca, y parlamentario socialista, que lo dejó olvidado.

Buscó Inmaculada entre la ropa que abarrotaba el armario y sacó un traje milrayas, blancas y negras, la solapa ancha, generoso de hombreras, que depositó sobre la colcha de encaje que cubría el lecho.

—Éste le va a venir que ni pintado, padre. Ahora la camisa y la corbata.

De un cajón de la comodilla extrajo una camisa fucsia, una corbata y un pañuelo verde manzana.

—Con esto va a quedar usted hecho un figurín.

—Hija mía, creo que esto es excesivo.

—¡Qué excesivo ni qué niño muerto! Oiga, que todo esto es mío ¿eh?, que me lo he ganado honradamente y con esto hago lo que me sale del chichi, quiero decir lo que me da la real de la gana, padre. Así que no se resista. Ahí tiene usted la ropa. Ahora yo lo dejo solo para que se cambie que tengo que lavarle lo que lleva puesto.

Salió Inmaculada del dormitorio cerrando la puerta tras ella.

Don Cristóbal, después de breve vacilación, comprendió que no le quedaba más remedio que obedecerla y cambiarse. El traje, quitando que los pantalones le

quedaban cortos como si fuera a regar lechugas y que la chaqueta no le cerraba bien por la parte de la panza, no le sentaba del todo mal. No obstante fue una suerte que no se contemplara en la luna del armario porque, de haberlo hecho, seguramente habría vuelto a vestir la sotana. Tenía una pinta de gángster de los años treinta que tiraba de espaldas.

Don Cristóbal hizo un lío con su sotana, su camisa, sus pantalones y calcetines y abrió tímidamente la puerta.

—Ya estoy.

Inmaculada acudió de la cocina y le contempló con una sonrisa maternal.

—¡Pero qué requeteguapo está usted! ¡Vaya un cura majo y bien *planta* que me he *agenciao*! Y lo bien que le cae la ropa de paisano. ¡Qué lástima! ¡Los hombres que se pierden por meterse a frailes, con la faltita que hay de hombres buenos en el mundo!... ¡Ea! Traiga usted esa ropa que en un periquete la tiene limpia. —Y arrebatándole de las manos la ropa sucia se fue a la cocina y puso la lavadora.

Cuando regresó a la sala, don Cristóbal estaba sentado en una silla, las manos juntas sobre las rodillas, rezando, todavía azorado por todo lo que le estaba ocurriendo.

—Bueno —dijo Inmaculada—: yo no sé qué costumbres tiene usted, pero no se esté ahí encogido que me da cosa de verle. ¿Quiere que ponga la televisión o el tocadiscos? Usted ¿a qué hora se acuesta?

—Suelo acostarme pronto, hija mía.

—¡Ah, pues entonces acuéstese, y no se preocupe por mí que por mí no hay pega! Ahí tiene el dormitorio.

Don Cristóbal se sobresaltó.

—Muchas gracias, hija, pero prefiero dormir en el sofá.

—¡Ay, padre! —se lamentó *la Pechos*—, eso no va a poder ser porque tengo aquí hospedadas a dos amigas que han venido a pasar estos días. Ellas viven en Marbella, ¿sabe usted?, que allí hay negocio con eso de los moros que no sabe usted lo que les gusta el triquitraque, pero ahora han venido aquí unos días a aprovechar el congreso, y lo mismo se presentan a cualquier hora, que una duerme en el sofá y otra en una cama turca que tengo en la otra habitación. Así que usted duerme hoy en el dormitorio, como un rey, que pa eso es el hombre de la casa.

—Pero ¿y tú?

Inmaculada rió de buena gana, como si acabara de advertir dónde estaba la gracia de la situación.

—¡Ay, pobrecito mío! ¿Usted lo dice por mí? No se preocupe usted, hombre, que yo me acuesto en un ladito de la cama y no lo voy a molestar ni a violar ni nada de nada. Si yo lo que quiero es descansar y que me dejen de líos. Usted se pone un pijama que yo le voy a dar, y yo me pongo un camisón largo hasta los pies y dormimos tan pacíficos como si fuéramos dos hermanos.

Iba a replicar algo don Cristóbal, no sabemos si resistiéndose, cuando se escuchó el ruido de una llave en la cerradura de la puerta del piso y ésta abrirse y alguien entrar y cerrarla de un portazo de tal magnitud que hizo tintinear las lagrimitas de vidrio de la lámpara del salón. Al mismo tiempo que una sombra se dibujaba en el cristal acanalado de la puerta del *hall* se escuchó una voz sinaítica que clamaba:

—¿Dónde está el *hijoeputa* ese del cura?!

CAPÍTULO 17

SE ABRIÓ BRUSCAMENTE LA PUERTA DEL SALÓN y en su recuadro apareció un malencarado jayán, enjaezado con un chándal gris lleno de lamparones, el macutillo carcelario al hombro.

—¡Ay, Virgen Santa, *el Legionario!* —exclamó *la Pechos* al ver a su rufián. Y se le demudó la color, que la cara se le puso más blanca que el papel.

El Legionario era pequeño y concentrado, como los frascos de Chanel-5, pero su torva mirada se engarzaba en un rostro de facciones tan siniestras que, cuando iba por la calle, la gente le cedía el paso y se apartaba instintivamente. En realidad nunca había estado en la Legión. Es cierto que quiso alistarse voluntario, atraído, más que por el romántico ideal de *Beau Geste*, por aquel reclamo publicitario que prometía *comida sana y abundante*, pero no le admitieron porque no daba la talla y aunque la hubiera dado tampoco se hubiera alistado porque, además, era patizambo. Aparte de estas prendas, era estrecho de pecho y bisojo, cosas de Dios que reparte los dones entre sus criaturas y a algunos los deshereda, por lo visto.

—Entonces, ¿por qué le decían *el Legionario*?

—¿Es que no ve usted el tatuaje con el escudo de la Legión que le pilla del ombligo hasta el cuello?

El bonito conjunto legionario de pica, mosquete y ballesta entrecruzados no constituía el único elemento decorativo que ostentaban sus cueros; además, cubriéndole toda la espalda, llevaba un calvario muy realista, con Cristo, los dos ladrones y las tres Marías, algo comprimidos, como si fueran en un ascensor. Es de notar que, dado que el extremo del palo vertical de la cruz le alcanzaba hasta el morrillo, la tablilla del INRI le asomaba por encima de las camisetas y, en verano, la gente la tomaba por la marca del fabricante. En el brazo derecho, cerca del hombro, se podía leer «amor de madre» y en el antebrazo de ese lado «Lolita», por una novia juvenil que aprovechó una ausencia carcelaria para amancebarse con un chatarrero. Otro tatuaje en forma de línea de puntos le rodeaba el cuello, como un collar, con la indicación «córtese por aquí», y en la mano derecha lucía la palabra «love», una letra en cada tercera falange de los cuatro dedos. El iletrado pulgar sólo presentaba tres puntos agrupados.

Pero dejémonos de morosas descripciones porque parece que la cosa se pone interesante. En estos momentos *el Legionario* fulmina con una mirada incendiaria primero al cura y luego a su manceba:

—¿Qué pasa, putón *desorejao*? ¿Qué has hecho? ¿Le has dado mi mejor traje a este cabrón? —ruge el excarcelado disparando contra el intruso un índice rematado en uña remachada y negrísima.

—Mira lo que te digo, *Legionario* —se recompone *la Pechos* y reacciona poniéndose farruca superada la primera impresión—. Yo hago lo que me da la gana, que para eso es mío el traje. Y tú vas a coger puerta esta noche y ya mañana hablamos, que este hombre es persona decente y no es lo que piensas. Y si te pones burro lo único que puedes sacar es que te dé cuarenta hostias.

Iba a añadir que a aquel hombre le sobraban cojones y media docena de razones más, todas igualmente sutiles, pero no le dio tiempo a decir más, porque *el Legionario* cerró sus ojillos malvados y brillantes, como el tiburón cuando suelta dentellada, y se fue para don Cristóbal dispuesto a comérselo, los puños por delante. *La Pechos*, viéndole venir, se interpuso para proteger a su invitado y recibió el primer puñetazo que fue en la sien y la dejó sin sentido, tiradita por los suelos.

—¡Fíjate lo que he hecho, hijoputa! —rugió el rufián, compungido, contemplando el estropicio de su alcancía, y luego, volviendo la torva mirada contra el que creía causante de todos sus males, le espetó—: ¡A ti te rajo yo! —Y uniendo la acción a la palabra se echó mano al bolsillo y extrajo una navaja automática cuya hoja inoxidable y extrafina se manifestó con un clic siniestro al oprimirle la palanca.

A nuestro cura, a todo esto, no le llegaba la camisa al cuerpo y parecía que en medio instante el traje de mafioso se le había ensanchado doce o trece tallas. Sintiendo más muerto que vivo, no sabía qué decir ni qué hacer para apaciguar a aquella fuerza de la naturaleza que se le venía encima. No obstante, como uno, cuando se ve apretado, no se sabe por dónde puede salir, aunque en su vida había matado una mosca, a lo mejor se creció lo suficiente como para creerse que quizá podría intimidar al chulo si fingía ir armado. El caso es que se introdujo una mano en el bolsillo donde llevaba las llaves de la parroquia e hizo sonar el manajo.

Pues acaeció que el llavero parroquial tenía por adorno una medalla que representaba a los santos patronos de Arjona, Bonoso y Maximiano, vestidos de centuriones romanos, con sus palmas de martirio y sus coronas de luz. El pulgar de don Cristóbal frotó impensadamente el relieve de los santos.

Desde el cielo, por el agujero del ozono, Bonoso y Maximiano habían estado observando la escena y los apuros del párroco. Fue una suerte que don Cristóbal se acogiera a la medalla, con lo cual se cumplían los trámites necesarios para echar a andar un milagro. También es cierto que los santos estaban buscando cualquier pretexto válido para intervenir, pues iba en ello no sólo la integridad de un buen cristiano y el triunfo de la justicia, sino la defensa de las hostias consagradas que a todo esto allí estaban sin nadie que se acordara de ellas, indefensas, en la mesilla del tresillo, entre el botellero y el revistero.

Pues se produjo una imperceptible conmoción seguida de leve crepitar de los átomos en el aire y de un fognazo, como si de pronto hubiera venido una subida de la intensidad de la corriente, que a veces ocurre cuando las líneas están sobrecargadas, o como si se hubiese disparado una lámpara de *flash* en la habitación contigua. La clara percepción de un perfume denso a membrillo cocido con miel,

canela y notas de maderas orientales siguió al deslumbramiento. Ese es el característico olor de santidad que acompaña a las apariciones de criaturas celestiales. Cuando se presenta el Maligno también se anuncia con un peculiar tufillo a azufre y a huevos podridos. Eso fue sólo el aperitivo, para abrir boca, porque lo gordo vino después: de pronto, como si una centella se hubiese colado en la habitación, ¡zas!, un estallido de luz deslumbradora con un centro incandescente del que irradiaban destellos dorados y otros con los colores del arco iris en celestial exhibición.

El fenómeno fue visto y no visto y ocurrió en menos de lo que tardó en contar. Cuando se restableció la normalidad y *el Legionario* y don Cristóbal se recuperaron del deslumbramiento, se llevaron un susto tremendo porque san Bonoso y san Maximiano se habían hecho presentes en el centro de la habitación, en carne y hueso mortales, con todas sus armas y arreos y con sus aros de santidad flotando encima de las cabezas sin concurso de soporte ni artilugio alguno, un poquito ladeado el de Maximiano, en plan coqueto. Lo que no traían eran las palmas del martirio, cuyo uso se restringe estatutariamente, desde el Concilio Vaticano II, a los actos protocolarios.

Era san Bonoso retaco y fornido, las anchas espaldas cubiertas por una loriga un poquito estrecha que apenas se las abarcaba y el pringoso faldellín de cuero de una talla demasiado grande quizá, que le llegaba por debajo de las rodillas medio ocultando unas piernas nervudas y llenas de pelos que terminaban en desfondadas sandalias militares claveteadas, tan astrosas y llenas de remiendos que pedían renovación a gritos. Ahora bien, donde más costuras exhibía era en la cara. El santo, ¿para qué nos vamos a engañar?, no era precisamente un Adonis: cejijunto, la piel quemada del sol de muchas campañas, en Partía, en África, en Hispania, la cara ancha, picaíta de viruela, la frente estrecha, los ojillos mezquinos y legañosos, pelados de pestañas, la nariz chata y partida de pugilatos tabernarios, la boca grande y carnosa, los dientes desaparejados, amarillos y lobunos, la mandíbula un poquito prognática y descuadrada: un cromo. De la sien derecha le partía una cicatriz cárdena que cobró en la campaña de Marco Antonio contra los partos. El físico que se la cosió era corto de vista y lo había dejado hecho un Cristo: a la costura, que le descendía por la deficientemente rasurada mejilla hasta la comisura de los labios, se le podían contar todos los puntos, como si fuera una cremallera, y en algunos lugares había quedado fruncida y levantada. Además tenía otra cicatriz más pequeña, vestigio de un facazo *rejoneao*, que le arrancaba del arco supraciliar del ojo izquierdo y le dejaba el párpado un poco más desprendido que el del otro ojo.

San Bonoso era un cromo, ya digo, como para asustar niños, era francamente feo. Estaba en las lindes mismas de lo repulsivo.

Por contraste, san Maximiano era guapo y apuesto: alto, rubio, muy blanco de tez, los ojos grandes y azules, el mirar dulce, las facciones agradables. Le daba un aire a Robert Redford cuando hizo *El gran Gatsby*. El uniforme de centurión romano le sentaba estupendamente: su loriga brillante reproduciendo la musculatura de un torso

atlético, su faldellín de cuero bien cortado, sus sandalias Martinelli con las correas ceñidas cuidadosamente a sus bien modeladas piernas.

Ya me parece que estoy oyendo a las devotas protestando que así no es san Bonoso. Cálmense un momento, señoras, y dejen que me explique. Las imágenes que ustedes veneran datan de 1940, que las otras, como las más veteranas entre ustedes recordarán, las de los faldellines de frufú, las palmas rizadas que parecían boas, los penachos emplumados y los borceguíes con el forro vuelto que les daban un aire de entre gaiteros escoceses y vicetiples del Folies Bergère, ardieron en 1936. El laureado escultor que talló las nuevas imágenes, don Ramón Mateu, procuró adecuarlas a las exigencias y cánones estéticos de nuestro tiempo, es decir, idealizó los santos, los talló guapos y apolíneos. No es un secreto que la belleza canta la obra de Dios y, mostrando la perfección de sus criaturas, también se mueve a devoción. Por cierto que el laureado escultor también dispuso los nuevos santos en una postura un tanto forzada, adelantando Maximiano la pierna izquierda y Bonoso la derecha, de modo que cuando están juntos y emparejados, como suelen, excepto cuando los sacan en procesión, ofrezcan una imagen especular integrada y simétrica. Lo malo es que de este modo la postura, como digo, parece un tanto forzada y no es un secreto que, por la noche, cuando se cierra la iglesia de Santa María, ellos intercambian posiciones para descansar la otra pierna por unas horas. Hasta que adoptaron esta costumbre les entraban unos hormigueos que los tenían preocupados, a ver si vamos a tener problemas de circulación. Sería una pena que a unas piernas tan virilmente bellas y bien torneadas les salieran varices por imprevisión del tallista.

San Bonoso y san Maximiano, tal como aparecieron ante don Cristóbal y su agresor, tenían, los dos, treinta y tres años. Es punto este para aclarar que, según las actas martiriales de Flavio Dextro, Bonoso contaba dieciocho en el momento del martirio y Maximiano veinte, pero en el cielo es norma, para facilitar el trato social, que los santos más jóvenes tengan todos treinta y tres años, la edad de Cristo, de modo que si llegan allá con menos edad, siguen envejeciendo hasta que cumplen treinta y tres y ahí se paran. Algunas santas jovencitas, todas ellas guapas y pizpiretas, como aparecen en estampas e imágenes, santa Inés, santa Gema Galgani, santa Catalina de Alejandría y otras, han intentado que se revise esta costumbre y hasta han recogido firmas sobre el asunto, que les parece injusto que las pongan de treintañeras y un poco mustias, aflorando las patas de gallo y el pecho menos turgente, pero han conseguido poco, que las santas de más edad, con santa Ana a la cabeza, no se les solidarizan y tienen la pretensión de las jóvenes por frívola y fuera de lugar.

Volviendo a los santos de Arjona, las actas martiriales dicen que eran hermanos e hijos de una familia acomodada. Es éste un extremo que me parece dudoso no sólo porque los santos no se parecen físicamente en nada, sino porque sus respectivos caracteres y sus pautas de comportamiento son tan dispares que difícilmente se puede admitir que hayan tenido una misma educación y crianza. Esto incluso reconociendo

que la prolongada permanencia en el ejército cambia mucho a la gente y la hace más ruda. En la pareja, a lo que yo veo, Maximiano afecta una educación más esmerada que su compañero, lo que se manifiesta no sólo en su porte y aseo, sino en la delicadeza de sus gestos y en la mayor riqueza de su léxico, que habla un latín virgiliano que da gusto oírle, con todos sus avíos sintácticos, mientras que Bonoso chamulla el *sermo rusticus*, la parla cuartelera de las tabernas y de los campamentos.

Lo mismo cabe decir de sus respectivos uniformes: el de Maximiano siempre tan atildado, tan en perfecto estado de revista, sin una mala mancha; el de Bonoso, por contraste, echo un asco, la loriga abollada y herrumbrosa en partes, el faldellín torcido y remendado, asomándole el ruedo de la combinación, y en lugar del gladium reglamentario una mellada falcata ibérica pendiente del remendado tahalí. *Falcata* y *tahalí*. Aprecie el lector cómo me esmero. La concurrencia de dos palabras inusuales en una misma línea es fenómeno que no se producía desde Azorín.

En lo que sí se parecían los santos era en el aura de santidad, el aro luminoso que brillaba encima de sus cabezas: dos aros idénticos. Al lector no iniciado quizá le interese saber que básicamente el aura de santidad posee una estructura similar a la de una rosca de churros, aunque se fabrica justamente al contrario, es decir, se comienza por el anillo exterior y se le va dando vueltas hacia el centro, en espiral, tantas vueltas como sea menester, esto depende de la cantidad de santidad, es decir, de la cotización del santo en cuestión en la bolsa de la Gracia, o sea, de la cantidad de clientela que tiene en un momento dado en su cartera de pedidos y de la intensidad devocional de esta clientela. Por ejemplo, san Luis, en el siglo XM, era el no va más y brillaba de tal modo que ni el propio san Pablo le hacía sombra; luego vino el declive y ahora es un santo del montón. Por contra, san Jorge, que en la Edad Media era de los primeros, más que un arcángel, luego ha conocido peores tiempos y hasta hace unos años lo suprimieron del santoral, pero parece que levanta cabeza y vuelve a brillar como antaño con esto del nacionalismo, dado que tiene la fortuna de ser el titular de Cataluña e Inglaterra.

Luego están las clases de auras. Las hay de un solo aro, que son las más corrientillas, y las hay compactas y macizas, como un disco, como las que pintan a los iconos bizantinos y, por influencia de éstos, adoptaron los primitivos italianos. En esto no es bueno fiarse de la pintura porque es muy desorientadora ya que los pintores frecuentemente van a lo suyo, a lo bonito, en detrimento de la exactitud y les dan dos higas, con perdón, a la teología. Unos, Ribera por ejemplo, no las pintan, o si acaso las estrellas de María y el triángulo de Dios Padre; el Greco, todo lo más, un rombo a Jesucristo; Zurbarán, según le dé, unas veces disco dorado y otras leve resplandor que parece que está probando a amanecer en el colodrillo del santo; Murillo, cuando le da por ahí, no siempre, un resplandorcillo blanco y escaso. Los más serios son los iconos bizantinos: no sólo coronas macizas y bien anchas, sino a menudo festoneadas con encajes o rellenas de trazos, flores, dibujos y letras cirílicas. También es cierto que algunas veces se le va la mano en el trazo y quedan las criaturas celestiales que más

que aura parece que llevan puesta una escafandra de la NASA y que ya les está faltando el aire.

En cuanto a la latitud, las coronas de santidad han de adaptarse al tamaño de la cabeza del santo. Si el santo es cabezón, caso de san Mateo, la rueda es mayor que si tiene la cabeza pequeña, como santa Rosa o san Juan. Ahora bien, al margen de la forma y extensión del aura, lo que realmente importa son los vatios de potencia. Esto, ya queda dicho, depende de la intensidad de la devoción que el santo despierte entre su clientela.

Regresemos ahora a la escena que dejamos interrumpida más arriba. *El Legionario*, que se abalanza navaja en mano sobre don Cristóbal y los dos santos que se aparecen de pronto y se interponen entre el presunto agresor y su víctima.

San Bonoso, con varios lustros de veteranía a sus espaldas, fogueado en cien combates, sabía bien cómo manejar situaciones comprometidas, así que desenvainó su falcata con la derecha y, apresando con la izquierda el brazo armado del *Legionario*, lo retorció dolorosamente. El agresor dejó caer la navaja y entonces, san Bonoso, poniéndole el filo de la falcata en el pescuezo le dijo entre dientes:

—¡Ven para acá, ladrón, que tienes la misma catadura que el traidor Daciano! ¿Qué pasa? ¿A qué vienes? ¿A hombrar con un pobre cura indefenso? ¡Anda: clávame la navaja a mí, a ver si tienes lo que tienen que tener los hombres!... ¿Qué? ¿Te achantas?

—¡Señor mío Jesucristo! ¡Un milagro! —exclamó don Cristóbal al percatarse de que eran los propios santos de Arjona los que habían descendido del cielo para auxiliarle.

Y cayó de rodillas con las manos enlazadas en piadosa actitud, los ojos llenos de lágrimas, el corazón henchido de gozo y devoción.

A lo que *el Legionario*, reparando en la actitud del cura y en las coronas luminosas que los intrusos llevaban sobre sus cabezas, cayó en la cuenta de que, los que al principio había tomado por dos *armaos* de la Macarena que venían al trato de *la Pechos*, no podían ser tales, por no ser tiempo de Semana Santa, ni siquiera de ensayos procesionales, ni percibirse en ellos olor a aguardiente. Por lo que, advirtiendo que se trataba de dos santos del cielo, cayó a su vez de rodillas exclamando:

—¡Ay, Dios mío, madre mía que yo me voy a reconvertir en persona de orden, que me *retrato* de *toas* mis fechorías, que yo te prometo, virgencita de la Macarena, que voy a ser más bueno que el pan!

Con esto san Bonoso, ajeno a las súplicas, que cuando se calentaba no atendía a razones, no aflojaba su presa ni apartaba la filosa de la yugular del cuitado y, a juzgar por la ira que le asomaba en el semblante, estoy por asegurar que lo hubiera degollado allí mismo de no mediar Maximiano.

—¡Bonosillo, hombre, cálmate! —le dijo asentándole una mano amistosa en el hombro—. ¿No ves que es un pobre *desgraciao*? Anda, déjalo, y recuerda que eres

santo y que no está bien que andes por el mundo rebanando pescuezos, que eso era en otro tiempo y ahora estás regenerado.

—¡Es que no puedo con los abusos y tú ya sabes cómo me soliviantan los chulos! —replicó Bonoso calmándose un poco.

—Vamos, vamos que con el susto ya va bien escarmentado —insistió Maximiano, conciliador.

Mientras tanto, *el Legionario* suplicaba:

—¡Ay, ay, virgencita de la Macarena, te juro por mis muertos que si me sacas de ésta iré andando al Rocío y seré en adelante más bueno que el pan!

Y cumplió su promesa, aunque éstas no obligan cuando se hacen en momentos de especial angustia o bajo grave coacción. Cuando Bonoso le liberó, le faltó tiempo para tomar su petate y huir y no volvió a aparecer por allí, ni de él se supo sino que, después de trabajar como voluntario en un centro homologado de desintoxicación para drogodependientes del País Vasco, pasó quince años en Sudamérica, ayudando a Amnistía Internacional en diversas misiones humanitarias, y cuatro en el África subsahariana integrado como sanitario en un equipo de Médicos Sin Fronteras, para finalmente regresar a la madre patria como fogonero voluntario del *Rainbow Warrior*, el buque insignia de Greenpeace y retirándose del siglo vino a refugiarse en la sierra de Andújar, donde vivió como ermitaño, vestido con un sayal de estameña basta, ayunando todos los viernes, azotándose diariamente con disciplinas (las cuales se aplicaba en los muslos porque en la espalda tenía tatuado el Calvario y hubiera sido impiedad y en el pecho, sobre el escudo de la gloriosa Legión, hubiera sido felonía). En el yermo se dio a la práctica de cuantiosas obras de caridad, pidiendo para los pobres y viviendo, en fin, con gran edificación hasta que Dios quiso llamarle a su lado, longevo, con fama de santidad, y fue amortajado con el hábito del Carmen.

Regresemos ahora a don Cristóbal, que lo dejamos frente a sus dos salvadores, de rodillas como estaba, los ojos apretados sin osar abrirlos ni mirar la majestad de los mártires, hasta que Maximiano, tomándole amorosamente de los hombros, le dijo con su acariciante voz:

—Cristóbal, álzate y no temas, que tus buenas obras han sido y son muy apreciadas en el Cielo...

Se alzó el sacerdote y abrió lentamente los ojos y contempló a sus santos, todavía sin salir de su asombro.

—¿Sois verdaderamente Bonoso y Maximiano?

—Lo somos —sonrió Maximiano—. ¿No ves los efectos especiales? —añadió señalando la corona luminosa sobre la cabeza de su compañero. Bonoso sonrió también, entornando los ojillos. En el fondo se veía que no era mala persona.

—¡Dios mío, no soy digno de estar en presencia de tus santos! —exclamó el sacerdote, embargado por la emoción, y quería caer nuevamente genuflexo.

—¡Vamos, hombre —dijo Maximiano, conteniéndole—, serénate! En realidad somos santos menores y tú, por lo que tenemos visto, vas camino de ser algún día

como nosotros si no te tuerces. Lo que tienes que hacer es perseverar en el camino de la virtud y dar ejemplo... —Titubeó un poco antes de añadir—: Y si no te sirve de mucha molestia, ya puestos y dados a conocer, tampoco nos vendría mal que prestaras más atención a lo de nuestras novenas y fiestas. Es que nosotros, con esto de ser santos locales, dependemos del culto y las oraciones de un número limitado de devotos y en los tiempos que corren, con tanta crisis, hasta la oración más insignificante ayuda.

Don Cristóbal pareció no entender. Maximiano consultó con la mirada a Bonoso antes de continuar:

—Tampoco hemos venido a contarte los problemas de allá arriba, pero quizá sepas que con la brutal reconversión celestial de hace unos años, cuando sacaron las nuevas directrices canónicas, muchos santos de toda la vida estamos amenazados. Nosotros dos nos hemos salvado hasta ahora de puro milagro, pero andamos medio proscritos, la barba al hombro, ocultándonos hoy acá mañana allá...

—¡Vaya por Dios, pues no tenía ni idea! —se asombró don Cristóbal.

—Es que —explicó Maximiano— con las nuevas normas de canonización, han ido un montón de compañeros a la calle y otros muchos andan en probanzas y la camisa no les llega al cuerpo. En nosotros, gracias a Dios, hasta la presente no se han fijado y por ahí nos hemos escapado, pero como cuando las barbas de tu vecino veas rapar echa las tuyas a remojar, cuando hemos visto que hasta los que tenían plaza fija en el calendario caían por docenas, hemos optado por ocultarnos entre san Mauricio y la legión tebana aprovechando que, como van de uniforme romano, nos resulta más fácil pasar inadvertidos entre ellos, y otros días si nos pilla lejos de donde acampan, nos metemos entre los Innumerables Mártires de Zaragoza o en otros colectivos numerosos siempre que no se trate de las Once Mil Vírgenes...

—Pues sí, es una pena que sólo acudáis por invocación —lamentó don Cristóbal.

—¡Ea! Y, mientras, aguantando todos los despropósitos que se les ocurren a estos pobres diablitos indigestos de lecturas mal aprendidas que se creen más importantes porque arremeten contra la fe de un pueblo. Lo que pasa es que hay mucha envidia y montaron el bulo por oscuras razones de cabildeos e intrigas de sacristías, y ahora que con el tiempo ha echado raíces a ver quién lo desmonta. Mientras nosotros, ya digo, indocumentados por el Cielo; hoy, aquí; mañana, allá, como huidos de la justicia, hasta que se resuelva el pleito.

—En esas condiciones —dijo don Cristóbal, solidario— no sé cómo cumplís vuestro trabajo.

—La verdad es que los tiempos han venido malos para todos —reconoció san Maximiano—, ¿para qué lo vamos a negar? No hay más que ver la crisis de fe y la progresiva secularización que aqueja a la grey cristiana. Ahora parece que nadie se acuerda de los santos patronos y que sólo vamos quedando para echar una mano a nuestras devotas.

—Pues ya ves —corroboró san Bonoso—, a pesar de todo, lo hacemos, que le hemos tomado fe a Arjona y no desmayamos. También es verdad que allí la gente es buena y nos quiere mucho. A mí me dan mucha pena las viejecitas solas del pueblo. No me presento a ellas por no asustarlas, pero les vigilo el puchero y se lo apago antes que se queme la comida. También les apago el brasero en invierno y les abro la ventana si hay emanaciones de gas; les pongo la plancha en el salva cuando se quedan dormidas, que no se les queme el camisón; les cierro el grifo, que se lo dejaron abierto; les cambio al primer cajón de la cómoda, debajo del forro de papel de periódico, la cartilla de ahorros donde cobran la jubilación cuando le buscan un nuevo escondite del que sé que luego no se van a acordar...

Hubieran seguido charlando toda la noche, pero ya eran las dos de la madrugada y Maximiano dijo:

—Ya es muy tarde y mañana hay que madrugar. Será mejor que te acuestes, Cristóbal.

Don Cristóbal dirigió una mirada a Inmaculada, que seguía tendida en el suelo, privada, sin conocimiento.

—No temas —dijo el santo—. Somos invisibles para ella. Ayúdala a reanimarse y llévala a la cama. No te importe compartir con ella el casto tálamo.

—Además, que aquí estaremos nosotros montando guardia a los pies del catre con los ojos bien abiertos para que no os descantilléis un ápice, que entre santa y santo, pared de calicanto —intervino Bonoso.

San Maximiano le dirigió una mirada reprobadora.

—Mañana será otro día —dijo— y tendremos que madrugar si queremos llegar a tiempo de devolver las hostias porque el Santo Padre abandonará Sevilla a las ocho a. m., dado que tiene previsto trasladarse a Huelva en papacóptero.

CAPÍTULO 18

A LA MAÑANA SIGUIENTE estaban acabando de sonar las tres alegres campanadas de las seis y tres cuartos, o sea las siete menos cuarto, cuando don Cristóbal se aplicó en comedidas bofetadas la refrescante loción *aftershave* después de haber conseguido un apurado perfecto tras afeitarse con la rasuradora automática del rehabilitado *Legionario* que halló en la repisa del cuarto de baño. Luego vació el depósito de la afeitadora, aseó el lavabo, que no hay cosa más fea que un lavabo con restos de pelos y jabón, puso a secar la toalla extendiéndola sobre la barra de la ducha y vistió sus ropas. Cuando salió al dormitorio encontró la cama hecha. Se miró al espejo del armario. Después de las miserias y fatigas de la víspera, estaba relajado y tranquilo y hasta parecía más joven. *La Pechos* había terminado de preparar el desayuno y lo observaba desde la puerta del salón. La vieja sotana, después de lavada y planchada, había quedado como nueva. Don Cristóbal pensó que lo que él necesitaba era una ama como Inmaculada, hacendosa y buena, que se hiciera cargo de la casa rectoral. Como si le hubiese adivinado el pensamiento, *la Pechos* se le quedó mirando y dijo con un punto de tristeza en la voz:

—Padre, yo, ¿para qué nos vamos a engañar?, voy a seguir pecando porque ya una se hace a esto, pero yo cada día le rezo a la Virgen para que me ponga en el camino un hombre bueno que me saque de esto y me ponga un piso, y si usted me diera su bendición yo le quedaría muy agradecida y más que contenta.

Y don Cristóbal alzó la mano y bendijo a *la Pechos*, que recibió la bendición de rodillas, los ojos arrasados de lágrimas y fijos en el suelo, contrita y feliz. Luego la pobre mujer besó la mano del cura y quedó muy edificada y contenta dentro de su mala ventura.

Se despidieron y el cura, asiendo con unción la bolsa de basura que contenía las hostias, bajó a la calle y tomó el camino del arzobispado guiado por los santos patronos Bonoso y Maximiano. Él los podía ver como si a su lado caminaran en carne mortal, pero los santos eran invisibles para la docena y media larga de vecinas que se asomaron a puertas, ventanas y terrazas a ver pasar al cura bragado que había puesto pies en polvorosa al *Legionario* la noche anterior.

—¡Eso es un tío, aunque lleve faldas! —comentó *La Purgaciones*.

—¡Ay, Jesús, qué desperdicio de hombre...! —exclamó a su paso, con intención, *Pepa la Jabugona*.

Don Cristóbal hizo como que no la oía, aunque bien entendió que lo que la meretriz quería decir era qué lastima que un hombre así, tan bien *plantao* y tan valiente, se desperdiciara.

El cura y su celestial escolta tomaron la calle Amor de Dios y luego, por la Campana, la famosa calle Sierpes, que aún estaba desierta porque a tan temprana hora Sevilla dormía, y cruzaron la plaza de San Francisco, ya próxima a la Giralda. En este paseo don Cristóbal iba conversando con los santos y les hacía mil preguntas, algunas de ellas nada fáciles de responder, que ellos iban respondiendo por turno. Por ejemplo:

—¿Cómo es el Cielo?

Le tocaba responder a san Bonoso. Consultó a san Maximiano con la mirada.

—¿Se lo decimos?

San Maximiano se encogió de hombros, como si el asunto careciera de importancia:

—Total...

San Bonoso detuvo su marcha y tardó algo en responder. Parecía que estaba escogiendo las palabras, con don Cristóbal pendiente de sus labios.

—Contemplación de la Majestad Divina —recitó al fin con profesional imparcialidad—. Plato único.

Don Cristóbal dudó: «¿Sólo eso?».

—¿Qué más quieres —replicó el santo—, angelitos tocando el arpa, querubines, alitas?

—Es que, verás —titubeó el sacerdote—, las beatas lo preguntan mucho y cuando yo se lo digo parece que no se quedan muy contentas.

—Pues eso es lo que hay —sentenció san Bonoso taxativamente reanudando la marcha.

—Además —prosiguió don Cristóbal trotando detrás del santo—, tengo entendido que en el tercer mundo, quiero decir en Africa y Asia y por ahí, el cristianismo está en franca recesión y el islam le come terreno y para mí que tiene que ver con lo del paraíso, que el de Mahoma es más atractivo con esas huríes rubias, de pechos... en fin... —Don Cristóbal se llevó las manos al pecho e hizo una señal inequívoca dibujando en el aire dos hermosas glándulas mamarias.

San Bonoso se detuvo y otra vez miró a san Maximiano.

—¿Se lo digo?

Maximiano titubeó. Luego concedió:

—Bueno. Díselo, ¡total...!

—Los moros están equivocados —informó san Bonoso—. También van allá. —Miró al cielo y lo señaló con un dedo como una longaniza—. Quiero decir los moros y todos los demás: budistas, sintoístas, protestantes, judíos, mormones, testigos de Jehová, palmarianos, paganos, fieles de la Iglesia de los Ultimos Días, y la releche. Todos se alojan en el mismo sitio, con los católicos apostólicos romanos.

Don Cristóbal se había quedado de una pieza. Cuando se recompuso tomó a preguntar:

—¿Y todos hacen lo mismo?

Bonoso asintió reanudando la marcha:

—¡Contemplan la Majestad Divina, día y noche, llueva o truene! —Luego lo pensó mejor y añadió—: Es que noche no hay: ver a Dios a todas horas.

—¿Siempre, siempre? —preguntó don Cristóbal como para sí.

—Eternamente —afirmó san Bonoso, rotundo, pero luego añadió, más dudoso—: Bueno, casi siempre. Quiero decir que a veces parpadean y dejan de contemplar la Majestad Divina durante unas décimas de segundo. Esto provoca aflicción en las santas más sensibles.

Prosiguiendo su indagación, supo don Cristóbal que el Padre Dios, el de la venerable barba blanca, está ya muy viejo, cada vez más achacoso y cansado, con cataratas, y hace tiempo que dejó de asomarse al triángulo. Supo también que Jesús, desde lo de la cruz, es que no ha vuelto a ser el mismo.

—Eso se entiende —dijo san Maximiano—, es que es muy fuerte que te crucifiquen.

—Yo bien te lo puedo certificar —intervino san Bonoso—, que he asistido a muchas crucifixiones en mi vida. Una vez, en Numidia, despachamos a un negrazo que era sodomizador de vírgenes vestales y salteador de caminos...

San Maximiano le lanzó una mirada reprobadora.

—¡Ahórrate los detalles desagradables, Bonoso, que en cuanto se te da cancha montas el *creepy show* y le pones los pelos de punta al forense! Pues, como decía, Jesús, desde aquello, está muy desengañado del mundo. Claro, se asoma a la Tierra y lo que se encuentra es que todo dios habla en su nombre para tergiversarle la doctrina. Además yo creo que tiene unos problemas de identidad tremendos y unas depresiones de caballo; el caso es que va de un lado a otro cabizbajo, delgado, el cabello lacio y quebradizo.

—Falta de vitaminas —sentenció san Bonoso.

San Maximiano lo ignoró.

—Hay que hacerse cargo y ponerse en su lugar —prosiguió—. Que te tergiversen el mensaje como se lo han tergiversado a él y luego que, a lo mejor uno, por no crear conflictos, dice, bueno, pelillos a la mar, y se adapta a la tergiversación y piensa, bueno..., que te crees el personaje y comienzas a identificarte con él y hasta te sientes a gusto de que tus discípulos te hayan enmendado la plana y ya estás tan conforme, pues entonces te encuentras con que nadie te hace el menor caso y te quedas en mero pretexto para el negociazo que se han montado. Claro, ahí está el pobre, con unos problemas de identidad tremendos y preguntándose qué pinto yo aquí.

—Se comprende que hable con poca gente —intervino san Bonoso—. De vez en cuando hace tertulia con Erasmo de Rotterdam y con Arias Montano.

Don Cristóbal, de sus tiempos de seminario, recordaba una frase de Erasmo: «La cristiandad juega al cristianismo, pero permanece ajena al espíritu de Cristo».

—También sale algo con Judas —dijo san Maximiano.

—¿Con san Judas Tadeo? —preguntó don Cristóbal.

Maximiano se detuvo y miró al cura a los ojos. No sabía si decírselo.

—No, con Judas Iscariote.

—¿El traidor?

—Al parecer no tan traidor —declaró Maximiano—. ¡Vaya usted a saber! Ellos andan mucho juntos, secreteando.

—Pero ¿cómo puede estar Judas en el Cielo? ¿No se ahorcó?

—Suicidio en grado de frustración —informó san Maximiano—, que no es tan pecado y te deja espacio para arrepentirte después.

—Parece que dio la coincidencia —intervino san Bonoso—, con la de higueras que hay en Israel, de que fue a echar la soga de la higuera seca, la que Jesús había maldecido por no dar higos en enero, y como estaba seca, se quebró la rama y Judas dio una costalada en el suelo. La cosa no pasó del susto y se tipificó como tentativa de suicidio: pecadillo venial.

Don Cristóbal pensó que a Josemaría Javier, el amigo de Eduardo Luis, por cuya causa se había metido en todos aquellos líos, le habría interesado saber que la paloma del Espíritu Santo está como tristonza y quizá algo reumática y cada día vuela menos, que prefiere pasar el día despulgándose en una piquera del palomar.

—San Pedro, por su parte —confió san Bonoso—, se pasa el día en la rula del pescado: está casi ciego y cuando se le presenta alguien recién muerto le larga una cedulilla de entrada en el Cielo sin apenas examen. Aquello es un coladero.

Recorrieron la calle Hernando Colón en silencio. Se notaba que don Cristóbal había quedado muy impresionado y no terminaba de digerir las noticias.

Iba nuestro cura a preguntar por el infierno, pero ya llegaban al palacio arzobispal. Fue una suerte porque se hubiera llevado el chasco de su vida.

Probablemente el lector quiera saberlo, aunque también es posible que prefiera ignorarlo. En este caso sáltese los siguientes dos párrafos y continúe la lectura en la página 261, pero para las personas de formación y juicio a las que no les importe, e inclusive les interese, enfrentarse a este enigma de nuestras postrimerías, tomen nota. No hay infierno.

—¿Que no hay infierno?

—No, señor: no existe el infierno. Lo había, pero ya no lo hay. El infierno es el que nosotros hacemos en la Tierra. Lucifer hace tiempo que abjuró de sus errores y se reconcilió: se presentó ante Dios Padre arrepentido y mustio, llorando como una Magdalena, la cabeza cubierta de ceniza, astillado de cuernos y mocho de tanto darse de cabezazos contra la pared, que daba pena verlo, y el Hijo intercedió por él y le contó al Padre la parábola del hijo pródigo. Todo quedó en una regañina, que no se vuelva a repetir, anda, pasa para adentro, y a ver cómo te portas de hoy en adelante.

—¿Y cómo se ha portado? —quiso saber don Cristóbal.

—Mano de santo. Desde entonces Luzbelito (así ha vuelto a llamarse) anda de lo más convertido y cabizbajo, ya ves que podía brillar tanto como san Miguel o san

Gabriel y sin embargo ha renunciado a todas las pompas celestiales y no se mete en nada.

—Le ha quedado un pronto melancólico —intervino Bonoso.

—En cuanto al infierno propiamente dicho, haberlo haylo, pero muy de capa caída, pura arqueología industrial: las bóvedas desmoronadas, los muros comidos de yedra, los lares invadidos por los yerbajos, las calderas apagadas, las cadenas herrumbrosas, las tenazas, pinchos, tridentes y atizadores pignorados a los anticuarios, los internos sin sujeción ninguna ni disciplina, vagando en tertulias, apenas fuego para las cocinillas...

—... y los diablos, con el tiempo, se han ido amistando y lo más que hacen es gamberradas, nada de tormentos. De vez en cuando los condenados suben al Cielo a visitar a sus deudos y muchos benditos descienden al infierno a lo mismo, ya hay poca diferencia.

—Nada es lo que era.

Se detuvieron ante la bella portada barroca del palacio arzobispal. Don Cristóbal se volvió a San Maximiano con gesto preocupado.

—Aquí es donde empieza Cristo a padecer. Ahora lo primero que me voy a encontrar es un cancerbero metido en la portería que me va a echar los perros.

—¡De eso nada —zanjó san Bonoso—, que aquí estamos nosotros para retorcerle el pescuezo!

—No hay nada que temer, ni será menester recurrir a la violencia —intervino san Maximiano— porque nosotros hacemos una aparición rápida y lo deslumbramos, momento que tú aprovechas, sincronizándote bien, para pasar delante del quiosquillo y ganar la escalinata. Ni siquiera te va a ver.

Salió a pedir de boca.

—¿Has visto lo fácil que era? —dijo san Maximiano sonriente reuniéndose con don Cristóbal al pie de la escalera.

—Sí, pero queda lo peor —objetó el sacerdote al que no le llegaba la camisa al cuerpo—. ¿Cómo averiguo yo ahora dónde está el Papa?

—Ten fe y síguenos.

Don Cristóbal, temblando, abrazado a la baqueteada bolsa de basura donde portaba su tesoro, ascendió los peldaños de la escalera principal, sintiéndose menos que un insecto bajo la amplia cúpula empequeñecida por el ampuloso escudo de armas del arzobispo Paino. Iba como impulsado por un ángel, inmerso en la rubia y resplandeciente estela de los santos que le precedían unos peldaños por delante y de vez en cuando se volvían a él sonrientes, como infundiéndole ánimos. En el centro de la amplia meseta superior, bajo la alta bóveda profusamente decorada con pinturas al temple, hay una puerta tres veces más alta de lo necesario para que pase una persona. Estaba cerrada. San Bonoso accionó el picaporte y la abrió de par en par. Penetraron en el Gran Salón. En aquel momento cuatro cardenales de la curia estaban tomando un carajillo, delicioso invento español para entonar la mañana, al que se habían

aficionado singularmente. La conversación giraba en torno a la comidilla del día: la extraña actitud del doctor Patrick O'Hara, de la diócesis de Nueva York, uno de los más prestigiosos teólogos asistentes al congreso. Según todos los indicios, había sufrido una crisis de fe, pero al parecer todo estaba superado ya porque había amanecido en el palacio arzobispal de rodillas, llorando, implorando la absolución del Santo Padre. El Santo Padre le había recibido amorosamente y después de la breve entrevista el doctor O'Hara había tomado la firme decisión de retirarse del mundo y profesar en un monasterio cartujo italiano.

Pues en ello andaba la conversación, cada cardenal dando su parecer entre sorbo y sorbo de caramillo cuando, ¡zas!, sobrevino la aparición celestial de dos santos mártires vestidos de romanos que primero los deslumbró y luego los distrajo lo suficiente como para que apenas percibieran una sombra negra —nuestro cura— que deslizándose hacia el fondo de la sala ganó, sin ser visto, la puerta que comunicaba con los aposentos papales.

Había una saleta de respeto decorada con óleos de Valdivieso y Espinal que servía de antesala al oratorio del Pontífice. La puerta estaba guardada por un agente de seguridad, dos metros de altura, pelo cortado a cepillo, mandíbula cuadrada, cachas de portada de revista de culturismo, anchas espaldas, poderosos bíceps, pectorales como bandejas, manos como palas, con el canto endurecido de partir pilas de ladrillos y vigas de madera, letal karateka, mortífero judoka, infalible lanzador de puñales, licencia para matar, Sonotone en la oreja, Uzi automática con cargador doble en la sobaquera, cuchillo comando, con dispositivos de sierra y abrelatas y otros artilugios de supervivencia, en la pernera derecha. También molestas hemorroides: un detalle humano.

Los santos aparecieron en medio del fognazo deslumbrador, pero esta vez fracasó el truco. El tipo parecía que los estaba esperando: llevaba puestas gafas ultravioleta, oscurísimas, dispositivo infrarrojos con reductora asistida, el último grito en seguridad, y el fulgor no le molestó más que si hubieran encendido una cerilla. Detectó la presencia de tres intrusos en sus dominios, dos de ellos sospechosamente disfrazados de soldados romanos.

«¡Terroristas!», pensó, y reaccionó automáticamente. La adrenalina sacudió su cerebro, se flexionaron las piernas, se inclinó el tronco, ofreciendo un blanco mínimo a la acción enemiga, la mano izquierda abrió la chaqueta mientras la derecha requería la pavonada Uzi, modelo 92, la pistola ametralladora más precisa que existe, veinte disparos calibre 22 por segundo, efecto concentración, proyectiles percutores y penetrantes alternos, todos con cebo de alta potencia, punta blindada en cromo vanadio, fósforo trazador en el ápice para acciones nocturnas, capaces de atravesar el más potente chaleco blindado como si se tratara de mantequilla.

El agente fue rápido como un rayo. Demasiado lento, no obstante, para san Bonoso quien, además de experto luchador, era santo. Con una mano le propinó una palmada en el antebrazo armado. La Uzi salió disparada y fue a dar contra un cuadro

de Maella. Con la otra mano le hizo una presa a la nuca. El superagente se puso morado con reflejos fucsia y dio unas boqueadas, que le faltaba el aire. Ya veía lucecitas brillantes en torno suyo en las lindes mismas del desvanecimiento cuando su captor aflojó la presa permitiéndole respirar. Algo repuesto, como era una perfecta máquina de combate, pasó automáticamente al contraataque y escogió mentalmente la contrallave que le liberaría de la presa, pero antes de que pudiera iniciarla notó el contacto frío del filo de la falcata rasgando la delicada piel de su garganta a un milímetro de la tráquea. Un sudor frío y viscoso perló su frente. Pensó que iba a morir, degollado como un cordero, sin saber en qué escuela de comandos se había entrenado aquel portento. Le ganaban por goleada: siempre hay uno mejor. Cerró los ojos, resignado.

—Pero ¿qué estás haciendo, *desgraciao*? —era la voz del otro romano conteniendo a su compañero—. Recuerda que eres santo. Deja a este pobre hombre que está cumpliendo con su obligación de proteger al Pontífice y además tiene dos hijos preciosos pequeñuelos, una suegra maligna, una esposa insaciable y le quedan cincuenta y dos letras que pagar del apartamento de la playa y noventa y dos del Lancia Dedra Strada diseñado para vivir de cerca cada uno de sus detalles, acabados en madera de rosa africana, servodirección, climatizador automático, electroinyección, cristales atérmicos...

San Bonoso liberó su presa. El superagente, aliviado, se llevó la mano al magullado cuello y la retiró manchada de sangre. Se puso lívido.

—¡Me ha matado! —gimió—. ¡Me ha matado!...

—¡Que no, hombre! —le tranquilizó san Maximiano y le ayudó a sentarse en una silla tapizada de brocado—. Seréne, buen hombre, y no se preocupe, que el corte, aunque sangre algo, ha sido superficial. Se pone un papelillo de liar cigarros y como nuevo. Eso sí, vaya a que le inyecten la antitetánica en cuanto esté libre de servicio, no vayamos a tener un disgusto por mano del diablo, que este Bonoso tiene la falcata que da asco verla. Además, no es el arma reglamentaria.

—Pues la estuve limpiando la víspera de Fiesta de Todos los Santos —protestó Bonoso mientras examinaba su arma con atención.

—De eso hace ya once meses, Bonoso —replicó san Maximiano—: hay que limpiarlas más a menudo.

—Además, para lo que sirve...

—Sirva o no hay que tenerla siempre limpia como una patena y en perfecto estado de revista, aunque sólo sea por adornar —dijo san Maximiano y dirigiéndose nuevamente al superagente le preguntó—: ¿Eres cristiano, hermano?

—Sí —balbució el policía apretándose un pañuelo contra el rasguño. Estaba mortalmente pálido.

—¿Cuánto hace que no frecuentas los sacramentos?

Titubeó. Luego dijo:

—Trece años.

—¡Trece años! —exclamó el santo—. Un chico como tú, tan atildado, con esa profesión tan bonita y tan vistosa, pero que seguramente te pondrá en peligro de muerte un día sí y otro también. ¡No, no —chasqueó la lengua desaprobadoramente—: eso no me gusta nada! Bien: se da la circunstancia de que nosotros traemos aquí a un sacerdote que podría confesarte sobre la marcha, pero como tenemos un poco de prisa y la confesión, por lo que veo, va a ser larga, será mejor que la aplacemos para más tarde. Así que presta atención —le puso familiarmente una mano en el hombro—: cuando salgas libre de servicio te vas primero al dispensario o a la casa de socorro más próxima y solicita que te pongan la antitetánica y luego te buscas un sacerdote, afortunadamente Sevilla está llena de ellos, y te pones a bien con Dios.

—Sí, señor —balbució el karateka diseñado para matar.

—¡Buen chico! —aprobó san Maximiano y luego, señalando la puerta del fondo, preguntó—: ¿Son éstos los aposentos papales?

El superagente asintió.

Los intrusos se despidieron urbanamente y se dirigieron a la puerta que san Maximiano había indicado, pero antes de franquearla san Maximiano se volvió para hacer una última advertencia al karateka:

—Y no uses tan alegremente de la violencia en la que te han educado. Piensa que así como en las películas del Oeste siempre hay un pistolero más rápido, así en la vida del violento siempre hay, por inescrutable designio de la Providencia, un bruto más bruto.

—Sí, señor.

—Además, las armas las carga el diablo —remachó san Bonoso.

—Sí, señor.

Allá quedó tan reconfortado por la visión celestial que, a partir de aquella vivencia, su vida experimentó un giro copernicano: cortó con una amante que tenía y se hizo cristiano de base, en una comunidad renovada por el rito primitivo, y frecuentó los sacramentos y se convirtió en un marido y un padre ejemplares y un yerno sufrido, que cuando no estaba de servicio vestía la camisa morada y los cordones amarillos del hábito del Gran Poder, que llevaba a los niños a la catequesis y ocupaba las largas horas de sus vigilancias y escoltas rezando cristianamente el rosario hasta el punto de que sus superiores y conmlitones sospechaban que se había hecho Testigo de Jehová o adepto de cualquier secta extraña de esas que hay por ahí.

La habitación donde habían penetrado nuestros héroes era un cuarto reducido con dos balcones al patio principal. Había tres puertas. ¿Cuál de ellas correspondía al oratorio del Santo Padre? Antes de que san Maximiano se decidiera, el san Sebastián atado al árbol, con cinco o seis flechas claveteándole el cuerpo, del óleo flamenco que decoraba la estancia, chistó llamando la atención de los intrusos.

—¡Pst, pst! —E hizo una seña con la cabeza, indicando la puerta.

—¿Es aquí? —inquirió san Bonoso señalando la primera puerta.

—Sí —susurró san Sebastián—. Ahí lo tenéis.

—¿Ora o labora? —quiso saber Maximiano.

—Creo que ora —informó el santo.

San Maximiano hizo una seña a don Cristóbal.

—Bueno, amigo, ya hemos llegado. Esta vez debes comparecer solo, que a nosotros no nos conviene mucho hacernos los vistos y menos con las jerarquías altas.

Don Cristóbal titubeó un momento. Miró alternativamente el rostro de los patronos. En los dos halló indicios de amistad y ánimo. Le sonreían.

Puso la mano en el picaporte frío.

El mecanismo cedió.

Empujó.

La puerta se abrió. Silenciosamente. Fue una suerte que la víspera de la llegada del Santo Padre el cuidadoso mayordomo del arzobispo tuviese la precaución de recorrer las estancias destinadas al Santo Padre poniendo Tres en Uno en todas las bisagras y pasando una bayeta Nitidex-extra impregnada de Pronto-Brillo a todos los muebles.

El oratorio era una pieza pequeña y cuadrada, cubierta por una cúpula de yesería barroca y apenas iluminada por las seis velas de un candelabro sobre el mínimo altar que ocupaba la pared frontera del aposento. El Pontífice estaba de espaldas, con su sotana blanca y su solideo del mismo color sobre el canoso cabello. Era todo blanco, casi resplandeciente. Estaba arrodillado en un sencillo reclinatorio, la cabeza inclinada, los ojos cerrados con fuerza, dos dedos de una mano pellizcando el entrecejo y el otro brazo cruzado sobre el pecho. Oraba.

Don Cristóbal sintió que su corazón aceleraba sus latidos. De puntillas, cuidando de no hacer ruido, cruzó la estancia y, pasando a dos pasos del Papa, depositó la bolsa de las hostias sobre el altar, ante la puertecita dorada del sagrario. Luego regresó con el mismo cuidado hasta que estuvo nuevamente junto a la puerta. Se disponía a abandonar la estancia cuando, al volver la vista, advirtió que había cometido un fallo.

«¡Las hostias! —pensó—. ¡Tiene que verse que son las hostias!».

No tuvo más remedio que regresar hasta el altar y abrir la bolsa, remetiéndole los bordes, para que su precioso contenido quedara a la vista. Las hostias estaban hechas polvo, no había fragmento mayor que la uña de un meñique. No obstante, cada uno de ellos, cada ínfima partícula de polvo de hostia desprendida hasta el fondo de la bolsa representaba la potencia intacta de la Eucaristía, el inconmensurable prodigio de contener a Dios entero, en la carne y la sangre transustanciada de su Hijo.

El Santo Padre continuaba en la misma postura, los helados ojillos cerrados, la expresión concentrada, orando o meditando.

Don Cristóbal salió sigilosamente, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Todo bien? —preguntaron los santos. Estaban algo ansiosos.

—Todo bien.

Bonoso y Maximiano lo abrazaron.

La salida del palacio arzobispal fue tan fácil como la entrada. Una vez en la calle, san Bonoso y san Maximiano se despidieron de su tutelado.

—Bueno, Cristóbal. Ha sido un placer ayudarte. Sigue siendo un cura recto y piadoso, que vas por buen camino.

Iba don Cristóbal a decir algo, pero ¡plof!, un leve chisporroteo dorado, como cuando se apaga el televisor y la imagen se fuga instantáneamente por un punto central de la pantalla, y los patronos de Arjona se esfumaron dejándole otra vez solo y sin blanca en medio de la gran ciudad.

Don Cristóbal salió a la plaza de la Virgen de los Reyes, donde ya comenzaba a concentrarse una multitud de devotos, con pancartas y pañuelos amarillos, para ver salir el coche del Papa.

Una paloma blanca como la nieve se había posado en la cumbre de la Giralda, sobre el lábaro que sostiene la estatua de la Fe Triunfante, y, desde su altura, con esa vista prodigiosa que tienen las aves, discernía a nuestro cura cruzando la plaza entre la multitud y lo contemplaba con benévola complacencia y maternal amor.

EPÍLOGO

PREGUNTANDO SE LLEGA A ROMA y don Cristóbal, liberado por fin de su alta mensajería, llegó a la estación de autobuses con la esperanza de encontrar a alguna persona conocida que pudiera socorrerle con el importe de un billete. Se alegró mucho de ver a Susanita en la cola del coche que hace la línea de Andújar.

Mustia y triste, amén de ojerosa y escocida en sus partes, estaba Susanita porque el presunto novio de marras le había fallado como todos los demás. Habían pasado la noche juntos, en vela, y de mañana, el mozo, sintiéndose exhausto, había recordado de pronto obligaciones inaplazables que le impedían continuar acompañándola por la ciudad. No obstante, como era un caballero, la llevó a la estación de autobuses y al despedirse, después de invitarla a desayunar chocolate con churros en la cantina, quedó en telefonarle aquella misma noche. Ella se mostró comprensiva y aceptó convincentemente las excusas. De sobra sabía que no la llamaría nunca y que volvía a quedarse compuesta y sin novio. Al ver a don Cristóbal se alegró porque por lo menos no haría el viaje de regreso sola. Además no sé qué tienen algunos curas que parece que invitan a abrir el alma y a serenarse en la confidencia. Serán los atavismos de dos mil años de catequesis y doctrina indeleblemente impresos en el código genético de la especie.

El sacerdote y la pecadora ocuparon asientos contiguos y pasaron las cuatro horas y media del viaje, con dos paradas mingitorias y cafeínicas y un transbordo, en animada charla acerca de lo divino y de lo humano. Susanita se sinceró con el cura como no hacía ni con sus más íntimas amigas y le contó su vida, sus ilusiones, sus anhelos, sus fracasos... Alguna vez tuvo que reprimir el llanto y él, para no ser mal entendido, tuvo que reprimir el no sé si más humano que pastoral impulso de rodearle los hombros con un brazo y enjugarle con el dedo una lagrimilla furtiva. Descubría en ella un alma pura y cándida, un alma buena necesitada de consuelo, una mujer entera y verdadera capaz de hacer feliz a un hombre solo.

Don Cristóbal, consecuente con su alto ministerio, la convenció para que se apartara de las apetencias del mundo y hurtándose a las asechanzas de la carne enderezara sus pasos por el camino de la verdadera religión. Además, rebatió con mucha paciencia y algo de teología, no por elemental menos efectiva, su confuso discurso contra la Iglesia, adobado con los inevitables lugares comunes de la Inquisición y la castración intelectual de la escuela franquista. Los hombres yerran, claro —admitió—, pero el mensaje de Cristo resplandece por encima de esos errores. Al final, el buen pastor inculcó el mensaje evangélico en aquella ovejita descarriada y abrió sus oídos, hasta entonces sellados por perversas doctrinas, a la simiente de la Buena Nueva. Quiero decir que para cuando el autobús pasó el Tres de Oros y entró

en Arjona, Susanita había abjurado de sus pasados errores, se había arrepentido de sus pecados y había adoptado la firme determinación de abandonar el siglo y profesar como misionera en la Congregación de Esclavas del Santísimo Corazón.

En esto andaba el autor de esta más verdadera de lo que parece historia, ya queriendo darle remate con la peripecia misional de Susanita, cuando comenzaron a bailar las letras de la pantalla del ordenador en que escribe y pareció que había un fallo de corriente porque la imagen se iba y se venía achicándose y agrandándose alternativamente, como si el chisme se quisiera apagar. Acudió presuroso a pulsar la tecla que memoriza y salva lo escrito y percibió que incluso el teclado se había difuminado porque un campo de energía negativa —después lo he sabido por un amigo parapsicólogo y licenciado en ciencias ocultas por la escuela de Salem— estaba desvirtuando la frecuencia de las ondas vibratorias a través de las cuales la materia comúnmente se manifiesta a los sentidos. Como a la sazón ignoraba la explicación científica del extraño fenómeno, debo confesar que me acojoné, porque uno no es propenso a creer en rarezas, aunque lo sea a inventarlas. La habitación se llenó de luz cuscurrante que, sin llegar del todo a deslumbrar, por lo menos dibujaba lo desdibujado por el trasiego de ondas con suficiente nitidez y pulso, aunque alterando un algo los colores y los perfiles, como si todo se manifestara a través de una espesa niebla. Ustedes perdonarán la vaguedad de mi descripción. Es que la sensación no era tampoco menos confusa, aquella especie de miel filamentosa que al respirarla parecía que te purificaba y que te cosquilleaba en la pituitaria con un efluvio como de canela tostada, con tonos de socarradas maderas del Oriente. Abrí los espantados ojos al prodigio y ante mí estaban Bonoso y Maximiano, los santos, en carne mortal, nada de realidad virtual, ahora diré por qué, déjenme que ponga un punto y aparte a ver si me repongo un poco.

Es que Bonoso, san Bonoso, otra vez había echado mano a la falcata herrumbrosa y me había apoyado en la carótida, en la mía, su helado filo, así que nada de realidad virtual. El gesto automático que ahora me arrepiento de haberle adjudicado páginas atrás. Sólo le falló que con la otra mano quiso asirme de la cabellera y, no hallándola, me agarró de una oreja con tal firmeza que todavía me duele, que me pareció que me la iba a arrancar.

—Vamos a ver —me dijo, perentorio—: ¿no te parece un final muy cateto y reñido con la más elemental verosimilitud eso de que Susanita se meta a monja, con lo rica que está, y se marche a las misiones?

—Pensé que era un final pío —balbucí, justificándome—. Quería rendir tributo a la verdadera religión. Fui venturosamente bautizado en la pila de la iglesia de San Martín, donde al cristianarme me impusieron los nombres de Juan, Bonoso, Maximiano de la Santísima Trinidad. Siempre he lamentado que no quepan en el carnet de identidad. ¡Compasión, soy tocayo vuestro!

—¡No nos hagas la pelota, que sabemos que eres un descreído! —replicó Bonoso tirando un poco más de la oreja. Intenté incorporarme a medias para disminuir los dolorosos efectos de la tracción, pero el taimado mantenía el machete firme sobre la tráquea y pensé que no vacilaría en degollarme.

—Tú es que, por lo visto, piensas que allá arriba somos unos mentecatos y unos meapilas, ¿no? Pues te equivocas bastante, que allá estamos más en el mundo que muchos de acá abajo; así que ya me estás modificando el final de la novela como exige verosimilitud. Si Susanita es una chica alegre y tira al monte, como ha quedado suficientemente demostrado en las páginas precedentes, que siga tirando al monte.

San Maximiano, que hasta entonces se había guardado de intervenir, limitándose a asistir a la escena con una sonrisa beatífica, dio un paso adelante y puso su cuidada mano sobre la de Bonoso, la de la falcata carnícera. Inmediatamente disminuyó la presión del filo sobre mi gaznate.

—Vamos, Bonosillo —dijo en tono conciliador—. Tampoco es cosa de que nuestro amigo y devoto obtenga una opinión errónea de ti. Creerá que realmente eres tan irascible como te ha pintado.

San Bonoso pareció entrar en razón. Me soltó la oreja, que ya la tenía como una ascua, calentita y colorada, y el doble de grande que la otra.

—¡Es que hay que ver cómo me ha puesto de feo y de bruto! —protestó Bonoso—. Y luego, además, de guarro: ¡lo de mandar a la gente a ponerse la antitetánica...!

—En eso quizá se haya excedido un poco —reconoció Maximiano—, pero a la postre creo que en su novela resultas un personaje simpático.

—Lo puedo mejorar... —ofrecí.

—No, ya déjalo como está —recomendó Maximiano—. Ya me he acostumbrado a verlo con esos costurones en la cara y esos ojillos legañosos, que parecen dos puñaladas en un tomate, y ese uniforme desaliñado y esas sandalias que en los basureros se encuentran mejores... —Estaba aguantando la risa el muy ladino, pero el momento no era para reír.

—¿Eso ha puesto? —preguntó Bonoso lanzándome una mirada iracunda y haciendo ademán de echar mano nuevamente a la falcata.

Maximiano lo detuvo con un gesto. Respiré aliviado.

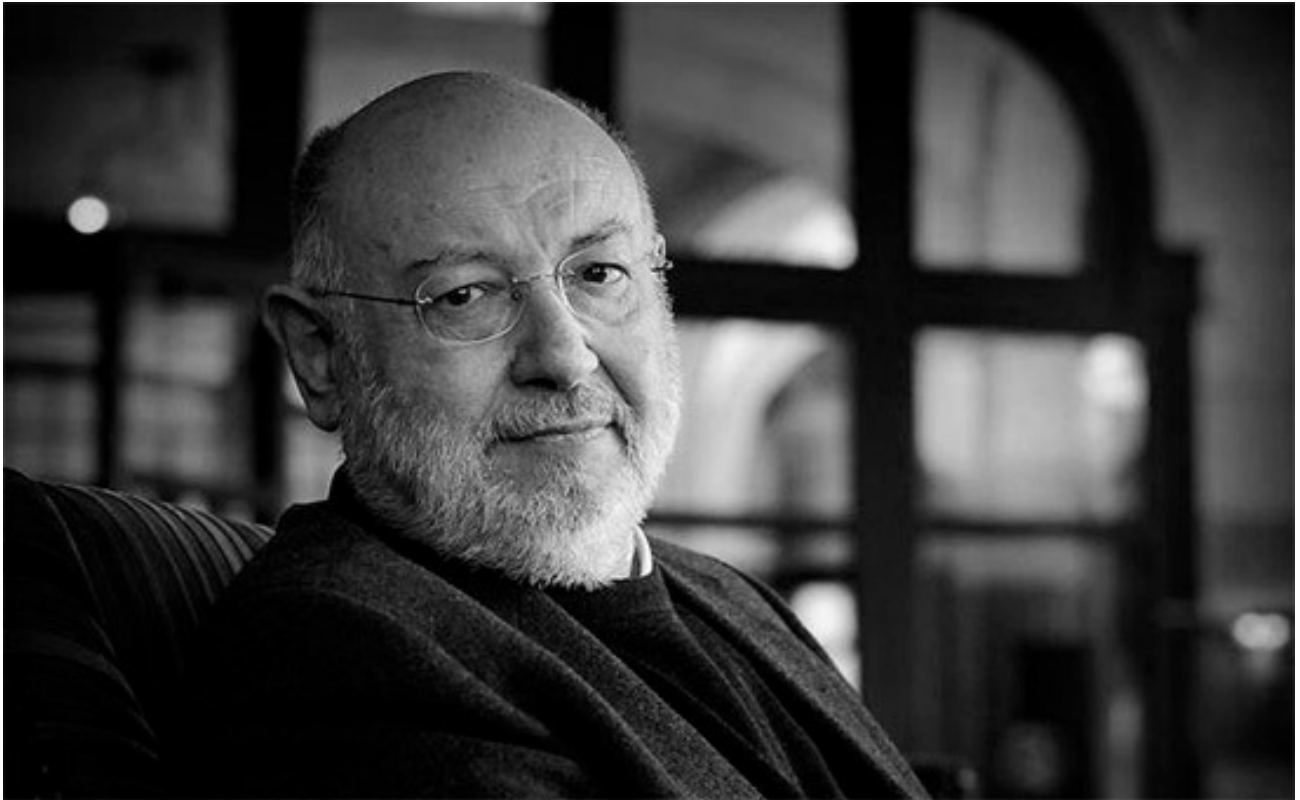
—Lo está poniendo ahora —dijo el santo guapo—, pero en su corazón podemos ver que no lo hace con malicia sino con ternura y amor filial a sus santos patronos.

—Entonces, ¿lo de Susanita?... —interrogué por mostrar obediencia.

—Nada, hombre, nada —dijo Maximiano—. Dale una solución verosímil, la que se te ocurra, pero no nos la mandes a las misiones, que bastantes líos tenemos con guardar el pueblo y a los emigrantes como tú dispersos por esos mundos de Dios para andar también con un ojo puesto en el altiplano andino, donde pastan las llamas o en la sabana africana donde rugen los leones.

Dicho esto se difuminaron los santos y el ordenador dejó de hacer extraños y volvió a funcionar normalmente.

Llevo toda la mañana dándole vueltas al asunto y no sé qué hacer con Susanita, con ese cuerpo que Dios le ha dado que es, todo él, una alabanza al Altísimo y un goloso escaparate de los dones que el Todopoderoso derrama sin cesar sobre sus criaturas.



JUAN ESLAVA GALÁN nació en Arjona (Jaén) en 1948; se licenció en Filología Inglesa por la Universidad de Granada y se doctoró en Letras con una tesis sobre historia medieval.

Amplió estudios en el Reino Unido, donde residió en Bristol y Lichfield, y fue alumno y profesor asistente de la Universidad de Ashton (Birmingham). A su regreso a España ganó las oposiciones a Cátedra de Inglés de Educación Secundaria y fue profesor de bachillerato durante treinta años, una labor que simultaneó con la escritura de novelas y ensayos de tema histórico. Sus obras se han traducido a varios idiomas europeos. Es Medalla de Plata de Andalucía y Consejero del Instituto de Estudios Giennenses.

Ha traducido la poesía de T. S. Eliot y escribe novelas de ficción histórica con el seudónimo *Nicholas Wilcox*. Entre sus obras destacan: *En busca del unicornio* (Premio Planeta 1987), *El comedido hidalgo* (Premio Ateneo de Sevilla 1994), *Señorita* (Premio Fernando Lara 1998 y Premio de la Crítica Andaluza 1998) o *La mula*. También ha publicado varios ensayos, como *Los castillos de Jaén* o *Los templarios y otros enigmas de la historia*.